# Todo empezó aquel verano

## Adriana Trigiani

Edición electrónica: espemoya

Corrección: Elena Moya

RESUMEN

Estamos en 1978, y Ave Maria Mulligan, de treinta y cinco años, es la solterona por vocación de Big Stone Gap, un pequeño y aislado pueblo de las montañas Apalaches, en Virginia. Como farmacéutica local, Ave Maria ha sido durante años la depositaria de los secretos de sus vecinos, pero ahora descubrirá un escándalo Que su madre le ha ocultado hasta su muerte y Que trastornará para siempre su apacible existencia. En aquel verano, la vida de Ave Maria se convierte en un torbellino de acontecimientos: deberá decidirse entre dos propuestas de matrimonio, al tiempo Que lidia con un feroz conflicto familiar, dirige el grupo de teatro local, planea un trascendental viaje al Viejo Continente y ayuda a su mejor amiga a organizar un espectáculo en honor de Elizabeth Taylor, Quien acompaña a su marido durante la campaña electoral al senado.

Una novela pletórica de amor y risas, Que transmite el placer de las historias cotidianas a la vez Que extraordinarias, cuya lectura continuará disfrutándose en la imaginación durante mucho tiempo.

# 1

Éste será un buen fin de semana para la lectura. Ayer compré una docena de galletas de chocolate de Vernie Crabtree, que están de muerte, en el French Club (no sé qué les pone, pero son crujientes y blandas a la vez). Las galletas, una cafetera de café recién hecho y un buen libro es todo lo que necesitaré para el fin de semana lluvioso que se avecina. Estamos a principios de septiembre y en la montaña hace calor durante el día, pero por la noche baja una niebla fresca que nos recuerda que el otoño está a la vuelta de la esquina.

Para mí la furgoneta de la biblioteca ambulante del condado de Wise es una de las visiones más bellas del mundo. Cuando la veo subir lentamente, como un tanque, por la carretera empinada y después dar la vuelta por la avenida Shawnee al tiempo que aminora la marcha, le hago una seña como a un viejo amigo. He esperado en esta esquina todos los viernes desde que tengo memoria. La biblioteca ambulante es sólo una furgoneta del gobierno, pero para mí es como una resplandeciente carroza real que reparte historias, conocimiento y la vida misma. Incluso adoro el olor de los libros. Muchos me comentan que uno de sus recuerdos infantiles más claros es el olor de las casas de sus abuelas. Nunca conocí a mis abuelas, pero siempre he podido contar con la biblioteca ambulante.

Las cosas más importantes que he aprendido, las aprendí de los libros. Me han enseñado a evaluar a las personas. El libro más útil que he leído me enseñó a leer los rostros, un antiguo arte chino llamado *siang men*, donde el tamaño de los ojos, la curva del labio y la altura de la frente son claves importantes para conocer el carácter de la persona. La colocación de las orejas indica inteligencia. Las barbillas sobresalientes distinguen a los empecinados. Los ojos hundidos sugieren una naturaleza reservada. Las cejas muy juntas pueden responder a la pregunta: ¿Este hombre sería capaz de matarme con sus propias manos? (Por supuesto.) Incluso los hoyuelos tienen un significado. Yo los tengo, y según el libro, se supone que me pasará algo maravilloso cuando cumpla los treinta y cinco años. (Los cumplí hace cuatro meses y todavía estoy esperando.) Si usted leyera mi rostro, descubriría que soy una persona agradable, con los ojos castaños, una dentadura sana, labios bonitos y una nariz que la gente, cuando es amable, describe como noble. Tengo la nariz grande, pero por lo menos es recta. Mis cejas pobladas revelan una naturaleza práctica. (Soy farmacéutica. ¿Se puede ser más práctica?) Mis formas corresponden a lo que por aquí llaman cuerpo de montañera, las piernas musculosas y el trasero plano. Las chaquetas lo cubren con mucha elegancia.

Esta mañana, la idea de vivir en Big Stone Gap durante el resto de mi vida me produce una cierta inquietud. Dejo de respirar, como hago siempre cuando me concentro demasiado en pensar. No respirar es muy malo, así que respiro lenta y profundamente. Notó el sabor del polvillo de carbón. No me importa; me garantiza de que todavía tenemos una economía en marcha. Se suponía que nuestra ciudad estaba llamada a ser la «Pittsburgh del sur» y la «capital del carbón de Virginia». Eso nunca sucedió, así que estamos siempre sometidos a los caprichos de las

grandes compañías carboneras. Cuando nos dicen que el carbón se está acabando en estas montañas, ¿quiénes somos nosotros para ponerlo en duda? Éste es un lugar muy bonito. Al caer la tarde, todo adquiere una preciosa tonalidad azul oscuro. No olerá en ninguna parte una vegetación tan aromática. Está muy claro que el Gap tiene sus cualidades románticas. Incluso el pitido de los trenes es musical, suena como oboes en la oscuridad. Es un lugar que te llena de nostalgia.

La furgoneta espera a que cambie el semáforo. La bibliotecaria y conductora es una muchacha campechana llamada Iva Lou Wade. Ronda los cuarenta años, pero aun no ha clavado la bandera en su cima sexual. Es toda una mujer. Si la pintaran en un cuadro, estaría sentada en una nube rosa con los bordes dorados, exhibiendo mucha nalga. Su perfume es tan intenso que cuando subo a la furgoneta, acabo oliendo como ella el resto del día. (Es una suerte que me guste el Coty's Emeraude.) Mi padre solía decir que así es como debía ser una mujer. «El hombre debe saber cuándo hay una mujer en la habitación. Cuando entra Iva Lou, no hay ninguna duda.» Yo no decía nada y ponía cara de resignación.

Iva Lou tiene problemas para aparcar. Una furgoneta postal está aparcada delante de la oficina de Correos, en la plaza habitual de Iva Lou, así que me avisa por señas que aparcará en la gasolinera. Kent Vanhook, el dueño de la gasolinera, no le pondrá ninguna pega. Le encanta Iva Lou, como ocurre con todos los hombres. Ella trata a los hombres como si fuesen huevos, ejemplares perfectos creados por Dios para que los mimen, y todavía no ha encontrado a un hombre que no lo aprecie. Atraer a un hombre exige talento, como tocar el piano de oído. No todas hemos nacido prodigios, pero las mujeres como Iva Lou lo han convertido en un arte.

Las puertas de la furgoneta se abren automáticamente con un suave siseo. No me puedo creer cómo va vestida Iva Lou. El jersey de cuello cisne azul claro le ajusta tanto que da la impresión de que lleva el sujetador por fuera. El pantalón con un estampado Mondrian, a cuadros amarillos, azules y verdes, se ciñe a sus muslos con tiras entrecruzadas. Iva Lou tiene una figura fenomenal incluso sentada. Pero me pregunto cuánto tiene que ver con el envoltorio. ¿Podría ser que gracias a que sus partes están bien fajadas y sostenidas, haya transformado su figura real en la de una Venus? Su rostro es infantil, con la barbilla pequeña, los ojos grandes y azules, y una boquita como un pimpollo. Los colmillos se le superponen a los caninos, pero en ella producen un aire gracioso. Su pelo tiene el color del trigo maduro, y se lo peinó hacia atrás de una manera que puedes ver a través de los rizos. Lleva una cantidad increíble de joyas diseñadas por Sarah Coventry, pero es que las vende para ganarse un dinero extra.

-Te propongo un trueque. Champú por un best-seller. -Le doy a Iva Lou una bolsa llena de muestras de champú de mi farmacia: Mulligan's Mutual.

-Te cojo la palabra. -Iva Lou me arrebata la bolsa y comienza a buscar entre las muestras. Me señala el estante con las últimas novedades-. Ave María, cariño, tienes que leer *Capitanes y reyes* que acaba de salir. Sé que no te gustan las novelas históricas, pero ésta tiene sexo.

-¿Cuántas relaciones puedes aguantar, Iva Lou? Tienes a la mitad de los hombres de Big Stone Gap en un puño.

-¿La mitad? -se mofa-. Vale, lo aceptaré como un cumplido, cara.

Soy medio italiana, así que Iva Lou insiste en utilizar palabras en ese idioma. Le enseñé algunas frases claves en italiano por si acaso le surgiera algún romance internacional. No fue muy divertido cuando un día Iva Lou se las repitió a mi madre. Me metió en un buen lío.

Iva Lou tiene una meta. Quiere acostarse con un italiano, para decidir si de verdad son los mejores amantes del mundo. Declara: «Los italianos son mi monte Cervino, cariño». Es una pena que no haya muchos por aquí. Las personas que viven aquí son en su mayoría irlandeses, escoceses o inelungeon (personas que son una mezcla de turco, francés, africano, indio y vaya a saber qué más: viven en los valles más altos y se mantienen aparte). Zackie Wakin, el dueño de la mayor tienda de la ciudad, es libanés. Mi madre y yo somos las únicas italianas. Hace cuestión de unos cinco años se incorporó un judío, Lewis Eisenberg, un abogado de Woodbury, Nueva York.

-¿Cómo es que siempre te sientas en el sillín? -me pregunta ]va Lou sin mirarme mientras hojea un libro de viajes.

-Me gustan los tríos.

-Encanto, deja que te diga una cosa. -La mirada de Iva Lou adquiere una expresión distante y mística. Luego su voz adopta un tono ronco y sensual-. Cuando me largue de esta carbonera, y tenga mi gran aventura, te juro que no perderé el tiempo sacando fotos del Circus Maximus. No me interesan los escombros. A mí que me den sangre y carne. Un tío bueno europeo, un macho de hombros anchos. Olvídate de los lugares de interés y apúntame hacia donde están los hombres. Las estatuas no te abrazan, tía. -Después inspira a fondo y suelta un sonoro-: ¡Guau!

Iva Lou se sirve una taza de café Sanka y se ríe. Es de esas personas que se estimulan continuamente. Siempre me ofrece una taza, y yo siempre la rechazo. Sé que el otro vaso de plástico limpio que tiene podría ser el primer paso de un encuentro romántico. ¿Por qué desperdiciarlo conmigo?

-Te encontré el libro sobre testamentos, y aquí tienes el único que encontré sobre la aflicción. -Iva Lou sostiene *Cuando desaparece la aflicción* como si lo estuviese dibujando. La cubierta de querubines y nubes rococó es bonita. Las sonrisas de los ángeles me consuelan-. ¿Cómo lo llevas? Miro el rostro de Iva Lou. Su expresión inocente es la misma de los querubines. De verdad que quiere saber quién soy.

Mi madre falleció el 2 de agosto de 1978, hoy hace un mes. Fue el peor día de mi vida. Tenía cáncer de mama. Nunca pensé que el cáncer acabaría con mi madre y mi padre, pero así fue. Mamá tenía cincuenta y dos años, una edad que de pronto me pareció terriblemente temprana. Sólo tenía diecisiete años cuando llegó a Estados Unidos. Mi padre le enseñó inglés, pero ella siempre lo habló con un acento muy fuerte. Una de las cosas que más echo de menos de ella es el sonido de su voz. A veces la escucho cuando cierro los ojos.

Mamá no se quería morir porque no quería dejarme sola. No tengo hermanas o hermanos. Las raíces de la familia Mulligan son fuertes, pero a estas alturas, las ramas están casi muertas. Mi madre nunca hablaba de su familia de Italia, así que di por hecho que habían muerto en la guerra o algo así. La única pariente que me

queda es mi tía, Alice Mulligan Lambert. Es un hueso. Su marido, mi tío Wayne, se ha pasado la vida intentando no enfadarla, pero ha fracasado. La tía Alicia tiene la cabeza pequeña y los labios finos. (Es un combinación terrorífica.)

-Voy a fumarme un pitillo, cariño.

Iva Lou se baja de la furgoneta con dos tazas de café y los cigarrillos. En menos de quince segundos, Kent Vanhook sale de su taller, limpiándose las manos con un trapo. Iva Lou le da a Kent el vasito de plástico, que parece diminuto en sus manazas. Fuman y toman café. Kent Vanhook es un cincuentón de buen ver, alto y tranquilo. Se parece mucho al gran Walter Pidgeon con menos pelo. Mientras se ríe con Iva Lou, parece como si se quitara veinte años de encima. La esposa de Kent es una diabética que no sale de su casa y que se queja de todo. Lo sé porque le llevo la insulina una vez al mes. Pero cuando Kent está con Iva Lou, no para de reír.

Me gusta estar sola en la biblioteca ambulante. Me da la oportunidad de examinar los libros nuevos. Hago una pila y después repaso los viejos. Cojo mi favorito de siempre, El antiguo arte chino de la lectura facial, y pienso en mi padre, Fred Mulligan. Cuando falleció hace trece años, creí que lo lloraría, pero no ha sido así. No estábamos muy unidos, pero no fue porque no lo intentara. Que yo recuerde, siempre me miró como quien mira a través del cristal de un frasco de mermelada para ver si queda algo dentro. Durante la adolescencia me pasaba las noches llorando por su culpa hasta que un buen día dejé de esperar que me quisiera y el dolor desapareció. Así y todo, permanecí a su lado cuando cayó enfermo. De repente, mi padre, que siempre se había mantenido apartado de los demás, era igual que todo el mundo. Sufría y la muerte era inevitable. El sufrimiento le dio un poco de humildad. Es triste que mis mejores recuerdos de mi padre corresponden a cuando estaba enfermo. Fue entonces cuando pedí prestado por primera vez el libro del arte chino de leer los rostros.

Me dije que si podía leer el rostro de mi padre, sería capaz de comprender por qué era tan malvado. Tuve que estudiar mucho. El rostro de papá era cuadrado y anguloso: la frente rectangular, las mandíbulas afiladas, la barbilla puntiaguda. Tenía los ojos pequeños (señal de una naturaleza engañosa), la nariz bulbosa (señal de dinero en la etapa adulta, cosa que tenía como propietario de la farmacia), y no tenía labios. Bueno, los tenía, pero los mantenía apretados y eran como un trazo gris. Eso es la señal de crueldad. Cuando miren las noticias en la televisión, fijense en la boca del presentador. Les garantizo que ninguno de ellos tiene labio superior. No se progresa en la tele siendo agradable con la gente.

A lo largo de estos cuatro años mi nombre es el único que aparece en la tarjeta de préstamo del libro de la lectura de rostros. En una ocasión, cuando fui a Charlottesville para comprar medicamentos, intenté hacerme con un ejemplar. Estaba agotado. No sé cuántas veces Iva Lou ha querido regalármelo. Dice que puede justificarlo como libro extraviado. Pero no he querido aceptarlo. Me gusta saber que está aquí, viajando de aquí para allá con nii amiga Iva Lou.

Supongo que los estoy mirando a través del parabrisas, porque ellos me miran a mí. Iva Lou aplasta la colilla con su mocasín Papagallo rosa y regresa a la furgoneta. Kent la observa marchar. Se la come con la mirada, es como si estuviera saboreando el último sorbo de café.

-Perdona. Kent y yo nos liamos a charlar y, bueno, ya sabes.

-Ningún problema.

-¿Otra vez con la lectura de rostros? ¿Todavía no te lo sabes de memoria?

Iva Lou sella las tarjetas de los libros con el meñique levantado.

-Te veo la semana que viene.

Me despido de Kent con un ademán amistoso, para hacerle comprender que no hay absolutamente nada de malo en hablar con la soltera, disponible y dispuesta Iva Lou y compartir un pitillo. Él me sonríe, confiado. Creo que la mayoría de las personas de Big Stone Gap saben que sus secretos están a salvo conmigo. (Dios sabe que no me hace ninguna gracia saber que el alcalde es aficionado a los enemas.) Tengo que hacer una entrega. Le prometí a la señora Mac-MacChesney es el apellido completo- que le llevaría el nuevo medicamento para controlar su presión arterial. Por aquí se la conoce como «Nan manzana» porque no hay nadie que envase mejor la compota de manzana. Su casa está muy arriba, camino de Cracker's Neck Holler. Hay un montón de curvas y recodos para llegar hasta allí, y vuelo por las curvas como si fuera Mario Andretti (otro gran italianazo). El peligro es una constante en las carreteras de montaña; no hay vallas de protección, así que todo depende de lo hábil que seas con el volante y las marchas. Si pierdes la concentración, seguro que acabas cayendo. Una noche de niebla, los hermanos Brightwell perdieron el control de la furgoneta y cayeron por el barranco. Por suerte, los árboles frenaron la caída. Un poli estatal encontró a los chicos a la mañana siguiente colgados de unas ramas como calcetines puestos a secar. Pero perdieron la furgoneta. Al chocar, los muchachos salieron despedidos y ahora el vehículo descansa en el fondo del lago de Powell Valley.

El Gap, o «allá en la ciudad», como lo llaman la gente de las hondonadas, está en el valle. Los pobladores de las hondonadas viven en pequeñas comunidades instaladas en las laderas de las Montañas Azules. No les puedo dar las señas de las casas edificadas allá arriba, pero puedo llevarles hasta allí. No hay carteles indicadores por ninguna parte; hay que conocer el camino. Cuando se sube hasta el pico más alto, se ven los límites de cinco estados: Virginia, Kentucky, Carolina del Norte, Tennessee y Virginia Occidental. Por supuesto, no se pueden ver las líneas divisorias; uno sabe que está mirando a cinco estados porque hay una placa que lo dice y porque nos lo enseñaron en la escuela. Miss Callahan, mi maestra de cuarto grado, se sentiría muy feliz si supiera que recuerdo esta información y que la comparto.

Cada una de las hondonadas tiene su nombre y una historia particular. Las familias encontraron las hondonadas que mejor se ajustaban a sus necesidades y ya no se marcharon nunca más. El lugar donde se asienta la gente dice mucho de cómo es. Éste es el único lugar donde he vivido, salvo los años que pasé en el colegio. Salí de aquí para ir a South Bend, Indiana, donde estaba el Saint Mary's, un pequeño colegio para mujeres. Era lo bastante grande para mí. En cuanto me licencié en farmacia, regresé a casa y me hice cargo de la farmacia. Me necesitaban. Mi padre tuvo que abandonarla porque estaba enfermo, y mamá no podía hacerlo ella sola. No es que fuera una mujer débil; es que no sabía devolver el cambio.

Llegué a Cracker's Neck en un tiempo récord. La casa de los MacChesney se levanta en medio de un claro. Es una casa de piedra cuadrada con cuatro chimeneas. Los fuegos de los hogares huelen mucho mejor en las casas de piedra, y la señora Mac siempre tiene uno encendido. Aparco y luego espero a que los perros me rodeen. Tenernos centenares de perros salvajes en las montañas, y se mueven en jaurías. La mayoría no están rabiosos, y cuando lo están, los matan. Cuento seis perros oliendo las ruedas. Para hacer tiempo, abro la ventanilla y saco el cartel que me identifica a los clientes. Es un cuadrado de plástico blanco que pone: REPARTIDOR DE MEDICINAS. (Yo pinté el toque artístico: la silueta de una enfermera que corre.) Por lo general, reúno el valor para salir del jeep cuando veo a la señora Mac que mira por la ventana. Lo último que deseo es mostrarme ante los clientes como una cobarde. La verdad es que agradezco que ella vigile mientras abro la puerta y sacó las piernas fuera. Como si nada me preocupara, camino muy erguida a través del patio hasta la puerta principal, lo mismo que Maureen O'Hara en todas las películas que hizo con John Wayne. Maureen O'Hara tiene la cintura baja como yo. Es mi modelo en cuestión de vestuario y coraje. Incluso me peino como ella, el pelo en una trenza larga y sencilla, aunque no causa la misma impresión porque mi pelo es castaño y el suyo de un rojo brillante.

La galería pintada hace poco de color gris se nota impoluta. No se ve ni un solo tronco fuera de lugar en la leñera construida a lo largo de un costado de la casa. Intento no tener favoritos, pero Mrs. Mac y su hogar siempre impecable están a la cabeza de mi lista.

-¡Has tardado lo tuyo! -exclama la señora Mac mientras abre la puerta mosquitera.

-Iva Lou y yo nos entretuvimos charlando.

-Ya me lo figuraba. -La señora Mac señala hacia el hogar-. ¿A que es un buen fuego? Las llamas lamen la parrilla con violentos estallidos amarillos.

-Es el mejor fuego que he visto en toda mi vida -respondo, y no miento.

-Pasa. Tengo tortas de maíz recién hecho.

Sigo a la señora Mac hasta la cocina, una habitación amplia y soleada con las vigas de roble del techo a la vista. Oigo un ruido a mis espaldas. Me vuelvo muy despacio, mientras ruego que no sea otro perro, y miro, primero abajo, y después a la altura de los ojos. No es un perro. Es un hombre. Es el hijo de la señora Mac, Jack MacChesney, en ropa interior, camiseta y calzoncillos largos de color rojo desteñido que se le pegan al cuerpo como un leotardo. Nos miramos el uno al otro, y nuestros rostros adquieren el color de las prendas antes de que se destiñeran: rojo sangre.

-Por todos los santos, Jack. Ve a ponerte algo encima -le ordena su madre.

-Sí, señora -le contesta automáticamente-. Buenos días, Ave María -me dice a mí, y se va.

No puedo evitar mirarle mientras se va. Tiene un culo precioso. Se lo envidio. Me estiro la chaqueta para que me tape mi culo chato.

La señora Mac y yo cruzamos la cocina para acercarnos a la mesa enorme que está junto a las ventanas. Me sirve una taza de café negro muy caliente que huele a

gloria. Me acerca la jarra de crema fresca y la azucarera llena de azúcar blanco como la nieve. Me sirvo las dos cosas.

-Dime, ¿qué pasa en la ciudad? -pregunta Mrs. Mac.

Tiene el rostro de montañesa: la nariz recta como trazada con un tiralíneas, brillantes ojos verdes, labios con la forma del arco de Cupido y las mejillas rosadas y tersas. Salta a la vista que fue una mujer muy hermosa en su juventud y todavía lo es.

-¿El «Nan» es abreviatura de algo? -le pregunto.

-¿Qué? ¿Te refieres a mi nombre? -Mrs. Mac corta en triángulos las tortas de maíz que están en la sartén de hierro-. Mi madre se llamaba Nan. Mi segundo nombre es Bluebell [Campánula] porque aquel campo estaba cubierto de ellas cuando nací. -Señala con la espátula a través de la ventana el campo que está detrás de la casa.

-Nan Bluebell. Es bonito. ¿Cuál era su apellido de soltera?

-Vaya, si que estás preguntona esta mañana. Gilliam. Nan Bluebell Gilliam.

-Me gusta -afirmo, y tomo un trago de café.

Jack aparece en el umbral. Se detiene durante un segundo, como si quisiera evaluar la situación, o quizá no quiere interrumpir nuestra charla. En la ciudad lo conocen como Jack Mac. Mide un poco más de un metro ochenta pero parece más bajo porque es puro cuello y torso. Tiene el rostro redondo y suave, con una barbilla firme, las cejas finas y rectas, y los ojos color avellana. Sus labios son simétricos -el superior y el inferior armonizan (algo muy poco frecuente)- y la nariz sintoniza con su rostro; es una nariz fuerte, que no se quiebra donde se une entre los ojos sino que se proyecta como una cuña. La línea de la mandíbula es firme, señal inequívoca de que busca lo que quiere y lo consigue. Jack Mac ahora se ha vestido con una camisa de franela y unos vaqueros viejos. Tiene el pelo mojado, gris y ralo a la luz del sol. Jack Mac y yo tenemos la misma edad, pero parece mucho más viejo. No creo que dijera dos palabras en los cuatro años del instituto; es uno de esos tipos callados.

La señora Mac le sirve una taza de café.

-Siéntate, jovencito -le dice con mucho cariño-. Le preguntaba a la señorita Ave, aquí presente, lo que pasa en la ciudad.

-Jack Mac tendría que saberlo mejor que yo. Después de todo, los músicos siempre están a la última.

-Eso crees, ¿eh? -replica Jack Mac y se ríe-. Tú eres la gran directora, la que está a cargo del flujo de información.

Jack Mac se refiere a mi «trabajo» (voluntario, por supuesto) como directora de nuestra comedia musical al aire libre: El sendero del pino solitario. Una historia de amor montañés, o por lo menos eso dicen los carteles. La obra la estrenamos hace dieciséis veranos. Hay mucha gente por aquí con un gran talento para la música y el teatro, así que las autoridades locales decidieron sacarle partido. Llegamos a la conclusión de que el turismo sería un buen negocio alternativo si cierran las minas de carbón. La representación al aire libre atrae audiencias de nuestro estado y los vecinos.

-No quiero decir nada -contesto con un tono de advertencia-, pero hay una tal Sweet Sue Tinsley que se muestra muy cariñosa con cierto picador que toca en la orquesta.

-Dios mío, Jack, ¿todavía estás saliendo con esa flacucha? -La señora Mac enarca las cejas, enojada.

-Mamá, estoy orgulloso de decir que sí -responde Jack y me guiña un ojo.-Esa chica no está hecha para levantar pesos. -La señora Mac me mira y me calibra; es obvio que soy una chica hecha para levantar pesos.

-Escuche, señora Mac, me parece que se muestra usted un tanto posesiva con su único hijo. Estoy segura de que usted llegará a querer a Sweet Sue -digo, para dar por concluido el tema.

Jack Mac me mira, aliviado.

La señora Mac se embarca en una larga parrafada sobre no sé qué problema con las cloacas en las hondonadas que motivó un artículo en el Post. A mí me resulta difícil leer nuestro periódico local porque está lleno de faltas de ortografía. La ortografía es una de las cosas que se me da muy bien, así que me molesta que no sea correcta.

Jack Mac come todo lo que su madre le sirve: huevos, sémola de maíz (la suya es casera y tiene un color amarillo claro, muy distinta de la que venden en los supermercados), panceta ahumada, miel y Dios sabe qué más. Para ser un montañés, tiene buenas maneras. Casi delicadas, y no importa lo que diga su madre, él la escucha atentamente, como si todo lo que dice fuera muy importante. ¿Qué clase de vida llevan ambos en Cracker's Neck? Me pregunto cómo se las apaña para escabullirse cuando quiere ver a Sweet Sue, cómo se las arregla para pasar la noche fuera de casa, qué le dice a su madre. Éste es uno de los obstáculos a los que se enfrenta el hijo adulto cuando vive con sus padres. Yo pasé por lo mismo hasta hace un año, así que sé que es duro. Quizá baja y se queda con Sweet Sue cuando los hijos de ella están con su padre los fines de semana alternos. Tal vez hacen el amor en el coche aparcado en alguna carretera solitaria, como la de Strawberry Patch, o arriba en Huff Rock, donde van los adolescentes. O quizá van a algún hotel de Kingsport, Tennessee, donde nadie los reconocería.

-Ave María, ¿te estamos perdiendo? -dice la señora Mac mientras me sirve otra taza de café.

Me han pillado; me sonrojo, y ambos se dan cuenta.

-Estaba soñando, mamá -opina Jack.

-No, no. Estaba pensando en la farmacia. Ya sabéis cómo se pone Fleeta cuando tardo demasiado en aparecer.

Jack Mac se levanta como un caballero cuando me pongo de pie.

-Venga, siéntate -le digo a Jack, un tanto avergonzada por su caballerosidad-. Se te enfriará la comida.

-Acompáñala, Jack -dice su madre.

-Gracias por el café. No se olvide de decirme cómo le sientan las nuevas pastillas que le ha recetado el doctor Daugherty

-Lo haré, cariño -me promete mientras hace un gesto de des pedida con la espátula-. Venga, marchaos.

Jack Mac pone mucho cuidado en dejarme pasar primero por las puertas. Cuando llegamos a la puerta mosquitera se produce una situación un tanto embarazosa porque llegamos al mismo tiempo, y nuestras manos se rozan cuando él la abre.

-Para ser un minero tienes las manos muy suaves -comento. Él sonríe. ¿Por qué diablos he tenido que decir eso? Ahora estoy en la galería, y él permanece en el umbral. Tiene los hombros tan anchos que llenan el marco. Levanta una mano y pulsa el resorte de la puerta como si fuera una cuerda de guitarra.

-Te equivocas. Toca las yemas. -Jack Mac estira la mano derecha y con la izquierda sujeta mi mano y roza las yemas de mis dedos contra los suyos.

-Tienes callos.

-De la guitarra.

-Has estado ensayando.

-Tengo que hacerlo. Pee Wee Poteet y yo mantenemos una competición secreta. Guitarra contra violín.

-Creo que tú ganarás.

-¿Cómo lo sabes?

-Anoche su mujer le aplastó los dedos con la puerta del coche. Tuve que llevarle unos calmantes.

-Pobre Pee Wee.

-No fue un accidente. Su mujer tuvo un ataque de celos y fue a por él... -Me interrumpo. Le estoy revelando a este hombre cosas confidenciales. ¡Nunca le cuento a nadie cosas confidenciales!

-Me gusta tu perfume.

-Se me ha pegado el perfume de Iva Lou -le contesto, poniéndome como la grana (la maldición de las chicas demasiado blancas).

-Me da lo mismo de quién sea, es muy agradable.

Bajo los escalones hasta el patio. Me rondan los perros.

-¿Alguno de estos perros es tuyo?

-No. Son todos salvajes. -Jack Mac se ríe-. En esta época del año, cuando no llueve y las hojas se secan, se asustan porque no encuentran agua. Saben que soy muy blando.

Miro a los perros, y por un momento casi me gustan, con sus ojos de mirada tierna y las lenguas rosadas.

-No les tendrás miedo, ¿verdad?

-¿Yo? No, qué va. A mí no me asusta nada. -Supongo que no ve que soy invencible, como Maureen O'Hara.

Mientras camino hacia el jeep, Jack Mac me grita:

-¡Eh, Ave María! ¿Qué te parece mi camioneta nueva? Jack Mac señala hacia un claro junto al cobertizo. Su camioneta Ford 1978 resplandece al sol como un hierro al rojo.

-Es una belleza -le grito.

-Completamente equipada.

-Fantástico. -Le digo adiós con la mano y subo a mi jeep.

En el trayecto de regreso a la ciudad pienso en cómo todo lo que tienen los MacChesney se ve limpio y reluciente.

Me encuentro con un atasco en el centro de la ciudad. Todo el mundo está trabajando. Además, hoy es el último día para pagar las facturas del gas y la electricidad. Me encanta el bullicio ciudadano. Zackie Wakin, un libanés robusto que de vendedor ambulante se ha convertido en empresario local, está colocando percheros en la acera delante de su tienda. Mide un metro cincuenta de estatura, tiene la piel color café con leche y los labios carnosos (señal de generosidad). Siempre me ha gustado el rótulo de la tienda: TIENDA DE OPORTUNIDADES ZACKIE. ROPA Y TODO LO DEMÁS PARA TODA LA FAMILIA. No miente. Tiene de todo: desde tostadoras a zapatos dorados. (Lo sé porque una vez necesité un par de zapatos dorados para asistir a una convención de farmacéuticos, y ¡él los tenía!)

-¡Señorita Ave! -Zackie me hace una seña para que me acerque. (Tiene la pinta de un jeque de las películas, pero habla como todos nosotros.) -¿Otra venta callejera?

-Por supuesto. Tengo que hacer lugar para la mercadería de otoñó. La semana que viene me llega un pedido de botas Frye. Lo tendrá presente, ¿verdad?

-Vendré a comprar un par -le prometo.

Zackie sonríe complacido. El hombre es un vendedor nato.

No hay sitio para aparcar delante de la farmacia, así que aparco en doble fila en el callejón y dejo las llaves puestas en el jeep por si alguien tiene que salir. Veo que Iva Lou sigue en la gasolinera, y que Kent está sentado con ella dentro de la furgoneta. (Progresamos.) Observo la fachada de mi edificio antes de entrar. La pintura de los marcos de la ventana y la puerta está desconchada, faltan trozos del enlucido y algunas de las letras del cartel luminoso no se encienden. Me despreocupé del mantenimiento cuando mamá cayó enferma. Por fortuna, a mis clientes no les importan los adornos: siempre estoy ocupada.

Fleeta Mullins, mi única empleada y la mujer más flaca de la ciudad, fuma un cigarrillo tras otro detrás del mostrador. Nunca he visto a Fleeta sin un cigarrillo en la mano, por muchas conversaciones que hayamos tenido sobre lo perjudicial que es el tabaco para la salud. Detecto el comienzo del enfisema en la tos, pero ella se niega a dejarlo. Sólo tiene cincuenta años, y sin embargo, se le ve el rostro ajado y la piel llena de pequeñas arrugas.

-Hola, Ave María -ladra.

-Bonito peinado, Fleeitsie -contesto, y no miento; acaba de salir de la peluquería.

-Les pedí que me peinaran como Jeanne Pruett. -Fleeta se toca suavemente los rizos aplastados-. Ojalá también pudiera cantar como ella.

-Cantar no lo es todo. Estoy segura de que es incapaz de recitar los nombres de todos los luchadores de la federación mundial.

-En eso tienes toda la razón.

-Una mañana a tope. -Descargo la caja registradora.

-Necesito declarar una moratoria en este maldito asunto de las alcancías -protesta Fleeta-. No puedo marcar las ventas en la caja sin tirar alguna.

No le falta razón. Nuestro mostrador está cubierto de frascos con una ranura en la tapa. Los chicos los traen de la escuela para recolectar dinero para las cosas más increíbles. Les pegan sus dibujos escolares a modo de etiqueta y escriben sus

nombres y un lema. Ahora mismo la competición es cada vez más dura para ver quiénes salen elegidos como príncipe y princesa de Halloween en la escuela primaria, y como no quiero favoritismos, cualquiera puede venir con su alcancía y dejarla en el mostrador. Teena Lee Ball, una preciosa chiquilla de segundo de primaria, está junto a la caja. Teena Lee mira a Fleeta y se lo piensa dos veces antes de pedirle un favor, así que se vuelve hacia mí.

-Miss Mulligan, mi madre dice que ponga usted mi alcancía en el mostrador porque nosotras somos cuentas.

-Tu madre es una mujer inteligente, y tiene razón. Es lo que se llama comercio recíproco. Deja tu alcancía en el mostrador. ¡Quizá logremos reunir un millón de dólares para tu campaña!

Teena Lee sonríe y muestra el hueco donde tendrían que estar los incisivos. Deja el frasco delante de los demás y se marcha.

-Eres demasiado blanda. Deja que yo me ocupe de los chicos. Si no fuera por mí, la gente abusaría continuamente. Le diré a esos malditos chicos que lleven las alcancías al Piggly Wiggly. Nosotros no tenemos espacio; ellos sí. Tienen tres cajas. Nosotras sólo tenemos una.

Cojo uno de los frascos.

-¿El chico de los Coomer consiguió su riñón?

-Creo que en el periódico publicaron que lo había conseguido.

Destapo el frasco del hijo de los Coomer y vuelco las monedas en la cesta del desfile de Marzo.

-Lew Eisenberg quiere que vayas a verlo a su oficina. Ah, por cierto, renuncio.

-Bromeas.

-Ave, cariño, estoy harta de la gente. Quiero ocuparme de mi casa y ver la televisión. A Portly le han dado la pensión. Ha llegado el momento de disfrutar de la vida.

Es obvio que Fleeta se ha negado a aceptar el hecho de que su marido cobrará la pensión de la compañía carbonera porque está enfermo. No es algo digno de celebrar.

-No quiero que te vayas. -Mi tono es lastimero, no suena para nada al tono de un patrón.

-Lo superarás. Todavía no he conocido a nadie que sea irreemplazable.

-No será lo mismo.

-Ha llegado la hora del cambio -anuncia Fleeta como un filósofo griego.

Cambio. ¿Por qué esa palabra me produce escalofríos? La oficina de Lew Eisenberg está junto a la farmacia, en Main Street. Me inquieta entrar allí: el lugar está atestado. Inez, la esposa de Lew, es su secretaria. Se conocieron cuando Lew vino para ocuparse de unos asuntos legales de la Westmoreland Coal Company. Inez acababa de salir del instituto. Tuvieron una aventura y ella quedó embarazada. Lew actuó correctamente y se casó con ella. (Bueno, quiero decir que fue lo correcto para Inez.) -Está adentro -dice Inez sin mirarme.

Inez todavía tiene un rostro bonito, pero ha engordado unos cincuenta kilos desde que se casaron. Para ella es muy frustrarte, porque era famosa por su figura cuando era animadora. Ahora está siempre a dieta. Vive a base de batidos, galletas

y barritas dietéticas (en la farmacia tengo de todos los gustos), pero no le han servido para nada.

Lew está sentado detrás de su escritorio, fumándose un cigarrillo. Su cabeza de calabaza se ve enorme sobre su cuerpo esquelético. Tiene los ojos pequeños, color castaño, usa gafas con los cristales muy gruesos, y tiene un hueco entre los incisivos (los chinos los llaman dientes de la suerte). Hace tiempo que no veo el hueco; Lew sonríe cada vez menos.

-¿Quieres café, té, una gaseosa? -me pregunta Lew.

Siempre parece ansioso, pero eso no le hace desagradable:. Se ve enseguida que es un encanto.

-No, gracias.

Lew parece aliviado porque yo no quiera nada; cuanto menos tenga que tratar con Inez, mejor. Cierra la puerta y se sienta en una silla a mi lado. Nunca antes ha hecho tal cosa.

-Tenemos que hablar. -Permanece callado durante unos segundos, que a mí me parecen muchos más. Se levanta y se pasea por la habitación-. He terminado con el papeleo de tu madre. El testamento. La casa, la farmacia, el seguro de vida, todo es para ti. En lo que respecta a esa parte, he hecho mi trabajo. Sólo queda una cosa pendiente. -Se detiene junto a la ventana y separa las láminas de la cortina veneciana.

Se oye el crujido de una de las tablas del suelo al otro lado de la puerta; suena como cien kilos que anduvieran de puntillas. Intercambiamos una mirada. Lew enciende la radio para que nadie nos escuche -Inez tiene fama de fisgona- y vuelve a sentarse a mi lado.

-Hay una carta.

Me entrega un sobre grande. Va dirigido a mí y a la atención de Lewis Eisenberg. En la esquina superior izquierda pone: «De parte de Fiametta Vilminore Mulligan». Soy de esas personas que abren su correspondencia en cuanto la sacan del buzón, así que rompo el sobre y despliego la carta. Veo que es la letra de mi madre. (La carta está escrita en inglés; doy por hecho que lo hizo porque Lew también tenía que leerla.)

*Mi querida Ave María: Cuando leas esta carta, ya no estaré contigo. Hay cosas que nunca te dije de mí misma. Lo intenté muchas veces. Pero después, me lo pensé mejor y decidí guardar silencio. Lo primero que debes saber es que tú eres la cosa más maravillosa de toda mi vida.*

En estos momentos, el corazón me late con tanta fuerza que se mueven los botones de mi camisa. Miro a Lew, que ahora está tendido en el suelo. Fuma con la mirada fija en el techo.

-¿La has leído, Lew?

-Sí. No te preocupes por mí. Procuro aliviar la espalda.

*Era una muchacha muy feliz cuando tenía diecisiete años. Trabajaba como costurera en el taller de mi padre, en Bérgamo. Mi madre era hermosa y mi padre*

*un hombre muy respetado. Había un muchacho que solía pasar por el taller. Se llamaba Mario Barbari, hijo de una buena familia de Schilpario, un pequeño pueblo en las montañas. Era muy guapo y me hacía reír. Un día, mi padre tuvo que ocuparse de unas ventas en Schilpario. Le rogué que me llevara con él. Confiaba en que vería a Mario, y la suerte quiso que así fuera. Después de hablar con sus clientes, papá decidió quedarse para jugar una partida de cartas. Mario se ofreció para mostrarme el pueblo. Me llevó a la iglesia, al molino de agua, a la escuela. Tenía la sensación de que le conocía de toda la vida. Aquel día me enamoré.*

-¿Puedo tomar un vaso de agua, por favor?. Me cuesta tragar.

Inez entra con el agua. Lew y yo intercambiamos una mirada. Inez se va.

*Mario vino a Bérgarno a verme. Mi padre se enteró de nuestra amistad y me prohibió que lo siguiera viendo porque yo era demasiado joven para tener un novio formal. Hice lo que nunca haría una buena hija: desafié su prohibición y me escapaba para verle. Era muy feliz cada vez que nos encontrábamos. Compartíamos unos momentos llenos de alegría. Tenía muy claro que deseaba pasar el resto de mi vida a su lado. Hicimos planes para fugarnos. El se encontraría conmigo en la estación de Bérgamo y tomaríamos el primer tren con destino a Milán. Esperé y esperé pero él no apareció. Llegó un mensajero con una carta de Mario en la que me explicaba que no podía venir. Yo iba a decirle a Mario que te estaba esperando a ti para que nos casáramos inmediatamente. Estoy segura de que él no sospechaba mi estado, o no hubiera faltado a la cita.*

*Era consciente de que debía marcharme si no quería que la deshonra manchara mi casa. Recordé que teníamos una prima en el lago Mayor. Compré un billete para ir allí, confiada en que ella me acogería. Cuando llegué, no di con el paradero de mi prima. No tenía dónde ir. Tenía el corazón roto. Pero pensé en ti. Tenía que cuidar de ti. Entonces, me sucedió algo muy afortunado. Volví a la estación. Me senté sola en un banco. Me quedé dormida. Cuando me desperté, había una señora hermosa sentada a mi lado. Nunca olvidaré su aspecto. Era alta, delgada y vestía un abrigo azul. Los botones eran gemas azules, y en la cabeza llevaba un precioso sombrero de terciopelo azul con plumas de faisán y unas diminutas estrellas doradas. Tenía la tez de melocotón; olía como las flores. Me ofreció un bollo. Estaba hambrienta. Lo acepté. Ella me dijo: «Qué haremos ahora, querida?». «No tengo dónde ir», le respondí. «Por supuesto que lo tienes. Vendrás conmigo. Me voy a Estados Unidos. Tú vendrás conmigo. Cuando lleguemos allí, te buscaremos un trabajo.» Yo tenía mucho miedo. Pero aquella mujer me sonrió y comprendí que me iría bien.*

Me echo a llorar. Lew se levanta y se despereza. Se acerca, me apoya una mano y me da unas palmaditas como a un perro viejo.

*Le pregunté el nombre a la hermosa señora. Me contestó: «Me llamo Ave María Albricci». Le dije que era un nombre muy bonito y se rió. Creía que era demasiado rimbombante. Le juré que cuando naciera mi bebé le pondría su nombre. Ella volvió a reírse. Me preguntó cómo sabía que tendría una niña. Le respondí que lo sabía y*

*ya está. El viaje en barco fue encantador. Ave María tenía un camarote precioso. Los camareros se ocupaban de nuestras prendas. La comida era abundante a pesar de la guerra; sentía que tú crecías sana y feliz en mi vientre. Tardamos cuatro semanas en llegar a Nueva York. Los familiares de Ave María nos esperaban en el puerto. Tomamos el tren para ir a Hoboken, en Nueva Jersey. Ave María compró el Italia Oggi. Leímos las ofertas de trabajo. En aquellos días, los inmigrantes eran mano de obra barata y trabajaban a cambio de la habitación y la comida. «¿Qué es Virginia?», le pregunté a los Albricci. Ellos se echaron a reír. Respondí a un anuncio que decía: «Se necesita costurera. Ciudad minera. Big Stone Gap. Virginia. Buen sueldo».*

Mamá había pegado con celo el recorte del anuncio en el dorso de la carta como prueba de la veracidad de su relato.

*Sabía que este trabajo era una buena oportunidad. Escribí una carta. El caballero que había puesto el anuncio tenía una tienda de vestidos en la ciudad. Me contrató inmediatamente en cuanto leyó mi carta. Por una de esas casualidades, un amigo suyo, otro comerciante de Big Stone Gap, se encontraba en Nueva York para hacer unas compras. Se llamaba Fred Mulligan, de la farmacia Mutual. ¿Aceptaría un acompañante en el viaje a Virginia? Yo me sentía muy feliz. Fred Mulligan vino a verme a Hoboken. Me quedé muy sorprendida. Era joven, como yo. Entendía el italiano porque lo había estudiado en la Universidad de Virginia. Me agradó. Más tarde me dijo que para él había sido un flechazo. La verdad es que sospechó mi estado y sabía que todo sería más fácil para mí si estaba casada. Acepté casarme con él. Fue un matrimonio de conveniencia; yo lo arreglé.*

*Nunca más volví a saber de Ave María Albricci. Le envié muchas cartas a su familia en Hoboken a lo largo de los años, pero el correo me las devolvió todas. Sin embargo, recé por ella todos y cada uno de los días de mi vida, sin olvidarme nunca de su bondad. Cada vez que digo tu nombre, pienso en ella y en cómo me ayudó. Era un ángel.*

*Estoy convencida de que debes saber la verdad. Espero haber tomado la decisión correcta al contártelo todo. Le pedí al señor Eisenberg que esté contigo mientras lees esta carta. Te quiero, hija mía.*

MAMÁ

Pongo el sobre boca abajo y lo sacudo para asegurarme de que no me he perdido nada. Una pequeña foto en blanco y negro con los bordes recortados con forma de orla cae sobre mi falda. En letras doradas está escrito: «Ti amo, Mario». En el dorso, mi madre escribió: «Mario de Schilpario. Italia 1942». La foto cabe en la palma de mi mano. El hombre de la foto aparenta unos diecisiete años. Tiene el pelo negro y el cuerpo esbelto. Se ríe. Éste es mi padre.

Inez abre la puerta.

-Ave, te necesitan en el instituto. Ha ocurrido un incidente. -Las tablas del suelo crujen cuando Inez se acerca.

-Ave, tienes que ir a al instituto. Ha llamado el director. -La voz de Lew me devuelve a la realidad-. Necesitan al grupo de rescate.

Además de ser la farmacéutica, soy la jefa del grupo de rescate. El doctor Daugherty me embarcó en el puesto hace un par de años. Somos el equipo voluntario de atención de emergencias. El equipo lo formamos el jefe de bomberos, Spec Broadwater, y yo. Nos ocupamos desde accidentes de coches hasta sacar botones de las narices de los niños, y una vez incluso resucitamos al gato de Faith Cox.

-Spec te está esperando afuera -dice Inez, un tanto impaciente.

Spec está embutido en el asiento del conductor de la unidad de rescate número uno, una familiar blanca con una franja naranja. No sé por qué lo llaman Spec; es todo lo contrario a una mancha, es un gigante, el hombre más alto de Gap, con su metro noventa y cuatro de estatura. Subo al coche. Electa sale corriendo de la farmacia y me alcanza el botiquín de emergencia a través de la ventanilla. Spec acelera tan bruscamente que casi le arranca la mano a Fleeta. Oigo cómo ella le maldice mientras nos alejamos. Spec saca la mano por la ventanilla y sujeta la sirena y el faro azul en el techo del coche.

-Problemas en el instituto. -Spec me ofrece un cigarrillo. Debo tener pinta de necesitarlo. Tengo la cara hinchada de tanto llorar.

-No es bueno para ti, Spec.

-Me automedico. Cuando descubran una manera sana para calmar mis nervios, lo dejaré.

El instituto secundario de Powell Valley es un bonito y flamante edificio de ladrillos vistos construido apartado de la carretera principal, en medio de un campo muy grande. Es la joya de esta ciudad, edificado con el dinero del plan contra la pobreza de finales de los sesenta. Spec se salta todas las ordenanzas de tráfico y se mete por el camino de coches en contradirección.

-El problema está en el ala oeste -explica.

El director, Dale Herron, nos recibe en la puerta del instituto. Los chicos lo llaman Lurch[1]. Entiendo más o menos la razón: tiene los hombros caídos, la cabeza echada hacia adelante y se bambolea al caminar. Lurch nos lleva hasta los lavabos de los chicos. En el edificio reina un silencio absoluto.

-¿Dónde están los alumnos? -pregunto.

-En el auditorio -contesta el director-. Miss Mulligan, creo que usted debe esperar aquí.

-Yo me ocuparé de esto -dice Spec, y me palmea como a un pequinés.

Los hombres entran en los lavabos. Pasan unos minutos. Escuchó el murmullo de su conversación. Por fin, salen los dos.

-Vamos -ordena Lurch, señalando hacia el auditorio que está al otro extremo del vestíbulo.

---

[1] **«Sacudida», «bamboleo». (N. del E.)**

Seguimos al director, que está furioso, y entramos en el auditorio. No hay ni un solo asiento vacío. Los profesores están formados a lo largo de los pasillos laterales como centinelas. Se oyen algunos murmullos. En el escenario está el atril y dos alumnos que no dejan de moverse en sus sillas: el presidente de la asociación estudiantil, un joven con el pelo largo con un corte renacentista, y la secretaria, una chica regordeta con gafas. Lurch sube al escenario.

-Buenas tardes, alumnos. El saludo es para el noventa y ocho por ciento de ustedes, que son chicos respetuosos de la ley. Ya me ocuparé del dos por ciento restante dentro de un minuto. He convocado esta reunión de emergencia para comunicarles que hay un psicópata entre los presentes. Hay un cartel colgado fuera del auditorio que dice: UNIDOS VENCEREMOS, DIVIDIDOS PERDEREMOS. Las travesuras y fechorías de un pequeño grupo provocarán el sufrimiento de todos. Mike, Brownie, traed la prueba.

Dos alumnos abandonan sus asientos en primera fila y desaparecen entre bambalinas. Reaparecen en menos de un minuto por uno de los laterales del escenario. Mike es un chico bajo rubio platino. Le conozco. Es el base de nuestro equipo de baloncesto. El otro es un retaquito: el diminutivo le sienta a la perfección. Vienen cargados con un saco de grandes dimensiones.

-Volcadlo -ordena el director.

Los chicos vacían el contenido del saco. Los trozos de porcelana blanca caen sobre el escenario con gran estrépito y se forma una nube de polvo. Después cae la tapa del inodoro intacta, lo que confirma mis sospechas.

-Esto es lo que ha hecho alguno de los que están sentados en este auditorio. Ha destruido una propiedad pública. Ha cometido un delito con intenciones malignas. ¿Cómo? Pues colocando un sofisticado aparato explosivo en uno de los inodoros del lavabo de los chicos del ala oeste.

Se oyen algunas risitas nerviosas.

-Esto no es gracioso. -Lurch mira a los estudiantes en un intento por identificar a los que se han reído. Golpea el atril con el puño-. Algún pobre muchacho podría haber estado sentado en aquel inodoro cuando voló hecho añicos. Os pregunto, ¿qué hubiera pasado entonces?

-Jesús -murmura Spec.

-¿Alguien resultó herido? -le pregunto en voz baja. Spec no me hace caso.

-Estoy asustado -afirma una voz profunda detrás de mí. -Tienes que estarlo -replico-. La sala de profesores es el próximo objetivo.

-¿Cenamos esta noche después de la función?

-Encantada.

La voz profunda del caballero que será mi acompañante de esta noche pertenece a mi mejor amigo, el director de la banda y el coro del instituto de Powell Valley, Theodore Tipton, natural de Scranton, Pensilvania. De vez en cuando, las empresas mineras o la escuela contratan a alguien del mundo exterior, e inevitablemente cuando llegan son un revulsivo. Theodore resucitó la banda y al mismo tiempo dio renovados bríos a las líbidos de todas las mujeres de la ciudad. («Es un tío bueno -afirma Iva Lou relamiéndose cada vez que lo ve-. El tío hace cantar a los Levi's.») Theodore también interpreta a Red Fox el predicador en nuestra obra al aire libre.

Nos hicimos amigos hace nueve años, cuando se presentó para un ensayo y yo lo acepté en el acto. Tuve que hacerlo. La lectura de su rostro me dijo que era leal, sincero y terriblemente protector. Sabía que si le daba el papel pasaríamos muchas horas juntos, y así fue. Su rostro es cuadrado, con las mandíbulas bien marcadas. Tiene la barbilla fuerte, con hoyuelo. Puede parecer fortachón, como un pirata irlandés, o intelectual, como un poeta preocupado. Es alto, con los ojos azules y la barba roja. Aunque lo persiguen todas las mujeres disponibles de la ciudad (y también unas cuantas casadas), pasa conmigo la mayor parte de su tiempo libre. Somos «extranjeros» -a mí también me consideran una extranjera, aunque nací aquí, porque mi madre lo era-, pero eso no es más que lo primero que tenemos en común.

El director acaba su discurso a los presentes con un par de amenazas más a los estudiantes. Si el culpable no aparece, jura que quitará las zonas de fumar. La amenaza hace gemir a los alumnos. La secretaria de la asociación estudiantil coloca en el atril una caja de zapatos que pone ANÓNIMOS en un lateral. Lurch informa a los chicos que colocarán la caja en el gimnasio para aquellos que puedan aportar una pista sobre el incidente en los lavabos. Despide a los alumnos. Los chicos se levantan. A medida que salen ordenadamente, la mayoría saluda a Theodore. Es muy popular y lo respetan, algo que dice mucho en pro de la reputación de un profesor.

Sólo una estudiante se detiene para hablarme: Pearl Grimes, una adolescente encantadora con problemas de peso. Muchas veces la veo contemplando el escaparate de la farmacia. La cojo del brazo y cruzamos juntas el vestíbulo.

-Otra vez estoy llena de granos -me dice, meneando la cabeza apesadumbrada.

-Tengo algo para eso. Ven a la farmacia.

-De acuerdo. -Se encoge de hombros. No me cree.

-¿No sabes que cuantos más granos tengas ahora, menos arrugas tendrás después?

La pregunta la hace sonreír. Su rostro, con forma de corazón, y la frente despejada, me dice que es emotiva y justa. La nariz es pequeña y un tanto respingona. Tiene las mejillas redondas -las mejillas de un monarca-, lo que indica que sabe gobernar.

Pearl desaparece en la marea de estudiantes. Theodore me coge del brazo.

-Te acompaño hasta el coche.

-Por supuesto.

-¿Qué hay de nuevo?

-Soy una bastarda.

Theodore se ríe y consigue que yo también me ría.

-¿Qué has hecho? ¿Has pillado a algún ladrón en la farmacia o algo por el estilo?

-No. No me he portado como una bastarda. Me refiero a la definición literal.

-¿Qué?

-Hoy acabé con los trámites del testamento de mamá. Me dejó una carta. Fred Mulligan no era mi padre.

Theodore está sorprendido pero mantiene la calma para no molestarme. Lo sabe todo de Fred Mulligan y de mí. Cuando le contaba todas aquellas historias, siempre

parecía dispuesto a matar a cualquiera que intentara hacerme daño. Esta nueva información le sorprende.

Me acompaña hasta la puerta principal, donde está el coche con Spec sentado al volante.

-Sube, Ave -gruñe Spec, y enciende el cigarrillo-. Vaya pérdida de tiempo.

-Te veo esta noche -dice Theodore mientras cierra la puerta.

Me toca la mejilla. Miró hacia el segundo piso donde está el laboratorio de ciencias. Pearl Grimes nos mira desde la ventana. Desde allí, con la luz dorada de la tarde, tiene todo el aspecto de una reina que contempla a sus súbditos. Le hago un gesto de despedida. Me sonríe.

## 2

Encima de todo lo demás, el tejado tiene goteras. Necesita una reparación urgente. Los hermanos Otto y Worley Olinger son los chapuzas del pueblo. Tienen una camioneta y se dedican a recoger todo lo que la gente tira. Un día los ves con una vieja lavadora metida en la caja de la camioneta, y otro con un par de traviesas de ferrocarril y una cabeza de oso disecada. Hay muchos que los conocen como los hermanos «¿Usted usa todo eso?», porque es así como te saludan cuando quieren algo de tu patio trasero.

Otto parece ser el mayor. Es robusto y paticorto, con el pelo canoso, y sólo le quedan algunos de los dientes inferiores. Tiene una nariz muy característica: el puente superior está quebrado, una clara indicación de que es hábil con el dinero. Worley es pelirrojo, alto y delgado. Su rostro alargado hace juego con el cuerpo. Nadie sabe la edad que tienen porque no estudiaron en la escuela local. Pero parecen llevar aquí toda la vida.

Me reúno con ellos en el tejado. Subo con un termo con café y galletas para los muchachos.

-Es el momento de hacer una pausa, caballeros -digo, mientras avanzo a gatas.

-¿Qué pasa, miss Ave? ¿Le da miedo la altura?

-Ajá. -Intento no mirar hacia abajo.

Worley me echa una mano.

-No tenga miedo. No la dejaremos caer. En cualquier caso, la tierra es blanda. El otro día me caí del tejado de la oficina de 37 correos mientras arreglábamos un extractor de aire. Aterricé de cabeza. No me hice daño.

-Eso es mentira -interviene Otto-. Yo te sujeté.

-¿Qué tal está el tejado, chicos?

-Los he visto peores -opina Otto.

-Me despreocupé de todo cuando mamá cayó enferma.

-Suele pasar. -Worley se encoge de hombros.

-Creo que tendréis trabajo para todo el invierno.

-No nos vendría mal. Le haremos un buen trabajo -promete Otto.

Permanecemos en silencio durante unos minutos. Nunca he estado antes en el tejado. La vista es muy amplia. El otoño ya está aquí. Las copas de los árboles parecen naranjas y plumas rojas marcando los límites de la ciudad. Lamento no haber traído a mamá aquí arriba. Le hubiera encantado la vista. Meto la mano en el bolsillo del mono para comprobar que llevo su carta. Me las apaño para llevarla a todas partes conmigo aunque no es necesario. (La he leído tantas veces que me la sé de memoria.) Echo de menos que no me dejara instrucciones. ¿Por qué me contó esta historia? ¿Quería que buscara a Mario de Schilpario? ¿O sólo pretendía que comprendiera el comportamiento de Fred Mulligan? Hay tantas cosas en las que pensar...

-Si tuviera un tejado como éste, me pasaría aquí todo el día -comenta Worley.

-A mi hermano no le gusta trabajar.

-No, no me gusta. Me gusta comer y dormir. Trabajar me cansa. Termino muerto y no recuerdo en qué se me ha pasado el día.

-A mí me pasa lo mismo después de todo el día de contar pastillas.

-Usted tendría que casarse, miss Ave. No está bien que las mujeres trabajen tanto.

-Otto, no estoy a la búsqueda de marido, y me gusta mi trabajo, ¿vale? -Lo digo tranquilamente; las preguntas sobre mi estado marital son el pan nuestro de cada día. Todos parecen dispuestos a hacerme saber que, aun siendo soltera, no estoy mal y que desde luego puedo conseguirme un marido.

-No tendría que esperar mucho más para casarse. Se hará de costumbres fijas y entonces nadie la querrá.

-¿Qué pasa si a él le gustan mis costumbres fijas?

-En eso tiene razón, Otto -señala su hermano.

-Alguna vez te has enamorado, Worley?

-No, señora.

-¿Qué dices tú, Otto? Otto no me responde.

-Otto estuvo enamorado de una chica. Lo estabas, hermano, y no me digas que no.

-¿Me ocultas algún secreto, Otto?

-No, señora.

-Entonces, cuéntamelo.

-Tuve un gran amor, pero fue hace muchos, muchos años atrás. Fue en un verano. Yo tenía unos quince años. Mamá me había mandado a la ciudad para que comprara unos botes de cristal. Estaba envasando unas conservas. Al venir para aquí, pasé junto a una caravana. Había un montón de chicos correteando a su alrededor. Me di cuenta de que eran melungeon. Tenían la piel morena y ese aire suyo tan particular. Había una chica. Tenía el pelo negro brillante, peinado en dos trenzas. Recuerdo que las trenzas me parecieron como las guirnaldas que ponen sobre la puerta del banco. Así eran de largas, y tenía los ojos negros congo el carbón. Era menuda, pequeña como una caja de cerillas. Me hizo recordar aquel cuento sobre la niña hada.

-¿Thumbelina?

-Sí. Thumbelina.

-¿Cómo se llamaba tu chica?

-Destry -Otto desvía la mirada al mencionar el nombre-. Es el nombre más bonito que conozco -añade en voz baja.

-¿Qué pasó después?

-Transcurrió el verano. Salíamos a dar un paseo casi todos los días. Me lo pasaba bien, y no veía la hora de estar otra vez con ella. Un día no pudo venir, y la eché mucho de menos. Entonces comprendí que la quería. Resultó ser que su padre había trasladado la caravana a Stonega. Caminé los casi ocho kilómetros que hay hasta allí. Había conseguido un regalo para ella. Mi madre tenía un anillo de plata con una piedra roja. Yo quería tanto a Destry, que le robé el anillo y se lo di.

-¡Qué le parece! -exclama Worley, y se ríe.

-Tenías que quererla mucho para atreverte a robar.

-Eso fue lo que hice, señorita. Eso fue lo que hice.

-Mamá le dio una paliza que lo dejó tonto. Le pegó con una vara hasta que se partió en dos.

-Sí, y después cuando mi padre volvió a casa también me zurró.

Otto mete la piano en el bolsillo. Saca un puñado de papeles arrugados, clavos y un billete de cinco dólares. Busca entre todas estas cosas y encuentra un pequeño anillo de plata. Me lo da.

-Adelante. Pruébeselo.

Me pruebo el anillo.

-Para ser una muchacha grande, tiene usted los dedos pequeños -comenta Worley.

-Es un anillo precioso.

-Muchas gracias, señorita.

-¿Dónde está Destry ahora?

-Está muerta. -Otto exhala un suspiro.

-Esa es la parte triste de la historia -señala Worley. Mira a su hermano con mucho sentimiento.

-Sí, señorita. Murió. Los melungeon enferman con todo; pillan cuanta enfermedad hay por ahí, son débiles, y la palman. Tenía dieciséis años cuando murió. Quise casarme con ella, pero estaba muy grave.

-¿Por qué los melungeon se mueren de las cosas más raras? -pregunta Worley.

-La teoría es que hay mucha endogamia. En las montañas, la gente no se mezcla con el resto de la población. Eso los perjudica. Porque cuanto más cruzado seas, más fuerte es la sangre. Al menos eso es lo que creen los médicos.

-¿De dónde proceden?

-Melungeon viene de la palabra francesa mélange. Significa «mezcla».

-Creía que los melungeon eran las personas de la colonia perdida de Carolina del Norte.

-Esa es otra teoría.

-Cuénteselo, señorita Ave -dice Otto.

-Creo que la colonia perdida es más una leyenda que cuentan en las montañas que un hecho real. Pero la historia dice que un grupo de colonos ingleses desembarcó en la costa de Carolina del Norte cerca de Virginia. Descargaron los pertrechos y

construyeron una colonia. Había un fuerte, jardines, casas, una iglesia, las cosas les iban bien. Pero cuando los barcos regresaron de Inglaterra al cabo de un año, la colonia era una ciudad fantasma. Las camas estaban hechas. Los libros estaban en las estanterías. Las ropas estaban colgadas en los armarios. Pero no había gente. Las personas habían desaparecido. Los buscaron por todas partes, pero nunca los encontraron. Sólo encontraron una pista: la palabra Croatan tallada en un árbol. Algunos creen que la talló un colono antes de que lo secuestraran los indios. Pero no hay ninguna prueba de que sea verdad. Así que un melungeon podría ser una persona que desciende de una mezcla de los colonos con los indios, que se escondieron en estas montañas, y nunca se marcharon. Tu Destry quizás era una descendiente de aquellas personas.

-Todo lo que sé es que nunca amé a nadie más -afirma Otto con tanta firmeza que sé que es verdad.

Los tres tomamos el café en silencio. Todos pensamos en la joven Destry. Otto había tenido el amor verdadero y lo había perdido. Espero que algún día se abra mi corazón y pueda tener un amor como aquél.

El anfiteatro donde se representa *El sendero del pino solitario* lo construyeron junto a la casa de la única persona famosa nacida en esta ciudad, John Fox Jr., autor del libro que inspiró nuestra obra teatral. El señor Fox era un solterón con mucho talento que vivía con su madre y su hermana. El libro, publicado en 1908, fue la novela más vendida en Estados Unidos antes de que apareciera *Lo que el viento se llevó*. Esto es lo primero que te dicen cuando visitas la casa de Fox. La ciudad convirtió la casa en una tienda de regalos, donde venden llaveros, postales y muñecas hechas con mazorcas. Inmediatamente después está el anfiteatro y a continuación la primera escuela, de una sola aula, donde estudió el autor. Los fondos estatales para la rehabilitación todavía no han llegado, así que no se puede entrar, y tienes que mirar el interior a través de la ventana. Los autocares de turistas entran en el callejón sin salida, y los visitantes se ven metidos en una encerrona, donde no pueden hacer otra cosa que gastar dinero. Los turistas entran en la tienda de regalos y comen en el chiringuito del club Kiwanis durante el intermedio.

Me encanta la obra porque durante la adolescencia me pasaba casi todos los veranos entre bambalinas. Mi madre diseñaba y cosía todo el vestuario de los actores. Siempre había algo que remendar o reemplazar, así que mamá y yo nos acercábamos para ocuparnos del problema. Siempre me han gustado los actores, aunque entonces me asustaban un poco con aquellas pelucas, las largas pestañas postizas y las mejillas pintadas de un color rojo vivo. Los actores siempre eran muy buenos conmigo, y una vez incluso me permitieron salir al escenario para agradecer los aplausos del público. Nunca he olvidado la excitación de las candilejas, los focos que iluminaban la pared del fondo y a los músicos en el foso con el suelo cubierto de serrín. Era lógico que algún día creciera y echara una mano. Mazie Dinsmore, la gran directora de la primera temporada, una mujerona con la visión de Cecil B. DeMille, me descubrió muy pronto y me enseñó a dirigir. Comencé haciendo de apuntadora (la persona que se acurruca entre bambalinas y le dicta las frases a los actores cuando se olvidan dónde están o lo que tienen que decir). Era un trabajo

importante, porque más de uno de nuestros actores principales le daba a la botella antes y durante las representaciones. Una noche le apunté una frase a Cory Tress que iba algo bebido y él se volvió hacia las bambalinas y me preguntó: «¿Qué?». La gente se rió muchísimo. Pero esa clase de fallos son escasos. Somos aficionados, pero nos lo tomamos muy en serio. Otra noche, cuando un decorado que representaba una sala de una mansión de Kentucky comenzó a bambolearse y estaba a punto de caer, me lancé al escenario y lo sujeté antes de que aplastara a los actores. Mazie nunca lo olvidó. Juzgó que tenía el coraje necesario para dirigir. Nunca me asustaba. Para ella era uno de los atributos más importantes de un director.

Entre bambalinas siempre reina un caos de chiquillos que corren, músicos que afinan los instrumentos, bailarines que hacen ejercicios de calentamiento y actores que repasan sus textos. Esta es noche de cierre, la última función de la temporada. Es gratis para familiares y amigos de los actores y el personal, así que está abarrotado. Todo el mundo está muy nervioso cuando se trata de una función para la ciudad; en cierto sentido, actuar ante extraños es más sencillo.

La obra trata de una montañesa llamada June Tolliver que se enamora de John Hale, un tipo de Kentucky, que es inspector de una compañía minera. Él coge a esta chica montaraz y la envía a su casa en Kentucky para que su aristocrática hermana Helen se encargue de educarla y convertirla en una dama. Cuando June regresa a sus montañas después de pasar por las manos de Pigmalión, descubre que no encaja. De hecho, incluso es demasiado culta para John, que no se puede creer que se haya transformado tanto. Pero al final lo superan, y admiten que siempre se han querido locamente. Es una historia clásica, y el público siempre pica y se emociona. Mi momento favorito de la obra ocurre en el primer acto, cuando el padre de June, Devil Judd Tolliver, descubre que John Hale está enamorado de su hija de quince años. Intenta volarle la cabeza al inspector de minas. Las frases que dicen son estas:

*DEVIL JUDD: Mi June es demasiado joven para ti.*
*JOHN HALE: No tendrá quince años toda la vida, señor. Esperaré.*

La representación siempre es la misma año tras año, así que lo único

que tengo que hacer es decir: «Tú entras ahora», «Tú quédate allí», «Pon cara de susto cuando dispare la escopeta» y «Nada de goma de mascar». Me limito a seguir las instrucciones del libreto de Mazie. (Cuando murió, dejó estipulado en el testamento que era para el museo John Fox Jr.) Todos y cada uno de los detalles especiales se los debemos a Mazie Dinsmore y su visión teatral. Dispuso que se disparara un arma real en la función y añadió la actuación de un conjunto de músicos y cantantes de country para que hicieran de teloneros. Este espectáculo previo nos distingue de todas las otras representaciones teatrales al aire libre del circuito. Al público le encanta la música tradicional de Kentucky, y por supuesto, no ven el momento de contemplar nuestro famoso decorado de fondo: una pintura del tamaño de la mitad de un campo de fútbol, que es una réplica exacta de la montaña

que se ve detrás. Es precioso al atardecer, cuando estás sentado entre el público y ves un cuadro de la vista real desde tu asiento.

La parte más difícil de la dirección es coordinar los horarios. Como no somos profesionales, todos tenemos un trabajo o dos. Tengo músicos que son mineros y trabajan en el turno de los búhos (desde la medianoche al mediodía), maestros que están ocupados a jornada completa, granjeros que trabajan los fines de semana. Se trata de hacer malabarismos, pero es la cosa más divertida del inundo. Me encanta la música montañesa: el melancólico sonido celta escocés-irlandés de baladas tiernas como Barbara Allen y Poor Wayfaring Stranger. Siempre he creído que me encanta esa música gracias a Fred Mulligan, que era escocés-irlandés. La música era nuestro único vínculo, la única cosa en común que amábamos. Ahora también he tenido que desprenderme de eso.

Theodore entra por la derecha del escenario, vestido para el personaje y con su barba, lo cruza, se baja de él de un salto y viene hacia mí con una expresión preocupada en su rostro. Tenemos una breve discusión por causa del chisme que lleva pegado al pecho y que gotea sangre falsa (le disparan al final de la obra). Pearl Grimes es la encargada del utillaje, así que participa en la discusión.

Mi director escénico blande una plaqueta delante de mi rostro. «Miss Mulligan, estamos preparados para comenzar la función.» Grita: «¡Bailarinas! A sus puestos, por favor». Las bailarinas salen al escenario. Durante el día son majorettes de la banda de música del instituto bajo la capacitada dirección de Theodore. Las majorettes son las chicas más bonitas del instituto, incluso más que las animadoras. Seamos sinceros: el manejo del bastón requiere habilidad; la animación sólo exige buenos pulmones. Por la noche, son mis bailarinas, que relatan la historia a través del movimiento.

No hay bastones en la obra, aunque la capitana de las majorettes, Tayloe Slagle, removió cielo y tierra para incorporarlos. Le expliqué que la fidelidad histórica es el objetivo principal de la representación. No me imagino a los montañeros haciendo girar bastones en una contradanza en 1895.

Tayloe entra por la derecha. Se sitúa en su puesto en el centro del escenario, como si fuera el centro del universo. Bo Caudill, el encargado de los focos, amplía el rayo de luz desde el rostro perfecto hasta abarcar el cuerpo exquisitamente modelado, cubierto con un sencillo vestido rojo de cuello alto y volantes.

Tayloe es corta de talle y de piernas largas, como todas las grandes estrellas de cine. Tiene la cabeza grande y bien formada, la frente alta, que resalta las facciones suaves y pequeñas; la nariz prominente y recta (como Miriam Hopkins), el pelo rubio (como Veronica Lake) y los ojos húmedos (como Bette Davis). Su ceja derecha está siempre ligeramente enarcada en un trazo delicado, que a mí me da la impresión de que se muestra escéptica ante cualquier cosa que se le dice.

Tayloe interpreta a June Tolliver, la ingenua palurda montañesa que se transforma en una gran dama. Se hizo con el papel porque tiene todas las cualidades de una estrella. Es algo que no se puede inventar. Pero desde luego eso no impide que todas las demás chicas de la ciudad intenten desarrollar ese algo. Tenemos chicas que ensayan los bailes hasta el agotamiento, dedican horas y más horas a la vocalización y hacen dieta hasta convertirse en sílfides, pero lo que no

entienden es que esa luminiscencia es innata y no se puede aprender. Tayloe la tiene. Lo único que debe hacer un buen director es explotar lo obvio, así que añadimos un ballet onírico en el segundo acto, con Tayloe vestida con un leotardo rosa claro y un tutú de satén. Las entradas se agotan en un santiamén.

Es nuestra estrella, todas las chicas buscan su aprobación y la imitan. Taylor les da un patrón, es la medida para que se midan a ellas mismas. Se pueden apreciar en las otras sus habilidades y atributos, pero la belleza es algo evidente al momento. Nunca he conocido a una chica (y me incluyo) que no desee ser hermosa, que no rece para que su potencial salga a la luz. Cuando, una chica es hermosa puede escoger, nunca tiene que esperar a que alguien la elija. ¡Hay tanto poder en ser quien elige! Pearl Grimes me toca el brazo.

-Creo que tengo una idea mejor para que mane la sangre. Colocaré un tubo con una pera por la pernera del pantalón del señor Tipton para que la pise con fuerza cuando le disparan.

El verano de 1978 se recordará siempre como el verano de los problemas escénicos. Daba lo mismo la técnica que empleáramos, e incluso llamamos a los tíos de Nueva York para saber cómo lo hacían: nunca fuimos capaces de conseguir que Theodore recibiera el disparo en el momento preciso. La sangre manaba demasiado pronto o demasiado tarde. En cualquiera de los dos casos, destrozaba la autenticidad del momento.

-¿Al señor Tipton le gustó la idea?

-Está muy impaciente.

-La mayoría de los grandes artistas lo son. Miguel Ángel dijo: «El genio consiste en tener una paciencia eterna».

-¿Crees que el señor Tipton es un genio?

-Lo sea o no, tenemos que conseguir que le disparen correctamente para que pueda morir al final de la obra. Ésta es la última función de la temporada. ¿No sería bonito acabar con la muerte en el instante preciso?

-Sí que lo sería.

Pobre Pearl; tiene todo lo que no tiene Tayloe. Tiene un pelo castaño que no es nada bello, los tobillos gruesos y problemas de peso. Sin embargo, tiene las manos bonitas. Por lo general, las chicas bonitas tienen las manos feas. Pero, todo hay que decirlo, no conozco a muchas personas que se fijen en las manos.

-Tayloe está preciosa -afirma Pearl.

-Sí.

-El vestido es muy ajustado.

Me digo que yo nunca me pondría un vestido así. Esa es la diferencia entre Pearl y yo. Ella todavía sueña con llevarlo.

-Pero es una engreída.

Dejo pasar el comentario. No me servirá de nada intentar convencerla de que la belleza surge del interior y que la edad acabará por ajar un rostro bonito. Noto un dolor en la sien izquierda mientras veo cómo la pobre Pearl mira a Tayloe como buscando una respuesta. Confía en que la belleza sea la verdad. Pero ese comentario sin duda lo hizo el padre de alguna hija muy hermosa, no el de Pearl, y mucho menos el mío. Tayloe es una engreída. ¿Y qué? Es Tayloe, y no Pearl, a quien

iluminan los focos. Es Tayloe, y no Pearl, a la que miran y valoran desde todos los ángulos como un fabuloso rubí. ¡Cuánto desea Pearl ser la número uno! Por supuesto, yo podría mentir. Podría decirle que ser la muchacha más bonita de la ciudad no es gran cosa, pero tarde o temprano descubrirá la verdad. Cuando tienes quince años, lo es todo, y cuando tienes treinta y cinco, todavía importa. La belleza es la gruesa raya amarilla en el medio de la carretera de Powell Valley. Lo mejor que puedes hacer, y cuanto antes mejor, es decidir de qué lado estás, porque si no lo haces tú, el mundo lo hará por ti. ¿Por qué esperar el veredicto? Pearl mira el escenario y respira el aire nocturno como quien le da una calada al pitillo. Está haciendo lo imposible por entenderlo, intenta entender por qué Tayloe y no ella.

-Tendrías que revisar si lo tienes todo preparado -le recuerdo-. Están a punto de levantar el telón.

Pearl cuadra los hombros y va a su puesto entre bambalinas con un objetivo. Tener un objetivo es el secreto de las feas. Tener algo que hacer es siempre muchísimo mejor que entretenerse en mirar.

El elenco tiene un aspecto magnífico en el escenario. Han hecho cinco funciones a la semana durante todo el verano, pero todavía les queda marcha. Todavía están entusiasmados con el espectáculo. Les evitaré los detalles de las pruebas y la selección de intérpretes que tienen lugar todos los años de marzo a junio. Digamos que son muy competitivas. No hay nada como el teatro para sacar a la luz las garras y la mala leche de la gente. La gente quiere un papel y ya está. No importa que sean personas de la edad equivocada, que no sepan cantar o bailar. Dejan notas en el jeep, me llaman a casa, me envían pasteles y mermeladas de regalo, hacen lo que sea para conquistar mi favor. No creo que la competencia en Broadway sea más brutal que aquí. Por suerte hay actores que crecen con el papel: el pequeño Bub se convierte en el Gran Bub, que después interpreta a Dave Tolliver; después, a medida que envejece, hace de Bad Rufe, hasta llegar al patriarca Devil Judd. Llevamos haciendo esta obra desde hace tanto tiempo que los actores se saben los textos de todos los demás. Nunca tenernos problemas de sustitución.

Sí que tenemos a una madre pelma: Betty Slagle. La madre de Tayloe ha llegado a hartarme con tantas sugerencias -por supuesto todas en beneficio del lucimiento de su hija aunque estropeen la obra-, así que la convertí en miembro del equipo de vestuario. Ahora está tan ocupada planchando pantalones que no tiene tiempo para darme la lata.

Le hago una señal a las Fox para que abran las puertas. Las Fox son nuestro grupo auxiliar femenino; llevan ese nombre en memoria de John Fox Jr. (por supuesto). Se encargan de vender las entradas, de atender los quioscos y de la venta de recuerdos en el museo Fox durante el intermedio. Son un grupo de jóvenes y sensuales divorciadas y solteras. Hay un sentimiento de fraternidad en sus actividades, y mantienen viva la historia, como reza en sus camisetas ajustadas.

Le indico a la orquesta que interprete la obertura. Jack Mac me guiña un ojo, y le respondo de la misma manera. Ahora compartimos un secreto -lo he visto en calzoncillos- y resulta divertido. Levanta una mano y los chicos comienzan a tocar. Siempre me emociona el sonido de las cuerdas, las notas de las mandolinas tan sencillas y claras. La dulce melodía sale del teatro al aire libre y se dispersa en la

oscuridad. Ocupo mi lugar junto a Bo en la pared del fondo. Da lo mismo la cantidad de veces que he visto el espectáculo. Siempre me asaltan los nervios antes de que levanten el telón. Miro al público que ocupa sus asientos. Iva Lou Wade entra con un hombre guapísimo que no conozco (¿dónde los encuentra?). Lleva un conjunto de pantalón amplio y blusa verde menta que le da el aspecto de una diosa griega. La ancha pulsera de oro completa el efecto. Me sonríe y la saludo con un ademán.

Nuestra última función nos sale rodada. El artilugio del tubo con una pera que inventó Pearl funcionó (gracias a Dios). El espectáculo fue perfecto hasta que el pequeño Bub nos gastó una broma de noche de cierre. Cuando le dispararon a Theodore, lanzó una gallina de goma al escenario. El público se volvió loco. A Theodore no le hizo ninguna gracia. Después de tres ovaciones, me iluminan y mis actores me llaman al escenario. Dos chicos del coro me ayudan a subir. Tayloe se mete dos dedos en la boca y comienza a lanzar unos silbidos de aprobación. Resulta muy divertido, porque va vestida con un elegantísimo traje de noche. Doy un abrazo a cada uno de los cuatro actores principales. Después llamó a Pearl y le doy un gran abrazo por su golpe de genio, y está que revienta de la alegría. A continuación, pronuncio mi habitual discurso de «muchas gracias a todos y hasta el año que viene». Sweet Sue Tinsley, presidenta de las Fox, cruza el escenario y me obsequia con una botella de champán.

Sweet Sue tiene mi misma edad, y era la Tayloe Slagle de nuestros días. Sigue siendo tan bonita como una adolescente, pequeña y rubia, con unos ojos azules preciosos. Sin embargo, no nació con ese nombre. Había tres Sue en nuestra clase de primer grado. La maestra se confundía, así que le puso un apodo a cada una. Había una tal Sue, Little Bit Sue y nuestra Sweet Sue.

-Ava María, este champán te lo damos las Fox con nuestras felicitaciones. ¡Eres la mejor de las directoras del mundo, y todas apreciamos muchísimo tu trabajo! Grandes aplausos para Sweet y casi tantos silbidos de admiración como para una aspirante al título de Miss América. Por un momento pienso corregirle a Sweet Sue la pronunciación de mi nombre: no es Ava María como Ava Gardner, sino Ave como en las oraciones. Sweet Sue lleva pronunciando mal mi nombre desde primer grado. ¿Es que nunca se lo aprenderá? Decido dejarlo correr cuando miro al público y veo sus caras sonrientes. Ésta no es ocasión de mostrarse quisquillosa. Me doy cuenta de que la pausa después del discurso de Sweet Sue se ha hecho demasiado larga. Sus ojos me imploran que haga algo, y que lo haga rápido. Tiene la sonrisa helada y una cierta impaciencia característica de todas las chicas guapas. Su mirada parece decirme: «Es tu turno».

-Muchísimas gracias, Sweet Sue, y muchísimas gracias a vosotras, las Fox. -Sweet Sue se tranquiliza cuando acepto el champán.

-Eh, chicos, ¿qué tal si tocamos una canción para Sweet Sue, la chica más bonita de la ciudad? -grita nuestro batería desde el foso.

-Muchas gracias, chicos -dice Sweet Sue magnánimamente.

Después se agacha junto al foso y le da un beso apasionado a Jack Mac. Nuevas aclamaciones del público y a continuación, todos comienzan a cantar a coro: «¡Pídeselo, Jack! ¡Pídeselo, Jack!». Los músicos empujan a Jack fuera del foso. Wanda Brickey, que interpreta a la matriarca montañesa en la obra, golpea el suelo

con su bastón, y dice: Jack Mac, si no te casas con esta muchacha, es que no tienes ni pizca de seso.

La multitud se calma y espera la respuesta de Jack.

-Amigos, todos ustedes saben que soy una persona reservada... Antes de que pueda terminar, Sweet Sue proclama: -La respuesta es sí. ¡Sí! -Comienza a besuquear a Jack. Grita-: ¡Quiero a este hombre!

Sus hijos, todavía vestidos con sus trajes de montañeses, suben al escenario. La gente aplaude. De pronto me parece que no me corresponde a mí tener la botella de champán helado. Así que cruzo el escenario y se la doy a Jack Mac.

-¡Felicitaciones! -le digo, con mi voz más alegre. El público se vuelve loco.

-Muchas gracias -responde Jack Mac, a mi oído.

-Llama a tu madre.

-Sí, señor. -Jack Mac me besa en la mejilla.

Sweet Sue lo coge por un brazo y se lo lleva.

-Eh, Ava, el tipo es mío. ¡Búscate otro hombre!

La gente se ríe; es una de esas largas y muy sonoras carcajadas.

Cuando se es la solterona de la ciudad, las bromas de este tipo no tienen la menor gracia. Por aquí, estar casada es ser alguien. Nadie me lo ha pedido, y aunque no tendría que dolerme, me duele.

Podría llorar. En cambio, me río más fuerte que todos los demás. Theodore, como si hubiera estado esperando su entrada, se me acerca por detrás y me coge por la cintura. Entonces anuncia:

-Tiene un hombre, Sweet Sue.

Miro a Theodore, el hombre más guapo que he visto en toda mi vida. Me apoyo contra su pecho.

-No pretendía... -tartamudea Sweet Sue.

Jack Mac le hace un seña a la orquesta para que comience a tocar y saca a su novia del apuro. Después me mira y se encoge de hombros.

Theodore me coge entre sus brazos y bailamos. La música llena el teatro. Alguien canta la letra, pero lo único que escucho es la voz de Theodore que dice: «¡Tiene un hombre! ¡Tiene un hombre!», en el escenario, en público, y bien fuerte para que todos lo escuchen. Me mira y sonríe. Me siento querida, reclamada y, no puedo creerlo, atractiva. No desvío la mirada mientras bailamos, sino que le miro a los ojos, y los tiene tan azules como el cielo del telón de fondo.

Entonces dejamos de bailar. Theodore me besa. No es el habitual beso de amigo al que me he acostumbrado todos estos años. Así que al principio no me engancho. Estoy confusa. Sus labios, mudos y suaves, insisten. Mi columna vertebral pasa de ser de hueso a convertirse en una cinta de terciopelo que se desenrolla del carrete y se apila en el suelo. Me abrazo a él como Mirna Loy a Clark Gable cuando saltan del avión de dos plazas en Piloto de pruebas. Mi cintura se transforma en una bisagra cuando me echa hacia atrás. Pero el beso no se acaba. Un poco más tarde, cuando sí que se acaba, siento como si tuviera el cuerpo relleno de plumas. Theodore me sujeta el rostro entre sus manos mientras los que bailan a nuestro alrededor asienten con la mirada.

-Necesitas retocarte la pintura de los labios -dice, con los ojos entrecerrados.

-Pues tú no. -Le limpio el Rojo Auténtico que le he dejado en la cara.

Nos echamos a reír. Es uno de esos momentos compartidos que sólo se dan entre dos personas que se conocen tan bien que raya la ironía. Theodore me aprieta contra su pecho. Apoyo la cabeza en su hombro. Huele a fresco, una mezcla de menta y pimienta. Miro al otro lado de la pista de baile. Iva Lou levanta los pulgares.

-Salgamos de aquí -propone Theodore con una urgencia que nunca le había notado antes.

Me coge de la mano y me saca del escenario, con tanta prisa que casi me caigo por los escalones.

Nellie Goodloe, presidenta de la asociación de artes y oficios de Lonesome Pine, nos detiene.

-Señor Tipton, necesito hablar con usted sobre la visita del candidato John Warner al Gap.

-Ahora mismo nos vanos -responde Theodore, con firmeza. Nellie se vuelve hacia mí.

-Ave María, dile que es importante.

-Puede esperar -replica Theodore, en un tono que no admite discusiones.

-No puede esperar. Me ha llamado el jefe de prensa de John Warner, y quieren la confirmación de que la ciudad en pleno apoyará sus actos de campaña en el sudoeste de Virginia.

La boca de Nellie sigue moviéndose, pero no la escucho. Tiene los labios y el pelo naranja, y ha apoyado una mano en el pecho de Theodore. John Warner está casado con Elizabeth Taylor, y vendrán a la ciudad. Nellie quiere que Theodore se ocupe de organizar un homenaje ciudadano. La ciudad debe mostrar lo mejor que tiene: la banda del instituto de Powell Valley. Quieren unos números del espectáculo al aire libre. Ahora mismo no puedo pensar en todo esto, después de esta noche mi vida cambiará para siempre. ¡Soy una amante! Entre las montañas de escoria de carbón, alguien me ha encontrado. ¡Me quieren! Esto es lo que he estado esperando toda ini vida.

Mientras los concurrentes pasan a mi lado como una mancha borrosa, hablando y riendo, pienso que probablemente crean que Theodore y yo, tan íntimos como somos, ya tenemos una relación completa. Pero desde que Theodore llegó a la ciudad y nos hicimos amigos, mi madre ha estado enferma, y a mí no me pareció correcto no estar con ella. Así que Theodore y yo hemos mantenido una amistad sin romance. Al principio creí que algo no iba bien, pero ahora lo comprendo. Esperaba el momento. Esperaba que mi corazón superara el dolor, para que pudiera hacerle un lugar.

Ahora todos esos años me parecen malgastados, como toda una vida; quiero lanzar a la entrometida Nellie Goodloe a la pila de leña y amordazarla con el pañuelo de topos que lleva alrededor del cuello como las pioneras. ¿No se da cuenta de que mi cuerpo se consume con un deseo que me da tanta fuerza como para tumbar un camión con mis propias manos? ¿Que he soñado con abrazarme a este hombre como un pulpo desde el primer día que nos vimos? ¿Es que no ve que soy

como una fruta madura a punto de reventar en cuanto me toquen? Los interrumpo, y me da lo mismo lo que crea.

-Perdona. Eso es algo que pueden discutir más tarde. Buenas noches, Nellie.

Cojo a Theodore, y nos marchamos del teatro.

-¿Vamos a mi casa?

-Perfecto.

Theodore me ayuda a subir a la camioneta, que ahora se ha convertido en una majestuosa carroza que me llevará desde mis sueño a un lugar real. Sube y me pone un brazo sobre los hombros mientras da marcha atrás. Pienso: «El tiempo se detiene cuando conseguimos lo que queremos».

No he cocinado espaguetis desde que murió mamá. Busco su libro de recetas. Cuando descubrió que estaba enferma, las escribió todas para mí. Las primeras páginas están escritas en un inglés correcto, pero después van perdiendo claridad. Intentó acabar el trabajo cuando ya estaba muy enferma. Las últimas recetas están escritas en italiano.

-Pica los ajos -le digo a Theodore-. Tienes la planta de albahaca en la ventana. Pondré a calentar el agua.

Theodore se ocupa de sus tareas. Observo que no hablamos. ¿Es esto lo que le ocurre a las personas cuando llegan a la relación física? ¿Los besos reemplazan a las palabras? Recuerdo los viejos amoríos, todos tan antiguos, y me parecen insignificantes, infantiles y ridículos; probablemente porque lo eran. Entonces no era una mujer de verdad, una mujer que se conocía a ella misma. Una mujer sola en el mundo, libre. Ahora son una mujer sin ataduras, culpas o padres, y no sé qué decir. ¿Por dónde comienzo?

-¿Cuánto tiempo llevan casados tus padres? -pregunto con toda inocencia.

-Cuarenta y dos años.

-¿Son felices?

-Están hechos el uno para el otro. Él bebe y ella lo disimula. ¿Por qué lo preguntas?

-Nunca hemos hablado de esto antes.

-A mí me parece que sí. Creo que lo sabes todo de mí.

-¿Alguna vez has estado enamorado antes?

-¿Lo has estado tú? -replica, evitando responderme primero con toda intención.

Para mí, ésta es una pregunta peligrosa. No creo haberlo estado, aunque recuerdo que hubo un tipo bastante agradable, un polaco católico de Chicago. Lo conocí en una mesa de dados en un festival benéfico organizado por la parroquia de Santa María un martes de carnaval. Salimos durante casi un año y medio. Quería casarse conmigo, pero yo no acababa de verlo claro. Cuando se acabó me sentí triste, pero nada más.

-Supongo que sí. Una vez. -Cojo el ajo y lo echó en la sartén cuando el aceite está bien caliente.

-¿Sólo una vez?

-Sí.

Theodore se lo piensa, y yo me siento en un taburete. Miro cómo pica la albahaca. Me pregunto si me gusta verlo picando la albahaca en la tabla de picar. ¿Encaja en esta casa? ¿Encaja en mi vida? ¿Viviremos en esta casa cuando nos casemos, o en su cabaña de Aviation Road? Oigo la voz de mi madre: «Pazienza! ¡No corras! ¡Piensa, Ave María! ¡Piensa!».

Pongo los cubiertos en los manteles individuales. Me gusta ver dos manteles. Es como si una vez más aquí viviera una familia. La mesa tiene lugar para cuatro. ¡Niños! ¿Soy demasiado vieja? Algunas de mis compañeras del instituto ya tienen nietos. No soy demasiado vieja. Gracias a Dios tengo buenos genes italianos, y no esos arrugados genes escoceses-irlandeses. ¿Qué estoy pensando? ¿Qué estoy diciendo? Veo mi reflejo en el cristal empañado de la ventana de la cocina. Estoy húmeda. ¡No! ¡Estoy empapada! Tengo las palmas y el rostro bañados en sudor. Cada vez me siento más nerviosa. Soy una persona práctica, pero siempre he tendido a soñar despierta, y ahora me estoy viendo casada con este hombre y por alguna razón esto mata cualquier posibilidad de un romance real. En este momento, no quiero pensar en el casorio, sólo quiero disfrutar del sexo. ¡Necesito que me posean! ¡Dios me ayude!

-La gente hablará de nosotros -le aseguro.

-Déjales que hablen.

-¿Por qué estamos cocinando? -Intento que la pregunta sea coqueta y una insinuación de «Olvídate de la comida y bésame».

-¿No tienes hambre? -pregunta Theodore.

Asiento. Pero tengo hambre de todo: de la comida, de él, y de todo lo que me ofrece la vida. De pronto todo me parece posible. ¿Cómo se lo diré? Theodore continúa picando. ¡Qué manos tan hermosas tiene! Sus manos grandes y dedos cuadrados tienen un dominio total del cuchillo. El movimiento me recuerda una película francesa que vi una vez en Charlottesville. Cuando voy de compras, nunca dejo de ir a ver películas extranjeras. Aquí nunca las ponen, así que son un premio. Las películas francesas siempre tienen escenas de amor en la cocina. Alguien está comiendo algo jugoso, como un caqui maduro, y luego hay un primer plano de labios y manos, y se esfuman la luz y las prendas, y al minuto siguiente nadie habla. Miro el frutero de cerámica que está en el mostrador. Un plátano ennegrecido. Por favor, que no sea un mal presagio.

-No tengo... Supongo que quiero decir... -Theodore sigue picando. Yo insisto-: Lo que quiero decir es...

-Estoy pensando, Ave.

Puede ser que lleve mucho tiempo sin estar con un hombre, pero no hace falta ser una diosa del sexo para darse cuenta de que pensar no es una buena señal. Los hombres no piensan en el sexo. Piensan en cómo, dónde y cuándo, pero no les importa en lo más mínimo el por qué.

-No me deseas -afirmo claramente, pero con la esperanza de estar equivocada. Ya está dicho.

El agua en la olla hierve formando espuma. Theodore deja el cuchillo y remueve el agua con un cucharón y la sopla mientras la espuma se desborda y chorrea por los costados de la olla. Intenta evitarlo, pero la espuma va en aumento.

-Échame una mano.

-Lo tienes controlado. -Lo digo con toda naturalidad, pero la verdad es que las piernas no me obedecen. Me encuentro en un estado de choque desde los tobillos para arriba. Acabo de hacer una declaración que me asusta, y necesito quedarme acurrucadita, aquí mismo, en esta silla de respaldo recto, porque no sé qué podría hacer.

Theodore aparta la olla del fuego. Desaparece la espuma. Vuelca los espaguetis en un colador. Lo sacude con fuerza para que se escurra el agua. Deja la olla en el fregadero y se acerca a la cocina. Remueve la salsa.

-Esa salsa se llama shway. -La explicación es mi único aporte a la cena.

-¿En qué idioma?

-Es un dialecto italiano del pueblo de donde era natural mi madre. Shway shway significa «rápida». Salsa rápida. Salsa instantánea.

-Está riquísima.

-Es la albahaca fresca.

Theodore vuelca la salsa sobre los espaguetis. Coge los platos y los cubiertos, y pone la mesa.

-¿Quieres decirme por qué me besaste?

-Tú me besaste a mí. -Theodore me mira a los ojos.

-No. Tú me besaste a mí. -Dios mío, estoy gritando.

-Me dejé llevar por la situación. Tú me besabas, así que te respondí. Después de lo que dijo Sweet Sue, consideré que necesitabas que te besaran.

-¿O sea que me estabas haciendo un favor?

-Así es.

Éste es uno de esos momentos en que el vapor entre un hombre y una mujer levanta un muro. Es tan espeso que no alcanzo a ver el rostro de Theodore. No lo entiendo; ¿acaso no sabe cómo me siento? Le deseo. Quiero esto. ¿Dónde está el Theodore amante? ¿Dónde se ha ido?

-Tú no estás enamorada de mí, Ave.

-¿Qué?

-Te excitaste, nada más.

-¡Me gustó el beso! ¡Fue bonito! ¡Fue bienvenido!

-Dijiste que no habías estado con un hombre desde hace mucho tiempo. Es comprensible. También se agradece un vaso de agua en el desierto.

¡No puedo creer lo que estoy escuchando! Theodore compara el fuego entre mis muslos con la deshidratación. Esta noche no va a ser precisamente como esperaba.

-¿Qué? ¿Qué? -¿Por qué lo único que digo es qué?

-Vivo solo. Me gusta. Me crié en una familia con nueve hijos, y todavía me entusiasma no tener que compartir la cama con alguien. No quiero liarme. Me gusta estar contigo. Eres mi mejor amiga. No quiero una relación.

-¡Todo el mundo quiere una relación!

-No. Tú quieres una relación.

Mientras comemos, estoy segura de que él tiene razón. Soy yo. Quiero ser amada, y quiero echarle la culpa a alguien porque no me quieran. Así que déjenme echarle la culpa a mis padres. Son un blanco fácil; uno nunca me quiso y el otro me

dejó en herencia unas cartas horribles. Déjenme que le eche la culpa a la vida. La vida no hace otra cosa que interferir en mis planes. Primero se enfermó Fred Mulligan; después tuve que cuidar a mi madre, mientras la farmacia prosperaba, así que me tocó pensar cada vez más en todo lo demás y menos en mí. Pobrecita. Me siento bien erguida y proclamo toda mi autoestima en la postura. Luego, con displicencia, me inclino hacia Theodore.

-No puedo creer que creas que yo te besé.

-Lo hiciste. Toda la ciudad se quedó de piedra.

No me importa la ciudad. Mastico lentamente porque quiero digerirlo todo. ¿Yo inicié el beso? ¿Yo lo besé? ¿Qué es lo que ansío?

-Encontrarás a un buen hombre.

¿Dónde? ¿En las Montañas Azules? ¿En el sendero del Pino Solitario? ¿Junto a las orillas del río Powell? Déjate de chorradas, emigrante de Scranton, Pensilvania. Por aquí, los hombres de mi edad llevan casados desde los diecisiete años. Algunos ya son abuelos. ¡No hay hombres! ¡Tú eres el hombre! ¡Sé mío!

-Encontrarás a alguien -me asegura.

-¡Alguien! ¡Despierta, tío! No soy el tipo de mujer para Alguien.. Soy difícil. Tardo una hora en comerme un sándwich de atún porque le quito hasta el último trocito de pimiento antes de darle un bocado. Soy vanidosa. Me limpio y me doy crema en la cara durante veinte minutos antes de acostarme, y después me estoy otros cinco con la cabeza colgando del borde para evitar la papada. Soy una esnob. Quiero un hombre que lea. En los últimos treinta años no he visto ni a un solo hombre en la biblioteca ambulante, salvo Earl Spiver, pero él no cuenta porque no es un lector, sino un mirón Si el hombre misterioso no es inteligente, no lo quiero. ¿Cómo es que Theodore no lo entiende?

-Vale, quizá no uno cualquiera. ¿Qué te parece un buen tipo, un triunfador? Esta noche cuando me besaste, fuiste impulsiva. Osada. La gente de por aquí te vio con nuevos ojos. Espera y verás. Ocurrirá alguna cosa.

-Si tú lo dices... -Lo digo con una voz tan débil que apenas si se me escucha.

Theodore se echa queso rallado en los espaguetis, enrolla una buena cantidad en el tenedor y se los mete en la boca. Mastica con normalidad. Traga. ¡Como si todo fuera de lo más normal! Está preparado para cambiar de tema, como si lo hubiéramos discutido a fondo y no quedara nada más por decir. Tengo la sensación de que me está diciendo: «Vale, nos dimos un beso, fue bonito, pero esto no irá más allá, así que volvamos a nuestra amistad».

-Alguien tendrá que decirle a Sweet Sue Tinsley que ya no será la reina que vuelve a casa.

Ésta es otra de las razones por las que quiero a Theodore. Quiero regresar a casa y tener a alguien para analizarlo todo y a todos. ¿Por qué no puedo tenerlo?

-Tiene miedo de que alguien le robe a su hombre. -Theodore se encoge de hombros.

¿Theodore y yo estuvimos esta noche en el mismo lugar? La multitud estaba con Jack Mac y le reclamaba a Sue que se casara con él; se besaron apasionadamente, y a mí me pareció que todo estaba listo y acabado. ¿Estoy tan privada de la intimidad física que no lo veo? ¿Es que no soy nada observadora? ¿Vivo en algún universo

paralelo, creado con mis propias y extrañas percepciones? Miró el patio de atrás a través de la ventana, y lo que veo no es el roble de mi vecino Potter que crece por encima de la cerca, sino un destello de Jack MacChesney en ropa interior, lo fuerte que era y el aspecto de oso que tenía, todo un hombre, de los pies a la cabeza. Sacudo la cabeza para borrar la imagen. Desaparece.

-Esta noche quería acostarme contigo. -Ya está. Lo he dicho. Sinceramente. Con toda claridad. Sin rodeos. Bien hecho.

Theodore deja el tenedor (otra mala señal). Después me mira.

-Eres hermosa y deseable. Pero, no funcionaría. Nos queremos; no estamos enamorados el uno del otro. Si esta noche nos acostáramos, antes o después dejaríamos de ser amigos. No quiero perder nuestra amistad. ¿Tú sí?

He enrollado tantos espaguetis en el tenedor que parecen una pelota de tenis.

-No, yo tampoco -respondo.

Pero, ¿por qué no puedo tener las dos cosas? El amante y el mejor amigo. ¿No se trata de eso? Sé lo que quiero. He tenido muchos años para pensarlo. La primera vez que vi a Theodore en las pruebas de actores, el corazón me dio un salto. «Almas gemelas» no basta para empezar a describir nuestra relación.

Desarmo la pelota de espaguetis. Forman un cuadrado en el plato, como el marco de una ventana abierta. En el cuadrado me imagino un dibujo de tebeo, primitivo y brillante. Un ratón furioso armado con un martillo gigante persigue a un gorila con dientes de conejo. El ratón se sube al gorila y le da martillazos en la cabeza. Al gorila se le cruzan los ojos, y comienzan a salir estrellas de la cabeza. La imagen me hace sonreír, así que no lloraré.

## 3

La renuncia de Fleeta va en serio. Lo sé porque ha vaciado el estante de detrás de la caja registradora. Su provisión de Coca-Cola y cacahuetes ha desaparecido. Los bifocales están guardados en la funda. Sus papeles están cuidadosamente ordenados en dos montones. En uno, los programas de lucha libre profesional. Fleeta y Portly van a todos los combates de lucha libre que se celebran en Kingsport y Knoxville. Las fotos de las grandes estrellas de la lucha Haystack Calhoun, Atomic Drop, Johnny Weaver y el espeluznante Pile Driver están en sus fundas de plástico transparente. Los musculosos cuerpos de los luchadores están cubiertos de aceite. Sus cabezas son más pequeñas que sus cuerpos descomunales; parecen manzanas en lo alto de un edificio. En el otro montón, las recetas de Fleeta. Cuando hay poco trabajo, Fleeta copia las recetas en unas fichas; lleva cinco años con este proyecto. Leo una, escrita con letra de imprenta.

ZARIGÜEYA DE MAMAW SKEEN

Despelleje la zarigüeya. Póngala en una cazuela grande y hiérvala hasta que esté tierna. Salpimentar a gusto. Prepare una salsa con el caldo, cuatro cucharadas de harina y media taza de leche. Reducir. ¡Reserve una pata para mojar en la salsa!

Me pregunto que harán con las otras tres patas. Paso las fichas; hay muchas de las especialidades de Fleeta entre las que destacan: caramelo de cielo, que se hace batiendo azúcar hasta que queda como una nube (lo prepara todas las Navidades), cuadraditos de limón, palitos de queso, bolitas de mantequilla de cacahuete, y mi favorito, el pastel de ruibarbo.

-Estoy reuniendo todas mis recetas para mi nieta, para cuando se case -dice Fleeta detrás de mí-. ¿Alguna vez has comido zarigüeya?

-No, que yo sepa.

-No sabes lo que te pierdes. Es la mejor, la carne más tierna de todas.

Fleeta coge sus cigarrillos y me indica con un gesto que me reúna con ella en la trastienda para comer. Cierra la puerta de la farmacia y coloca el cartel de TOQUE EL TIMBRE.

Fleeta se sienta en la silla plegable, con un cigarrillo en la boca. Vuelca una bolsita de cacahuetes salados en la botella de Coca-Cola, la tapa con el pulgar, la sacude, y cuando hace espuma se la bebe. Voy a echar de menos nuestras comidas.

-Fleeta, ¿de verdad tienes que dejarme?

-Cariño, mi madre murió cuando tenía cincuenta y cinco años. Tengo cincuenta y seis. El reloj sigue funcionando. Quiero disfrutar de la vida antes de que se me acabe. Aunque echaré en falta el dinero.

-Te daré un aumento.

-Es demasiado tarde. Venga, Ave. Tienes mucho por delante. Vas a casarte con ese tío, Tipton.

-¿Qué? -Su coche estuvo aparcado delante de tu casa hasta no sé qué hora de la madrugada del sábado y Nellie Goodloe le ha contado a todo el mundo que tú y él os estuvisteis besuqueando en la pista de baile del teatro. Ahora es de dominio público. No me vengas con secretos, jovencita. Te conozco demasiado bien.

-No me quiere, Fleeta. Sólo somos amigos.

-Ni hablar. Lo hacéis todo juntos. Estáis unidos por el destino. -Intento una protesta y Fleeta me hace callar-. Incluso cuando metes dos ratas en una caja quizás al principio se den algún mordisco, pero si les das un poco de tiempo tendrás ratoncitos.

-Fleeta, estoy comiendo.

-Es un tío guapo, y limpio. Me gustan los hombres limpios. Tiene mucho pelo y bonito, y cariño, cuando han pasado los treinta, eso tienes que apuntarlo en la lista de los méritos. Tiene las facciones y la pinta de un irlandés. El pelo cobrizo, los ojos azules. La sonrisa traviesa. ¿Qué más quieres en un hombre?

No le respondo. ¡Nada! No hay nadie excepto Theodore para mí. ¿Por qué no se calla de una vez?

-¿O es que no quieres un hombre? -Fleeta me mira por encima de los bifocales.

-No quiero a cualquier hombre -contesto a la defensiva, con la boca llena.

-Quiero que te consigas un buen hombre como el mío. Sabes, Portly y yo todavía tenemos relaciones íntimas. Por supuesto, me cuesta mucho más que antes calentar la cafetera. He pasado por el Cambio. Es una buena palabra para eso porque todo ha cambiado para mí. Tengo que prepararme para cuando a él se le pone la mirada de esa manera. Pero te diré una cosa: Portly tiene esos brazos supermusculosos y esas manazas, ya sabes a lo que me refiero, podría cogerme por la cabeza como si fuera una pelota de baloncesto, y si no tuviera esos brazos gigantescos para que me abracen durante la noche, no sería otra cosa que una vieja cascarrabias. Así que sé lo que quieres decir.

-¿Cómo os conocisteis tú y Portly?

Fleeta suelta el humo y en sus ojos aparece una mirada distante. Entrecierra los párpados para ver mejor los detalles de la vieja imagen.

-En el instituto. Cuando cerraron el instituto de East Stone Gap, mandaron a todos los chicos a Powell Valley y Portly estaba en el grupo. Lo vi el primer día de clase y supe que era mi hombre. Me sentía como una vieja, como si ya no me quedara tiempo para encontrar a nadie.

-¿Cuántos años tenías?

-Dieciséis, y nunca me habían besado. Mi madre estaba muy orgullosa. Pero te diré una cosa, cuando me ligué a Portly, recuperé con creces el tiempo perdido. Recuerdo el primer beso que me dio. En la escuela, detrás de las gradas. Fue alrededor de las cinco de la tarde, después de que Portly acabara de entrenar. Me miró. Lo miré. Por supuesto, primero tuvimos que quitarnos la bola de la boca; a los dos nos encantaba masticar tabaco. Lo escupimos, después nos besamos, y el resto es historia.

Estoy tan metida en la vida amorosa de Fleeta, que no escucho el insistente sonar de la campanilla del mostrador. Salgo de la trastienda. Son las majorettes. Algunas están leyendo el National Enquirer, otras hojean People. Tayloe espera junto a la ventanilla de entrega de medicamentos.

-Vengo a recoger mi receta.

-Enseguida estoy contigo, cariño.

-¿Todavía no está preparada? -El enfado subraya cada una de las palabras de Tayloe, y mira al cielo. Dios, qué impaciente es. Recuerdo que no es más que una niña, y eso evita que le eche una bronca.

-No, todavía no -le respondo alegremente.

Pearl Grimes entra en la farmacia y, en cuanto ve a las majorettes, se oculta detrás del exhibidor de los tintes capilares.

-¡Mirad lo gorda que está! -exclama Glenda, una de las majorettes, con un tono autoritario.

Eso es todo lo que hace falta para que las otras se amontonen y miren interesadísimas la foto de una actriz de televisión, en otros tiempos delgada y que ahora está como una vaca.

-No sé cómo puede alguien descuidarse de esa manera -dice otra.

-Porque le gusta comer -explica Tayloe.

No tiene nada de gracioso, pero todas las chicas se echan a reír, porque en su grupo, Tayloe es la graciosa además de ser la más bonita.

-No está tan gorda como Pearl Grimes. -Más risas.

Veo cómo la cabeza de Pearl desaparece detrás de otro exhibidor. Me pregunto si las otras la han visto entrar. ¿Pueden ser tan crueles? Las señoras Spivey, Holyfield y Edmonds entran en el local y se reparten para hacer sus compras. Tres excelentes mujeres baptistas. También son responsables de repartir más información que el periódico local.

-Señorita Mulligan, ¿podría darse un poco más de prisa? Tenemos que ensayar con la banda. Ya sabe, con el señor Tipton.

Otro coro de risas. Supongo que están enteradas de que la camioneta de Theodore estuvo aparcada toda la noche delante de mi casa. Ahora lamento no haberme acostado con él, para no tener que aguantar las bromas sin ningún motivo.

-Sólo tardaré un minuto, chicas -grito desde detrás del mostrador. Más suspiros y miradas de resignación. Continúan entreteniéndose con las revistas.

Fleeta sale de la trastienda.

-Tened cuidado con las revistas; cuesta mucho vender las revistas usadas. A la gente no le gusta leer las revistas manoseadas, y no la culpo, porque las pagan -comenta, con tono ácido.

Inspirada por las palabras de Fleeta, aprovecho la oportunidad. Tengo un micrófono en el despacho de medicamentos porque el local es grande, y cuando estoy muy ocupada, puedo llamar al cliente. Soplo en el micro. Todas las cabezas se vuelven en señal de atención.

-Tayloe Slagle, tienes tus píldoras anticonceptivas en la ventanilla de los medicamentos. Taylor. Slagle. Tus. Píldoras. Anti. Conceptivas. Ven a la ventanilla.

Tayloe se acerca corriendo y coge la bolsita blanca.

-Son para los calambres.

-¿En serio? -Considero esta posibilidad. Las tres excelentes señoras baptistas se miran entre ellas y después miran a Tayloe con tanto desprecio, que parecen tres arpías en un retablo.

-Cárguelo en la cuenta -dice Tayloe mientras sale disparada hacia la puerta. Las chicas la siguen.

Escucho a las señoras murmurar en la sección de higiene dental; misión cumplida.

Fleeta se ríe, y por supuesto la risa se convierte en un ataque de tos.

-Estoy harta de que esas chicas vengan aquí, lean las revistas y nunca compren nada. Esta vez las he pillado bien pilladas.

Recojo un cesto con acondicionadores y me dirijo a la sección de productos capilares. Pearl está sentada en el suelo, entretenida en leer las etiquetas de los frascos.

-Hola, Pearl.

-He venido a buscar el producto para el acné que usted me dijo.

-Entonces, ¿se puede saber qué haces en la sección de productos capilares?

Pearl se encoge de hombros. Tiene los ojos hinchados, y ahora sé que escuchó a las majorettes.

-¿Quieres ayudarme a reponer las estanterías?

-Sí, señora.

-Fleeta se larga, así que estoy buscando a alguien que quiera trabajar a tiempo parcial. ¿Te interesa?

-Tendré que preguntárselo a mamá.

-Llama a tu madre y pregúntale si puedes empezar hoy mismo.

-No tenemos teléfono, y no sé si me dejará aceptar un trabajo. ¿Cómo haré para ir y venir desde casa?

-Yo te llevaría después del trabajo.

-Es que vivo en Insko.

-Conduzco deprisa. ¿Cuánto quieres por hora? Hablo de tu salario.

-No lo sé.

-Venga, Pearl. Trabajarás de vendedora. Véndete a ti misma.

-Me pagan cincuenta centavos la hora por hacer de canguro para los chicos de los Bloomer.

-No está mal. Son unos cuantos. Creo que tendré que mejorar la oferta de la señora Bloomer.

-¿Qué le parece un dólar la hora? -Pearl desvía la mirada. Le da vergüenza hablar de dinero.

-¿Sólo un dólar? Hummm. Sí que sabes apretar las clavijas, Pearl. ¿Qué tal tres dólares la hora?

-¡Muchas gracias, señorita Ave! -exclama Pearl, con los ojos como platos-. ¿Puedo empezar mañana? -Se la ve mucho más erguida, y juraría que ha crecido un par de centímetros.

-Por supuesto que sí.

Fleeta espera a que Pearl salga de la farmacia, y enciende otro cigarrillo.

-¿Por qué demonios se te ha ocurrido contratar a esa chica?

-Me cae bien.

-No sabe cuidarse.

-Ya la has oído. Vive en Insko.

-No me importa. No es una excusa.

-Me sorprendes, Fleeta. Creía que podías ver el potencial.

-Cariño, hay potencial, y después tenemos soñar chorradas. Creo que tu caso es el segundo, no sé si me entiendes.

Fleeta pasa el plumero por el estante de las vitaminas, y apenas si toca las cajas.

-Lo que quiero decir es que podríamos transformar a Pearl en una magnífica empleada si le enseña una maestra.

-No quiero trabajar nunca más. -Fleeta enciende un cigarrillo y reflexiona durante un momento-. Pero si estás dispuesta a tirar por la borda todo lo que he hecho aquí, creo que tendré que reconsiderar mi posición. De acuerdo, trabajaré para ti a tiempo parcial.

Estoy tan entusiasmada que abrazo a Fleeta, y ella se pone rígida como un poste. Nunca la he abrazado antes; las dos estamos sorprendidas.

-Tres días por semana y cincuenta centavos más la hora.

-Trato hecho.

-¿Qué? ¿No sé apretarte las clavijas? -pregunta Fleeta, con una sonrisa.

-Tú no eres Haystacks Calhoun.

-No, supongo que no. Pero si se dieran las circunstancias correctas, podría hacerle una buena llave. -Fleeta se ríe por lo bajo.

Pearl se presenta a trabajar al día siguiente con sus mejores galas: un top con volantes y pantalones acampanados. Lleva el pelo recogido en una cola de caballo. Se la ve muy arreglada, pero eso no impide que Fleeta la mire de arriba abajo. La vida laboral de Pearl en la farmacia comienza con el acarreo de las cajas vacías. Fleeta y yo tenemos un sistema. Fleeta vacía las cajas y etiqueta los productos, yo me encargo de desarmar las cajas y las llevo al contenedor, detrás del local. Fleeta se ocupa de colocar los productos en los exhibidores porque satisface su lado creativo. Mira a Pearl con malos ojos cuando la chica coloca artísticamente los frascos de champú en el exhibidor. Decido que es una buena idea tenerlas separadas mientras Pearl aprende el oficio; Fleeta es una gata vieja con su territorio bien marcado y garras para defenderlo. Pearl se acerca a mí con un montón de ideas para que el acarreo de las cajas sea un proceso más expeditivo. La chiquilla es lista, y no me da la lata.

-Quiero darle las gracias por el trabajo. Será una gran ayuda para mi madre y para mí.

-Me alegra tenerte conmigo. No te preocupes por la vieja Fleeta. Parece muy mala, pero por dentro es un encanto.

-No es como Tayloe y las otras chicas del instituto. Son malas hasta la médula.

-No les hagas caso.

-Lo intento, pero no es fácil ocultarte cuando eres la chica más gorda del instituto.

-No eres la chica más gorda de la escuela.

-Claro que sí.

-No, tú eres la chica con el mejor trabajo cuando sales de clase. -Esto consigue que Pearl se ría mientras tiramos las cajas va cías al contenedor-. Además, esa clase de chicas hablan mal de todo el mundo. Incluso de sus compañeras.

-¿Sabe lo que dicen de usted?

-¿De mí? ¿Por qué iban a hablar de mí? -Dicen que usted es una bastarda, que Fred Mulligan no era su padre.

-¿Dicen eso?

Pearl asiente. Soy una ingenua. Creía que nadie hablaría de mí de esa manera. Nunca le voy con chismes a nadie, así que me figuro que nadie los hace correr sobre mí. Pero en una ciudad pequeña una buena historia merece repetirse, incluso la mía.

-Pues para que lo sepas, Pearl, tienen razón.

-¿La tienen?

-Sí. Creo que mi madre vino preñada de Italia y que Fred Mulligan se casó con ella sólo porque en aquellos tiempos tenías que casarte si ibas a tener un bebé. El único problema es que mi madre no me lo dijo: me lo dejó escrito en una carta que me entregaron cuando falleció.

-¿No está furiosa?

Supongo que me distraje durante un buen rato, porque Pearl me repite la pregunta. No sé qué responderle, porque no es lo mío enojarme sea lo que sea.

-Si yo estuviera en su lugar, estaría furiosa.

-¿Tú sí?

-Su madre nunca tendría que haberle mentido sobre su padre.

-Lo hizo, y ahora ya no se puede hacer nada más.

Entonces Pearl me formula la pregunta que cambiará mi vida para siempre.

-¿Irá a buscar a su verdadero padre?

-¿A mi padre verdadero? -replico en voz baja. La palabra «verdadero» me suena nueva.

-Si está vivo, ¿irá a buscarlo?

¿Quién tiene tiempo para pensar en Mario da Schilpario? Estoy ocupada. Tengo la farmacia, el reparto, el equipo de rescate, el teatro y el beso.

-¿Se casará con el señor Tipton?

-No me digas que también están hablando de eso. Asiente; lo están.

-Pearl, no creo que sea asunto de nadie saber con quién me caso, quién era mi padre, o cuál es mi talla de ropa interior.

-Bien dicho. ¡Ahora está furiosa! -dice Pearl, muy orgullosa. Tiene razón. Estoy furiosa. Pero lo que ella no sabe, y yo tampoco, es que éste es sólo el comienzo.

El salón de belleza de Ethel Bartee funciona en una caravana detrás de la oficina de correos. Tomo el callejón que está detrás de la farmacia y corto camino a través de la zona de carga para llegar al negocio de Ethel. Tiene muy bien arreglada la caravana, con maceteros de geranios rojos en las ventanas. Las puntas de mi trenza parecen paja seca; necesito un corte de pelo. Un bidón de champú rosa aguanta la puerta abierta. Ethel está peinando a Iva Lou.

-¿Puedes cogerme para un corte rápido? -pregunto con mi voz más dulce.

Ethel, que es una mujer gorda con un fantástico peinado burbuja que hace juego con su figura, me mira por encima de los bifocales mientras acaba de ponerle el último rulo de plástico a Iva Lou.

-Supongo que sí -responde, enfadada. -Tendría que haber llamado.

-Sí, tendrías que haberlo hecho. Pero sabes que soy de esas que nunca dicen que no. -Ethel me observa con mirada crítica-. Sobre todo a alguien que necesita con urgencia que le corten el pelo. Tendrás que esperarte porque tengo otros dos peinados antes de que me pueda ocupar de ti. -Señala a dos clientas que están en los secadores.

-Me esperaré.

-Me sentaré afuera y dejaré que se seque al sol, cariño -interviene Iva Lou, levantándose-. Te ahorraré gastos de electricidad. -Iva Lou me hace un gesto con la cabeza llena de rulos, para indicarme que me reúna con ella en el exterior-. Ethel está como una chota. -Enciende un cigarrillo-. Estoy enterada -añade, mirándome a los ojos.

-¿Es que todo el mundo no habla de otra cosa?

-Déjame que te lo explique. Hice seis paradas en el Gap. Era el único tema de conversación. -Iva Lou señala la caravana con el cigarrillo-. Esas dos cacatúas que están en los secadores se han puesto las botas hablando de ti.

Por un momento me siento abrumada. Creía que mi paternidad era asunto mío. Me apoyo en los escalones y cierro los ojos.

-¿Sabes? -dice Iva Lou con un tono alegre-. Creo que es algo fantástico.

-¿Tú crees?

-A ver si me sigues. Toda tu vida has sido una cosa. ¡Ahora puedes ser otra cosa si quieres! Alguien del todo diferente. Puedes empezar otra vez de cero. ¡Convertirte en lo que siempre has querido ser!

Iva Lou continúa con su charla para elevarme la moral, y yo me siento y me vuelvo un poco para mirar la parte de atrás de la farmacia. El edificio tiene peor aspecto de lo que creía visto desde aquí. El mortero entre los ladrillos se ha deshecho, y se ven los huecos. Tienen un aspecto horrible. Tendré que encargar que reparen toda la pared. Pero me enfado. No tendría que ocuparme de la reparación; tenía una garantía de por vida.

La última función al aire libre marca el comienzo de la temporada de fútbol americano del instituto de Powell Valley. Mi vida teatral entra en un período de letargo y comienza la de Theodore, que es el responsable de preparar y dirigir los espectáculos que amenizan, los descansos. El público es tan exigente con los espectáculos como con los partidos. Todos los años nos preguntarnos si Theodore conseguirá superarse a sí mismo, y lo consigue. Las tiendas del centro están engalanadas con los colores del equipo local: azul brillante y rojo rubí. Zackie coloca en la acera delante de su tienda un muñeco de más de dos metros de alto, pintado de color plata, que representa a un vikingo, para que todos los que atraviesan la ciudad sepan que somos «los vikingos, los poderosos, poderosísimos vikingos».

Nellie Goodloe ha conseguido finalmente reunirse con Theodore y transmitirle la importancia de la visita de Elizabeth Taylor y John Warner prevista para finales de octubre. Todas las miradas estarán puestas en nosotros para que organicemos un fin de semana memorable. Se palpa la excitación en el aire, puesto que estamos en otoño, la mejor de nuestras estaciones. Las montañas a nuestro alrededor pasan de un terciopelo oscuro a un tafetán iridiscente. Las hojas de finales de septiembre son de un color verde brillante; para la primera semana de octubre serán como piedras preciosas, granate y topacio con toda la gama intermedia de rojos. Las montañas parecen estar iluminadas desde el suelo con las candilejas. El otoño es nuestra gran obra sinfónica. Incluso huele bien en esta época del año, una fragante mezcla de bálsamo, nogal y vainilla. Las noches de los viernes son noches de partidos de fútbol americano, y los sábados por la noche todo el inundo va al Fold de la familia Carter.

El Fold es famoso porque los creadores de la música bluegrass al estilo de East Tennessee son la legendaria familia Carter, dirigida por mamá Maybelle Carter. Tiene un montón de hijas, una más bonita que la otra, incluida June Carter, que está casada con Johnny Cash. Sí, es su casa y un punto de encuentro para los grandes del bluegrass (como los extraordinarios Stanely Brothers de Dickenson County), y de vez en cuando alguien famoso de la familia Carter se deja caer por el lugar, aunque esa no es la razón por la que vamos allí. Vamos por la música en vivo y el baile. También se puede comer: salchichas con chile y patatas fritas, las mejores del mundo. Suelo ir con Theodore; desde que no nos acostamos juntos, nos vemos más que antes. Ya ha pasado mi arrebato de lujuria, así que él está seguro y yo he vuelto a la normalidad.

Entramos en el Fold, un granero viejo con los costados de lona, que se levantan para dejar paso al aire nocturno. El Fold es como un anfiteatro gitano; da la sensación de que lo pueden desmontar y llevárselo rápidamente en cualquier momento; desde luego, si pasas por allí de día, lo puedes confundir con cualquier otro viejo granero en un campo. Pero por la noche vuelve a la vida. La gente se sienta en hileras en balas de paja alrededor de la pista de cemento. El escenario está muy alto y contra una pared, con una instalación eléctrica permanente que se utiliza cuando la emisora WNVA transmite en directo. Una colorida y curiosa mezcla de farolillos chinos y viejas luces de Navidad cuelgan por encima del escenario. Me encanta la mezcla, tan variopinta; es algo muy casero pero impresiona. Disfruto con la maravillosa vista hasta que me la estropea la voz de mi tía Alice Lanrbert. Me vuelvo para mirarla y descubro que está muy ocupada observando a Theodore de pies a cabeza. Aprieta tanto los labios, que parecen dos petardos rojos que esperan una cerilla.

-Así que, Ava María -ella también pronuncia mal mi nombre-, finalmente se sabe.

-¿Qué? -pregunto, entrecerrando los párpados para protegerme del resplandor de las luces.

-La verdad. Ya sabes de que estoy hablando, niña. -Nunca imaginé que la tía Alice pudiera abordarme para hablar del terna.

Ella se da cuenta de que me ha pillado desprevenida y se aprovecha.

-Esto lo cambia todo, ¿no? -dice con un tono agrio-. La herencia de mi hermano.

-Tu hermano murió hace trece años y se lo dejó todo a mi madre. -Se lo digo con un tono amable, como quien comenta el tiempo.

-No está bien. No eres su hija. Nunca fuiste...

Antes de que pueda decir nada más, la miro directamente a los ojos.

-No pienso discutir mis asuntos contigo. Nunca. Así que si me perdonas, he venido aquí para estar con mis amigos y divertirme un rato. Buenas noches.

Leo en sus labios que acaba de exclamar un «¡Habrase visto!» mientras me alejo. He tenido tiempo para pensar en lo que dijo Pearl y lo que insinuó Iva Lou. Supongo que algunos tenían muy claro que yo no era la hija de Fred Mulligan, pero para mí fue algo que nunca puse en duda. Parecía mi padre verdadero. Por supuesto, me gustaba más mi madre, la quería más, pero pensaba que era porque era hija única. Me imaginaba que todos los hijos quieren más a la madre que al padre. Sin embargo, tampoco se me escapaba que había algo raro. Recuerdo los susurros en las reuniones familiares, el hecho de que mis primos hermanos nunca jugaran conmigo, las bromas en la escuela sobre mi nombre de pila (un sonido extranjero). Pero nunca lo uní todo. Confío en averiguar por qué no lo hice. Estoy furiosa conmigo misma por ser tan idiota.

Otto y Worley se reúnen con nosotros.

-¿Quiere ver mi cabeza de serpiente? -pregunta Worley. Antes de que pueda responderle que no, saca un frasco pequeño del bolsillo trasero del pantalón, y me muestra una cabeza de serpiente fresca, que flota sin rumbo, con una sonrisa permanente y una lengua como una hebra, que golpea contra el cristal. -Tengo tres más en casa. Las cacé todas en Roaring Branch.

-¿Por qué le tocó a ésta ser decapitada?

-Porque tenía la lengua más larga. -Worley se echa a reír como un enloquecido.

-¿Quiere bailar conmigo, miss Ave? --me pregunta Otto, hecho todo un caballero.

-Más tarde, Otto. Ahora tengo que atender unos asuntos.

Otto y Worley se alejan al ritmo de la música. Theodore va a buscar las salchichas con chile. Lew Eisenberg está sentado solo en una bala de paja, muy ocupado en comerse un cucurucho de helado de mora.

-Tengo que echarte una bronca -le digo.

-No conseguirás que me sienta peor de lo que ya estoy. Aquí me tienes en un establo con un montón de paja metido en el culo. ¿Qué puedo hacer por ti? -añade con un tono amable.

-Todo el mundo en esta ciudad sabe de mis asuntos. Creo que es Inez quien se va de la lengua.

Lew lame el helado y mira hacia el mostrador de las salchichas, donde Inez se encarga de poner las salchichas en la parrilla. Habla a mil por hora; desde aquí sólo podemos ver cómo se mueven sus labios rosa brillante. Parece furiosa, las cejas forman una V negra. Veo que la espantosa tía Alice está con ella, junto con otras señoras del Club de Admiradores de la Banda. El epicentro del chismorreo ciudadano rasga las bolsas de bollos y las sacude sobre el mostrador.

-¿Qué le ha pasado a mi vida? -replica Lew, con otra lamida al cucurucho-. ¡Era tan feliz en Long Island! Solo. Absolutamente solo. Tenía una clientela pequeña, un apartamento pequeño, mis problemas pequeños. Me gustan las cosas pequeñas, Ave María. Me puedo ocultar en las cosas pequeñas. En cambio, tengo esto. -Agita los brazos-. Me paso despierto la mayoría de las noches y me pregunto qué salió mal.

-No sé qué decirte, Lew. -La verdad es que no lo sé. Por lo general, no hablamos de cosas personales como ahora, y me hace sentirme un tanto incómoda.

-Un error. -Creo que Lew se refiere al embarazo no deseado de Inez-. Un error y esto. Inez era una muchacha agradable y discreta. Tan adorable... Tan suave... Como un cuadro. Ahora es algo imposible. Cuando no habla, come, pero la cuestión es que su boca no para las veinticuatro horas del día.

-Tienes que hacer memoria y recordar ante todo por qué te enamoraste de Inez.

-Tenía un cuerpo extraordinario. -Piensa un momento-. Tenía un cuerpo como uno de esos coches deportivos ingleses: esbelto, fuerte, pequeño. Era el TR-6 de Big Stone. Podría haber salido en las revistas. -Lew me mira-. ¿Está muy mal que lo diga? -Exhala un suspiro. Es obvio que echa mucho de menos a la vieja Inez.

-Sólo eres sincero. -Entonces miramos a Inez, que no tiene ni la menor idea de que estamos hablando de ella. Las cotillas nunca creen que alguien pueda estar hablando de ellas-. ¿Crees qué ella sabe cómo te sientes? -No puedo decirte ni media palabra de lo que ha pasado por la cabeza de esa mujer durante los últimos cinco años. Conocería muchísimo más a cualquier extraño. -Suspira.

-Estoy segura de que ella lo sabe. Quizá sea esa la razón por la que come tanto. -Estoy enojada conmigo misma por haber dejado que Lew me lleve por este camino; esto no es lo que quería discutir con él. Por mucho que crea que ha perdido el contacto, me lee el pensamiento.

-¿De qué querías hablarme?

No le respondo porque lo único que veo son enamorados en la pista de baile. Fleeta y Portly se besuquean como si se hubieran encontrado después de pasar un siglo dormidos. Chicas que fueron mis compañeras de instituto están en la pista, bailando bien apretadas a sus maridos, con los que llevan casadas desde que éramos crías. Parecen felices (para que después digan aquello de «no te cases joven»). Rick Harmon, un tipo curtido que es minero, le pone la mano en el culo a su esposa Sherry mientras bailan. Ella se la aparta sin darle importancia, y se ríen compartiendo una broma íntima. Worley baila con Nellie Goodloe, que aparta el frasco con la cabeza de serpiente con una mirada de asco. Busco a Theodore con la mirada. Quiero bailar. Quiero estar en la pista, y olvidarme de todo mientras floto entre sus brazos. Pero no lo encuentro entre la multitud. Creo que quizá salió a dar un paseo por el campo y siguió caminando, con la intención de no volver nunca más. Desaparecerá como todo lo demás. Mi corazón comienza a latir de una manera que no recordaba desde una vez en Saint Mary que me pasé la noche en vela, gracias a no sé cuántas cafeteras. Apoyo una mano en el pecho y la miro. La mano sube y baja contra mi blusa.

-¿Estás bien?

-No me siento bien.

-¿Cuáles son los síntomas?

-El corazón me va a mil. -Mantengo la mano sobre el pecho, y los latidos disminuyen tan rápido como han venido.

-Es un ataque de angustia -opina Lew, y aparta de un mano tazo un moscardón que se le posa en las gafas.

-Nunca había tenido uno antes.

-Bienvenida al club. En cuanto tienes el primero, nunca sabes cuándo vendrá el siguiente. Es algo que viene cuando te haces mayor.

-¡No soy vieja! -Ya está aquí otra vez, la vieja Ave María, que picotea la cerca copio un cuclillo. ¡No soy vieja! ¡No soy vieja! ¡No soy vieja!

-No he dicho que seas viejas. He dicho mayor.

Las palpitaciones recuperan el ritmo normal. Respiro profundamente. Recuerdo las clases de primeros auxilios. Respira oxígeno. Todo el que puedas.

-¿Quieres bailar? -pregunta una voz a mis espaldas.

¡Por fin, Theodore! ¡No me ha dejado! Me levanto. Pero no huelo a menta y manzanas. Éste es otro olor: sándalo y lima. Agradable pero desconocido.

-¿Quieres bailar? -repite Jack Mac. Me alarga la mano cortésmente.

Miro en busca de Theodore. Pero no está para rescatarme.

-Vale, de acuerdo.

-Divertíos -dice Lew, y me despide diciéndome adiós con la mano como a un niño.

Jack Mac me coge la mano. Entramos en la pista y nos movemos hacia el centro. Me acerca y apoya una mano en mi cintura. Se mueve lentamente, resulta muy fácil seguirle. Parece mucho más alto que yo mientras bailamos.

-¿Dónde está Sweet Sue? -Se llevó a los chicos para que visiten a su padre.

-Vive un poco más allá de Coeburn, ¿no?

Jack Mac asiente.

-Lo recuerdo del instituto. ¿Tú también?

Jack Mac asiente.

-Mike Tinsley era el mejor en todo. Llevaba la cazadora de la universidad decorada como la de un general de cuatro estrellas. ¿Te acuerdas? Campeón estatal de esto y lo otro.

-Las cosas han cambiado desde el instituto -anuncia Jack Mac, y desvía la mirada para que yo deje de darle la lata con Mike Tinsley. ¿Acaso no sé que engañaba a Sue, que tiene un genio de mil demonios, y que ella tenía que ir a refugiarse en casa de su madre la mayoría de los fines de semana de su vida de casada?. Además, ¿no sé que a ningún hombre le gusta que lo comparen con el anterior? Jack Mac me aprieta contra su pecho; su mejilla descansa un poco más arriba de mi oreja izquierda.

-¿Cómo está tu madre? -le pregunto.

Permanece callado durante unos segundos. Se aparta un poco para mirarme. Me mira a los ojos. Después, vuelve a apretarme.

-La verdad es que ahora mismo no estaba pensando en mi madre.

¡Por todos los santos, Ave María! Mira que preguntarle a un hombre por su madre. ¿Quién hace algo así? ¡Eres una vieja! Te has olvidado de cómo se le habla a un hombre. Di algo inteligente.

-¿No podríamos bailar y estarnos callados? -añade Jack Mac.

Asiento. No hables, Ave María. Éste es un hombre que prefiere el silencio. Lo estás poniendo nervioso. No te sientas obligada a decir nada gracioso. No tienes que entretenerlo. Déjate llevar. Escucha la música y baila. Limítate a bailar. Nada más.

Acaba la canción. Jack Mac me hace una reverencia muy formal corno un duque.

-Muchas gracias, señora -dice, y se va.

Tengo la precaución de aparcar en la parte de atrás de la casa de Theodore para no dar pie a más rumores. (No hace ninguna falta que sea la solterona de la ciudad, la bastarda de la ciudad y ahora la puta de la ciudad, todo en la misma persona.) Después de todo, Theodore es un profesor de la escuela pública del condado de Wise con una reputación de oro. Enciende las luces. Su hogar es sencillo y pulcro. Podría ser la casa de cualquier otro profesor de instituto, salvo por la complicada maqueta instalada en la mesa del comedor. La única pista de que se trata del comedor es la proximidad a la cocina. Theodore ha retirado todos los muebles. Lo ha transformado en el taller donde prepara las coreografías de sus obras maestras.

Esta noche, ordenados meticulosamente en filas, hay un centenar de soldaditos de plomo; representan la banda del instituto. En una mesa de centro tiene un pequeño tocadiscos y un par de altavoces. Los discos los tiene en una pila junto a la mesa. Hay discos de Sousa, clásicos, y de Al Green, el cantante de rhythm and blues. La mesa está cubierta con papel parafinado. Theodore ha dibujado con tiza el campo de fútbol americano. Los figurines se despliegan en líneas rectas, en una formación de estrella, que conducen a tres pequeñas pirámides de papel en la línea de las cincuenta yardas. Las pirámides están hechas de papel higiénico y a escala.

-¿Vas a construir pirámides?

-Las construirán los chicos del taller. Aquella chica, la Vernon, se encargará de los adornos. ¿La recuerdas? El año pasado construyó el globo gigante para el baile del instituto. «Pinta mi mundo.»

¿Cómo podría olvidarlo? Fui la acompañante de Theodore. No me podía creer que finalmente asistiera a un baile de promoción en el instituto de Powell Valley. Nunca me invitaron cuando era estudiante. Bailar debajo de las estrellas de papel de aluminio dieciséis años más tarde fue una deliciosa retribución.

-¿Quiénes las cargarán en el campo?

-Las abanderadas. Dos debajo de cada pirámide.

-¿Las abanderadas? ¿Estás de broma?

-Están hechas de cartón piedra. Livianas como una pluma.

-¡Fantástico! ¿Algún apagón? Hay una parte de concierto en cada uno de los descansos, en los que la banda se coloca ante las tribunas de los aficionados locales e interpreta una pieza. Esto es algo tradicional, pero también puede ser aburrido. A Theodore se le ocurrió una idea para animar el espectáculo: en el momento adecuado, se apagan las luces del campo para que sólo se vean a nuestras preciosas majorettes, con los bastones iluminados como antorchas, que trazan ruedas de fuego y dibujan letras para formar palabras como «A ganar» o «Adelante».

-Las abanderadas llevarán unas linternas dentro de las pirámides. Utilizaré trozos de las películas de Elizabeth Taylor. El primero será de Fuego de juventud. Mientras la banda interpreta The Sandpiper, las luces se apagarán poco a poco y se iluminarán las pirámides. Luego, a medida que pasamos a la canción de amor de Cleopatra, Tayloe aparecerá por detrás de la pirámide central, vestida como Cleopatra, y hará malabares con el bastón de fuego.

Theodore mueve las piezas por toda la mesa para enseñarme la coreógrafa. Después apaga las luces del comedor para que vea las pirámides iluminadas. Producen el efecto de estar allí, exactamente allí, en el centro de El Cairo.

-Creo que es espectacular, Theodore -afirmo de todo corazón-. Le pondrá la piel de gallina a cualquier estrella de cine.

-¿Tú crees? --Theodore mueve las maderas con una regla.

Comparto por un momento el peso de la enorme responsabilidad que cae sobre sus hombros.

-Es probable que Elizabeth Taylor haya recibido más homenajes que todos los presidentes juntos. ¡Los ha visto todos, y en un millón de países diferentes! Estoy segura de que se echará a llorar o algo así cuando vea el espectáculo que le han montado en el viejo y pequeño Big Stone Gap. ¡Serás famoso!

Theodore se entusiasma ante la mención de la fama. ¿Quién de nosotros no lo haría? Qué idea tan maravillosa: que te aprecien y te busquen por el talento que te ha dado Dios. Ser tenido y consultado como un experto en tu campo. Disfrutar de la admiración y el respeto que normalmente se reserva para las estrellas de cine.

-No quiero ser famoso, Ave. Sólo quiero ser bueno, muy bueno.

-¡Ya lo eres! -No me cuesta nada mostrarme apasionada cuando se trata de Theodore. Creo en él a pies juntillas.

Theodore mueve una fila de soldados y convierte la estrella en un triángulo. Le observo mientras crea nuevas figuras con gran maestría y estudia la maqueta como

si se tratara de una ecuación algebraica. A Theodore le encanta su trabajo. Está siempre pensando en cosas nuevas, en mejorar las cosas. Así era mi madre. Nunca estaba satisfecha con la costura. Deshacía tanto o más de lo que hacía. Tenía un nivel de exigencia, un orgullo en su trabajo que nunca había visto en otras personas. Era muy dura consigo misma. Mientras cosía, no dejaba de hablar casi para sus adentros, siempre criticando su labor, para después murmurar complacida y sonreír cuando el hilo se unía a la tela en unas gloriosas puntadas diminutas y uniformes, tan delicadas que desaparecían en la trama. Aquél era el momento cumbre del trabajo de mi madre. Para ser perfecta, la costura tenía que desaparecer. El efecto general de la prenda terminada era importante. La línea. La caída. El movimiento. Su trabajo nunca se notaba, así que no era reconocido.

No soy una artesana como mi madre o una visionaria como Theodore. Soy una farmacéutica que cuenta píldoras. Sólo sigo las recetas de los médicos; ni siquiera hago diagnósticos. Mi trabajo no se ocupa de la expansión, sino de la precisión. Quizás es por esto que Theodore necesita de mi aporte. Los detalles. Es lo mío.

-Para sacar adelante este espectáculo, necesitarás un equipo en los laterales. Puedo conseguirte a la gente del teatro para que te ayuden. Me encargaré de reunir un equipo para ti, y tú podrás darnos órdenes.

-¿Harías eso por mí?

-Por supuesto que sí. Ahora, tú todo lo que tienes que hacer para agradecérmelo es acostarte conmigo.

Theodore y yo nos echamos a reír con tantas ganas que sacudimos la mesa y los soldaditos de plomo se desploman y ruedan sobre el papel como las víctimas de un combate. Continuamos riéndonos hasta que nos saltan las lágrimas, y me pregunto que dirán los vecinos. Qué aburrida sería mi vida sin Theodore. Me pregunto si él lo sabe.

Le doy a Pearl una semana libre para que se prepare para sus exámenes finales, una versión menor de las pruebas de selectividad para ingresar en el college. Desde que trabaja para mí, las notas de Pearl han subido de suficiente a bien. Dillard Cantrell, el consejero del instituto, me llama para darme las gracias. Quizás en el próximo curso llegue a figurar en la lista de sobresalientes. Las chicas como Pearl son las que la mayoría de las veces fracasan en el intento, y me dice que sería una gran satisfacción personal ver que una montañesa supera las expectativas.

Fleeta tiene el día libre, y yo estoy sola a cargo de la farmacia. June Walker, la mujer con más arrugas de toda la ciudad, me está volviendo loca con un sinfín de preguntas sobre las ciernas faciales.

-June, tendrás que esperar a que Pearl venga del instituto. Lo sabe todo sobre las cremas hidratantes.

-Más le vale que se dé prisa, porque estoy en una situación de emergencia.

La furgoneta de la biblioteca ambulante se detiene delante de la farmacia. Pearl se baja del vehículo. Iva Lou me saluda desde la ventanilla y me indica con un gesto que irá a aparcar a la gasolinera. (Las cosas deben estar que queman con Kent Vanhook, porque su plaza de aparcamiento habitual está vacía.) Pearl entra en la farmacia. Se ha cortado el pelo muy corto y lleva un vestido muy bonito. ¿Es posible que lleve un cinturón ancho? ¡Sí, lo lleva! No la he visto desde hace poco

más de una semana. Menuda diferencia. ¡Ha perdido peso! ¡Tanto que se nota! Estoy a punto de reclamarle que me lo cuente todo ahora mismo cuando June se me adelanta.

-Pearl Grimes, estás más delgada. ¿Cómo lo has conseguido?

-Me he hecho de los Vigilantes del Peso y como mucha gelatina.

-Pues ya me puedes apuntar. Me comeré una tonelada de gelatina si así consigo adelgazar un poco. Ahora escucha, jovencita, tengo unas arrugas que te podrías caer dentro. ¿Cuál de todos estos potingues crees que tendría que ponerme en la jeta durante la noche?

-Le recomendaría la mascarilla de pepino Queen Helene. Es espesa, pero penetra muy bien. Además aunque cueste un poco más, cunde mucho.

Pearl se lleva a June Walker hasta el pequeño mostrador de las demostraciones que ha montado por su cuenta. Observo cómo Pearl la experta prueba. toda una variedad de cremas en la mano de June. Qué vendedora. Quizás el señor Cantrell tiene razón. La chica tiene futuro, y no está en Insko.

El agradable sonido de las campanillas de la puerta anuncia la entrada de otro cliente.

-Buenas tardes, predicador.

-Buenas tardes, señorita Mulligan.

El predicador Elmo Gaspar, reverendo de nuestra sección local de la Iglesia de Dios en el Nombre de Jesucristo y cazador de serpientes, se detiene delante del mostrador de las recetas y comienza a buscar en todos los bolsillos del traje.

-Predicador, es usted el hombre más desorganizado de todo el sudoeste de Virginia.

-Ave María, sé que soy un desastre. Pero ya sabes que no hay perfección en este mundo, sólo en el próximo.

-¡Dice usted la verdad, reverendo! -grita June con el rostro untado de crema.

El predicador se ríe y me recuerda la parte alegre de su carácter. Cuando era pequeña, nos reuníamos todos los viernes por la mañana en la sala de actos de la escuela primaria. El orador siempre era un ministro de alguna de las iglesias locales. Por supuesto, a medida que nos hacíamos mayores, nos resultaba algo aburridísimo. Pero cuando éramos pequeños, nos encantaban todas aquellas historias bíblicas de sangre y fuego, relatadas con pasión y celo por el protestante de la semana. Los protestantes se turnaban hasta que una semana hubo una cancelación y no encontraron a ningún predicador disponible, así que la sustitución le correspondió por defecto al único sacerdote católico de la zona. Los chicos de la escuela se burlaban de mi religión, decían que los católicos bebíamos sangre en nuestros servicios religiosos y adorábamos estatuas. Los chicos estaban convencidos de que el sacerdote tendría cuernos y la piel verde. Se llevaron una terrible desilusión cuando el padre Rausch, un hombre amable con el pelo cortado al rape, trajo unas marionetas y representó la parábola del hijo pródigo; no era precisamente lo que se llama un incendiario. Casi deseé que mi sacerdote tuviera algo de demonio, por razones teatrales. Quería que los católicos tuvieran algo impresionante. ¿No podía haber explicado los estigmas o las estatuas que lloraban lágrimas de sangre? Pero no fue así. No teníamos nada de eso. Los protestantes sí.

Los protestantes sabían que la cuestión era vender el producto (siempre ha existido una feroz, aunque tácita, rivalidad entre las diversas sectas), así que venían preparados con todo, dispuestos a convertir con audiovisuales, panfletos y canciones. Cuando venía el predicador Gaspar, nos proyectaba una película sobre cómo era el cielo. La sala de estar del palacio del cielo estaba hecha de mármoles rosas y dorados, y unas personas jóvenes y bellas vestidas con túnicas etéreas permanecían reclinadas en asientos de piedra con las miradas puestas en una luz brillante que entraba por el techo abierto. La luz era Dios y hacía una visita a las personas que ocupaban una de las muchas salas que había preparado para nosotros. Después el predicador Gaspar nos mostraba el infierno. Había capas de personas amontonadas unas encimas de las otras como sardinas, sometidas a las más terribles torturas, con los pies de unos aplastándoles las caras a los otros, con las manos extendidas, que suplicaban piedad, que los liberaran del tormento, rechinando los dientes y gimiendo de horror. El predicador Gaspar dejaba la imagen fija durante mucho rato mientras pronunciaba su sermón delante de la pantalla, en su intento por expulsar el pecado de nuestras almas. Lo conseguía, porque cuando acababa la película la mayoría de nosotros llorábamos a lágrima viva. Después de enjugarnos las lágrimas y de jurar que nunca mentiríamos, robaríamos o estafaríamos a nadie, cantábamos algún himno.

-Predicador, ¿recuerda aquella canción que nos enseñó cuando era una niña?

-Señorita Mulligan, ¿no sigue siendo usted una niña? -replica con un guiño pícaro.

-Tendrá que responder ante Dios por mentir. -Tarareo un trozo de la música, y después canto con mi voz más desafinada-: «La Biblia. Sí, es el libro para mí. ¡Estoy sola con la palabra de Dios! ¡La Biblia!».

-Muy bien. -El predicador parece muy feliz con mi serenata y aliviado de haber encontrado la receta en el bolsillo de la americana.

Cojo la receta y la engancho con un clip en la tableta. Es del doctor Daugherty: un antídoto para el veneno de las serpientes de cascabel. Siempre tengo una reserva; después de todo, estamos en la temporada de caza, y de vez en cuando alguno de los hombres acababa mordido.

-¿Va de caza, predicador? -No, no. Tenemos una reunión en Frog Level. Tengo que predicar y utilizaré las serpientes. Le prometí al doctor Daugherty que tendría el antídoto a mano.

El predicador lleva haciendo números con las serpientes desde que era muy joven. Corre una historia de que una vez trabajó con tres serpientes a la vez y consiguió que se durmieran. Hechizar a las serpientes es algo que se menciona en el Antiguo Testamento. Es una manera que tienen los creyentes para demostrar su fe en Dios; si creen de verdad, Dios no permitirá que los muerdan. Al predicar, Gaspar debe ser un creyente muy sincero porque nunca lo han mordido en todos estos años. Me mira y me sonríe. Tiene una expresión beatífica, hay algo de santo en este hombre que ronda los setenta, pero que tiene el rostro sin una arruga. Aún conserva todos los dientes, rectos y blancos. Ha perdido su cabellera negra e indómita, pero la calva es suave y rosada, una clara señal de su buena salud. Sus ojos azules brillan con una sabiduría y un humor que sólo puede provenir de una

serena e íntima relación con Dios. No hay ninguna pretensión en él; es una persona legal, bondadosa hasta la médula.

-Vaya con mucho cuidado, reverendo.

-Lo tendré, lo tendré. -Se vuelve dispuesto a marcharse, pero después me mira-. Señorita Ave, ¿recuerda el resto de la canción que le enseñé? -Reverendo, aunque me da vergüenza decirlo, no la recuerdo.

-«La palabra de Dios nunca nos abandona, nunca nos abandona, nunca nos abandona» -canta.

Pearl, June y yo cantamos a coro el estribillo.

-«La palabra dé Dios nunca nos abandona. ¡No, no, no!» El reverendo Gaspar se ríe mientras sale de la farmacia.

-Algún día tendrías que ir y verle predicar -dice June, desde el mostrador del maquillaje-. Es uno de los más grandes, eso te lo garantizo.

Tayloe Slagle y sus majorettes entran. Charlan y se ríen lo bastante alto como para llamar la atención, pero no tanto como para ser insolentes.

-¿Qué puedo hacer por vosotras, chicas?

Se amontonan alrededor del exhibidor de las revistas y no me responden. Si Fleeta estuviera aquí, les pegaría en los dedos con el plumero por leer las revistas y no comprarlas. Yo se lo permito porque me compran otras cosas.

-¿Ya tiene la mascarilla a prueba de agua? -pregunta Tayloe.

-No lo sé. ¿Ya la tenemos, Pearl?

Pearl continúa untando con crema de pepinos el rostro de June como quien encera un coche.

-Sí, señorita. Hemos recibido la Great Lash.

-¿Lo veis? No es necesario que vayáis a buscarlo a otra parte, chicas. Todo lo que necesitáis lo tenéis aquí. Quizá tendríais que pedirle a Pearl que os muestre toda nuestra nueva línea de productos de maquillaje. -Pearl me mira como diciendo: «Por favor, no me mencione. Si no dice mi nombre, no se fijarán en mí. Desapareceré en el pote de mascarilla de pepino Queen Helene».

-Vale, señorita Mulligan, pero deje que le pregunte una cosa. -Tayloe me mira. Incluso después de la escuela, sin una pizca de maquillaje, incluso iluminada por mis siniestras luces fluorescente, está preciosa. Adelanta su barbilla perfecta-. ¿Por qué alguien como yo tiene que aceptar consejos de belleza de alguien como ella? Las majorettes secundan esta opinión con grandes carcajadas. Tayloe coge la revista People del exhibidor y la hojea. Su despreocupada crueldad me enfurece. De pronto no me gusta que alguien como ella toque nada de mi local.

-Deja esa revista en su sitio -le ordeno con una voz que me sorprende-. Nunca las compras.

Tayloe se apresura a dejar la revista. Miro a Pearl, cuyos ojos no están llenos de lágrimas, que no está roja de vergüenza, que continúa untando la crema en el rostro de June Walker con calma y decisión. Ya no es un manojo de nervios.

-Os voy a decir algo a todas vosotras, y me escucharéis. -Dos de las majorettes, una pelirroja que se parece a Farrah Fawcett y otra morena con los pechos de Jacklyn Smith, retroceden hacia la puerta, dispuestas a escapar-. Vosotras dos no vais a ninguna parte. -Las chicas se detienen bruscamente y se vuelven para

mirarme-. Estoy harta de tus comentarios insidiosos. Eres muy orgullosa, Tayloe. Pero yo en tu lugar tendría mucho cuidado. Algún día dejarás de ser tan bonita como eres, y todas las otras chicas, como Pearl, que no eran populares, serán las bonitas. ¿Por qué? Porque han tenido que ganárselo. Por lo tanto, aprecian la belleza en todas sus formas. Tú sólo conoces la belleza como algo que te han dado, no que hayas tenido que ganarte. Por lo tanto, no comprenderás lo que te pasa cuando tu juventud se haya ido, comiences a ganar kilos y aparezcan las arrugas. Tendrás pánico porque habrán pasado tus mejores días. En cambio, a Pearl la esperan sus mejores días. ¿Por qué? Porque ha tenido que hacer algo consigo misma a partir de cero. Nadie la ayudó. Lo mejor que tuvo fue un montón de presuntuosas que se burlaban de ella para sentirse importantes. Pero créeme, esa clase de poder es veneno puro. Se volverá contra ti. Cuando todas vosotras tengáis mi edad, seréis las que tendréis envidia de ella. Pearl conocerá el gran poder de aceptarse tal como es y de la verdadera autoestima, que no tiene nada que ver con la tonta vanidad de todas vosotras. Al final del día, Pearl Grimes será tan hermosa que no le serviréis ni como felpudo.

En la farmacia reina un silencio absoluto salvo por el crujir del taburete giratorio donde está sentada June Walker, que se inclina sobre el espejo para mirarse el rostro cubierto de crema.

-Es usted muy rara, Ave María Mulligan -dice Tayloe.

Por fin, hay alguien que pronuncia mi nombre correctamente. Tayloe y su séquito se marchan. Pearl continúa con la demostración.

Abandono el mostrador y voy hasta la puerta para mirar a las chicas que se alejan. No sé cómo expresar exactamente lo que siento, pero por alguna razón me parece que me veo a mí misma cuando tenía dieciséis años. Sé que no soy yo la que está en la calle, pero estoy en la imagen de esas chicas, que se van haciendo cada vez más pequeñas a medida que se alejan hasta desaparecer. Por primera vez en mi vida siento que el ovillo que soy comienza a desenrollarse. Soy una de esas personas que juran conocerse muy bien a ellas mismas, que en cualquier situación se comportan siempre de una manera determinada. Nunca le grito a la gente, ni hago discursos. Cuando las cosas se ponen tensas, acostumbro a gastar alguna broma, para que todo el mundo se sienta más relajado. Pero algo, más allá de defender a Pearl, más allá de defender lo que es justo, me ha impulsado a hablar. ¿De dónde ha venido? ¿De quién es esta voz que ya no intentará más evitar discusiones, sino que dirá la verdad? No es la hija de Fred Mulligan. Creo que es la de Mario da Schilpario, mi padre, el hombre de la foto. ¿Por qué he querido dejarlo de lado, pensar que estaba muerto, desinteresarme completamente de su existencia? Pero de pronto sé, y estoy tan segura de ello como que estoy aquí en el umbral, que mi padre está vivo, que está bien y que debo encontrarlo. Me llevo una mano al pecho, a la espera de que llegue otro ataque de angustia, pero no pasa nada. La práctica Ave María debe seguir. Yo. La solterona farmacéutica de la ciudad que nunca va a ninguna parte sin el botiquín de emergencia. Yo. Tan responsable que lleva dos ruedas de recambio en el jeep en lugar de una. Yo. Que tengo contratados dos seguros distintos para todo lo que tengo, porque tengo miedo de que una de las compañías se vaya a la bancarrota y me deje sin un centavo después de una

inundación. Yo. La chica que organizó su vida con tanto cuidado para no tenerle que pedir nunca nada a nadie. La tenía conmigo. ¡Quienquiera que fuese! ¡Cabréate, Ave María! Estás sola en el mundo. Te abandonaron. Deja que tu furia anime el trabajo que debes hacer. Encuéntrale. ¡Encuentra a tu padre! Salgo de la farmacia. Hago una aspiración muy profunda. Me encamino hacia la furgoneta de la biblioteca ambulante. Tengo un trabajo para Iva Lou.

## 4

Reina el silencio en mi sala de estar, salvo el sonido que hacen Theodore e Iva Lou al pasar las páginas mientras leen. Nunca he tenido a Iva Lou en mi casa. No sé por qué. Cuando mi madre vivía, no invitaba a muchos amigos. Mi madre hacía su trabajo de modista en casa, así que siempre había alguien que se pasaba por aquí; quizá nunca se nos ocurrió que podíamos invitarlos. Fred Mulligan detestaba recibir visitas. A mamá más le valía atender a su último cliente antes de que él regresara a casa. Incluso después de su muerte, ella continuó con la costumbre. Tenía todo recogido y guardado cuando yo regresaba a casa del trabajo. Aquello debió ser muy duro para ella. Era una persona muy sociable. A mamá le encantaba la gente. Para ella no había extraños. Después de su fallecimiento, no sé cuántas personas vinieron para agradecerme su bondad: chicas, que ahora eran mujeres, que habían llevado vestidos de fiesta de fin de curso que mamá les había cosido gratis. Novias que habían necesitado trajes con un poco más de tela en la parte delantera porque estaban embarazadas y no querían que se les notara que empezaban a tener barriga. Nunca se quejaba; se limitaba a hacer los arreglos.

Fred Mulligan, en cambio, ponía límites a todo. Nunca hizo ningún amigo entre sus clientes. Creo que a su juicio no podía obtener ningún provecho de un amigo, así que sencillamente no los hizo. O quizá fue que nadie quiso ser su amigo. Sea como sea, la cuestión es que me parece perfecto y maravilloso tener a Iva Lou y Theodore sentados en mi sala de estar, con sus platos de pastel de queso, rodeados de pilas de libros, todos conseguidos gracias a un pedido especial del Clinch Valley College, una división de la Universidad de Virginia en Wise. Iva Lou pudo sacar todos estos libros porque conoce a los jefazos de la biblioteca universitaria (comparten el Sanka).

Me pone un libro ante los ojos y me enseña una foto panorámica.

-Mira, aquí está Bérgamo. Es más o menos del tamaño de Big Stone Gap.

Miro atentamente la panorámica de la ciudad natal de mamá. Hay una fuente con ángeles que bailan en el centro de la plaza. Carros tirados por burros que llevan gente. Calles adoquinadas. Higueras. Pequeñas casas de piedra. Niños. Me imagino a mi madre allí cuando era una niña. Encaja.

Theodore e Iva Lou se marchan alrededor de la medianoche. Recojo los platos, apago las luces y subo las escaleras. Después hago algo que no he hecho desde que murió mi madre. Entro en su habitación.

La habitación de mi madre es sencilla. Hay una cama de matrimonio con una colcha de algodón blanco; en la cabecera de la canea cuelga un pequeño crucifijo de

madera. Hay una silla de respaldo recto y una cómoda en la pared opuesta a la ventana. La máquina de coser está metida en un pequeño hueco junto a la ventana. El armario es pequeño y el contenido está en orden. Me siento en el borde de la cama y observo la habitación como si nunca hubiese estado. Solía acostarme aquí con ella cuando se estaba muriendo. Ocupaba a su lado el lugar que me correspondía legítimamente, porque yo era lo único que tenía. Cuando era pequeña y estaba enferma, iba a buscarla, pero ella nunca me acostaba en la cama con mi padre. Siempre venía a mi cuarto en el segundo piso y se quedaba conmigo. Me decía que no quería molestarle, pero ahora sé que no podía molestarlo. El sabía que no era suya, y aunque podría haberme reclamado amorosamente, nunca lo hizo, y ella me mantenía callada. Aquello era algo que tenían pactado, y fue un pacto que duró mientras vivieron.

Mi madre era una lectora apasionada. De vez en cuando, compraba libros, pero por lo general los pedía a préstamo en la biblioteca ambulante, lo mismo que yo. Le encantaban las novelas románticas. Historias que tenían lugar en lugares remotos y en otras épocas. Historias con vestidos. Cuando mamá diseñaba el vestuario para una obra, estudiaba la época, dibujaba los bocetos y se ocupaba de todo. También se ocupaba de otras tareas menos relacionadas con el teatro. Mamá se encargó de coser todos los uniformes de las animadoras desde mucho antes de lo que cualquiera recuerda. Cosió las faldas para los bailes tradicionales, y los vestidos de fiestas de graduación, por supuesto. Cuando una clienta quería algo complicado, mi madre le decía con su acento italiano: «Cuanto más sencillo mejor. Sencillo. Sencillo». Algunas veces lo conseguía, pero a menudo la escuchaba rezongar mientras cosía lentejuelas y encajes en vestidos que no necesitan tantas fanfarrias. Muchas veces, cuando le traían alguna prenda para reformar o arreglar, convencía a la clienta de la necesidad de ponerle un forro de satén rojo a una chaqueta, o un forro de seda a una falda. «Nadie lo verá, pero usted sabrá que está allí y tendrá una sensación maravillosa», le decía. Mi madre tenía gusto para las cosas más finas, pero nunca tuvo una vida para disfrutarla. Cojo un libro de la mesa de noche. En la portada aparece la preciosa Gene Tierney. Es un libro sobre el vestuario de las películas de la edad de oro de Hollywood.

Mamá siempre me llevaba a ver las películas que ponían en el Trail Theater, al lado mismo de Zackie's. En aquel entonces yo no lo sabía, pero Jim Roy Honeycutt, el propietario del cine, proyectaba películas que tenían una antigüedad de diez o quince años. Nunca me preocupé de preguntarle a mi madre por qué las personas que aparecían en la pantalla llevaban unos sombreros y unos peinados tan divertidos; lo aceptaba y ya está. Hasta varios años más tarde no descubrí que el señor Honeycutt se ahorraba un montón de dinero alquilando películas viejas. Por eso me enamoré de los grandes actores de los años treinta y cuarenta: Clark Gable, William Powell, Spencer Tracy, Robert Taylor y especialmente de Joel McCrea. A mamá le encantaban las actrices, vestidas por los grandes diseñadores: Edith Head, Adrian y Travis Banton. Recuerdo los nombres porque mamá siempre me los señalaba en los créditos. Veíamos las mismas películas una y otra vez para que mamá pudiera observar bien los vestidos. Después los discutíamos entre las dos para no pasar por alto ningún detalle. Las películas eran en blanco y negro, pero

mamá sabía cuándo habían usado hilo de oro de verdad en los bombachos de odalisca de Hedy Lamarr, o visón auténtico en el abrigo de Rosalind Russell.

Mi madre era una gran belleza. Tenía el pelo negro tan brillante que parecía lacado; se lo peinaba de una manera muy sencilla, todo echado hacia atrás y sujeto en un moño. Tenía la tez dorada; murió sin que se le hiciera una arruga o una pata de gallo. Sus ojos eran castaños y los párpados gruesos, como en una pintura de Modigliani. Tenía el cuello largo lo mismo que los dedos. Sus labios eran carnosos y los dientes impecables; nunca se olvidaba de ir al dentista para la revisión anual y de llevarme a mí también. Su nariz era regia, aquilina. La frente despejada insinuaba nobleza; para mí era una reina. Pero siempre había una mirada de profunda tristeza en los ojos de mi madre, la añoranza de estar en otra parte. Yo solía preguntarle: «¿Por qué, mamá, por qué viniste aquí?». Como si este lugar fuese peor que un pantano, un lugar sin aire. Pero a ella le encantaban las montañas. Las montañas lo eran todo para ella.

Le supliqué que viajáramos a Italia después de fallecer mi padre. Teníamos tiempo, medios, y lo más importante, él ya no estaba. Éramos libres, pero no conseguíamos hacernos a la idea. Después de la muerte de Fred, podíamos escuchar a Sergio Franchi a todo volumen, pero seguíamos escuchándolo bajito para oír el ruido del coche cuando encaraba el camino del garaje. No quería nada italiano en esta casa, excepto la comida. Disfrutaba muchísimo con todo lo que mamá cocinaba; de hecho, era el único momento en que le veíamos sonreír. Mi madre utilizaba sólo productos frescos; las verduras las recogía del huerto; encargaba el aceite de oliva en Nueva York. Mi padre incluso tomaba el café expresso. Comer lo que ella le preparaba era la única concesión a los orígenes de mi madre. Aunque había estudiado italiano en el college, se negaba a hablarlo. Prefería que mi madre hablara en inglés. Ella me enseñó el italiano, el dialecto de su región; lo empleábamos como un lenguaje secreto.

Al verano siguiente a mi graduación en el instituto, fuimos a Monticello, la casa de Thomas Jefferson en las afueras de Charlottesville, Virginia. Me molestó mucho que mi padre pronunciara mal Monticello; convirtió la «c» en una «s» como si fuera «Montisello». Le corregí, y él se enfadó tanto que me dio una bofetada. Pero aquella fue la última vez que me abofeteó. A partir de aquel momento me mantuve apartada de su camino. Renuncié. Después también lo hizo mamá. Durante años había intentado que nos lleváramos bien, pero no había podido ser. Cuando lo recuerdo, me doy cuenta de que ella me había protegido de su rabia. Construimos nuestro mundo mientras procurábamos tenerle lo más cómodo posible y sin alterarlo. Nunca expresé el más mínimo enfado, frustración o entusiasmo cuando lo tenía delante. Me lo tragaba todo, y muy pronto se convirtió en parte de mi carácter. Estaba allí para entretener y divertir, nunca para desafiar o incordiar. Cuando estaba a solas con mi madre, podía manifestar mis sentimientos, pero entonces me sentía culpable. ¿Por qué molestarla? Mi madre era católica. Podía ir a misa y llevarme con ella, pero después teníamos que asistir al servicio en la iglesia metodista en compañía de mi padre. La iglesia católica local está a cargo de una pequeña orden de pobres sacerdotes carpinteros llamada Glenmary. Ni siquiera tuvimos una iglesia de verdad hasta hace cinco años; los sacerdotes estaban tan

ocupados construyendo iglesias en las zonas más pobres, que siempre iban dejando la nuestra para el final. Acabamos por construirla, y nada hizo más feliz a mi madre que darles a los católicos un cheque por una cantidad considerable cuando murió mi padre. ¡Les dio tanto dinero que acabaron de construir la iglesia! Cuando los metodistas, que tenían una iglesia muy grande, vinieron a buscar su parte, mi madre les hizo una donación pequeña, con la excusa de que tenían una congregación muy numerosa y una muy larga lista de donantes. No se marcharon contentos con una aportación tan exigua, pero como eran buenos cristianos, lo dejaron pasar.

Mamá y yo intentamos ser buenas italianas después de la muerte de Fred Mulligan. Queríamos recuperar esa parte de nosotras que habíamos mantenido oculta. Decidimos ir a Italia. Nos divertimos muchísimo con los preparativos. Nos informamos, hicimos todos los arreglos, compramos los pasajes, y entonces, cuando se acercaba la fecha, a mamá le entró el pánico y dijo que tenía miedo de marearse. Se desesperó tanto que cancelé el viaje. Al cabo de unos pocos días, volvió a ser la de siempre. El episodio la había alterado tanto que nunca más volví a mencionar la posibilidad de hacer un viaje. En cualquier caso, ya no hubiera podido ir. Le diagnosticaron un cáncer, y aquello cambió nuestras vidas para siempre.

Echo una ojeada a su habitación y veo que tenía una unidad de cada objeto: una lámpara, una cómoda, una silla. Incluso tenía un único abrigo. Un buen par de zapatos. Un broche muy bonito. Una hija. Una de cada, pero sólo una, como si quisiera evitar complicaciones. Vivía de acuerdo con su propia filosofía. Si pasas inadvertida quizás él nos dejará quedarnos. ¡Como si fuera lo único que se merecía! ¡Mi madre se merecía mucho más! ¡Lo mejor de todo! ¡No hay en el mundo diamantes, rubíes y oro suficientes para mi madre! Era una mujer de mucho carácter. Me produce una pena enorme saber que vivió una vida en la que no fue tratada bien.

Cualquiera creería que después de su muerte vine aquí para curiosear entre sus cosas, pero no pude. Ahora, en cambio, le estoy atribuyendo demasiada importancia a esta habitación. Quiero encontrar pistas. Descubrir lo que ella quería de verdad. Lo que deseaba. Todo aquello que le interesaba en secreto. Cojo todos los libros, los pongo sobre la cama y comienzo a repasarlos. Uno sobre el cáncer de mama. Otro de cocina regional italiana. La vida de Ingrid Bergman (a las dos nos encantan las biografías) y finalmente El lago Mayor y sus alrededores.

Recojo el libro, apago la luz y salgo de la habitación. Nunca tengo miedo en esta casa, pero esta noche me entran escalofríos. Siento una necesidad apremiante. He llevado una vida de callada desesperación (como lo describe mi autor favorito, Henry David Thoreasu, en Walden), lo mismo que mi madre, y ahora quiero cambiar. Mientras paso por la sala de estar camino de mi dormitorio, recojo un librito de la pila que ha dejado Iva Lou. Se titula *Schilpario: una vida en las montañas*. La tarjeta de préstamos enganchada en la contracubierta pone: «Biblioteca de Arquitectura de la Universidad de Virginia. NO ARRANCAR». Es obvio que Iva Lou se tomó muchas molestias para conseguirme estos libros. Quizás tendré que ser más generosa y decidirme a comprarle algunas de la joyas de Sarah Coventry.

Me acuesto, enciendo la lámpara de la mesita de noche y comienzo a mirar las fotos que ilustran el libro sobre Schilpario. Los Alpes italianos son abruptos y con

las cumbres nevadas. Parecen el triple de altos que las Montañas Azules, y mucho más peligrosos, no tienen nada de suave y maternal. Las carreteras se ven nuevas pero angostas. No hay quitamiedos. Hay una foto de un coche de carreras que pasa por una curva muy cerrada. A un lado de la carretera la ladera cae a pico. Ésta es una foto tomada con teleobjetivo, quizá desde otra montaña. Las casas se ven apiñadas y están pintadas de colores ocres. La calle principal conduce a una noria. En la página siguiente, hay una foto de la noria, un punto de atracción turística. En otros tiempos, antes de la electricidad, la noria suministraba agua potable y energía al pueblo. Ahora es una pieza de museo.

Paso la página y me encuentro con la foto de algunas de las autoridades. Están formadas en fila. Son todos hombres, muy compuestos y orgullosos de su pequeño pueblo. Echo un vistazo a los nombres en el pie. Mientras leo, miro la fila y me dijo en un hombre en particular que me llama la atención. Es la expresión de su rostro. La he visto en alguna parte, en mi espejo. El corazón me comienza a latir como aquella noche en el Fold. Agacho la cabeza. Los botones del pijama se mueven, pero esta vez noto el ataque y escucho el bombeo de la sangre que pasa por mi corazón atenazado por el miedo. Intento respirar profundamente, pero no lo consigo, así que respiro hasta donde puedo sin forzar. Pienso en Lew y en su consejo de no preocuparme, que esto no es nada. Apoyo las manos en el libro. Me sudan y dejo unas manchas pequeñas en la cubierta. Las quito con el cobertor. Después acerco la lámpara como si fuera un microscopio y apoyo el libro abierto sobre las rodillas para que no se mueva. Cuento cuatro nombres; el cuarto hombre es el que creo conocer. Paso el dedo por los rostros y lo bajo en línea recta para encontrar el nombre correspondiente: Mario Barbari, alcalde. Schilpario, 1961-... Vuelvo a la primera página y compruebo la fecha de edición: 1962. Han pasado muchos años. Saco del sobre la foto de mi padre -la llevo conmigo a todas horas- y comparo los rostros. Mario Barbari se ve muy pequeño en la foto, pero distingo la forma del rostro, los ojos, las cejas. Todo se parece mucho al joven de la foto que me dejó mamá. ¿Es él mi padre?  Apenas si puedo esperar a que llegue el viernes porque es el día que viene Iva Lou con la biblioteca ambulante. Iba a llamarla a su casa, pero no lo hice porque quiero hablarle en persona de la foto de Mario da Schilpario. No veo la hora que llegue a la ciudad. Estoy tan nerviosa y excitada que cojo el jeep y me voy a su primera parada en la zona de Cadet, al sur de la ciudad, donde encuentro la furgoneta aparcada a un lado de la carretera. Iva Lou está sentada al volante; se entretiene comiendo una galleta. Le grito desde la ventanilla:

-¿Estás sola?

-Todavía no ha aparecido nadie. Ni que estuviéramos en Navidad.

Aparco el coche junto a la furgoneta y me siento con Iva Lou.

-Creo que lo he encontrado. A Mario.

-¡Dios bendito! -grita ella, y comienza a dar saltos. La furgoneta se balancea como un velero en medio de una tempestad.

-Cuidado, Iva. Acabaremos por volcar.

-Cariñito, no te preocupes. Este cacharro no durará mucho más.

-¿Por qué no? ¿Acaso el condado está dispuesto a comprar una furgoneta nueva?

-No. Pero Liz Taylor ofrecerá una cena de pollo frito en Coach House cuando venga aquí para recaudar fondos para nuestra propia biblioteca. Esta vez sí que podría ser, Ave. La gran ocasión.

Me siento en el sillín plegable. ¿Por qué me intranquiliza tanto? ¿Es que le he cogido afecto a esta furgoneta llena de libros?

-Sé que quieres a este trasto, pero imagínatelo: ¡una biblioteca! Piensa en todos los libros que podremos tener si nos hacemos con un edificio entero.

-Tienes toda la razón. Soy una egoísta.

-El estado dice que aportará la misma cantidad que ella recaude. ¿Te puedo apuntar con un par de reservas para la cena?

-Por supuesto. Faltaría más.

-Será divertido. Te conseguiremos a Theodore y yo me buscaré un acompañante. Hace tiempo que Lyle Makin anda detrás de mí, y quizá deje que me alcance. Es un buen tipo y tiene un traje elegante. Pero, Dios, olvídate de todo esto. Háblame de ese hombre que podría ser tu papaíto.

Abro el libro y le enseño la foto; Iva Lou toma algunas notas.

-¿Sanka?

Esta vez acepto la invitación. Coge un bolsa de un estante y me ofrece una bola de coca. La acepto y me la como sin prisas, mientras le hablo a Iva Lou de la noche que encontré a mi padre en el libro. Me escucha con mucha atención, sin perderse ni una de mis palabras.

Big Stone Gap no tuvo nunca un revuelo como éste. Theodore no dejaba de ensayar el espectáculo del descanso; Nellie Goodloe se había hecho cargo de la organización de la cena para recaudar fondos para la biblioteca; yo escribía varias cartas a diferentes oficinas gubernamentales en Italia, para recabar información sobre Mario Barbari. Es como si hubieran retirado las montañas que nos rodean y nos descubrieran los habitantes de un universo mucho más grande. Esto es algo que nos emociona pero que también nos preocupa. Hay algo muy cómodo en la vida que hemos llevado hasta ahora. ¿Quién soy yo para alterarla? Tengo que seguir atendiendo las responsabilidades de la farmacia, por mucho que mi vida privada esté pasando por una revolución. Estoy repasando un envío de Dow, Fleeta se ocupa de la caja registradora y Pearl está haciendo el inventario de los medicamentos cuando suena el silbato de la mina. Se acaba la jornada en las minas; muy pronto la ciudad se llenará con los hombres que regresan a casa para cenar. Miro a mi personal mientras atiendo las recetas, y me siento muy segura. Entonces el silbato suena tres veces seguidas. No es el silbato que marca el final de la jornada; es la llamada de emergencia. Algo malo acaba de ocurrir en la mina. Nos movemos automáticamente. Fleeta me ayuda a quitarme la bata blanca y a ponerme el chaleco del equipo de rescate. Cojo el botiquín de primeros auxilios. Oigo una bocina -es Spec- y me monto de un salto en la ambulancia. El silbato vuelve a sonar tres veces. Spec pisa el acelerador a fondo.

Subimos por la ladera en dirección a la mina. La carretera no está pavimentada; es pura grava; levantamos una espesa nube de polvo y la ambulancia va dando botes sobre las rodadas hechas por los enormes camiones que transportan el carbón. El

humo que se ve en el camino de entrada es gris y espeso, lo que confirma mis sospechas de que se ha producido un accidente.

Lo primero que hacemos es detenernos en la casilla de control, que está muy cerca de la boca de la mina. Es aquí donde cada minero, antes de comenzar el turno, deja la placa con el nombre. Lleva otra idéntica en el cinturón, de forma que la compañía sabe dónde está en cada momento. Hay tres placas colgadas en el tablero; sólo ellos permanecen en el interior: A. Johnson, R. Harmon y J. MacChesney. Contengo la respiración.

-Venga, Ave, no tenemos todo el día -dice Spec mientras nos reunimos con los otros equipos de rescate.

Hay cuatro «agujeros», o entradas perforadas en la ladera. Una entrada lleva a los mineros hasta su lugar de trabajo; otra es para la cinta transportadora, que saca el carbón; las otras dos son de las galerías de ventilación. En las profundidades hay una gran concentración de gas metano y cualquier chispa puede provocar un incendio. No se permite fumar en el interior, pero las bolsas de gas letal se pueden encender sin previo aviso. Los inspectores controlan los niveles de metano durante las veinticuatro horas, pero los mineros se adentran hasta ocho kilómetros en el interior de la montaña: el peligro siempre está presente. A medida que nos acercamos el humo es más negro, o sea que la explosión ha tenido que ocurrir muy abajo. Los equipos de rescate de las ciudades más próximas se reúnen con nosotros. Veo vehículos de Appalachia, Stonega, Norton, Coerbun y Wise.

Spec y yo esperamos órdenes del supervisor de la mina, que se comunica por radio con los supervivientes. Las camillas se llenan rápidamente. La mayoría de los afectados lo son por inhalación de humos. Por fortuna, la situación en el interior no es demasiado mala. Hay algo a nuestro favor: ésta es una mina nueva, y por lo tanto, la construcción es moderna.

Nos dicen a Spec y a mí que nos unamos al equipo de Stonega. No veo nada por culpa del humo, pero tampoco serviría de mucho. El supervisor nos señala en un plano el lugar de la explosión; fue en el tercer nivel, a unos ocho kilómetros en el interior de la montaña.

Cuando hice el curso de preparación para el equipo de rescate junto con otros voluntarios de todo el condado, recorrimos el interior de una mina de carbón. Recuerdo que me entusiasmé, convencida de que sería como pasar un día en el campo. Nos vestimos como los mineros: un mono, botas de goma hasta las rodillas, casco y linterna, cinturón donde se engancha la pila de la linterna, placa de identificación y una máscara que convierte el monóxido de carbono en dióxido en caso de explosión. Los mineros tienen que llevar gafas protectoras; todos las llevan. También se les recomienda que lleven una máscara de tela para reducir la inhalación del polvillo de carbón, pero a la mayoría les resulta difícil comunicarse y trabajar con la máscara puesta, y como casi todos no creen que la máscara les proteja los pulmones de la silicosis, se saltan ese paso.

Me había hecho una idea romántica del interior, convencida de que sería corno una cripta dotada de una belleza un tanto espeluznante. En cambio, todo resultó siniestro desde el momento en que nos montamos en las vagonetas. Son unos vehículos metálicos con aspecto de bateas, con capacidad para unas diez personas.

El techo de la entrada es bajo, así que tienes que ir acostado la mayor parte del viaje; cuando se trata de un viaje hasta lo más profundo es incómodo y te destroza los nervios. La única persona que viaja sentada es el conductor; conduce la vagoneta con una vara de madera conectada a la catenaria instalada en el techo. No se conversa mucho durante el viaje, pero sí se lanzan muchos escupitajos y se masca tabaco. Los hombres mascan tabaco para mantener la boca húmeda, porque el aire es muy seco en el interior de la mina. La temperatura es de unos doce grados todo el año.

Creía que el interior de la mina sería negro, como la tierra, y bien iluminado. En cambio, la principal fuente de luz son las linternas de los cascos, y las paredes son blancas. Después de extraer el carbón, los mineros rocían las paredes con polvo de roca blanca que no es inflamable, y evita que en caso de incendio la mina se convierta en un horno alimentado por su propio carbón.

El guía nos explicó que cada vagoneta transporta a un equipo de trabajo hasta una zona determinada. Los avances tecnológicos trajeron la introducción de una máquina llamada el minero continuo, que es la encargada de sacar el carbón de la pared. El grupo de trabajo está allí para cargar el carbón en la cinta transportadora, una vez que lo ha extraído la máquina. Después de perforar una zona, un equipo se encarga de instalar vigas y tabiques de contención que forman galerías e impiden que se desmoronen las paredes; a continuación, aparece el colocador de pernos y su equipo, que se ocupan de instalar unos pernos gigantescos en el techo para permitir que los hombres sigan cavando cada vez más hondo y saquen más carbón. El instalador de pernos tiene uno de los trabajos más peligrosos; la mayoría de los mineros no mueren como consecuencia de las explosiones sino de los deslizamientos de roca. El guía comentó que estos hombres tienen un oído finísimo, y que el más leve crujido es una señal para retirar a los hombres inmediatamente. Si hay un deslizamiento grave, no se puede hacer gran cosa salvo intentar desenterrar a los hombres. En una explosión siempre queda la esperanza de que puedan arrastrarse por las galerías hasta un lugar seguro, siempre y cuando puedan ver el camino entre el humo. La otra amenaza de los mineros son las inundaciones. Un hombre al que llaman el bombero se ocupa de recorrer las galerías durante los turnos y bombear el agua, ya que no hay manera de anticipar dónde brotará.

Recuerdo la sensación de sofoco mientras la vagoneta se adentraba en la mina, y el miedo al ver que el túnel se convertía en un río negro interminable detrás de nosotros. Las dimensiones de las galerías cambian constantemente. Algunas veces parecen muy grandes, casi como cavernas, y después la vagoneta avanza por un túnel tan pequeño que alcanzo a tocar las paredes con la mano. En ningún momento me pareció que podía levantar la cabeza sin recibir un golpe contra una viga.

Por todas partes había señales del peligro que nos acechaba: medidores de niveles de gas que suenan si hay una emanación; máquinas programadas para entrar en funcionamiento automáticamente que podían accionarse sin previo aviso y herir a quien estuviera cerca; y, por supuesto, polvo. Lo notas en la boca, y cuando lo respiras es como si fumaras tu primer cigarrillo. Al principio, es algo extraño e intentas resistirte, pero acabas por olvidarlo. El polvo de carbón penetra en los

poros de la piel, invade los pulmones y acaba produciendo toda clase de enfermedades; el cáncer es la menos importante; la peor de todas la silicosis, pero todas son enfermedades muy dolorosas y que provocan una muerte lenta. Lo que más me llamó la atención fue la ausencia de ruidos. Reinaba un silencio sepulcral. Es como estar enterrado vivo. Me pregunto cómo lo resisten los hombres que bajan cada día. Yo no podría hacerlo.

Los mineros en general son hombres prácticos. Conozco a muchos que ya no trabajan en las minas y que viven de las pensiones de invalidez. Vienen a la farmacia en busca de medicamentos, y créanme, necesitan muchísimos. Si no tienen los pulmones destrozados, son las articulaciones hechas trizas de tanto recoger, cargar, transportar y levantar carbón. Nosotros despojamos a las montañas del carbón, pero ellas se cobran el expolio en vidas humanas.

La minería es una tradición familiar; por lo general los hijos siguen a sus padres, y sus hijos los seguirán a ellos. Hay algunas historias de valentía increíbles, y las recuerdo mientras espero las instrucciones. Allá por los años treinta, Wesley Abingdon se convirtió en un héroe local cuando en un accidente se montó en una vagoneta, entró en la mina, la cargó con las víctimas, las llevó al exterior y volvió a entrar en busca de más. Aquel día salvó a unos treinta; aquellos treinta le contaron la historia a treinta familias, y éstas a otras tantas. A Wesley lo tuvieron como un santo durante el resto de su vida.

Hace un par de años ocurrió un accidente que de tanto repetirlo parece una leyenda local, pero fui testigo presencial, y juro que es absolutamente cierta. Fue a finales de primavera, y las montañas estaban cubiertas de un manto verde. Sonaron los tres pitidos, y nos reunimos, lo mismo que hoy, para ayudar en el rescate. El supervisor tiene contados a todos menos a uno: falta un minero joven, Basil Tate. El problema con las explosiones es que resulta muy difícil saber su causa hasta después de que ocurren, por lo que es prácticamente imposible prevenirlas. El fuego y el humo también son caprichosos, y un buen minero lo tiene en cuenta y sabe que tiene que trabajar con ellos. El equipo de rescate estaba analizando el procedimiento para encontrar a Basil, cuando se escuchó un estruendo en las profundidades de la mina, Comenzó suavemente, pero parecía acercarse a la salida. Nunca olvidaré lo que ocurrió después. El estruendo se transformó en un estallido. Roca, carbón y humo salieron por la boca, y luego oímos un sonido como si descorcharan una botella. Miramos hacia lo alto, y allí estaba Basil Tate, volando por el aire como una bala humana. La explosión había creado una burbuja alrededor de Basil. A continuación el fuego impulsó los humos, la burbuja y a Basil como un cañonazo. La muchedumbre contempló el espectáculo boquiabierta. ¿Estaba vivo? Seguimos al cuerpo por una loma y bajamos por el otro lado. Basil había aterrizado en la orilla de un arroyo, en medio de una charca de fango. Teníamos la certeza de que estaba muerto. Cuando llegamos a su lado, estaba inconsciente, el cuerpo contorsionado como una ese. Por la posición, era obvio que tenía roto el cuello y las piernas. Pero aún tenía pulso, así que lo envolvimos en una manta con mucho cuidado y pedimos un helicóptero a la Universidad de Virginia para que lo trasladaran al hospital. Basil estuvo enyesado durante dos años, y ahora atiende la taquilla del teatro. Todos le conocen como el hombre milagro.

El supervisor de la mina, un tipo de ciudad, que no es de esta región, me mira como diciendo: «¿Qué hace aquí?». Spec se da cuenta y le informa: «Está conmigo».. Hago una pregunta inteligente sobre la explosión. El tipo se relaja y decide que puedo quedarme y echar una mano. Él también es un extranjero, pero ahí se acaba cualquier parecido entre nosotros. Su porte y su condescendencia son un ejemplo perfecto de por qué a los lugareños no les gustan los hombres de la compañía. Aparecen por aquí dándose aires.

En lo que a explosiones se refiere, ésta no parece ser de las malas. Todavía no se ve el fuego; el humo procede de una grieta cerca de la entrada de la mina. El capataz intenta explicarle la ubicación del nivel tres al hombre de la compañía cuando veo a Jack Mac que sale a gatas por uno de los agujeros de ventilación con Amos Johnson. Oigo un grito cuando la mujer de Johnson corre para reunirse con él. La detienen mientras el equipo de rescate de Coeburn atiende a su marido. Corro hacia Jack Mac cuando él se vuelve dispuesto a entrar otra vez en la mina. El capataz me grita que lo detenga. Jack Mac me mira. «Rick todavía está adentro», le digo. Dos ingenieros de la compañía intentan detenerlo, pero él los aparta y desaparece por la entrada. El capataz me echa una bronca fenomenal por haber dado información y me dice que me vaya detrás de la línea y espere a los heridos.

La peor parte de estos accidentes es el tiempo que pasa entre la entrada y la salida de los equipos. Los períodos de espera transcurren en silencio, con algunos sollozos ahogados. Por lo general, la gente no llora; los accidentes son parte del riesgo laboral, y no tiene sentido preocuparse hasta que ocurre algo de verdad.

Spec se ha enfadado conmigo porque no puede hacer nada por culpa de mi bocaza. A Spec le gusta estar metido en el baile, y ahora lo han apartado. Pasan veinte minutos. No hay rastros de Jack Mac. Me siento terriblemente culpable. ¿Por qué tuve que hablarle de Rick? ¿Por qué no dejé que los hombres de la compañía se ocuparan de encontrar la manera de rescatarlo? ¿Acaso no sabía que Jack Mac no es de los que se quedan sentados y esperan a que los demás hagan algo? Alguien pone una mano en mi hombro. Me vuelvo y me encuentro con Sweet Sue, con una expresión de absoluto terror.

-¿Está adentro, Ava?

-Intenta sacar a Rick. No te preocupes.

Consuelo a Sweet Sue lo mejor que puedo, y ella vuelve a reunirse con el resto de las mujeres detrás de la cuerda. Las miro. Sus expresiones van de la más total desesperación y el miedo, a la furia. Están cansadas de esto y tienen todo el derecho a estar furiosas. Tienen la mirada aguda, no se les escapa ningún detalle, pero también hay un cansancio que es producto de la desilusión.

Spec me grita que lo siga porque la mayoría de los otros equipos de rescate se han marchado con los heridos. El capataz sigue furioso conmigo por haberle hablado de Rick a Jack Mac. Su trabajo es salvar a todos los hombres que pueda, y ahora todo indica que perderá a dos. Spec comienza a actuar de mediador en nuestra disputa cuando oímos los gritos de una mujer: «¡Ayúdenlos! ¡Ayúdenlos!».

La multitud guarda el más absoluto silencio mientras el humo sale de la mina. Entonces, casi como si fuera un sueño, Jack MacChesney aparece en la boca de la

mina con un hombre a la espalda. Oigo que alguien grita: «Jack Mac tiene a Rick! ¡Tiene a Rick!». El cuerpo de Rick Harmon está inerte. Entramos en acción.

Spec es fantástico con el resucitador y el oxígeno, así que él asume el mando y yo le ayudo. Jack Mac se desploma y un médico corre en su auxilio inmediatamente. Lo miro y veo que está inconsciente. Sherry, la esposa de Rick, corre hacia nosotros con sus hijos. Quieren tocar a Rick, convencidos de que pueden devolverlo a la vida con besos y caricias. Pero el supervisor los aparta y nosotros continuamos con el bombeo. Spec me mira.

-Ya lo tenemos.

El médico se reúne con nosotros y asume el mando. Nos dice que apartemos a Rick del humo residual, así que lo levantamos con mucho cuidado en la camilla y lo trasladamos unos metros más allá hasta un claro. Rick abre los ojos y grita: «Mi pie, me cago en diez, mi pie». Le sonrío con una mirada que dice: «No creo que éste sea el mejor momento para maldecir a Dios», y él me devuelve la mirada con una expresión de disculpa.

-Deja que le eche una mirada.

No me había fijado en el pie. Es una masa sanguinolenta. Vuelvo a sonreír y le digo que no se preocupe. Pero estoy preocupada; tiene un corte muy profundo muy cerca de la punta, y no se ven los dedos. Temo que tengan que amputárselo.

-¿Qué tal está, Ave? -pregunta, sospechando lo peor.

-No tiene tan mala pinta. -Rick parece encontrar un alivio en mi opinión y cierra los ojos. Pierde el conocimiento. Le vendo el pie y le coloco una bolsa de hielo.

El equipo de rescate de Norton le coloca una mascarilla de oxígeno y lo cargan en la ambulancia. Cierran la puerta y se marchan a toda velocidad. Me vuelvo para buscar a Jack Mac, pero ha desaparecido. La unidad de Appalachia se lo ha llevado al hospital.

El supervisor gruñe algo cuando Spec y yo pasamos por su lado. Me paro y le pregunto si está seguro de que no queda nadie en la mina. Me asegura que están todos fuera. Sonríe, pero no es una sonrisa de alegría por los hombres que han sobrevivido, es una sonrisa egoísta. Para él salvar vidas no es más que una cuestión de números; hoy ha tenido un buen día, y sabe que su trabajo está seguro.

Las mujeres salen corriendo a buscar sus coches. Arrancan y siguen a las ambulancias hasta el hospital. La esposa de Rick se acerca a mí y le doy un abrazo. Sólo pienso en lo mucho que lo quiere, en lo felices que eran ella y Rick mientras bailaban en el Fold.

Spec me deja en la farmacia, y le digo a las chicas que me acercaré al hospital para ver qué tal están los hombres. Fleeta y Pearl no necesitan más detalles; han seguido los acontecimientos por la emisora de la policía. Fleeta me retiene un instante para quitarme la mugre de la cara con un pañuelo de papel.

El hospital Saint Agnes fue fundado por monjas irlandesas católicas que llegaron aquí en los años treinta. Por aquí el dicho común es: «Si estás enfermo, ve y deja que te cuiden las monjas». Aunque a los lugareños no les caigan muy bien los católicos, hacen una excepción cuando se trata de cuidar la salud. Las monjas construyeron su hospital en Norton, la ciudad más cercana, ubicado a una distancia equidistante de las cuencas carboníferas. Me encanta el hospital porque hay

estatuas de santos y ángeles en todos los rincones disponibles. Eulala Clarkston, que estuvo ingresada aquí por un coágulo, jura que vio que la Virgen María la saludaba. La hermana Julia me dijo que, si bien les encantaría que la Virgen hiciera una aparición en Norton, estaban muy seguras de que Eulala no la había visto. Por aquel entonces le daban Davon y veía cosas.

Ya han dado el alta a la mayoría de los mineros. Le pregunto a una de las enfermeras si se sabe algo de Rick Harmon, y me informa que lo están operando en el hospital universitario de Charlottesville y que en cuanto tenga más noticias me las comunicará. Veo a Spec en el vestíbulo y lo felicito por el trabajo con el resucitador; él me agradece mi ayuda. Cuando doy la vuelta en una esquina, camino de la salida, me doy de bruces con Jack MacChesney. Le doy un abrazo rápido que lo pilla con la guardia baja.

-¿Estás bien?

-Sí, señorita.

Jack Mac me mira con una expresión rara, así que doy por supuesto que Fleeta no acabó de quitarme toda la suciedad. Me limpio el rostro con la manga. Entonces, me dice en voz baja:

-Muchas gracias por decirme lo de Rick.

-El supervisor me metió una bronca de cuidado. Ese tipo es un verdadero imbécil. -¿Por qué hablo tan alto? Es algo detestable. Entonces le suelto-: ¿Quieres que te lleve a tu casa?

Jack Mac da toda la impresión de estar encantado con la idea y está a punto de responderme cuando oímos una voz conocida.

-¡Jack! -grita su madre-. ¡Deja que te vea!

La señora Mac se apoya en el brazo de Sweet Sue. Jack me mira, desconcertado por un momento. Entonces Sweet Sue se le echa encima y comienza a besarlo. Después le toca el turno a la madre, que le acaricia las mejillas como si tuviera cinco años. De pronto siento todas aquellas cosas tristes que sentía cuando era una niña: soy una extraña. Sweet Sue y la señora Mac abrazan a Jack, y es justo, porque ahora mismo es el héroe local. No salvó a treinta, pero salvó a uno; a los ojos de la gente de por aquí, eso tiene la misma importancia.

Me siento feliz al ver cómo su madre y Sweet Sue lo miman con tanto cariño. Se lo merece. ¡Que te quieran de esta manera! Tener a alguien que se preocupe por ti. ¡Que tu madre te sujete el rostro con las manos como si lo tuvieras de la más fina porcelana! Presencio algo perfecto y hermoso, y no formo parte de ello. Son una familia. Sigo mi camino y salgo por la puerta que da al aparcamiento.

Lo único que deseo es un baño caliente, una copa de vino y una larga charla telefónica con Theodore, pero cuando entro con el Jeep por el camino del garaje, veo que tengo compañía. El Oldsmobile Cutlass Supreme de mi tía Alice y mi tío Wayne está aparcado cerca de mi porche trasero. Los dos pasean por el jardín; inspeccionan la salud de mis árboles.

-Tendrías que llamar al servicio forestal para que inspeccionen el tulipero. Tiene el mal de la raíz.

Quiero decir «¿Cómo estás tú, tía Alice?», pero en cambio me encojo de hombros.

-Queremos hablar contigo, Ava -interviene mi tío.

Los invito a pasar y les ofrezco té helado, que no aceptan. Mientras pasamos por el comedor para ir a la sala, la tía Alice toma buena nota de cada mueble, plato y copa. Es como si tuviera la cabeza de una marioneta que se inclina y se vuelve a derecha e izquierda, para archivar en su memoria cada artículo y su ubicación.

No me imagino la razón de su presencia. Nunca me visitan, llaman o me invitan a su casa. Después de la muerte de mi padre, mamá y yo los llamábamos por una cuestión de respeto, pero siempre eran tan bruscos que dejamos de intentarlo. La tía Alice ha envejecido mal. Ronda los sesenta, pero parece mucho más vieja. Lleva el pelo corto y se lo tiñe de un color azul. Su rostro pequeño, arrugado como consecuencia de toda una vida de gestos adustos y de fruncir el entrecejo, muestra una expresión avinagrada permanente. No le vendría mal utilizar un poco de Queen Helene. Lleva unas gafas que son demasiado grandes para su rostro, y ahora tiene dientes postizos. Lo sé porque oigo cómo silba el aire entre ellos cuando habla. Es obvio que la vida se ha ensañado con ella, y los resultados no son nada agradables.

-¿Qué puedo hacer por vosotros? -pregunto mientras me siento. La tía Alice también se sienta, pero el tío Wayne permanece de pie. Se le nota incómodo, como si le molestara estar cerca de su esposa. Es alto y delgado, con la cara de un títere; tiene unas arrugas tremendas.

-Hemos venido aquí porque no estoy dispuesta a perseguirte hasta el infierno para hablar contigo -responde la tía Alice-. Así que quédate sentada donde estás y escúchame porque hay algo que tengo que decirte. Sé que tu madre se sinceró contigo. -Lo dice con un tono como si las revelaciones de mi madre fueran algo repugnante.

-Inez Eisenberg tendría que buscar en el diccionario el significado de la palabra «confidencial».

-Venga, Ava, escúchame -manifiesta el tío Wayne-. No queremos problemas.

-¿Qué clase de problemas? -Miro a la tía Alice-. ¿De qué queréis hablar? -Escucha, jovencita -grita mi tía, incapaz de contenerse-. Me he mantenido apartada toda mi vida, y he visto cómo mi hermano, al que tanto quería, os lo daba todo a ti y a la desagradecida de tu madre. No dije ni una palabra porque él no quería que la dijera, pero ahora, ahora que ha salido la verdad, tienes que saber que se me han de restituir sus bienes porque soy el único familiar directo de mi difunto hermano. Hablo de sangre. Ya sabes lo que quiero decir.

Asiento.

-Tú no eres de su misma sangre, ni nunca lo serás. Mi madre casi se murió del susto cuando Fred se presentó en casa con una italiana, y para colmo embarazada. ¡Dios nos asista! Apareció por aquí, en este mismo porche con una extranjera mancillada. Tu madre vino a vivir a esta casa dándose aires de señorona, mirándonos a todos por encima del hombro, y se aprovechó de mi hermano. Te educó, te vistió. Te dio de comer y has vivido como una princesa. Has viajado aquí y allá, has estado en Montisello y no sé dónde más, mientras que yo nunca he ido más allá de Roanoke. Te has aprovechado de todo lo que era mío, y te lo digo muy en serio, jovencita.

Permanezco callada y me miro las manos. Tengo tres cortes pequeños en el dedo índice de la mano derecha. No recuerdo cómo me los hice, pero ahora me laten un poco y me duelen. Tuve que hacérmelos cuando le quitaba el equipo a Rick antes de que la gente de Norton lo cargara en la ambulancia. Hay un poco de sangre seca alrededor del primer corte. Me la quito frotando el dedo contra el pantalón. La tía Alice continúa con lo suyo.

-Después de todo, fue su negocio el que te ha hecho rica. Era el local de mi padre, éste era el hogar de la familia Mulligan y no he sacado nada de todo esto. ¿Sabes el daño que me hace pensar que no puedo vivir en la casa donde crecí? ¿Que una extraña ocupa el lugar que me corresponde en la casa de mi padre y mi madre? Se me trata como a una cualquiera cuando soy su único familiar directo.

-De la misma sangre -señalo, en voz baja.

-¡Eso mismo! ¡Y aquí nos tienes! ¡Tirando! Cobramos la pensión, pero no es bastante. Mientras tanto, tú estás aquí, con dinero a espuertas, y nunca has movido un dedo para ayudarnos.

Alice se vuelve para mirar al tío Wayne, que mueve la boca pero sin que le salgan las palabras, lo mismo que el muñeco mecánico de Santa Claus que pongo en el escaparate de la farmacia todas las Navidades. Ella le ordena con la mirada que hable, pero no puede. Las venas en el cuello de mi tía abultan como serpientes azules. Mueve la cabeza de un lado a otro como un ave de rapiña furiosa. Me mira directamente, algo que nunca había hecho antes. Veo sus ojos. Detrás de los bifocales, aparecen de un color castaño claro, saltones, descentrados y rodeados de blanco. (En la lectura del rostro, los iris que flotan, rodeados de blanco, corresponden a las personas con una patología criminal. Yo diría que ahora mismo está tan furiosa que sería capaz de matar.)

-Desearía que por una vez alguien hubiera pensado en mí, que se preocupara por mí. ¡Nunca nadie se ha preocupado por mí!

Es cierto. Salvo unas pocas veces después del fallecimiento de Fred Mulligan, nunca me interesé por saber cómo estaban, ni les llevé un regalo o me dejé caer por su casa. Pero no lo hice porque son las personas más desagradables que he conocido. Chismosas, malvadas y mezquinas, no se merecen el amor de una sobrina. Además, para mí han cometido el más terrible de los pecados: odiaban a mi madre. La tía Alice nunca me demostró el menor afecto. No recuerdo que me haya hecho nunca un regalo de cumpleaños, me haya enviado una tarjeta o un huevo de Pascua. La verdad es que no les tengo el menor afecto. Por eso me resulta muy sencillo decirle:

-¿Cuánto queréis?

Mi pregunta los pilló completamente desprevenidos. Se miran el uno al otro. A mi tío Wayne casi se le cae la baba, como si creyera que les extenderé un cheque ahora mismo. A la tía Alice la domina la avaricia, mira en derredor, quiere todo lo que hay dentro de esta casa sencilla, incluida la propia casa. Mi tío cambia de postura.

-Tu tía y yo todavía no hemos entrado en los detalles -responde, muy erguido.

-Pues creo que tendríais que hacerlo.

La tía Alice me mira. Desconfía de mí. Entrecierra los párpados.

-Hemos consultado con un abogado de Pennington, y él lleva este asunto.

-Dile que me llame.

Me miran desconcertados. No se esperaban que les respondiera de esta manera.

-No quiero ser descortés, pero acabo de hacer un trabajo con el equipo de rescate y estoy muy cansada. No sé si lo sabéis. Tuvimos una explosión en Wence, así que si no os importa... -Me levanto y les indico la salida. La tía Alice sale sin mirarme. El tío Wayne, mucho más contento ahora que ha olido el dinero, esboza una sonrisa.

-Sólo queremos lo que nos merecemos.

-Confío en que recibáis lo que os merecéis.

Cierro la puerta con llave y me voy directamente al baño. Vomito. Me asusta la violencia de mis vómitos. Aprieto el botón de la cisterna con la mano izquierda y después abro el grifo del lavabo con la mano derecha. En cuanto me mojo el rostro con agua fría, vuelvo a vomitar. Esto se repite una y otra vez, hasta que no vomito más que agua clara. Me cepillo los dientes. Cuando voy a dejar el cepillo en el vaso, descubro que apenas si lo puedo sostener. Es como si el cepillo estuviera hecho de cemento. Me echo a llorar. Quiero a mi madre. Me sujeto al lavabo. Veo cómo mis lágrimas caen sobre la loza blanca y desaparecen por el desagüe. «Tendría que haberla matado por lo que dijo de ti, mamá.» Pero en lo más profundo de mi ser, sé que hay una manera mejor de acabar con la tía Alice. La acabo de descubrir.

## 5

El sabio dicho de que todo el mundo necesita un buen abogado es una verdad como un templo. Tengo a Lew. Es concienzudo y competente. Sólo me gustaría que Inez no repitiera todo lo que escucha en el despacho. No quiero que nadie discuta mis asuntos personales en la cola del supermercado. Fleeta estuvo a punto de meterse en una pelea a puñetazos cuando alguien comenzó a contar unas historias muy poco agradables sobre mi persona un sábado que había unas ofertas especiales. Sin embargo, la mayoría se muestran más fascinadas que críticas con el hecho de que sea una bastarda. No se creen la intriga de todo este asunto, o que una persona normal como yo sea el centro de la historia. La verdad es que la mayoría de la gente de por aquí es bastante conservadora, y se atienen a las enseñanzas de la Biblia. Casi todos con los que me cruzo me miran con piedad y asombro. Sé muy bien cuáles de mis clientas van repitiendo las historias porque no pueden mirarme a los ojos. Me sorprendo de mí misma, porque pienso que algo como esto tendría que provocarme cierta vergüenza. No obstante, siento más alivio que vergüenza. El alivio todavía no me ha dado la tranquilidad de conciencia, pero confío en que lo haga.

Necesito hablar con Lew, y no quiero que Inez escuche lo que tengo que decirle, así que espero hasta verle salir de su oficina para ir a recoger la correspondencia. Me pongo la chaqueta y le sigo a la oficina de correos.

Lew saca la llave y abre la casilla de correos. Está llena a rebosar. Mientras saca las cartas se le cae una revista y se la recojo. Le hablo de la visita de la tía Alice y el tío Wayne. A continuación le explico mi plan, Me he pasado la noche en blanco, y he tomado tanto café, que ahora tengo expresión de loca, pero tengo la mente bien clara.

-Piensas como un abogado. Eso me aterra -comenta Lew, que hace un cilindro con toda la correspondencia y la sujeta con una goma.

Espero a que Lew salga de la oficina de correos. Compro media docena de sellos y espero otros dos minutos antes de salir. En el camino hacia la farmacia, veo a Inez que fuma un cigarrillo en los escalones de la entrada del despacho. La saludo con un ademán y le sonrío. Cualquier gesto amable la desconcierta, así que me mira como si yo fuera la loca de la ciudad, y me sonríe sin muchos ánimos.

Entro en la farmacia. Despacho las recetas, repaso el inventario y hago el depósito en el banco. Me salto la comida. No hago ninguna llamada. No le digo gran cosa a Fleeta o a Pearl. Hago mi trabajo. Espero. Pasan unas horas y Pearl me llama.

-Lew Eisenberg quiere que vaya a su oficina.

Abrazo a Pearl, que me mira extrañada.

-Tienen que ser buenas noticias.

-Todavía no.

Pearl se encoge de hombros y vuelve a su trabajo. Está retirando las barras de labios usadas del exhibidor. Fleeta está sentada en una caja de champú, fumándose un cigarrillo, así que no me ve cuando me marcho. En cuanto doy la vuelta en la esquina, noto el primer soplo helado del otoño. Parece como si las estaciones hubieran cambiado en el curso de un solo día. El fresco me da nuevos bríos.

-¿Está tu amado? -le pregunto a Inez.

A ella le parece algo muy gracioso y se ríe.

-Entra.

Lew está sentado detrás de su escritorio. Me señala una silla. Enciende la radio y sube el volumen al máximo para que Inez no pueda escucharnos. Dice algo que me concierne: Buddy Lambert, el primo hermano de Wayne Lambert, es nuestro juez de distrito, y se lo conoce con el apodo del juez del sobre. Se le puede comprar, y Lew cree que Wayne ya ha hecho un trato. Hay una parte de mí que está de acuerdo con la tía Alice; el dinero y las propiedades de Fred Mulligan no me pertenecen por legítimo derecho. Quizá yo sea la causante de todo esto. Tal vez mi ambivalencia respecto a mi padre, la farmacia, el dinero y la casa me han traído todos estos problemas. Quizá la tía Alice se ha dado cuenta de que estoy en falso y se aprovecha para hacerme daño donde más me duele. Su hermano sí que lo hacía; ¿estos rasgos no son comunes a todos los miembros de la familia? No creo que renuncie hasta que consiga hacerme sufrir.

Fred Mulligan era el hombre más obstinado que he conocido. Su empecinamiento, no el afecto por mi madre, fue lo que hizo que el matrimonio durara. Cuando yo estaba en el instituto, insistió en que un limonero podía crecer en Big Stone Gap.

Por muchas discusiones que tuvimos, no podía aceptar que los limoneros necesitan sol y calor para crecer, todo lo opuesto a los cielos encapotados y el frío de la montaña. Cuando el árbol no dio frutos, le echó la culpa a la compañía que le había vendido el limonero. El árbol continúa en el patio trasero. Las ramas grises y retorcidas se sujetan en la tubería de desagüe junto a los escalones del porche. Nunca he querido arrancarlo; me recuerda que no debo convertirme en una persona amargada.

Lew se da cuenta de mis dudas.

-Estás haciendo lo correcto, Ave María -me asegura.

Tengo que defender mis derechos. Aquí no hay nadie que lo haga por mí. Por primera vez en mi vida, comprendo que estoy sola. Mi madre ya no está. No tengo un hermano o hermana que me eche una mano, ni un marido que esté a mi lado.

No quiero que los Lambert reciban ni un solo centavo. Recuerdo las palabras de desprecio que la tía Alice dedicó a mi madre, y ese es todo el estímulo que necesito. Lew me da unos papeles para que los firme. Los guarda en el maletín que llevará al juzgado. Después me estrecha la mano. Coge la mía entre las suyas, corno una muestra de apoyo y para darme ánimos. Quiero abrazarlo, pero no puedo.

Paso junto a Inez, que ahora ocupa su escritorio, y me vuelvo hacia Lew con un último pensamiento.

-Lew, muchas gracias por ayudarme. La tía Alice y el tío Wayne se merecen de verdad todo lo que recibirán. Es lo que Fred Mulligan hubiese querido.

-Estamos muy contentos de haberte sido útiles -declara Lew desde el umbral, y me hace un gesto de despedida.

No acabo de poner un pie en la calle cuando escucho a Inez que ya está al teléfono.

Insko es un trozo de tierra libre entre Big Stone Gap y Appalachia que en un tiempo fue una mina a cielo abierto. En lugar de hacerse con las tierras, el Departamento de Vivienda Pública decidió construir casas de protección oficial. Cuando el valle se inunda, se llevan a los habitantes montaña arriba hasta que se puedan reconstruir las casas en el valle. A veces tardan tanto que la gente decide quedarse allí donde los han realojado.

La gente de por aquí depende y desconfía del gobierno. Cuando yo iba a la escuela, nos beneficiábamos de numerosos programas. Todas las vacunas eran gratis. Las bandejas de la comida incluían una bolsita de patatas, otra de cacahuetes salados, una tableta de chocolate o mi favorito: una porción de queso cheddar estampada con un sello que decía: QUESO GUBERNAMENTAL. También enviaban de vez en cuando a alguna compañía de espectáculos. Recuerdo que cuando estaba en el instituto, vino una compañía de Nueva York que representaba Harvey. No fui la única estudiante que se dio cuenta de que el actor principal estaba borracho y que se cayó dormido en el escenario en el segundo acto. Pero no nos importaba. Cualquier excusa era buena para ser una parte del mundo exterior, para ver cómo era la gente, cómo hablaba y vestía. Por quince centavos, podías ver una obra e imaginarte la excitante vida de los actores que tenías en el escenario. Nunca nos llevamos una desilusión. Pearl y su madre viven en una de las casas más viejas, en el extremo de la urbanización. He llevado a Pearl a su casa varias veces,

así que me conozco el camino. Aparco delante de la casa de dos habitaciones. No he llamado antes porque no podía; todavía no tienen teléfono, y no piensan instalar uno porque Pearl está ahorrando para pagarse los estudios. Algunas de las planchas de aluminio de las paredes necesitan que las cambien, y el porche se tambalea y está prácticamente separado de la casa. Las ventanas corredizas son muy delgadas y no tienen aislamiento. El gobierno no se preocupa mucho del mantenimiento. Veo una luz encendida. Unos chiquillos juegan en la calle. Se detienen y me miran. Busco en el bolso algún paquete de goma de mascar. Encuentro un par y se los doy. Me dan las gracias y se marchan corriendo.

Llamo varias veces. Finalmente, la puerta mosquitera se abre un par de centímetros.

-¿Señora Grinies?

-Sí.

-Soy Ave María Mulligan, de la ciudad.

Leah Grimes asoma la cabeza.

-Pearl ha ido a buscar unas hojas o algo así para su trabajo de ciencias.

-¿Puedo entrar y esperarla?

-Supongo que sí.

Leah Grimes abre la puerta y entro en una habitación muy limpia pero parcamente amueblada. Hay un banco viejo, una mesa pequeña y una lámpara. En el dormitorio hay dos camas gemelas con mantas de colores. La kitchenette está impoluta. En uno de los fuegos hierve una olla de sopa. Pearl entra a la carrera.

-¿Todo bien, señorita Ave?

-Perfectamente.

-Mamá, esta es mi jefa, la señorita Ave.

-Lo sabía. -Leah me mira con una expresión curiosa.

-Pearl es muy trabajadora. No sabría qué hacer sin ella.

-Lo sé. Es una buena chica.

-¿Le ha traído alguna muestra de la milagrosa mascarilla Queen Helene?

-Sí, señora. -Leah sonríe y se tapa la boca.

-Me disculpo si la hemos utilizado como conejillo de Indias para nuestros nuevos productos, pero necesitábamos a una mujer con belleza natural para ponerlos a prueba.

-Era bonita, antes de perder los dientes.

-Ya sabe que pueden ponerle unos dientes nuevos en la ciudad.

-Algún día. ¿No es así, mamá? -dice Pearl, y aprieta la mano de su madre.

-¿Quiere una taza de té? -me pregunta Leah, mucho más animada.

-Si no le importa, tengo que discutir un asunto de negocios con Pearl.

Mi joven empleada levanta la cabeza y se comporta congo una persona mayor al escuchar la palabra negocios.

Pearl me lleva a dar una vuelta por la urbanización. A unos cuatrocientos metros de su casa está una de nuestras maravillas naturales: las cataratas de Roaring Branch. Es un lugar mágico, escalones de piedra sobre los que se vuelca un torrente de agua cristalina. La gente viene aquí a sentarse, a pensar y a contemplar tanta belleza.

-No sabía que éramos tan pobres, ¿verdad?

-Hago muchos repartos por esta zona.

Pearl y yo nos sentamos a disfrutar del espectáculo. Permanecemos en silencio durante un buen rato.

-¿Ha venido hasta aquí para verme? ¿Estoy despedida o algo así?

-No. Estás haciendo un gran trabajo.

-Gracias. Sé que algunas veces incordio a Fleeta -se disculpa Pearl. Me mira expectante, mientras se pregunta por qué estoy aquí.

-Pearl, ¿tienes un dólar?

-Acaba de pagarme. Tengo cuarenta y seis dólares.

-Sólo necesito uno.

Pearl abre el monedero de cuentas y saca los billetes cuidadosamente doblados. Me entrega un dólar.

-¿Necesita más? Tome. Coja todo lo que quiera.

-No, gracias. Uno es bastante. Ahora, estrechémonos las manos.

Pearl no entiende nada, pero me estrecha la mano.

-Felicitaciones, Pearl. Acabas de comprar la farmacia Mutual.

-¿Sí? Pero ¿por qué?

En el camino de regreso a su casa, le explico a Pearl que para proteger el negocio de las garras de los Lambert, tengo que vender, y vender enseguida. He tenido que tomar algunas decisiones sobre la marcha. He decidido vender mi negocio para que no me lo puedan quitar. Cuando llegarnos a la casa, Pearl me mira.

-¿Puedo decírselo a mamá?

-Por supuesto. Sólo recomiéndale que lo mantenga en el más absoluto secreto hasta que yo le diga.

-Señorita Ave, ¿está usted segura de esto?

-Claro que sí. Por cierto, sólo por el hecho de que seas la propietario, no tienes obligación de convertirte en farmacéutica. Ve al college y estudia lo que te guste y sé lo que decidas ser. Fleeta y yo defenderemos el fuerte mientras tú no estés. Lo más probable es que Fleeta no vacile en pedirte un aumento inmediatamente. Yo no soy tan lanzada. Pero tengo mucha experiencia, en el caso que decidas conservarme. Sé tratar a los clientes.

-¿Por qué me escogió a mí entre tanta gente?

-Verás, Pearl, para mí eres la mejor persona que he conocido.

Pearl sonríe. En la luz azulada del crepúsculo, su rostro es puro, lozano y lleno de alegría. Por fin le ha sucedido algo bueno a Pearl. Después de tanto tiempo hay alguien que cree en ella. Esta noche con el intercambio ha conseguido las herramientas para construir su autoestima; ha sido elegida, y tiene seguridad. Quizás esto sea todo lo que necesita una persona para triunfar. Pearl ha sido escogida, y esto ha comenzado a definirla.

Le prometí a Iva Lou que me reuniría con ella en el Sub Sandwich Carry-Out para tomar un bocado. El local es sobre todo un lugar de encuentro de adolescentes, pero los demás vamos porque la comida es buena. Tiene una decoración bonita; los candelabros de plástico modelo Tiffany y los reservados de formica naranja crean un ambiente cómodo y relajado.

Le cuento a Iva Lou la visita de la tía Alice y la venta del negocio a Pearl.

-Cariño, tendrías que dar gracias a Dios por haber encontrado un plan tan bueno. Si esa miserable de tía tuya hubiera metido las garras en la Mutual, nunca más nadie hubiera entrado allí. Hubiera tenido que cerrar. No hay nadie que quiera tener tratos con esa bruja.

-Lew es un lince.

-Ya sabes lo que siempre digo. Encontrar un buen abogado es más difícil que encontrar un buen marido. Tendré que darme una vuelta por su oficina y darle las gracias al bueno de Lew a mi manera. -Iva Lou me guiara un ojo.

-Por favor, ya tengo bastantes problemas.

-Bah, sólo estaba bromeando contigo. Pero, ¿qué será de ti? ¿Qué harás?

Por supuesto, ya lo tengo todo pensado. Nunca he tomado una decisión impulsiva en toda mi vida.

-Tengo ahorrado un montón de dinero, Iva Lou.

-Me alegro por ti.

-Trabajaré para Pearl durante un tiempo, y después ya veremos lo que pasa.

Dickie y Arlan Baker, dos chicos mormones, se reúnen con nosotras en el reservado. Iva Lou se encarga de las presentaciones, ya que ha sido ella quien ha organizado el encuentro. Los hermanos Baker parecen rondar los veinte. Van bien arreglados, el pelo corto, la piel suave y rosada (mamá siempre insistía en que las bebidas gaseosas son malas para la piel. Los morriones tienen por norma no beber gaseosas; su piel es un anuncio perfecto para no probar ni una gota). Visten sus prendas de rigor: pantalón negro y camisa blanca. En todos los años que los mormones llevan aquí, los jóvenes han ido de puerta en puerta vestidos de la misma manera, repartiendo los mismos libros y predicando como los buenos misioneros que son. Los hermanos han visitado la farmacia en un par de ocasiones, pero siempre he tenido demasiado trabajo para hablar con ellos.

-Chicos, necesitamos la ayuda de Salt Lake City. Queremos trepar por el árbol genealógico de Ave María. -Iva Lou abre la libreta de espiral y destapa la estilográfica-. Hay un hombre en Italia, y necesitamos encontrarlo pronto. Eso significa «rápido» en italiano.

Me río porque es una de las primeras palabras que le enseñé.

-¿Cómo podemos ayudaros? -pregunta Dickie, ¿o es Arlan?

-Esta es toda la información que tenemos de Mario Barbari hasta el momento. -Iva Lou les entrega el libro con la foto de Mario como alcalde de Schilpario-. No lo perdáis, porque los de la biblioteca me matarán si no se lo devuelvo.

Dickie mira la foto de Mario.

-Creo que os podremos echar una mano. La mayoría de la gente no tiene fotos.

Iva Lou escucha mientras los hermanos Baker explican cómo los mormones se han convertido en expertos en genealogía. Dios bendiga su paciencia. Es muy buena amiga, pero estoy preocupada. Nos hemos metido tanto en averiguar cómo encontrar a Mario que no he tenido tiempo para pensar en lo que podría pasar si lo encontramos. ¿Y si me rechaza? ¿Cómo encararé el tema? Me estoy desprendiendo de mi vieja vida como quien se quita la ropa mojada. No es fácil, pero tengo que hacerlo. ¿Cómo será mi nueva vida? Desprenderme de la farmacia, algo que no había

creído que haría, no ha sido triste. Al contrario, fue algo encantador. Me sentí más ligera. ¿Encontrar a Mario da Schilpario será lo que me dé la felicidad? ¿Me libraré del todo de mi pasado, como Mulligan cuando Alice Lambert reciba finalmente su justo castigo? Iva Lou arranca las páginas de la libreta.

-Ya podéis comenzar. Aquí tenéis mi número. Llamadme cuando tengáis la información.

Dickie y Arlan le dan las gracias por la comida. Cogen sus maletines negros y se marchan.

-Iva Lou, ¿qué haría sin ti?

-Verás, cariño, alguien tiene que ponerte un cohete en el culo. Sé cómo actúas. Te implicas en las historias de todos los demás en lugar de ocuparte de tus asuntos. Tienes que ser tu propio equipo de rescate, preciosa. Deja de abandonarte.

-No lo hago.

-Sí que lo haces. No follas, Ave, y ese es un gran problema.

-¿Cómo lo sabes?

-Lo sé y ya está.

Iva Lou chupa con fuerza de la pajita para beber el resto de Tab. Remueve los cubos de hielo en el vaso y sigue con el tema.

-No es sano pasarse sin sexo. -No cabe duda de que he puesto una expresión de horror porque levanta el dedo índice para recalcar la importancia de lo que dice-. He conocido a muchísimos hombres, y he aprendido que son todos diferentes. Cada vez que tengo una nueva experiencia, aprendo algo nuevo que me llevo conmigo mientras sigo adelante con mi vida. El sexo es la cosa más importante que hay en esta tierra.

-¿Qué? -susurro.

Entonces Iva Lou me repite lo que ha dicho, pero esta vez más alto. Golpea en la mesa con los nudillos cuando termina.

-¿Por qué?

-Porque es el único misterio.

No sé si Iva Lou está siendo muy profunda, si es una idiota, o si ha analizado a fondo el significado de todas sus aventuras. ¿El sexo es un misterio? ¿Para quién? Para ella no, desde luego. No entiendo por qué me dice todo esto.

-La vida es un misterio que se debe vivir, no un problema que resolver -añade-. Hace mucho, un amigo me regaló un jarro con esa frase impresa, y desde entonces la he convertido en mi filosofía personal. Además, tienes que encontrar a tu padre antes de poder enamorarte de un hombre.

-Eso no te lo crees ni tú -replico, y hago un gesto como si quisiera apartar a Iva Lou.

-Pues tendrías que creértelo. Es la pura verdad. ¿Por qué crees que te estoy ayudando a buscarlo? Sé cuál es tu problema y cómo arreglarlo. Durante toda tu vida te han contado algo que era mentira. Pero es algo que tendrás que resolver por tu cuenta cuando todo esto se acabe. Cuando la gente vive una mentira, deja de comunicarse. Cuando deja de comunicarse, muere la confianza. Cariño, tú no puedes estar con un hombre porque no confías en ninguno. No puedes desnudarte, y no lo

digo en sentido literal. ¿Me sigues? Tal como lo veo, si encuentras a tu padre, será una revelación para ti. Podrás encontrar tu lugar en este mundo. Podrás saber finalmente a dónde perteneces. Tú no eres uno de nosotros, Ave María, y no lo digo porque tu madre fuera extranjera. Te has mantenido aparte de la gente de aquí. No pretendo ser cruel. Has vivido aquí toda tu vida, pero nadie te conoce de verdad. La primera vez que vislumbré algo de lo que te hace funcionar fue la noche que estuve en tu casa para mirar todos aquellos libros. Mirabas los libros como el viejo Kent Vanhook me mira el culo. Había ansia, deseo.

Unos chicos del instituto escuchan por tercera vez una canción larguísima titulada «Paradise by the Dashboard Light». Iva Lou les grita que escojan alguna otra, como «One Hell of a Woman» de Mac Davis (que es su favorita), o la última de Conway Twitty.

Entonces suenan las campanitas de la entrada. Son idénticas a las que tengo en la puerta de la farmacia. Todos los comerciantes de la ciudad compraron un juego en la tienda de oportunidades de Zackie, y la misma dulce llamada se escucha cuando entras en cualquier tienda del Gap. Sweet Sue entra con Jack Mac. Él nos ve y se acerca. Sweet Sue nos saluda desde lejos y va directamente al mostrador donde sirven las comidas para llevar.

-¿Los chicos de Sue están con su padre este fin de semana? -le pregunta Iva Lou.

-Sí, señorita -contesta Jack Mac.

-¿Cómo está tu madre? -pregunto. ¿Por qué siempre le pregunto por su madre?

-Está bien.

-Dile que he preguntado por ella. -¿Qué soy? ¿Una vieja de las que hacen calceta en la iglesia metodista? Iva Lou me dirige una mirada de esas que matan.

-Lo haré, señorita. -Jack Mac mira la mesa y ve la libreta. -¿Están trabajando en algo? Iva Lou me mira para que responda.

-Es una historia muy larga.

Jack Mac mira hacia el mostrador de comidas para llevar. Sweet Sue charla con Delphine Moses, la propietaria del local, que echa salsa de tomate en la masa de pizza.

-Tengo unos minutos. -Jack Mac se sienta junto a Iva Lou, de cara a mí.

-Estoy buscando a mi padre. -¿Por qué se lo digo? ¿No podría inventarme algo sin mayor importancia, como que Iva Lou me está preparando una lista de libros? ¿Por qué tengo que hablar de mis asuntos privados?

-¿Has escuchado la historia que corre por ahí sobre nuestra Ave María? -pregunta Iva Lou como si yo no estuviera presente.

-He oído alguna cosa.

-Estamos intentando encontrar a un caballero italiano, que es el verdadero padre de Ave.

-Sí, señor, soy una bastarda -bromeo.

-No, no lo es. Esa es una etiqueta que los adultos les ponen a los bebés. -A mi modo de ver, no nace nadie que no deba estar aquí -proclama Jack Mac como si fuera la cosa más sencilla del mundo. Iva Lou y yo intercambiarnos una mirada.

-¿Cómo va la búsqueda? -Jack Mac coge la libreta de Iva Lou y le echa una ojeada.

-Iva Lou ha metido en esto a los mormones. Son especialistas en encontrar a la gente.

-Sí que saben. Van hasta la casa y tocan el timbre. -Iva Lou y yo nos reímos. Jack Mac no se ríe de su chiste, y se lo respeto. Sweet Sue se detiene junto a nuestra mesa con la bolsa de comida.

-Vamos, Jack.

Jack se levanta, pero por un momento me parece que no quiere marcharse. Creo que quiere quedarse sentado aquí y charlar con nosotras.

-Que tengan suerte -dice, y se marcha con Sweet Sue.

Iva Lou se levanta un palmo del asiento para mirar a Jack Mac mientras va hacia la puerta.

-Tiene un culo precioso. Muy bonito. No hay nada como un hombre trabajador.

-¿A qué te refieres?

-Me encantan los carpinteros, los fontaneros, los obreros de la construcción y los mineros. Los que tienen el tipo de Jack Mac.

-¿Tiene un tipo?

-Ajá. Tengo que ir afinando. Cuando has conocido a tantos hombres como yo, comienzas a hacer listas. El hombre trabajador es un hombre en el que se puede confiar. Arreglan las cosas cuando se rompen. Son prácticos. Me gusta. ¿Tú qué?

-Nunca lo he considerado. -En realidad no quiero hablar del tenia.

-No me cabe la menor duda. -Iva Loy me mira y menea la cabeza-. Deja que te diga una cosa. Mantente alejada de todos esos hombres que se pasan el día sentados detrás de un escritorio, los tipos de oficina. Son todos unos anormales. No salen a tomar el aire, ni hacen ejercicio todos los días, así que la sangre se les amontona en la cabeza, y se le ocurren todas esas ideas sexuales tan extrañas, créeme. Son unos pervertidos, y lo digo en serio.

Intento que Iva Lou abandone el tema y volvamos otra vez a los mormones. Pero habla de su tema favorito, y por lo tanto, insiste.

-Una vez intenté acostarme con él -anuncia Iva Lou.

-¿Con quién? -Con Jack Mac.

-¿En serio? -No lo conseguí.

-¿Por qué no? Eres bonita y divertida, ¿qué pasó? -¿Por qué se lo pregunto cuando no quiero saberlo? Es lo que hago. Cuando alguien me hace sentirme incómoda, en lugar de apartarme del asunto, intento que esa persona se sienta cómoda.

-Verás, una noche, antes de que comenzara a salir con Sweet Sue, estaba en el Fold. Nos tomamos un par de cervezas y bailamos un rato; yo estaba cachonda y él también, así que propuse una cita en Huff Rock. En un lugar que me inspira. La cumbre de la montaña, el cielo, las grandes piedras planas para tumbarte. Supongo que ya te haces a la idea. -Asiento-. Bueno, nos dimos unos cuantos besos. Sabe besar. Ajá. Sabe besar. Después, cuando ya era hora de que las cosas pasaran a mayores, se detuvo.

-¿Se detuvo? -Le pregunté por qué se había detenido, por supuesto.

-No quiero presumir, pero es algo que nunca me había pasado antes. Le dije: «Por todos los santos, Jack MacChesney, ¿a qué viene esto de no seguir adelante? ¿No te diviertes?».

-¿Qué te contestó? -Pues me miró con esos ojazos, y me dijo con toda sinceridad: «Iva Lou, eres preciosa. Pero no estoy enamorado de ti, y soy de esos hombres que tienen que estar enamorados para seguir adelante en estas cosas».

-¡No! -grito.

-Sí. Eso fue exactamente lo que dijo, y fue curioso. No me sentí ofendida en lo más mínimo; no me dio vergüenza ni nada de eso. Pero te diré una cosa: no me podía creer que hubiera un hombre así en este mundo. Insistí un poco, y él, muy caballero, rechazó mis avances, así que volví a ponerme el sujetador y me dije que ya estaba bien. No sé, supongo que le admiraba por sus principios. No quería molestarlo. Me pareció muy respetable.

Iva Lou se encoge de hombros, y pesca con el revés de la cuchara las últimas migas de pastel.

-¿No te parece increíble? Quiero decir, ¿has visto algo parecido alguna vez?

-No, es toda una historia. -¿Qué otra cosa puedo decir? Permanecemos en silencio durante unos minutos. Miro a Iva Lou. Repasa las notas, y tiene todo el aspecto de una niña. Veo exactamente cómo era en la infancia. Un niña curiosa con un apetito enorme. ¿Qué pasó con la niña que yo era? ¿Dónde se marchó? Cuando tenía siete años, la señora White, la maestra de segundo grado, nos llevó a Clinch Haven Farms. Está muy arriba en las montañas. Recuerdo el miedo que pasé en el autocar. Pero cuando llegamos arriba era muy bonito. Había prados de un color verde brillante que se extendían como pliegues de la cubierta de un pastel, llenos de flores y salpicado de vacas, como en la ilustración de las botellas de leche. Lo primero que nos mostró la señora White fue un arroyo que serpenteaba entre las rocas para acabar en un estanque. La maestra nos reunió en la orilla y nos explicó el ciclo del agua; cómo la lluvia corría como hilillos entre las rocas para ir formando los arroyos y los estanques que a su vez alimentan a los ríos. Nos permitió beber en el arroyo. La señora White nos enseñó a arrodillarnos y, sin tocar el sedimento del fondo, hacer un cuenco con las manos para beber el agua limpia de la superficie. Arrodillada en la orilla, miré las piedras a través del agua clara. Había piedras pardas y negras tan pulidas que parecían los botones viejos que mi madre guardaba en una lata en su armario de costura. A continuación seguimos el curso del arroyo hasta Busker Farm y nos dijo que los exploradores siempre seguían los cursos de agua. Incluso ahora, si me pierdo cuando estoy haciendo algún reparto en las hondonadas, no me olvido nunca de seguir el agua, y así siempre encuentro el camino de regreso a la ciudad. No sé la razón, pero esta regla tan sencilla no me ha abandonado nunca en todos estos años y me ha sido de mucho provecho.

Buskers Farm era enorme. Había un gran campo abierto, un granero y una casa principal. También una letrina; todos nos reímos mucho al verla, aunque algunos de mis compañeros también tenían letrinas en sus casas.

Yo estaba con Nina Kaye Coughlin, mi mejor amiga. Era pelirroja y tenía la nariz respingona cubierta de pecas. Cuando sonreía, se le veían los dientes torcidos hacia atrás; sin embargo, no era nada malo. Los dientes torcidos hacia atrás indican a una

persona que tiene mucho que decir. En un momento dado, le susurré a Nina Kaye que deberíamos ir a echar un vistazo al granero. Nos separamos del grupo y dimos un rodeo por la parte de atrás del granero para encontrar la puerta. Allí, en un claro, en tres pértigas atadas para formar un triángulo, había un cerdo colgado de la cabeza. Estaba abierto en canal desde la garganta hasta las ingles. Dos peones metían las manos por la raja; supongo que estaban quitándole los órganos. Sacaban las entrañas rojas y azules con mucho cuidado y las colocaban sobre una tela limpia extendida bien tensa sobre la boca de un tonel. El cerdo tenía los ojos muy abiertos, como si rezara con la mirada puesta en el cielo. Había una. charca rojo rubí debajo del animal; tenía tanta sangre que había desbordado el agujero cavado en la tierra. Nos quedamos inmóviles. Nina Kaye me apretaba la mano con tanta fuerza, que me dejó las marcas de las uñas en la palma. Los peones advirtieron nuestra presencia. Por un momento parecieron enfadarse, pero cuando vieron lo asustadas que estábamos, se mostraron amables.

-Chicas, hemos desangrado al cerdo -nos explicó uno de ellos.

Nina Kaye parecía a estar a punto de vomitar. Las dos vivíamos en la ciudad; los únicos animales domésticos que veíamos era en las excursiones por el campo y en las ferias ganaderas. Nos alejamos del espectáculo y volvimos a dar la vuelta al granero, aterradas. Nina Kaye se echó a llorar y la consolé. «¿No tienes miedo?», me preguntó. «No podemos estar asustadas las dos al mismo tiempo», le respondí.

-Ya estás otra vez -dice Iva Lou-. Soñando despierta.

-Lo siento, Iva.

-¿En qué estabas pensando?

-En lo valiente que era antes.

Bullitt Park, el campo de deportes de nuestro instituto y parque de la ciudad, aparece cubierto de niebla. Hay noches en las que se cubre con un espeso manto gris, sobre todo a principios de otoño cuando la madre naturaleza hace que bajen las temperaturas. Resulta un poco triste, pero esta noche no hay tiempo para lamentaciones. Después de dos meses de continuos ensayos, la banda del instituto de Powell Valley hará el ensayo final del saludo a Elizabeth Taylor que tendrá lugar en el descanso del partido. Esta vez no habrá interrupciones. Theodore está en la línea de las cincuenta yardas dando algunos consejos de última hora a las abanderadas. Vestidas con pantalones cortos de lamé dorado, nadie diría que están en el último curso del bachillerato; podrían pasar por mujeres del harén de Cleopatra.

La tambor mayor toca el silbato, y la banda ocupa su posición al fondo del campo, en una línea recta que va de una valla a la otra. La banda tiene un aspecto soberbio con los uniformes azul brillante y rojo rubí. Los grupos encargados de las pirámides avanzan desde las gradas de los visitantes y colocan las pirámides. La tambor mayor ordena: «¡Trompetas arriba!». La banda comienza a tocar.

El espectáculo es una maravilla, pero no se le escapa a nadie que lo estamos haciendo con demasiadas ganas. Estamos sobrecompensando, nos sobra preparación, pero no sabemos qué otra cosa se puede hacer, con la energía nerviosa que corre por nuestros cuerpos. No estamos habituados a que las personas famosas se paseen por estos lugares, aunque el gran jugador de béisbol Willie Horton, de

los Tigres de Detroit, nació en Arno. La única estrella que ha pasado por aquí fue Peggie Castle de The Lawman, y francamente, sin el maquillaje no se parecía en nada a como se la veía en la televisión. Claro que George C. Scott (el general Patton) nació en la capital del condado: Wise, Virginia. Hasta ahora, ellos eran los grandes nombres. Pero estamos a punto de superarlos con la más grande de todas las estrellas. Todo el mundo en Big Stone Gap se ha tomado como un asunto personal conseguir que la visita de Elizabeth Taylor sea un éxito. El señor Honneycutt ha organizado un ciclo de películas de «La Liz» en el Trail, y esto sólo ha servido para aumentar todavía más la febril excitación. Nellie Goodloe no deja de recordarnos que estamos en año de elecciones y que la visita tiene un claro objetivo político. Pero a nadie parece importarle mucho. John Warner es republicano y la mayoría de los electores de por aquí son demócratas, así que no creo que venir aquí le beneficie mucho en su campaña. Este es territorio de Jimmy Carter de un extremo a otro. Pero si hay alguien que pueda conseguir aportar algunos votos para el señor Warner, será su esposa, la estrella.

Incluso Tayloe Slagle está hecha un manojo de nervios. Vomita detrás de las gradas antes de su gran número en solitario, y estremece a toda la banda. Por suerte, llevo un paquete de Tums en el bolsillo -lo llevo encima desde que comenzaron los ataques de pánico- y corro a llevárselo. Le da vergüenza haber vomitado y me da las gracias por las pastillas que le compondrán el estómago. Sentada en el suelo en brazos de su madre, Tayloe parece una niña pequeña. Es una niña pequeña. Lo olvidamos porque aquí chicos y chicas se casan muy jóvenes. Desde mi perspectiva, con la edad que tengo, me parece muy pequeña.

Theodore se asegura de que Tayloe se ha recuperado y vuelve corriendo al campo para animar a sus chicos a que se concentren en los movimientos que han repetido hasta el hartazgo. Sin embargo, se ve el miedo reflejado en los rostros. Si la chica más perfecta de la ciudad está hecha un manojo de nervios, bastaría cualquier tontería para que toda la banda sufra un ataque de pánico colectivo. Por fortuna, Tayloe se recupera rápidamente y vuelve al campo. Ahora puede añadir «vulnerable» e «indomable» a su larga lista de atributos.

Me reúno con Spec en las gradas. Acaba de regresar de un servicio del equipo de emergencia en Wallens Ridge, y me muero por conocer los detalles.

-¿Qué pasó? -le pregunto mientras me siento a su lado.

-Larry Bumgarner le disparó a su hermana.

-¡No! ¿Ella está bien?

-Muy bien. Él falló el disparo. Le hizo un agujero en la manga de la camisa, nada más. -Spec enciende un cigarrillo.

-¿Por qué le disparó? -Llevaba demasiado tiempo al teléfono. Él quería llamar a una chica, quizá la conoces, es una majorette. ¿Bree Clendenin? -Asiento-. Larry estaba loco por llamar a Bree y pedirle que le acompañara a no sé qué fiesta, y su hermana tenía la línea ocupada. Harto, se fue al dormitorio, cogió el arma de su padre y amenazó a la hermana. Dice que se disparó accidentalmente. -Spec suelta una bocanada.

Miro las montañas cubiertas con un velo gris y decido que renuncio al equipo de rescate de una vez para siempre. Spec me lee el pensamiento.

-Podrías haberme echado una mano allá arriba. Tienes muy buena mano en eso de conseguir que las personas sean razonables. -Spec cree que un cumplido me mantendrá en el trabajo. Dejo que lo crea-. Verás, tuve que preguntarle una cosa. Al chico, Larry. Quería saber qué tenía Bree Clendenin de especial como para que quisiera dispararle a su hermana y disponer del teléfono. ¿Sabes lo que contestó?

-Ni me lo imagino.

-Me contestó: «El pelo». Está locamente enamorado de su pelo. ¿Te lo puedes creer? Parece increíble.

Pero ¿qué creía Spec que le diría Larry? ¿Que quería a Bree por su carácter, su inteligencia y su sentido del humor? ¿Su pelo color cobre oscuro no es bastante para volver loco a cualquier chico? Todo el mundo conoce el viejo dicho montañés: las mujeres aman con las orejas y los hombres con los ojos.

Miro a Spec con mucha atención. Paso mucho tiempo con él, pero en realidad nunca he estudiado su rostro. Su perfil se destaca contra la pared de cemento de las gradas como un aguafuerte. Spec tiene un rostro contradictorio. Tiene la frente despejada de un líder, la nariz respingona de un tipo lento y no tiene barbilla. Si nos atenemos al siang mien, tiene grandes ideas pero es incapaz de llevarlas a la práctica.

-¿Spec? ¿Eres feliz? Spec exhala una bocanada de humo. La pregunta le hace reír, y la risa se convierte en un ataque de tos. El ataque dura unos segundos. Escupe y se aclara la garganta.

-¿Qué te resulta tan divertido?

-¿Qué clase de pregunta es esa?

-¿Eres feliz? Esa es la pregunta.

-Nunca pienso en eso.

-¿No? -Se me hace difícil creerle.

-Diablos, no. -Spec tira la colilla-. La felicidad es un mito.

-¿Por qué es un mito?

-Me casé cuando tenía quince años. Tengo cinco hijos. Uno peor que el otro. Por supuesto, no es por cómo se criaron. Es el mundo. Se ha ido al infierno, y no hay nadie que pueda hacer nada para evitarlo.

-¿Si pudieras vivir tu vida otra vez, cambiarías alguna cosa?

Spec se aclara la garganta. Después su manera de apretar los labios me dice que es una pregunta que se ha hecho muchas veces.

-Me hubiera casado con Twyla Johnson en lugar de hacerlo con la esposa que tengo ahora. Twyla es la que dejé escapar. Todo el mundo tiene una. Es la persona con quien sabes que deberías estar, pero las circunstancias te llevan por otro lado y acabas perdiendo la oportunidad. Al final, acabas aceptando la situación. Creo que es muy duro para un hombre una vez que empieza a tener relaciones íntimas y regulares con una mujer y sobre todo cuando eres muy joven, como me pasó a mí con mi mujer. Es muy difícil cortar. Te dejas llevar, es cómodo y no conoces nada más, así que no puedes dejarlo. Joder, no quieres dejarlo. Tenía quince años y, seamos sinceros, probé la miel y quería todo el frasco. Mi esposa tampoco conoció otra cosa. Sólo quería casarse y tener a nuestros hijos. Me casé, por supuesto, así que eso tiene algo que ver con el proceso de toma de decisiones. Cometí un gran

error cuando era muy joven, y ni hay vuelta atrás ni puedo seguir adelante. Simple y llanamente, me he atascado. Intenté decírselo a mis hijos, que no se apoltronaran, pero ni siquiera tienen el valor de levantarse del maldito sofá. Han nacido apoltronados como su madre. No hay nada que hacer. La vida te da lo que tienes, y tienes que apechugar.

-¿Dónde está Twyla ahora?

-Trabaja en un banco en Pennington.

Una sonrisa resabida aparece fugazmente en el rostro de Spec; por un momento tiene barbilla.

-¿La ves de vez en cuando?

-A veces quedamos para comer.

-¿Sólo comer? -Esa es una pregunta un tanto personal. -Spec me sonríe para hacerme saber que no he hecho nada malo preguntando, pero que ha dado por cerrado el tema. Los hombres son así. Cuando deciden no hablar más de un asunto, se acabó.

Spec ofrece llevarme a casa. Theodore tiene que ocuparse de guardar los equipos y yo estoy cansada, así que acepto. Me deja en mi casa y después se va a toda marcha en dirección sur, hacia Pennington Gap. En el interior, miro la correspondencia. No hay nada interesante: sólo algunos folletos de Piggly Wiggly y de Collinsworth, una tienda de antigüedades. He comenzado a tener miedo al correo, aunque no niego que me siento algo más tranquila cuando veo que no hay ninguna carta de los mormones. En este momento no necesito malas noticias. Theodore me llama para conocer mi opinión sobre el espectáculo. Me acribilla a preguntas sobre todas y cada una de las partes; ¡es un perfeccionista! Llaman a la puerta. Supongo que será Spec. Probablemente ya estaba en la carretera cuando recibió una llamada y ha dado media vuelta para recogerme. La verdad es que debo hablar con él del tema de la renuncia. Estoy harta de atender llamadas las veinticuatro horas del día. Miro a través de la ventana. No es Spec. Es Jack MacChesney, cargado con dos frascos. Sin soltar el teléfono, le abro la puerta.

-Mi madre ha hecho la primera compota de manzana del otoño y me pidió que le trajera un par de frascos.

-Gracias. ¿Quieres pasar?

-Está al teléfono -comenta, mientras entra.

-Sí, pero ahora mismo acabo. Quieres un café, un té, o alguna otra cosa?

-¿Tiene una cerveza?

Asiento y voy a la cocina a buscar una lata. Me llevo el teléfono.

-¿Quién está allí? -pregunta Theodore.

-Es Jack MacChesney.

-¿Qué quiere?

-Su madre me ha enviado un par de frascos de compota de manzana.

-¿Eso es todo? -Theodore lo pregunta con un tono de envidia que me hace sonreír.

-No. Creo que está locamente enamorado de mí, y que esta noche me hará un hijo.

Theodore se echa a reír, y después lo hago yo también.

-Escucha, es una descortesía de mi parte tenerte en el teléfono cuando tienes visita. Te llamaré más tarde.

-Sí, no te olvides.

Theodore cuelga. Nunca se había mostrado celoso. Es interesante. Noto el efecto de una pequeña descarga de adrenalina; probablemente es algo hormonal, pero tengo la sensación de ser una gata que ronda en busca de pareja.

Asomo la cabeza en la sala de estar para decirle a Jack que tardaré un segundo. Él se encuentra junto a la chimenea. Contempla la estatuilla de porcelana de la Virgen María que hay en la repisa. En vida de mi madre, siempre había un ramillete de flores frescas junto a la figura. Desde que ella murió, enciendo una vela casi todas las noches. No sé por qué. Lo hago y ya está.

-Ésta es la Santísima Virgen. Yo llevo su nombre.

-¿Ah sí?

-Ave María significa «Hail Mary».

-No lo sabía.

-¿Qué tal está la Budweiser? -En la sección de cervezas sólo tengo aquello que trae Theodore.

Mientras estoy en la cocina, en el reflejo del cristal de la ventana, veo a Jack Mac que se quita la chaqueta, la dobla con mucho cuidado y la deja sobre la mecedora. No se sienta. Permanece de pie y mira en derredor. Me sirvo un vaso de agua y pongo algunas cosas para picar en la bandeja. Saco de la alacena la lata de biscotes de mi madre y pongo unos cuantos en un plato.

-La Santísima Virgen es mi santa patrona -le grito.

-Los baptistas no tenemos santos -replica Jack-. Lo único que tenemos es a Jesús.

-Hay que hablar en favor de mantener las cosas sencillas -digo mientras entro en la sala de estar.

Jack Mac está sentado en el sofá, con el cuerpo echado hacia adelante. Coloca la cerveza, el vaso y la servilleta en la mesa de centro. Me siento en el sillón de Fred Mulligan, y le doy un repaso. Está de punta en blanco. Lleva los pantalones azul marino planchados; la camisa verde hierba parece nueva. Calza botas vaqueras. Parece que se ha vestido para ir a alguna parte.

-Te has arreglado.

-No. Sólo me he cambiado después del trabajo.

Oculto los pies cubiertos con calcetines debajo de las nalgas. Creo que el calcetín izquierdo tiene un agujero enorme. La sudadera de Saint Mary es de hace quince años, y el peto que llevo aún tiene clavos en los bolsillos de la vez que ayudé a Otto y Worley a reparar el tejado, y de eso hace ya tiempo. Tengo el pelo que parece un nido de pájaros. Estoy hecha un desastre.

-No esperaba visitas -explico, para disculparme por mi aspecto.

-No está mal -me asegura. Señala el rosario de cuentas blancas que está en una bandejita de cristal sobre la mesa-. ¿Es suyo? Asiento con un ademán.

-¿Lo usa?

-No lo suficiente.

-¿Cómo funciona?

-Verás, el rosario es una oración a la Santísima Virgen.

-¿María? ¿La que le dio el nombre?

-Así es. Cada una de estas cuentas es un Salve María que dice. ¿Te aburre?

-No, en absoluto.

-Cada grupo de diez cuentas representa un momento de la vida de Jesús. Los misterios gloriosos, los misterios dolorosos, y así todo.

-Los cherokee tienen cuentas de meditación. Se parecen a éstas. Mamá las tiene. Ella tiene una parte de sangre cherokee. Le viene de muy, muy atrás. Tenía el pelo negro azabache cuando era joven.

-No la recuerdo con el pelo negro.

-Eso es porque se le volvió blanco cuando yo era un crío.

Un largo silencio sigue a estas palabras. Miro la efigie de la Virgen en la repisa. Con la capa azul y la corona de estrellas, me recuerda a la dama en la carta de mi madre, la Ave María que me dio nombre. Recuerdo la plegaria de Dieter: «Hermosa señora vestida de azul, hazme delgada como tú». Muerdo un biscote. Se parte con un ruido seco y sonoro, y una lluvia de migas cae sobre la pechera del peto. Por suerte, la mayor parte va a parar dentro del bolsillo. Me cepillo el resto con el dorso de la mano.

-Rick Harmon abandona la mina -dice Jack.

-¿Sí?

-Verá, perdió dos dedos del pie, y el doctor le dijo que debía buscarse otro trabajo. Así que se ha colocado en Legg's Auto World.

-Bien hecho. Aquella herida tenía muy mala pinta. ¿Cómo ocurrió?

-Cuando volví a entrar en la mina, tardé un poco en encontrarlo. Había tanto humo que él no podía ver, así que intentó salir arrastrándose. Una roca le cayó encima del pie. Cuando consiguió sacar el pie, vio que la herida era fea.

-Yo... todos estábamos muy nerviosos cuando volviste a entrar en la mina para rescatarlo -comento, en representación de toda la comunidad.

-¿Usted o todos? -dice Jack, intentando no sonreír.

-Todos, incluyéndome a mí. -No creo que hable el mismo lenguaje de este hombre. Con tantos cortes extraños.

Otra vez permanecemos en silencio hasta que él vuelve a hablar.

-Mi padre y yo estuvimos una vez aquí a reparar la chimenea.

-¿Sí?

-¿Recuerda aquel verano que fue a las colonias del FGA?

¿Cómo podría olvidar las colonias de los Futuros Granjeros de América? Tuve que vivir con un grupo de chicas malhumoradas en una cabaña de una granja en el este de Tennessee, rodeada de animales que teníamos que alimentar, cepillar y ordeñar. Fred Mulligan consideró que me haría bien. Me pareció aborrecible.

-Aquello fue cuando yo estaba en sexto grado, ¿no?

-Sí. Después de reparar la chimenea, su madre nos preparó unos sándwiches pequeñitos. Mi padre se quedó muy impresionado. Supongo que serían una especialidad italiana o algo así.

-Seguramente eran sándwiches de pimiento asado. Cogía unos cuantos pimientos rojos y los asaba hasta que la piel se ponía negra. Luego quitaba la parte quemada, y

la parte carnosa la ponía en aceite de oliva. Después la cortaba en laminillas, yo soy incapaz de hacerlas como ella, y las ponía sobre el pan con un pellizco de sal.

-Fueron los mejores sándwiches que comí en mi vida.

Quiero darle las gracias por el cumplido a mi madre, pero no me salen las palabras. De pronto, se me ha hecho un nudo en la garganta. Así que asiento y sonrío. No he llorado mucho desde la muerte de mamá, pero pensar en sus sándwiches, verla en la cocina, y saber que se ha ido para siempre hace que se me llenen los ojos de lágrimas.

-Lo siento -dice Jack Mac. Deja la cerveza en la mesa-. No quería molestarle.

-No, no. No me molestas. Sólo es que no hablo mucho de ella.

-La herida es demasiado fresca.

Por un momento, no entiendo lo que quiere decir. Sólo han pasado unos meses del fallecimiento, pero había comenzado a despedirme de ella cuando se puso enferma de verdad, y de eso hace ya cuatro años. La pérdida no me parece reciente; la sentí mucho antes de su muerte.

-Nadie me advirtió que la echaría tanto de menos.

-Era una gran señora -afirma Jack, simple y sinceramente.

-A la mañana siguiente de su muerte, entré en su habitación. Tenía que ir allí para coger el vestido que llevaría en el ataúd. Así que abrí el armario y me encontré con... -Me resulta tan violento. Se me quiebra la voz, algo que nunca me ocurre. ¿Por qué lloro delante de este hombre? Recupero el control-. El caso es que me encontré con ocho blusas nuevas. Eran preciosas, muy bien planchadas y todas colgadas en sus perchas. Cuatro de algodón blanco y las otras rojo, azul, amarillo y negro y blanco a cuadros. Las había hecho para mí. Me hacía toda la ropa. Pero no recuerdo cuándo las hizo. Creía que había abandonado completamente la costura cuando cayó enferma. Había una nota en una de las perchas. Decía: «Blusas limpias. Besos, mamá». -Me echo a reír y Jack sonríe-. Ella me lo confeccionaba todo. Incluso los abrigos. Nunca tuve que comprar nada, salvo los vaqueros. Ahora que tengo las blusas, no necesitaré comprar nada más por mucho tiempo.

-Una buena madre es algo precioso. Tuvo mucha suerte.

Supongo que sí. Pero sé que nunca me he visto a mí misma como una persona afortunada. Veo mi vida como una sucesión de pequeñas luchas y agradables intermedios de paz. Pero todo lo que soy se lo debo a mi madre. Ella me enseñó a adorar la gentileza. Hizo aflorar lo mejor de mí con el ejemplo. Me enseñó a leer y amar los libros, aunque todos los viajes que hice mientras leía, todas las aventuras que tuve, nunca fueron más allá de los libros. La verdad es que nunca hice nada por mi cuenta. Nunca me aventuré demasiado lejos de mi potencial. Nunca me puse a prueba ni hice el intento. No es que tuviera miedo, es que no soy atrevida. Me resulta fascinante que alguien me mire y crea que soy afortunada. No tengo talentos naturales. ¡Soy tan lerda! Tengo que estudiar las cosas, rumiarlas, antes de decidir. No tengo grandes pensamientos que puedan cambiar nada. Soy lo suficientemente lista, y suficiente es la palabra que me define. Soy adaptable. Trabajadora. Tengo sentido del humor, pero eso se debe a mi prisma, a mi modo de ver las cosas, y no me puedo adjudicar el mérito. Muy a menudo, casi nadie entiende mi particular sentido del humor. No sé qué se imagina Jack que ve cuando

me mira. No soy nada especial, y para mí ser una persona afortunada es especial. Tiene prestancia, un cierto donaire. Yo no soy así. Soy algo fijo, sólido. No soy algo etéreo.

-¿Quiere ir a dar un paseo? -Jack Mac me miró con una expresión extraña; por lo visto, no pensaba ir a dar un paseo-. No es ninguna obligación.

-No, no. Vamos.

Espera a que me levante. Busco los mocasines; están debajo de la mesa del comedor. Me miro los pies. Por fortuna, el agujero del calcetín izquierdo está en la planta del pie. Voy hasta el comedor y me calzo los zapatos.

-Espera que voy a buscar la chaqueta.

-No. Tenga. Use la mía.

-¿No pasarás frío?

-No, en absoluto.

Jack Mac me ayuda a ponerme su chaqueta. Es de una tela suave, y las hombreras me caen casi hasta el codo. Creí que tenía más o menos su talla, pero no es así; soy más pequeña.

-Bonito forro. -Es un forro de satén verde oliva. Las puntadas son perfectas.

-Su madre lo puso.

-Vaya.

Jack Mac abre la puerta y me deja salir primero. Hace más fresco de lo que creía. Levanto el cuello de la chaqueta para abrigarme la garganta. Huele a sándalo y lima.

Paseamos por mi barrio, una zona llamada Poplar Hill, en la parte más vieja de la ciudad; algunos dirán que es también la mejor parte. Vivo en la casa más pequeña de la manzana; es una casa de madera construida en los años veinte. Es preciosa: pintada de blanco, y con una amplia galería. Está apartada de la calle, así que tiene un aspecto pintoresco. Hay un columpio en la galería, y las ventanas del frente tienen vidrios emplomados de color rosa. Vuelvo la cabeza para mirarla mientras camino con Jack, y por primera vez me digo que no es la casa de mi padre, sino que es mía.

-¿Qué tal Sweet Sue?

-Pues hemos roto.

Me quedo de piedra en mitad de la calle. Estoy pasmada y no sé por qué. Quizá porque cuando los vi juntos en el escenario la noche de la despedida, los di por casados. Recuerdo el terror de ella cuando Jack Mac entró en la mina, y cómo lo reclamó en el momento de salir. ¡Sweet Sue es perfecta para Jack Mac! Sus hijos. Su entusiasmo. Su participación en las obras comunitarias; todo parecía encajar a la perfección con la tranquila dignidad de los MacChesney de Cracker's Neck Holler.

-Es una persona maravillosa, muy cariñosa y preocupada por todos -afirma Jack, y le da un puntapié a una piedra.

-Pero os ibais a casar.

-No exactamente, señora.

¿Por qué tiene que llamarme señora? Por todos los Santos, tiene mi misma edad. Decido inmediatamente que cogeré una caja de tinte castaño oscuro Loving Care de

la farmacia y meteré la cabeza dentro. Creía que sólo tenía un par de canas, pero es obvio que me equivoco.

-¿Qué pasó? -pregunto, consciente de que no es asunto mío. Pero tengo la necesidad de saber. Siento curiosidad. No creo ser descortés o atrevida. Además, al leer su rostro, veo que las líneas que van de la nariz a la boca tienen una expresión más marcada. Son de culpa.

-Comencé a sentir algo por otra persona.

-¡Válgame Dios! -grito. Soy una bruja criticona, pero por lo general lo disimulo muy bien-. ¿Quién es? -pregunto, a sabiendas una vez más de que no me incumbe.

-Verá, señora...

-Jack Mac, por favor, no vuelvas a llamarme señora. No soy tu tía solterona.

-La verdad es que apenas si has cambiado desde el instituto -opina Jack Mac, y suena como si se lo creyera.

-Gracias. Ahora, ¿de qué estábamos hablando?

-De ti.

-No, hablábamos de ti. ¿Tú y...?

-Tú.

-¿Yo? -¿De qué está hablando? ¿De mí? ¿De mí como qué?

-¿Señorita Ave? Jack, por favor, nada de señorita. Todavía es peor que señora.

-¿Ave María? -Excelente pronunciación. -Los dos tenemos treinta años y un buen pico. Estás sola. En realidad, eres una huérfana. Tengo un buen trabajo, y cuando mi madre no esté, la casa será mía. Tampoco estoy mal. Sé que como demasiado, y que a veces me paso con la cerveza, pero tengo el corazón sano y soy fuerte. Tengo algún dinero ahorrado. Me acabo dé comprar una furgoneta nueva. Una Ford del 78, con todo el equipamiento. Se me ha ocurrido que me gustaría tener una casa y una familia. Una buena esposa, y cuando se trata de encontrarla, a nuestra edad, ya no quedamos muchos. Hablo de los que nunca se han casado. El campo se reduce, el pozo se seca, y sólo quedan las personas que ya han estado casadas, y eso siempre significa complicaciones. A mí me gustan las cosas sencillas y creo que a ti también. Por lo tanto, me preguntaba si te gustaría casarte.

-¿Casarme?

-Sí, señora. Quiero decir sí. -Se corrige. Bien. Aprende rápido.

-¿Me estás haciendo una proposición?

-Así es.

-¿A ti te pasa algo?

-¿Perdona?

-¿Sabes algo de las mujeres?

-Me gustaría creer que sí.

-En primer lugar, no te conozco muy bien. Me refiero a que fuimos juntos a la escuela, pero nada más. Tienes una madre encantadora que sufre de hipertensión. Tocas muy bien la guitarra. -¿Por qué me siento impulsada a confeccionar una lista? ¿Por qué tengo que ser metódica? ¿Por qué necesito hacer que se sienta cómodo? ¿Por qué no puedo responder sencillamente como una mujer que este momento se siente como si le hubieran dado un golpe en la cabeza?

-Dijiste que bailaba bien -señala él directamente.

-Sí, así es -respondo con calma, sin exaltarme, como si estuviera hablando con un crío que dejó demasiadas huchas en mi mostrador. Le doy la espalda para pensar un momento. Pero me doy cuenta de que no necesito volverme, que no necesito pensar; de pronto lo tengo todo muy claro, y es como una descarga eléctrica que me sacude el cuerpo de la cabeza a los pies.

-No quiero una respuesta ahora mismo -me dice en voz baja.

-Te la daré ahora mismo, señor MacChesney. Que des por hecho que estoy acabada, que soy vieja y que no tengo posibilidades, ocasiones o sueños propios, es algo que me resulta inaudito. Puede que parezca una farmacéutica que no ve más allá de sus narices, vale; quizá tenga los calcetines agujereados, pero hay un río dentro de mí. No estoy sola, ni me siento desesperada, ni triste. ¡No necesito que me salven!

-No lo comprendes -afirma con la misma fuerza.

-¡Claro que lo comprendo! ¡Faltaría más! Si eres sincero con esta extraña proposición, la respuesta es no. No te quiero. Soy uno de esos bichos raros convencidos de que debes amar a la persona con la que te casas.

-Espera un momento.

-Si no eres sincero, creo que es mezquino. No tiene nada de divertido burlarse de la situación de una mujer en la vida. ¡Como si fuera la responsable de estar casada o sola! Algunas veces ocurren cosas en la vida, las piezas se mueven de una manera que el juego no va como tú quieres que vaya.. Cosas como el cáncer, la crueldad mental y el miedo. Así que no creas que es divertido proponer alguna cosa alegre, como si le alegría se pudiera inventar en un segundo. ¡No se puede! Soy feliz sola. ¡No te necesito a ti ni a nadie! ¡Sé cuidar de mí misma! A ti te podrá parecer aburrido, o lamentable, pero lo que tú creas no cambiará mi vida en ningún sentido.

-No lo comprendes.

-Déjame que te lo explique. Puedo perder todo lo que tengo, y quizá lo pierda. Pero si crees que mi definición de la seguridad es un compañero con un trabajo y una furgoneta, es que no sabes nada de mí. Si yo estuviese en tu lugar, me lo pensaría dos veces antes de hacerle una proposición a alguien que no conozcas muy bien.

Me vuelvo y me alejo a buen paso. Me sigue. Sudo a mares. Huelo un perfume a sándalo y lima que viene de mi cuello y recuerdo que llevo su chaqueta. Me la quito.

-Tu chaqueta.

Él la coge.

-Una cosa más. En el futuro, si quieres conquistar a una mujer, no le digas que tienes una furgoneta nueva. A la mayoría de las mujeres les importa un rábano las furgonetas nuevas. Eso no vende. Buenas noches.

A unas tres manzanas de mi casa, me doy cuenta de que he caminado un buen trecho con Jack Mac, y esto hace que me sienta todavía más furiosa. ¿Por qué me he ido a caminar con él, abrigada con su chaqueta y he hablado de esto y de lo otro? Ni siquiera me gusta. No dice más que sí y no, y es demasiado callado. ¡Es algo que detesto! Sus largos silencios que me obligan a hablar, a llenar los espacios con historias personales y observaciones que no quiero compartir. ¡La cara del tipo! ¡Tenemos treinta y largos! ¡Tú eres el que está a punto de ser un anciano, con esa

calva que tienes! A mí todavía me quedan algunos destellos de juventud; ¡los tuyos se han esfumado, Jack MacChesney! ¡No pienses que me encerrarás contigo y tu madre en una casa de piedra en medio de una hondonada! Echo a correr para llegar a casa antes, y los clavos del techo se caen de mi bolsillo y se desparraman por el pavimento. Sé que tendría que detenerme y recogerlos porque podrían destrozar los neumáticos de cualquier coche que los pise, pero incluso la idea de un reventón y el consiguiente choque múltiple no me hace parar. Quiero irme a mi casa. Quiero cerrar la puerta y estar a solas con la única persona en el inundo en la que confío: yo. Al doblar en la esquina de mi manzana, veo el coche de Theodore aparcado delante de mi casa. Theodore está sentado en los escalones de la entrada. ¡El apuesto Theodore que me comprende! Cruzo el jardín a la carrera y me echó en sus brazos. El me abraza con fuerza.

-¿Qué ha pasado?

-Le odio, Theodore. ¡Le odio!

Sueno como una niña de doce años. Recupero el domino de mí misma y me siento.

-¿Te ha hecho algo? -Theodore lo pregunta con un tono como si estuviera dispuesto a matar a cualquier que me haga daño. Se quita la chaqueta y me la echa sobre los hombros. Me mira a los ojos. El rostro de Theodore, iluminado por la luz de la galería, tiene un resplandor dorado: sepia y piedra. ¡Facciones fuertes! ¡Cuánto amo su rostro! Esta cara irlandesa. Las patas de gallo. La nariz fuerte que apenas si se curva. La mandíbula esculpida es anuncio de su determinación en todo lo que hace. En este momento no hay nadie más fuerte que Theodore Tipton. Con él puedo ser sincera, siempre.

-Me pidió que me casara con él.

Pasan unos segundos. Theodore me abraza.

-¿Qué le has dicho? -Su tono me dice que espera una negativa.

-¡Le he dicho que no! Por supuesto. ¿Estás loco? ¿Qué otra cosa podía responderle?

-No lo sé.

-¡No lo quiero!

-Es gracioso...

-¡Esto no tiene nada de gracioso!

-Hace cosa de un mes, Jack Mac me detuvo en la gasolinera -comienza a explicar Theodore.

-¿Para qué?

-Quería saber si nosotros dos estamos enamorados.

-¿Por qué no me lo dijiste?

-No volví a pensar en el tema. Tengo que aguantar tantas bromas sobre ti, que no le di importancia.

¿Bromas? ¿Es que soy el hazmerreír de la ciudad? Estoy tan furiosa que casi no me da vergüenza.

-¡Jack MacChesney es un farsante! El señor Respeto. El señor Caballero, siempre tan discreto y cortés. ¿A quién quiere engañar? ¡Es pura farsa! ¿Cómo tiene cara para molestar a la gente?

-Hablas de ti. Te ha molestado.

-¡Sí, hablo de mí! -Estoy preocupada por mí. Estoy hecha un lío y tengo miedo. La furia no me deja llorar, así que doy órdenes como un sargento-. Theodore Tipton, esta noche te quedas a dormir aquí. -No me importa si no quiere. Lo necesito. Necesito que me abracen. Necesito que me tranquilicen, quiero la tranquilidad que sólo puedes encontrar entre los brazos de un hombre fuerte.

-Creo que me quedaré.

-Tienes que quedarte -le ordeno, tan furiosa como antes.

-¿Tengo?

-Sí. Te quiero. No quiero a nadie más. Estoy cansada de tantas historias. Tú me necesitas, tanto como yo te necesito. Necesito a mi amigo.

No veo el rostro de Theodore, así que no puedo leerlo. Se limita a exhalar un sonoro suspiro y entramos en la casa.

Theodore se sienta en el sillón de Fred Mulligan mientras me ocupo de poner en orden la casa. La luz de unos faros recorren las paredes. «Se ha ido», me comunica Theodore, sin desviar la mirada del periódico. Lavar platos, secarlos, barrer y ordenar son mis entretenimientos favoritos cuando estoy alterada. Voy y vengo de la cocina a la sala de estar como una pelota de ping pong. Tengo muchísima energía nerviosa. Theodore quiere un café, así que preparo una cafetera: esta noche tendremos mucho de que hablar. Cuando miro en la alacena me encuentro con que apenas si queda café en el bote. Así que acerco un taburete y me encaramo para mirar en los otros estantes. Hay una lata de café al fondo del estante más alto que, si no recuerdo mal, vino en una cesta de navidad. Me tranquilizo. Necesito tomarme un café ahora mismo. Cojo el bote. Theodore entra en la cocina y se sienta.

La tapa del bote esta sellada con celo. Cojo un cuchillo para despegar el celo y levantar la tapa. No hay café en el bote. Sólo un paquete de cartas. Al principio no le doy demasiada importancia: mamá era una rata que lo guardaba todo. Por supuesto que guardaba cartas en un bote. Pero, ¿de quién? Este pensamiento me hace soltar el bote. Las cartas se desparraman por todo el suelo de la cocina.

-¿Qué es todo esto? -pregunta Theodore.

-No lo sé. -Se da cuenta por mi tono de que estoy asustada, así que me ayuda a bajar del taburete y me acompaña hasta una silla. Se arrodilla y recoge las cartas. Me miro el pecho. El bolsillo del peto sube y baja, sube y baja. ¡Han vuelto las palpitaciones!, Respiro lenta y profundamente.

Theodore se sienta a mi lado y me entrega una de las cartas. Está dirigida a mi madre, Apartado de Correos 233, Big Stone Gap, Virginia 24219. En la esquina inferior derecha, escrita a mano, «USA». El sello es italiano. El matasellos pone 23 de abril de 1952, más o menos cuando cumplí nueve años. El remite es Vía Davide, Bérgamo BG, Italia.

-¿Te la leo? -pregunta Theodore.

-Adelante.

Theodore abre el sobre y le echa una ojeada a la carta.

-Ave, cariño, está escrita en italiano.

Me entrega la carta y comienzo a leer. Va dirigida a: «Querida hermana», y concluye con «Tu hermana que te quiere, Meoli». La carta habla de las cosas que pasan en Schilpario y Bérgamo. La tía Meoli habla de su hermana melliza,

Antonietta, que está bien de salud y es feliz. Hay detalles sobre las primas Andrea, Federica y Mafalda. ¡Comentarios sobre los padres de mamá! ¡Mis abuelos! Un tío que ha muerto. Después escribe que no ha visto a Mario. Esto es lo único que dice. Pregunta por mí. ¿Podría mi madre enviarle fotos? ¿No voy a cumplir años pronto?

-¿Qué dice, cariño, qué dice?

-Mi madre tiene dos hermanas. Mellizas. -Me siento en el suelo. Las cartas están dispersas a mi alrededor, llenas con más sorpresas. Me pregunto cuántas más podré aguantar.

## 6

El periódico local ha publicado un suplemento especial (en papel color lavanda) con una guía de todos los actos preparados con motivo de la visita de la estrella del cine Elizabeth Taylor. Llegará el viernes, 23 de octubre de 1978, alrededor de las tres de la tarde. Se alojará en la suite de lujo del Trail Motel (chico, se llevará una sorpresa). A las seis, ella y su marido irán a Railroad Avenue, esquina con Shawmee Avenue (la calle mayor), y subirán a un descapotable facilitado por la cadena de supermercados Cas Walker. Alrededor de las seis y cuarto, el coche seguirá a. la banda hasta el campo. El descapotable dará dos vueltas completas al campo por la pista de atletismo, para que Elizabeth y su marido saluden a la multitud. A las siete comenzará el partido: Powell Valley contra Rye Cove. Elizabeth seguirá el encuentro desde un palco construido para la ocasión por la inmobiliaria Don Wax, junto a las tribunas locales. (El palco es el mismo que usan los jurados en los concursos de bandas; Nellie lo ha decorado especialmente para el acto.) A continuación, el espectáculo del medio tiempo.

El sábado por la mañana, los republicanos tendrán un desayuno; nos saltaremos esa parte. Después, con los aperitivos que se servirán a las cinco y media, comenzará la fiesta para recaudar los fondos destinados a la biblioteca. ¡Iva Lou se ha asegurado de que nuestra mesa esté junto a la de Elizabeth! Lo fantástico de Nellie Goodloe es que quiere hacerlo todo bien. La organización de un fin de semana con Elizabeth Taylor como estrella principal ha quedado en sus manos, y lo está planeando como una boda real. La cena reemplaza a la recepción (estoy segura de que la boda de Nellie fue menos detallada). Ella escogió el tema «Colores» para la decoración: violeta en honor a los ojos de la actriz, y blanco porque es un buen contraste. El Dogwood Garden Club está haciendo los centros de mesa; el Green Thumb Garden Club se encarga del fondo floral; Holding Funeral Home suministra la moqueta para la entrada y la cnarquesina que usan en los entierros en caso de mal tiempo. Yo doro las velas; Zackie Wakin provee las servilletas con las iniciales E.T. y la fecha, en letras doradas; y la Coach House Inn preparará la comida favorita de Elizabeth Taylor (y su especialidad): pollo frito, puré de patatas y col rizada.

Se han producido algunos momentos de tensión entre Nellie e Iva Lou por el tema de la cena. Iva Lou se ha impuesto en los planes de la cena porque ya se ve

convertida en la directora de la nueva biblioteca. Por supuesto, Iva Lou no es Nellie Goodloe; no podrían importarle menos los centros de mesa; no distinguiría entre un cirio y un candelabro, ni sabría en qué lugar van las cucharillas. Nellie, en cambio, es la reina de la etiqueta. Fue al Sweet Briar College y tiene un título en economía doméstica, así que aporta al Gap un vasto conocimiento sobre la vida elegante. Iva Lou quería montar una barbacoa. Cuando lo propuso, a Nellie casi le da un ataque; después de todo, resultaría un tanto violento pedirle a la reina de Hollywood que se ate un babero en Miner's Park y roa las costillas. Nellie tuvo que inventarse algo para mantener ocupada a Iva Lou, así que le encargó la venta de los tiques para la cena. Iva Lou sólo tardó unas horas en venderlos todos. Conoce a muchos comerciantes y empresarios, y es obvio que le deben favores.

Todos los detalles del desfile previo al partido -en el cual el candidato Warner y la actriz recorrerán la ciudad en el descapotable- tienen que pasar por Theodore. Él está a cargo de todo: desde los socios del club Kiwanis que encabezarán el desfile hasta la sección de tambores de la banda que lo cerrará. Las animadoras viajan siempre en el camión de bomberos. Ante la posibilidad de que surja algún problema, Theodore se asegura de que Spec tenga lavado y pulido el camión, y se ha buscado otro de reserva para caso de emergencia. Spec sólo tiene un camión en su parque. Si se produce algún incendio en la ciudad entre las seis y las seis y media, se acabó el desfile. Hace un par de años, estalló un incendio en una casa durante el desfile. Las animadoras salieron despedidas cuando el conductor pisó el acelerador a fondo para acudir a la llamada.

Con la noche de Elizabeth -como se conoce ahora el acontecimiento por estos pagos- dentro de unos pocos días, me quedo hasta tarde en la farmacia para ponerme al corriente con mi trabajo. Pearl pasa la aspiradora y quita el polvo. Estoy preocupada pero procuro ocultarlo. Supongo que deberé esperar a que pasen los grandes acontecimientos para ocuparme de mis propios problemas.

Pearl enrolla el cordón de la aspiradora, y después limpia la máquina con un trapo.

-¿Tiene un acompañante para la cena de Elizabeth Taylor, señorita Ave?

-Me acompañará el señor Tipton.

-Él será el centro de atención después de dejarlos patitiesos con el espectáculo; eso está más claro que el agua.

Asiento y continúo con mi trabajo. Pearl me mira.

-¿Necesitas alguna cosa, Pearl?

-Señorita, ¿está usted segura de que quiere darme la farmacia?

-Sí, por supuesto. Sólo estamos esperando unos documentos y será tuya. ¿Por qué? ¿Estás arrepentida?

-¿No quiere quedarse con todo esto? ¿Qué pasará si algún día se casa? Estoy segura de que esto tiene algún valor.

Le sonrío. Esperaba a tener acabado el papeleo antes de compartir el alcance de nuestra transacción. Se quedará de una pieza cuando sepa que formamos parte de una cadena de farmacias. No sólo será la dueña de un edificio y su contenido, sino que también dispondrá de una valiosa franquicia para venderla o quedársela. Pearl no es consciente de que recibirá un buen dinero.

-Pearl, no me casaré.

-Perdone, señorita, pero ¿cómo lo sabe?

-Lo sé y ya está.

-No tendría que renunciar.

Pobre Pearl. Es una romántica. No comprende lo que pasa en realidad entre los adultos. A los quince años, no está preparada para entender la profundidad de la relación que tengo con Theodore. Las campanas, los pitidos, las alianzas de oro y los vestidos de novias no me dicen nada. No necesito casarme para sentirme íntegra.

-¿De verdad que nunca ha intentado casarse?

-No, jovencita. -Sin duda ha escuchado el rumor de que el coche de Theodore estuvo aparcado delante de mi casa toda la noche. Intenta sonsacarme. Mi vida personal está más allá del cotilleo, y lo que ahora se necesita es que pase al siguiente nivel: el matrimonio. En esta ciudad dos personas adultas no pueden vivir un romance sin una licencia matrimonial.

-Creía que todo el mundo deseaba casarse. -Pearl se encoge de hombros.

-¿Qué te hace pensarlo? -Se ha desprendido de todos los trastos. -¿De qué hablas?

-De que usted ha limpiado la trastienda. Cuando entré a trabajar, era un caos. Ahora está vacía. Otto y Worley le arreglaron el tejado. Ahora les está pagando para que revoquen y pinten este edificio. Trabaja menos. Me contrató para que trabaje aquí, aunque Fleeta puede hacerlo sola.

-¿Dónde quieres ir a parar?

-Hasta me ha dado el negocio. ¿No lo entiende? Las personas aligeran sus vidas cuando están a punto de hacer un cambio.

-Quizá me cansé de tener trastos por todo el local.

-No lo creo. A mí me parece que está haciendo lugar en su vida para meter a un hombre.

Pearl me mira. No le respondo, y ella lo interpreta como una señal de que mantenga la boca cerrada. Se lleva el aspirador para guardarlo en el armario.

-Necesitaremos cambiarle los cepillos dentro de poco -comenta mientras se va.

Algunas veces creo que Pearl Grimes es una muchacha muy extraña.

El 23 de octubre amanece sin una nube en el cielo. Las montañas están en la última etapa del otoño y las hojas tienen un color dorado opaco; el telón de fondo perfecto para la mujer que interpretó a la reina de Egipto. ¡Cuánto me gustaría que mi madre hubiera vivido para ver a una estrella de cine en persona! A mi madre le encantaba Elizabeth Taylor. Era capaz de hablar durante horas de sus facciones perfectas: los ojos, la nariz recta, los labios carnosos, la barbilla fuerte. Elizabeth Taylor es la más pura porcelana de Dresde, la más fina porcelana blanca resaltada por el pelo negro azabache.

Todo el mundo está alterado, y los nervios hacen que algunos de nuestros ciudadanos se comporten de una manera extraña, sobre todo los hombres. Ballard Littrell, el borracho local, está sobrio. Sólo tiene una oreja -nadie sabe cómo perdió la otra- así que nunca se corta el pelo en el lado izquierdo. Pero se le ha visto en la peluquería, arreglándose para la velada, y pidió que le emparejaran el pelo por los dos lados. Otto y Worley han pasado por la tienda de Zackie para

comprar camisas nuevas. Nunca compran nada nuevo, por lo cual esto es algo muy importante para ellos. Las mujeres que tienen más o menos la misma edad que Elizabeth, de cuarenta y cinco para arriba, han tomado la visita como un punto de partida para mejorar su apariencia. Pearl me informa de que hemos agotado las existencias de tinte color negro y la sombra de ojos azul.

He considerado la posibilidad de cerrar la farmacia, pero no puedo. Necesito mantener la mente ocupada. Estoy nerviosa por Theodore; quiero que esta noche le salga todo perfecto. Ha trabajado mucho. Confío en que los chicos no se derrumben por la presión. Nada podría ser más horrible que ver un bastón de fuego volar por los aires y aterrizar en el palco de los visitantes en lugar de hacerlo en las manos de Tayloe Slagle. No puede creer que falle, pero nunca se sabe.

Decido cerrar temprano. Pearl cuenta con ello; se ha traído un vestido nuevo cuando vino a trabajar por la tarde; tiene pensado cambiarse en nuestro lavabo, y después ir directamente al parque para ayudar a Theodore en la colocación de las pirámides. La he reclutado para que trabaje en el equipo de Theodore. Si hay una persona capaz de resistir la presión, es Pearl. Tenerla cerca es tranquilizador.

Las campanillas de la puerta suenan alegremente. Miro a través del escaparate y veo que ya hay algunos en Main Street que buscan el mejor sitio para presenciar el desfile. Hay dos niños pequeños delante de la caja. Discuten sobre si han de gastarse el dinero que les han dado para golosinas entre Good in Plenty o Hot Tamales. Una mirada a sus cabezas rubias me dice que sólo pueden ser los hijos de Sweet Sue.

-¿Sois los chicos de Tinsley?

-Yo soy Jared y él es Chris -contesta el mayor.

-¿Cuánto dinero tenéis?

-Dos monedas de diez centavos, una de cinco y otra de uno.

-¡Estáis de suerte! Hoy es el día de dos por una. Podéis comprar dos cajas por veintiséis centavos. -Los chicos comienzan a dar saltos de alegría. Vuelven a sonar las campanas de la puerta. Levanto la mirada y me encuentro con Jack MacChesney.

-¿Por qué tardáis tanto?

-Jared no acababa de decidirse -responde Chris.

-Venga, vámonos. Subid a la camioneta.

-No te ensuciaremos el asiento con los caramelos, tío Jack -le promete Jared.

-Eh, ¿cómo es que tenéis dos paquetes?

-Nos los dio la señora. -Jared me señala.

-¿Le habéis dado las gracias?

-Gracias, señora -corean, y se marchan corriendo.

Otra vez la palabra señora. La verdad es que me toca las narices. Pero debo recordar que son unos críos; para ellos, todo el mundo es viejo, incluso su madre de treinta y cinco años.

Pearl sale del lavado con su vestido nuevo de dos piezas. Parece haber perdido casi diez kilos. Se detiene un momento para comprobar el maquillaje en el espejo de su mostrador pero se lo piensa mejor al ver que está Jack MacChesney.

-Es muy amable de tu parte, Ave María -dice Jack.

-Son unos chicos preciosos.

-Sí, señora, lo son.

Aliso los papeles sujetos en la tablilla de las recetas, y quito las arrugas con una de las monedas que me dio Jared. No puedo mirar a Jack, no porque me dé vergüenza sino porque no tengo nada que decir. ¿Qué se le puede decir a un hombre después de rechazar su proposición de matrimonio? Me exprimo el cerebro, pero no se me ocurre nada. Jack Mac se queda tan tranquilo, con las manos en los bolsillos, y hace sonar la calderilla y las llaves. Saca un puñado de monedas y comienza a contarlas. Me alegra que lo haga porque me da una oportunidad para arreglarme el pelo. Aspiro. ¿Cómo es que siempre huele tan bien?

-Oh no, los Hot Tamales son invitación de la casa. No acababan de decidirse entre los Hot Tamales y los Good in Plenty. -Jack Mac me mira, desconcertado.

-Los chicos sólo tenían... -Cállate, Ave María. A este tipo no le importa saber cuál es su golosina favorita; no es su padre, so idiota. Es el tío Jack, el hombre que los lleva a pasear en la furgoneta y juega al pilla pilla con ellos. El tío Jack, que cualquier día de estos se convertirá en su padrastro.

-¿Irás a la cena de mañana?

-Sí. -¿Es idiota o qué? Preguntarme si voy a la cena. Tendría que odiarme. Fui tan descortés. Ahora está aquí echando monedas en todas las huchas que tengo en el mostrador. Las monedas caen los frascos: uno, dos, tres clinc; es una buena cosa porque llenan el silencio.

-Bueno, ya es hora de marchar -dice. Se vuelve y sale del local.

-Usted le gusta -anuncia Pearl mientras se retoca los labios con un lápiz de labios Bonne Bell de color fresa.

Si ella supiera, pero no puedo decírselo.

-La mira como si fuera la mujer más hermosa del mundo entero. Abandonaría a Sweet Sue por usted sin pensárselo ni un segundo.

-Sería un imbécil si lo hiciera.

-No, no lo sería. -Pearl puede ser muy empecinada-. ¿Sabe qué, señorita Ave? Si yo fuera él, y tuviera que elegir entre Sweet Sue o cualquier otra mujer de la ciudad y usted, la elegiría a usted.

-.Eres muy amable. -Para mis adentros ruego que se calle.

-La elegiría porque usted tiene algo. Usted es burbujeante. Sí, eso es. Burbujeante. -Pearl recoge el bolso y se dirige a la puerta-. Nos veremos en el campo.

Llevo mi mejor abrigo -uno de terciopelo rojo- para que Theodore me distinga desde la cabina de transmisión. Cuando echo una ojeada a la multitud que ocupa las gradas, me doy cuenta de que todo el mundo ha tenido la misma idea. Parecemos una convención de cazadores, las tribunas están cubiertas de una marca roja y naranja brillante. Todos visten sus prendas más llamativas; quizás en nuestro subconsciente confiamos en que Elizabeth Taylor nos vea entre la muchedumbre y nos distinga con una sonrisa o un guiño. Fleeta me saluda desde lo más alto de la tribuna con un bastón de luz roja que consiguió en un partido de la Universidad de Tennessee. Le da un codazo a Portly para que me salude; él la obedece.

Las gradas de los partidarios del equipo visitante se llenan con los que no caben en las nuestras. Rye Cove es un pueblo pequeño, mucho más pequeño que Big Stone

Gap. Cuando jugamos contra ellos, resulta patético incluso vitorear a los nuestros porque no tienen bastante gente como para hacerse escuchar. Esta noche les daremos una paliza, y es lo que corresponde; después de todo, somos el equipo que tiene a la estrella de cine de su parte.

Los equipos todavía no han salido al campo. Están formados a lo largo de la pista de atletismo para saludar a Elizabeth Taylor. Echo un vistazo, y todo el mundo está de pie. Se oye un murmullo, pero es de reverencia. La banda forma una larga hilera que va desde el aparcamiento hasta la pista, una serpiente muy larga de color azul Carolina. ¡Entonces aparece ella! ¡El descapotable! ¡Con ella! El coche da un bote cuando pasa por encima de la medianera de cemento que separa el aparcamiento de la pista; por un momento temo que Elizabeth y su marido se caigan porque van sentados en el respaldo del asiento. Pero se sujetan mutuamente y se ríen. Estoy en el lugar perfecto para verla con toda claridad.

No he escuchado tantos vítores desde que ganamos el campeonato estatal en 1972. La multitud está de pie. El estadio se llena con un sonido que reverbera en las montañas oscuras que están detrás. Cantan: «¡Liz! ¡Liz! ¡Liz!». De vez en cuando un «¡Te adoro!» destaca en medio del estruendo. Todos gritamos, aplaudimos y silbamos, emocionados a más no poder. ¡Fíjate en nosotros! ¡Mírame, Elizabeth! ¡Llevarnos años admirándote en la pantalla! ¡Míranos! El descapotable avanza por la pista a paso de tortuga. En la parrilla lleva un cartel del distribuidor de Nabisco que dice: «No VAYAS POR AHÍ HAMBRIENTO. COME TUS NABS». Nabs es la palabra que la gente utiliza por aquí para referirse a las galletas Nabisco. Es obvio que Cas Walker ha llegado a un acuerdo con los distribuidores. Espero que alguien le explique a Elizabeth qué son los Nabs.

El coche se acerca centímetro a centímetro a la línea de las cincuenta yardas, donde estoy. Spec va al volante. Me ve y como sabe que me encantan las películas antiguas, reduce todavía más la velocidad para que mire a placer.

Elizabeth Taylor es algo divino. Viste una amplia túnica de seda verde esmeralda y pantalones a juego. El escote en V está descentrado, lo que resulta muy atractivo. Lleva el pelo negro recogido en un moño, y una flor amarilla en una oreja. Estoy bastante cerca, lo que me permite ver el interior del coche. Se ha quitado los preciosos zapatos de tacón alto verdes. Está descalza y lleva las uñas pintadas de un color rosa fuerte. Pero es su expresión, la dulzura de la sonrisa, que no es forzada sino sincera, lo que me roba el corazón. ¡Está tan feliz de vernos a todos nosotros! ¡Sus ojos son violetas! Miro a Nellie Goodloe, que parece más calmada. La gama de colores es ahora un auténtico homenaje. Hay algo peculiar en Nellie; ahora veo lo que es. Se ha teñido el pelo color negro azabache. Pobre Nellie; me entran ganas de decirle: sé una líder, no una seguidora.

Elizabeth es menuda, con las manos y los pies delicados, como los de una niña. Es un poco regordeta, pero en ella suaviza su figura, no hay ni un sólo ángulo. Tres de las damas del círculo de costura de la iglesia metodista están a mis espaldas. Sus comentarios no son generosos. Joella Resaor, que siempre ha tenido problemas con el peso, le dice a sus amigas: «Toda mi vida he querido tener su misma figura, y ahora la tengo».

Veo a Theodore en la cabina de transmisión, que sobresale sobre las gradas de los locales. Está junto al ventanal. Observa el campo desde arriba. Levanto el pulgar, y me responde agitando la mano. Entonces miro otra vez el coche. El candidato levanta el pulgar; supongo que cree que mi señal era para él. Me siento un poco culpable. Nunca le votaría, porque soy demócrata. Pero ¿saben? No me molesta para nada dejarle creer que le votaría. Me sonríe con una sonrisa de «Vota por mí», y levanto el pulgar.

Un grupo ayuda a Elizabeth y al candidato en el recorrido hasta sus asientos. Los jugadores van a sus posiciones en el campo, pero nadie se fija en el partido. Luster Camp, un espíritu cándido con un leve retraso mental, es la mascota no oficial del equipo del instituto. Va a su posición de costumbre, delante de las gradas de los aficionados locales; esta noche está delante mismo del palco de Elizabeth. Luster quiere a nuestro equipo con locura y dirige unos vítores la mar de divertidos, pero no es precisamente el embajador que queremos exhibir delante de una estrella de cine. Sin embargo, Luster no se asusta. Para él éste es otro juego más, y tiene un trabajo que hacer. La muchedumbre le mira como miraría una madre al hijo que está a punto de hacerle pasar una vergüenza terrible en público. «Por favor, no lo hagas», parecen suplicarle todas las miradas.

-¡Atención, atención! -grita Luster-. ¡Es hora de vitorear! Los chicos de las tribunas siempre le aplauden a rabiar, pero esta noche su silencio envía un enérgico mensaje: «Luster, siéntate. Por favor, no nos humilles delante de Virginia Woolf».

-Judías y garbanzos se liaron a tortazos! ¡Judías tumbó a garbanzos de un solo puñetazo, y Powell Valley hará lo mismo con esos pobres calzonazos! Elizabeth Taylor se ríe y aplaude como si nunca hubiese escuchado algo tan divertido.

-¡Uno más! -vocifera Luster-. Dos centavos, veinticinco, cincuenta, un dolar. ¡Los que están con los Vikings que se levanten y a gritar! Elizabeth aplaude una vez más. -El público sigue su ejemplo. Todos se levantan para corear la estrofa. Luster agradece los aplausos con una reverencia teatral, y después desaparece entre la muchedumbre con el impermeable roto y el sombrero de ala ancha. Dudo que supiera que Elizabeth estaba entre la multitud.

Vigilo atentamente cómo corren los segundos del segundo cuarto, deseando que acabe y con miedo de que termine. ¿Cómo demonios se las arregla Theodore para soportar la presión? Quiero que su espectáculo sea magnífico. No podemos permitirnos ningún error. La banda se sitúa en la pista en silencio mientras transcurren los segundos finales del segundo cuarto. Los equipos abandonan el campo a la carrera. Los integrantes de la banda pasan por delante de las tribunas locales y cruzan la línea de gol, uno a uno.

El locutor en la cabina, que transmite el partido para la radio local, sopla en el micrófono y todos le miramos.

-Damas y caballeros. Esta noche les ofreceremos un espectáculo. Tenemos con nosotros a la chica más guapa de Hollywood, y este espectáculo está lleno de cosas de sus películas. Así que siéntense y pónganse cómodos, saquen el tabaco y sean felices. Allá vamos, con nosotros la banda de los Vikings de Powell Valley.

La multitud se pone de pie y aplaude a rabiar. Las pirámides están preparadas para entrar al campo. Veo brillar del traje de Cleopatra que viste Tayloe, que

permanece oculta debajo de las gradas de los visitantes. Está donde debe estar. Entonces ocurre algo muy extraño. La majorette mayor toca su silbato. No una, ni dos, sino cuatro veces. Después espero y vuelve a tocar. No se lo toca a la banda; los músicos permanecen inmóviles dispuestos a empezar. Las miradas de todos reflejan el espanto que sienten. Allí, en la línea de los veinte pasos, a unos pasos del lugar donde la banda tiene que hacer la primera formación, están King y Cora, los dos perros abandonados de la ciudad, alimentados por todos y adoptados por ninguno. King está montando a Cora. La perra es consciente de la presencia de la multitud o bien ha cortado sus relaciones con King, porque es obvio que no tiene ningún interés en hacer esto ahora. Pienso, por mucho que no quiera hacerlo, que los perros se han convertido en los receptores de toda la energía nerviosa de la ciudad y ahora necesitan descargarla. La cópula es rítmica y parece decir: «Por favor, que esto se acabe. Que se acabe el espectáculo. Que se acabe en este mismo momento».

La multitud guarda silencio, y todas las miradas se dirigen a la reina en busca de una respuesta. Elizabeth no hace caso de los perros y charla con su ayudante. Theodore está derrumbado en la cabina. Miro a Pearl, que se encoge de hombros y me pregunta sin palabras: «¿Qué se supone que debemos hacer?». Uno de los árbitros, incapaz de soportarlo ni un segundo más, entra en el campo dispuesto a separar a los perros. Spec persigue al árbitro, y le grita tan fuerte que todos le escuchan: «¡No intente separarlos, le morderán, estúpido hijo de puta!». Por lo tanto, hacemos lo único que se puede hacer en esta terrible situación. Los dejarnos que sigan con lo suyo y esperamos a que acaben. Esta ha tenido que ser la escena sexual más larga de la historia, Por fin, King eyacula. Se aparta de Cora y corre hacia el fondo del campo con un galope digno de Secretaríat. Cora se esfuma en la sombra de las gradas. La majorette mayor toca el silbato. Por fin, por fin, el espectáculo.

Desde el primer giro de la formación, los chicos rayan la perfección. ¡La interpretación es impecable, y qué arreglos! Sin solución de continuidad, con la calidad de una sinfónica, interpretan cada uno de los tenias principales de las mejores películas de Elizabeth Taylor. Ella se levanta, pone las manos en la barandilla del palco y se inclina sobre el borde como si quisiera acercarse todo lo posible a este majestuoso y cariñoso saludo. Entonces las abanderadas giran en la línea de las cincuenta yardas, en fila de a una, y desaparecen como por arte de magia en el interior de las pirámides. A continuación las tres pirámides avanzaban hasta sus posiciones y luego ¡BUM! Se apagan todas las luces del estadio, la multitud vitorea a voz en cuello; y allí en el centro del campo, rodeada por bastones de fuego, está Tayloe Slagle, vestida de Cleopatra, incluida la peluca negra, en una pose egipcia. Tiene una figura extraordinaria; con curvas pero delgada, como era Elizabeth Taylor cuando interpretó a la reina de Egipto. Tayloe coge dos bastones y los hace girar con la habilidad de una profesional. Gira, se inclina, lanza, recoge y sonríe sin el menor esfuerzo, suavemente, y con mucha gracia. El efecto en el estadio a oscuras es sensacional. Pearl, que se ha cruzado todo el campo a la carrera al amparo de la oscuridad, se reúne con migo. Jadea. Contemplamos el

espectáculo con un asombro respetuoso. A pesar incluso de que hemos ayudado, no podemos creernos que resulte tan hermoso.

-Tiene tanto talento... -afirma Pearl mientras mira a Tayloe.

-Sí, pero hacer malabares con un bastón no es algo que te vaya a servir de mucho en la vida. -No entiendo por qué me siento obligada a darle lecciones. Después de todo, no soy el oráculo de Big Stone Gap.

Las luces vuelven a encenderse; todo el mundo aplaude. La banda termina su actuación y se retira del campo. Desfila por delante del palco de la estrella, que llora y les tira besos. Entonces ocurre una cosa increíble; se vuelve hacia la cabina de transmisión y le tira un beso a Theodore, y luego le hace una reverencia. ¡Sí, se inclina de verdad! No olvidaré este momento mientras viva.

The Coach House Inn es el único restaurante de verdad en Big Stone Gap. Tenemos el Bus Terminal Café y el Sub Sandwich Carry-Out, pero son estrictamente informales. También tenemos el Jackson's Fish & Fry, que los domingos sirve un brunch. Las fiestas de boda se celebran en las salas del sótano de la iglesia. Por consiguiente, todos los demás acontecimientos sociales: reuniones de los Lions y Kiwanis, fiestas familiares, cenas, tienen lugar aquí, en Coach House.

El edificio es de estilo colonial con las paredes de ladrillo visto, postigones negros y el tejado en pendiente blanco. Un cartel cuelga en la entrada: la silueta negra de un cochero del siglo XIX que fustiga los caballos de una carroza. El artista que pintó el cartel es el mismo que pintó el mío, en el que aparece una enfermera corriendo. Los platos que sirven son de fábula. Toda la comida es fresca y deliciosa: pollo frito crujiente, picante y salado (los domingos lo llaman Aves del Paraíso), acompañado con unos bollos tan ligeros y esponjosos que cualquiera podría comerse una docena. Nellie se ha encargado de embellecer la entrada. Ha conseguido que el banco le preste los ficus en maceteros de latón, así que cuando entras en Coach House te ves totalmente rodeado de vegetación. Edna y Ledna Tuckett, las gemelas de la ciudad, que ahora rondan los setenta, van vestidas iguales con vestidos de sarga azul, y se encargan de repartir los programas de la fiesta.

Los programas son bonitos; la verdad es que Nellie tiene estilo. Es la decana de nuestra aristocracia local. Las cubiertas del programa están hechas de papel vegetal color lavanda, con una diminuta violeta africana de seda lila pegada, y enmarcadas con un cordoncillo de gro. En el interior, el programa de la velada está escrito en cursiva.

*Bienvenida al candidato y a la señora de John Warner Cena para recaudar fondos para la biblioteca 24 de octubre de 1978. 6.30 de la tarde.*

*Coach House Inn Bendición: Reverendo Elmo Gaspar.*

*Cena: Pollo con guarnición en honor de la gran carrera de una leyenda de la pantalla: Elizabeth Taylor Entrante: Cangrejos «Mujercitas» y ponche.*

*Primer plato: Ensalada de patatas «Castillos en la arena».*

*Segundo plato: Pollo frito «Cleopatra» Con bollos «Una mujer marcada».*

*Postre: Tarta «Fuego de juventud» y helado.*

*Café y té.*

*Presentación: Señora Nellie Goodfoe.*
*Comentarios: Candidato John Warner.*

En la contracubierta hay un anuncio que dice: «Saludos de almacenes Dólar», y luego entre dos notas musicales la letra del estribillo que emplean en la publicidad radiofónica: ¿Quién dice que se compra poco con un dólar? ¡Cada día es un día dólar! ¡En los almacenes Dólar! (Supongo que ellos pagaron los programas.) Theodore está muy elegante con el pantalón gris, la chaqueta cruzada azul marino y la corbata azul claro que destaca el color de los ojos (todo un clásico). Yo llevo un vestido de cóctel negro con un broche de cristales austriacos. Me he peinado con el pelo recogido. A través de los ventanales de la fachada del restaurante veo a unos cuantos centenares de personas bien vestidos. No se sirven bebidas alcohólicas (es un decir), porque éste es un condado donde rige la ley seca (no es de obligado cumplimiento), pero Nellie Goodloe se ha asegurado de que sirvan un ponche de champán con el sorbete de lima. Los nervios se han calmado considerablemente, pero un poquitín de alcohol ayudará a sedar a la gente todavía más.

Liz y su marido no han llegado todavía. Una multitud se reúne alrededor de Theodore, y todos le felicitan por el fantástico espectáculo. Me siento muy feliz por él. Él está radiante, como lo estaría cualquier artista, por haber tenido un audiencia masiva. Las mujeres se han vestido con sus mejores galas; es curioso, pero la mayoría de ellas llevan una flor brillante en el pelo. Para no ser la única, cojo un clavel blanco de uno de los arreglos de centro y me lo pongo en la oreja.

Iva Lou me ve y corre a mi encuentro. Su vestido es una obra de arte: un vestido largo de poliéster melocotón. La falda es ancha y tiene un poco de cola. El corpiño es muy ajustado, como una serie de anillas de goma. Parece muy tradicional, salvo por lo ajustado. El pequeño toque moderno es un detalle en el pecho: una figura con tres libros en un estante dibujado con perlitas y lentejuelas.

-¡Ave, escucha esto! ¡Esta noche hemos recaudado dos mil setecientos cincuenta dólares! ¿No es fantástico?

-¡Felicitaciones! -Estoy encantada con Iva Lou. Por fin, todas sus relaciones han respondido cuando hacía falta.

-¿Qué te parece, chica? -pregunta Iva Lou al tiempo que da una vuelta completa para que admire su vestido.

-Estás espectacular.

Me dedica una amplia sonrisa; después saca pecho y me señala la figura.

-Lyle me dijo que este vestido puede convertirlo en un ávido lector. Después de cenar le dejaré que consulte el catálogo completo. ¿Tú qué opinas?

-Creo que Lyle es el hombre con más suerte en el condado de Wise.

-Me parece que tienes razón. Bueno, si no lo es ahora, nos aseguraremos de que lo sea esta noche. -Iva Lou se aleja para ir a reunirse con Lyle, al que literalmente se le cae la baba, y seguir abonando el terreno.

Lew e Inez Eisenberg ya se encuentran en su mesa. Inez no está mal con su vestido turquesa. Lleva el pelo sujeto con palillos chinos que le dan un aire exótico. Sus expresiones son agradables, pero no se hablan; miran en direcciones opuestas.

Lo siento por ellos. Spec coge un plato de cangrejos cuando los sirven. Le da uno a su esposa, que está sentada junto a Inez. Ellos tampoco tienen mucho que decirse.

Recorro el salón, y las personas se muestran amables; por un lado es la consecuencia del alcohol, y por la otra la presencia de un equipo de televisión de la WCYB que ha venido de Kingsport, Tennessee. Han enviado a Johnny Wood, presentador, reportero y hombre del tiempo, para cubrir esta información. En la televisión parece más bajo y fornido que en la vida real. Sin embargo, en la vida real suda tanto como en la tele. Se muestra cordial, pero está aquí por trabajo, así que no tiene tiempo para charlar. La gente lo respeta y no le entretienen. Nunca hemos aparecido antes en la televisión, así que nos comportamos.

-¿Un vestido nuevo? -pregunta la tía Alice a mis espaldas.

-¿Esta cosa vieja? -A mí no me parece viejo.

-Esta noche estás muy elegante, tía Alice. -Se sorprende, y entrecierra los párpados con una expresión de recelo.

-Ya está bien de pamplinas. ¿Cómo va nuestro acuerdo económico?

-El señor Eisenberg se ocupa del tema. Ya sabes que los abogados siempre se toman su tiempo para hacer cualquier cosa.

-Sólo quiero que se haga.

Me alejo antes de que la tía Alice se sulfure y me altere todavía más. Theodore está rodeado por un nuevo grupo de admiradores.

Decido dejar mi bolso de noche en nuestra mesa. Iva Lou no bromeaba; estamos sentados al lado mismo de la mesa de Elizabeth Taylor.

-Estás preciosa -susurra una voz.

Levanto la mirada y veo que se trata de Jack Mac, que me da un repaso como si fuera una flamante camioneta Ford 1978, totalmente equipada.

-Gracias. -Es mi turno de darle un repaso, y mi expresión de sorpresa me delata. Se le ve muy compuesto y clásico con un traje azul marino a rayas grises que apenas si se ven. Su camisa es de un blanco níveo, aunque me parece que el cuello le aprieta un poco. La corbata roja es de la mejor seda china.

-Trapos nuevos -comenta, señalándose el traje.

-Son preciosos. -¿Preciosos? No he utilizado esta palabra en toda mi vida. Era una palabra de mamá, de las modistas, una palabra de viejas. Además, no tiene pinta de precioso, lo que está es guapísimo.

-La corbata de mi padre.

-Es de una seda muy buena, ¿lo sabías? -No resisto la tentación de tocarla; me encanta la seda. Mi madre solía pegarme en las manos cuando le tocaba la tela que estaba cosiendo.

-Papá la compró en algún lugar de Francia durante la Segunda Guerra Mundial.

-Cuídala bien. -Vaya, ¿por qué lo he hecho? ¿Acaso es asunto mío ocuparme de su guardarropa? ¿A mí qué me importa si la coge y la usa como un trapo para limpiarse los zapatos?

-Quería hablar contigo de lo de la otra noche.

Por un momento no sé a qué se refiere; ha pasado algún tiempo desde la noche de la compota de manzana, y no he tenido ni un momento para pensar en el tema. Se da cuenta y está a punto de olvidarse del asunto, pero no puede porque ha sido él

quien lo ha sacado a relucir, así que ahora se ha metido en un brete. Yo no le ayudo con mi actitud.

-Nunca pretendí insultarte o inquietarte en ningún sentido. Lo siento mucho. -No sé qué responderle.

No me disparó ni nada por el estilo. Me propuso matrimonio. Su mirada de preocupación me inquieta.

-Todo lo que empieza bien acaba bien. Veo que estás otra vez con Sweet Sue. -Sweet Sue se mueve entre el público como una cantante de cabaré. Lleva un vestido de tirantes plateado, y su pelo es como una cascada de oro. Se ha maquillado los ojos con polvo color lavanda. Tiene los dientes muy blancos y brillantes. Parece como salida de las páginas de moda del Knoxville News Sentinel.

-No exactamente. -Jack lo dice con una sonrisa.

Mira a Sweet Suee y después me mira otra vez. Su actitud arrogante me enfada de verdad. ¿Se imagina que está jugando con los afectos de la mujer más hermosa y de la solterona de la ciudad? ¿Acaso me ve como la pobre que necesita a un hombre, y a Sweet Sue como la que puede elegir? Por una fracción de segundo Jack MacChesney es el enemigo. Pero me recuerdo a mí misma que no estoy implicada con este hombre. Su estúpida duplicidad no es mi problema. No soy la otra mujer. Intentó montárselo, pero conmigo no lo consiguió.

-¿Sabes una cosa? Sólo soy una farmacéutica que cuenta pastillas. No sé mucho, pero tal como lo veo las mujeres no son una bagatela. Ahí tienes a una muchacha preciosa. Tendrías que concentrarte en ella, y en nadie más.

Jack me mira un tanto desconcertado.

-¿Crees que estamos juntos?

-Las has traído a la cena.

-La verdad es que compré los tiques cuando estábamos juntos, pero después surgieron algunas circunstancias...

-Cuidas de sus hijos. -¿Se piensa que soy idiota?

-No puedo abandonar a esos chicos. Llevo viendo a su madre desde hace más de un año. Se han acostumbrado a mi presencia y confían en mí. No puedo desaparecer de un día para otro.

-Vale. De acuerdo. -Pongo los ojos en blanco y luego desvío la mirada. Confío en que capte la indirecta y se largue. Se queda.

-Tú estás aquí con Theodore. Explícame la diferencia.

-Espera un momento. Puedo ver y estar con quien me plazca. ¿Vale? Yo no soy la que va por ahí proponiéndole matrimonio a la gente para después meterme en la cama de mi ex amante.

-Ésta sí que es buena -protesta sin una pizca de bondad.

-¡Tengo mis principios! -Tengo los brazos en jarra, y estiro el cuello para encararme con Jack. El no retrocede. Yo tampoco. Estamos frente a frente. Su aliento es dulce; sus ojos echan chispas.

-Eres una amargada y estás sola. Estás dispuesta a seguir de esa manera. Allá tú. No tengo por qué aguantar tus disparates y no los aguantaré. Señora... -Da media vuelta y se va.

-¿De qué iba todo esto? -me pregunta Theodore..., que ha escuchado las últimas palabras.

-¡Menudo imbécil! -Theodore y yo mirarnos a Jack Mac, que se abre paso entre la muchedumbre para llegar a su mesa.

-Así y todo, un bonito traje. -Theodore se encoge de hombros.

Elizabeth Taylor acaba de llegar. Lo sabernos inmediatamente porque los faros del coche alumbran directamente el restaurante a través de los ventanales. Todo el local se inunda con una luz brillante. La excitación crece por momentos. Una cosa era verla en un descapotable; seguía siendo algo lejano, como si estuviera en la pantalla. Pero esta noche estará sentada compartiendo la misma sala. ¡Cenará con nosotros! ¡Estaremos muy cerca! Es emocionante.

Johnny Wood le da órdenes al equipo de televisión, y todos comienzan a hablar con un tono más alto. Theodore y yo nos arrodillamos sobre las sillas para ver su entrada por encinta de las cabezas de la multitud.

Varios ayudantes la preceden en la entrada, para abrirle paso a ella y al candidato. Elizabeth entra, vestida con un caftán largo rojo con mangas anchas tres cuartos y cuello barco. Lleva el pelo suelto hasta los hombros. Lo que parecen ser grandes cuentas indias color oro, púrpura y ocre cuelgan alrededor de su cuello como las joyas de la corona. Está tan hermosa que quita el aliento. Nellie Goodloe la saluda en la entrada y le da un beso en la mejilla. La estrella le señala la rosa enganchada sobre la oreja de Nellie; ella se sonroja.

John Warner, antiguo subsecretario de Marina, parece un presidente con su traje azul marino, camisa blanca y corbata a rayas rojas, blancas y azules. Tiene la apostura de un hacendado del norte de Virginia. Es una persona impaciente. Se aparta continuamente el mechón de pelo blanco que le cae sobre la frente; me recuerda al presidente Kennedy. La gente dice que ha sido cosa de la suerte que sea candidato a senador. Fue segundo de Dick Obenshain en las primarias del año pasado. Entonces, en una tragedia inesperada, el señor Obenshain murió en un accidente de avión. Los republicanos tuvieron que llamar a Warner para que reemplazara a Obenshain. Él aceptó cortésmente. Los periódicos dicen que el señor Warner es un político camandulero. Se ve claramente que está algo molesto con la atención que recibe su esposa, pero no puede mandarla a que se siente en el coche. Ella es quien atrae a los votantes y eso es exactamente lo que necesita para ganar este oscuro candidato republicano. Me pregunto qué se debe sentir siendo siempre el segundo, primero de Obenshain y ahora de su esposa. Quizá no le importe, si eso le permite estar en la carrera. Parece muy tranquilo a pesar de que sólo faltan diez días para las elecciones. Tal vez sólo sea producto de una buena educación. La calma ante la presión es la credencial de un caballero de Virginia.

Zackie Wakin se abre paso entre los ayudantes. Se acerca a la Taylor y le tiende la mano. Elizabeth le da la suya, y él se la besa como un príncipe. La multitud se hace cruces. Zackie, el tendero libanés, encanta a la estrella de cine. Zackie es bajo pero también lo es ella. Mientras se miran a los ojos, Elizabeth y él parecen estar envueltos en esa aureola romántica de moviola que ocurre en las escenas de amor cuando el hombre mira, no a la mujer, sino en su alma. Elizabeth, siempre dispuesta al juego, echa la cabeza hacia atrás y se ríe varias veces. Escuchamos

trozos de la conversación. Conoce muchas cosas de la cultura libanesa. Acompañó a Richard Burton en un viaje a Oriente Próximo cuando él rodaba una película, a finales de los sesenta. En cuanto los ayudantes la oyen hablar de un antiguo marido, se la llevan para que acompañe a su actual marido en una visita a la cocina para saludar al personal. Elizabeth vuelve la cabeza para mirar a Zackie y se encoge de hombros como diciéndole: «Lamento que nos hayan interrumpido», y le dice adiós con la mano.

Se abre la puerta de la cocina, y escuchamos al candidato que dice: «Soy John Warner, candidato a senador de Estados Unidos. Me gustaría contar con el voto de todos ustedes el 4 de noviembre». Leí en el periódico que esto es algo que hace habitualmente. Por mucho que le guste el jaleo de la sala, las personas que trabajan en la cocina son los que van a votar en masa.

Theodore y yo estamos cerca de la puerta y vemos a través de las ventanas circulares a Elizabeth y Warner mientras hacen el recorrido. Las enormes bandejas de aluminio están cargadas con el pollo frito. En una sólo hay alas; tienen un aspecto tan suculento, que me muero de ganas de entrar en la cocina y servirme unas cuantas. Elizabeth ha tenido la misma idea, y mientras Warner charla con el cocinero, coge una pechuga. La sostiene con las puntas de los dedos, con los meñiques levantados, y muerde la carne cerca del hueso con mucho cuidado, para no estropear la pintura de labios color melocotón. Warner le dice algo y ella asiente mientras mastica. Su marido la mira furioso cuando ve que ella ha probado el pollo. Elizabeth engulle un bocado a toda prisa para acabar cuanto antes y volver a la campaña. Traga, pero hay algo que no va bien. Tiene una arcada. Advierto inmediatamente que se está ahogando, así que entro en la cocina corno una tromba. Se sujeta la garganta, mientras mira indefensa. No puede hablar. Veo la cicatriz de una operación a la que se sometió hace años en la piel del cuello. Todavía está rosada.

-Miss Taylor. Permítame que la ayude.

Oigo que los ayudantes preguntan: «¿Quién es?» y el personal les informa que pertenezco al equipo de rescate. Theodore llama a Spec, lo que desata un rumor en el comedor. Spec cruza las puertas batientes como si fuera John Wayne, echa una ojeada a la cocina, ve a Elizabeth y corre hacia ella. Theodore le sigue.

-Se ha ahogado con un hueso de pollo, Spec.

-¡Caray! Ve corriendo a buscar la ambulancia. -Spec me tira las llaves.

Theodore y yo cruzamos el comedor a toda carrera, salimos del local y nos montamos en la ambulancia. Damos la vuelta al edificio, abrimos la puerta trasera, sacamos la camilla y la llevamos rodando hasta la cocina. Warner le grita a Spec y a sus ayudantes, pero sobre todo parece muy molesto con Elizabeth por ahogarse.

Spec trabaja como un profesional a la hora de colocar a Elizabeth en la camilla. La sujeta con las correas y comprueba los frenos de las ruedas. Hay muchas personas que se quejan de que Spec utiliza la ambulancia para su uso personal, pero estoy segura de que esta noche no se quejarán en absoluto. Quizá le haya salvado la vida a la Taylor.

Spec y yo cargamos a Elizabeth en la ambulancia. Ahora sí que a Warner se le nota muy preocupado; sostiene la mano de su esposa y le acaricia el rostro. Por

fortuna, la doctora Gladys Baronagan, la médico filipina del hospital Lonesome Pine, ha venido a la cena con su marido y recabamos su ayuda en la emergencia. Le dice a Spec que quizá tenga que operar.

Incluso en la tragedia, Elizabeth no puede estar más hermosa. Yace en la camilla como una flor. Aguanta el dolor como un soldado, y créanme, he visto toda clase de sufrimientos y algunas veces la gente se comporta de una manera muy extraña. Pero ella parece casi beatífica, como si supiera que siempre puede ocurrir una desgracia, y si pasa le haces frente y no dejas que te mate. Su mirada dice con toda claridad: «No me moriré. Sólo sacadme de una vez el maldito hueso de la garganta».

Theodore y yo nos metemos en el coche y seguimos a la ambulancia hasta el hospital. Cuando llegamos, se llevan a Elizabeth directamente a la sala de urgencias. Se ha reunido una pequeña multitud pero nadie dice nada. Es un asunto peliagudo. Spec se pasea nervioso delante de la sala. Rogamos para que todo se solucione bien.

Estamos muertos de hambre, así que Theodore y yo nos comemos todo lo que encontramos en las máquinas y lo bajamos con café instantáneo. El candidato espera en una habitación aparte, así que no le vemos. Hay varios ayudantes que no paran ni un momento, todos con caras fúnebres.

Por fin, al cabo de una hora, aparece una enfermera. La doctora Baronagan ha metido una sonda por la garganta de Elizabeth, para empujar el hueso hacia el estómago, donde los jugos gástricos lo disolverán. No ha sido necesaria la intervención quirúrgica. La paciente descansa y le darán de alta dentro de unos días. Aparecen Johnny Wood y su equipo, y abordan a la enfermera; Johnny quiere una exclusiva para el informativo de las once. La enfermera levanta las manos y los despacha. «Esto es un hospital, no un circo.» El reportero se encoge de hombros y sale. Graba el reportaje en la acera.

-¿Qué te pasa? -me pregunta Theodore.

-Estoy bien -respondo, con la cabeza entre las manos.

-Déjame ver.

Me aparta las manos y me mira con mucha atención.

-Estás pálida -afirma.

-He comido demasiadas golosinas. Nada más.

-Venga, vámonos.

Pero no creo que sean las golosinas. He revivido tantas veces el momento en que Jack Mac me dice que soy una persona solitaria y amargada que ahora me duele el estómago. No es algo que deba compartir obligatoriamente con Theodore. Tampoco tienes que contárselo todo a tu mejor amigo.

No volvimos a ver a Elizabeth Taylor nunca más. Después de quitarle el hueso, descansó varias horas; a continuación, durante la madrugada, se la llevaron de Big Stone Gap en un helicóptero a un gran hospital en Richmond, al otro extremo del estado, donde permaneció los días que quedaban de campaña. John Warner ganó las elecciones por la mínima; muchos pensaron que había conseguido muchos votos como una muestra de solidaridad por el accidente sufrido por su esposa mientras hacían la campaña. Es una verdadera vergüenza que Big Stone Gap pase a la historia no por el extraordinario recibimiento que le brindamos a Elizabeth Taylor sino por ser el lugar donde se atragantó con un hueso de pollo. La gente de por aquí tiene una teoría al respecto: opina que quizá pesa sobre nosotros una vieja maldición escocesa-irlandesa. Después de todo, el boom del carbón no nos convirtió en la Pittsburg del sur y ahora casi acabamos con la vida de una estrella internacional de cine; tal vez sólo sea que no estamos destinados a formar parte del gran mundo.

Después de todo este jaleo (que me dio la oportunidad de dejar en suspenso mis asuntos personales) vuelvo a enfrentarme a mi vida. Por fin tengo un momento para sentarme y escribirle una carta a mi tía Meoli. Es un acto catártico. Calculo que ahora debe rondar los sesenta años, así que comienzo la carta con el ruego de que busque a alguien para que esté con ella antes de continuar con la lectura, por si acaso se desmaya o le da un sofoco. Me resulta muy difícil escribir sobre la muerte de mi madre, pero consciente de que es la hermana de mi madre, le doy todos los detalles que recuerdo. Mamá siempre esperaba que dijera toda la verdad -qué ironía- y por lo tanto asumo que su hermana querrá lo mismo. No sé por qué mamá no habló de su familia, sobre todo cuando vivimos trece años sin tener a Fred Mulligan cerca. ¿Aún le temía? ¿Por qué no vio nuestro viaje como una oportunidad para aliviar su conciencia y compartir la verdad conmigo? Tuvo muchas ocasiones para contarme toda la historia. Por ejemplo, podría habérmelo contado todo cuando recibirnos nuestros pasaportes. Podría habérmelo dicho cuando íbamos a ir a Italia. Podría haber escogido cualquier día, cualquier momento, cuando sólo estábamos las dos en esta casa, en privado, sin la amenaza de ningún extraño. Podría haberse desahogado. ¡Qué inmenso regalo hubiese sido la verdad! Podríamos haber volado a Italia y reunirnos con la gente de la que provengo. Podría haberme presentado a su familia. Podríamos habernos quedado con ellos, haber aprendido de ellos, haber recuperado el tiempo perdido. Podría haber tenido tíos, primos que me quisieran. Descubrir todo aquello que me había perdido en la bruma de la mentira.

Estoy a punto de hincarle el diente a una porción del medio pastel de chocolate que me han traído las hermanas Tuckett (la otra mitad se la llevaron a Theodore). Estoy recibiendo una multitud de platos desde que formé parte del equipo que le salvó la vida a la Taylor. Bato un poco de crema fresca. Me he preparado un cafetera. Estoy vestida con mi pijama de franela más suave, con los pies sobre la mesa, cuando suena el teléfono.

Es Spec (¿qué otro podía ser?). Necesita que le acompañe a la iglesia de Dios. Le ruego que vaya solo, porque estoy cansada (y por cierto, me había olvidado de decírtelo, Spec, renuncio). Pero insiste, así que acepto. Pasan unos cinco minutos antes de que Spec haga sonar la. bocina y yo salga corriendo. Cojo el maletín de emergencia al pasar por el vestíbulo.

Mientras cruzamos la ciudad para ir a la iglesia que se encuentra en la orilla del río, Spec me informa de la situación, El reverendo Gaspar estaba en mitad de un sermón cuando sacó dos serpientes de cascabel de una jaula y comenzó a manipularlas. Una lo mordió.

-Tranquilo. El reverendo Gaspar tiene una botella de antídoto que le di no hace mucho. El doctor Daugherty le hizo una receta.

Spec no me responde. Le da una calada al cigarrillo. Éste es otro de los viajes inútiles en los que me embarca Spec. Una mordedura de serpiente es trabajo de tina sola persona. Sólo hay que lavar y vendar la herida, y se acabó. Pienso en el delicioso trozo de pastel que está sobre la mesa de centro en la sala de mi casa, y me enfado.

La iglesia de Dios es un edificio de una sola habitación. En el tejado tiene pintada una cruz. La puerta principal está pintada de un color rojo brillante para mantener apartado al diablo. Spec y yo oímos los lamentos de la congregación, pero esto es algo típico en estos actos. La gente viene aquí para limpiarse de los pecados y conseguir la redención. A veces resulta muy escandaloso.

Entramos por la parte de atrás de la iglesia. Dicie Sturgill, una pelirroja baja y robusta, nos recibe en el último banco. Nos lleva por el pasillo central hasta el reverendo Gaspar, que está tendido en el suelo delante del altar con la chaqueta de alguien colocada debajo de la cabeza a modo de almohada. Una docena de fieles le tocan mientras rezan fervorosamente. Reconozco uno de los rostros de un servicio del equipo de rescate hecho el año pasado: Den-Bob Snodgrass, un gamberro de quince años. Una mañana, durante una reunión de las chicas en el instituto, salió de los vestuarios botando una pelota de baloncesto, completamente desnudo. Las chicas, al verlo, comenzaron a gritar y salieron corriendo por los pasillos, provocando una estampida. Den-Bob fue suspendido, pero nunca más volvió al instituto. En cambio, se fue a trabajar a las minas.

El reverendo Gaspar gime suavemente. Tiene la muñeca envuelta con un montón de toallas de papel manchadas de sangre. Le vendo la herida mientras Spec le pregunta si ha tomado el antídoto. El predicador es incapaz de concentrarse; su reacción me indica que no lo ha tomado, pero no estoy segura. Le pido a su esposa, que llora y reza a los pies de Gaspar, que se siente. Ella implora a Jesús a voz en cuello que lo salve. Le digo a Spec, que acaba de vendar la herida: «Quizá consiga hacerme entender».

Pido a los fieles que vuelvan a sus asientos porque el paciente necesita aire. Me obedecen. Uno de ellos abraza a la señora Gaspar y la acompaña hasta el primer banco. Spec prepara una jeringuilla con suero para administrárselo al predicador. Si ya ha tomado el antídoto, no le hará ningún mal, y si no lo ha tomado, ruego que sirva para salvarlo.

-Reverendo, ¿me escucha? Soy yo, Ave María. Tiene una mordedura muy fea. -Me sonríe como si me comprendiera.

Entonces Den-Bob se levanta de un salto, saca una pistola que lleva oculta entre las ropas, y dispara contra las serpientes que se retuercen en la jaula sobre el altar. La sangre y trozos de carne envuelta en piel de serpiente color ocre y verde salpican por todas partes. Los fieles chillan, horrorizados.

-¡Malditas cascabeles! -grita Den-Bob.

Dos hombres le sujetan, le quitan el arma y le sacan de la iglesia. Spec y yo mantenemos la calma y continuamos con nuestro trabajo, aunque tengo la sensación de que vomitaré en cualquier momento. Se me acaba de ocurrir que nadie cambia de verdad nunca; Den-Bob Snodgrass era un bala perdida antes de escoger a Dios y ahora es otra vez un bala perdida.

-Reverendo, ¿ha tornado el antídoto?

No me responde.

-Tendremos que llevarlo al hospital.

-¡No! -niega con toda claridad.

-Tenemos que llevarlo. Le ha mordido una serpiente.

-¡No!

Spec me mira copio diciéndome: «Nos lo llevaremos de todas maneras. Basta de charla. Saquémosle de aquí». El reverendo tiene el rostro cada vez más hinchado. Mientras le subimos a la camilla, se le cae un frasquito del bolsillo. Es el antídoto que le vendí. Me lo guardo en un bolsillo y ruego que su esposa no lo vea.

Spec le ordena a la gente que despeje el pasillo. Sacamos al reverendo al exterior y lo cargamos en la ambulancia. Spec conduce y yo me quedo atrás con el paciente.

Le sostengo la mano. El todavía tiene fuerza para apretar la mía, y le digo que continúe apretando. Pide agua, y se la doy. Hay algo que quiere decirme. Primero, bebe otro trago.

-¿Por qué no se tomó el antídoto, predicador?

-Fe -me responde. Su expresión es de felicidad.

No lo entiendo. Sufre. ¿Por qué no grita de dolor? Los hombres parecen muy pequeños cuando agonizan. Le cojo la mano y se la aprieto suavemente; espero una respuesta. No llega. Todavía tiene pulso, pero ha entrado en coma.

Spec me lleva a casa. Casi no hablarnos en, el trayecto desde el hospital. El reverendo Gaspar falleció a las 3.33 de la mañana; hay quien recuerda que Jesucristo murió a los treinta y tres años, y tal vez exista alguna relación. Nunca hemos perdido a un paciente, así que nunca hemos pasado juntos por esta experiencia. Llegamos y subo los escalones de la entrada de mi vieja casa, pero ya no la veo como mi hogar. Dejé todas las luces encendidas; el pastel y el café están donde los dejé; la crema batida se ha vuelto líquida otra vez. Recojo los platos, los llevo a la cocina y lo tiro todo a la basura. Lavo el plato, el tenedor y el jarro. No lloro pero no consigo borrar el rostro del reverendo Gaspar de mi memoria.

Es uno de esos días preciosos de finales de noviembre, perfectos para ir a coger manzanas o a un funeral. El reverendo Gaspar, vestido de blanco, yace en un sencillo ataúd de pino. Hay ramos de flores silvestres atados con cintas a los pies del féretro. La iglesia de Dios nunca ha estado tan llena. Casi todos los predicadores locales de las otras confesiones están junto al altar, incluido mi sacerdote católico, un amable y viejo irlandés de Buffalo, Nueva York.

Los hermanos mormones observan la multitud y me saludan en cuanto me ven. Les sonrío, agradecida; me han enviado el árbol genealógico de mi familia que han hecho los mormones. El único problema es que se equivocaron al escribir el nombre

de Mario Barban. Por lo tanto, han investigado a la familia Bonboni. Si bien los Bonboni son unos famosos productores de aceite de oliva, no tienen el menor parentesco conmigo. Pero no tuve valor para decirles a los chicos que se habían equivocado, y en consecuencia escuché con mucha atención todo lo que me contaron y me mostré entusiasmada con sus descubrimientos.

Hay muchos cantos y oraciones. La gente habla del predicador Gaspar, de cómo les ayudó a encontrar a Jesús; cómo rezó con y por ellos; cómo era un auténtico predicador, un verdadero apóstol que sabía contar una historia y que te la creyeras. Recuerdo las historias que nos contaba en la escuela. Le teníamos un poco de miedo además de un profundo respeto. La palabra «fe» aparece una y otra vez en mis pensamientos, y recuerdo su tono cuando la dijo la noche que falleció. Me entran escalofríos. Cuando termina el funeral, y tras escuchar a Pee Wee Poteet interpretar en su violín «In the Sweet By and By», Dicie Sturgill se levanta para leer una carta que el reverendo escribió para su grey para ser leída después de su muerte. La sola mención de la carta provoca otra oleada de gemidos. Al ver que se prolonga demasiado, Dicie les dirige una mirada que dice: «¿Qué queréis hacer? ¿Seguir llorando, o que os lea esta carta de una vez por todas?». Los gemidos se apagan. Ahora se escucha alguno que otro llanto ahogado y mucho sorberse los mocos. Entonces comienza a leer:

*Mis queridos amigos en Jesucristo Nuestro Señor: En mi vida siempre encontré a Jesucristo, mi Señor y Salvador, en todas las cosas, en el trabajo y en la diversión. Jesús no era alguien a quien me volvía cuando estaba enfermo o apenado. También me divertía con Él. Estaba siempre conmigo allí donde fuera, si predicaba en la escuela o iba a pescar al lago el sábado por la mañana. Siempre estaba conmigo y yo confiaba en conocerle muy bien. En lugar de la recepción con ponche y galletas en el Fellowship Hall, lo he arreglado todo para que vayáis a la bolera de Shug y os paséis la tarde jugando a los bolos. Quiero que vosotros también os divirtáis un poco con Jesús. Escuchaos los unos a los otros, reíd, ved la gran gloria de Dios en cada uno de vosotros. Estará allí, amigos míos, creedme. Algunas veces simplemente no tenemos ojos para verle. Disfrutad.*

*Vuestro devoto amigo, reverendo ELMO GASPAR*

Una cosa que sabemos hacer muy bien en el Gap es seguir las instrucciones. Por lo tanto, después de enterrar al reverendo, el cortejo fúnebre se va directamente a la bolera de Shug en Shawnee Avenue. Midge y Shug Hall tienen las pistas preparadas, las bolas lustradas, las Nabs en las mesas, las gaseosas servidas y las tarjetas vacías.

Formamos equipos de cuatro, o de dos. Nadie se muestra impaciente o competitivo. Esperamos nuestro turno y disfrutamos mirando el juego de los demás. Incluso las ancianas se unen a la diversión. Hay alguna que otra lagrimita, pero predominan las risas y las historias mientras comemos y jugamos.

Iva Lou y yo nos excusamos para ir al lavabo. Tienes que pasar por delante de todas las pistas para llegar a los lavabos. Recuerdo la vergüenza que me daba ir al

lavabo durante la adolescencia. Un día era una niña que hacía globos con la goma de mascar, y no paraba de ir de aquí para allá, y al cabo de dos meses, cuando entré en la adolescencia, me daba pánico llamar la atención y que me vieran ir a los lavabos. Hoy, mientras Iva Lou y yo vamos a los lavabos sin el menor reparo, sólo nos preocupa que no nos alcance alguna bola que se sale de la pista. La bolera está abarrotada de pésimos jugadores y las bolas van por cualquier parte.

Cuando llegamos, nos detenemos un momento, porque en lugar de los clásicos carteles de Damas y Caballeros, hay dos figuras para escoger: POINTERS y SETTERS. La puerta de los POINTERS tiene la figura de un perro cazador al acecho; la puerta de los SETTERS tiene un perro sentado junto a la chimenea.

-Nosotras somos setters -anuncia Iva Lou mientras abre la puerta.

June Walker está lavándose las manos.

-¿No es terrible lo del predicador Gaspar? -Nosotras asentimos con expresión triste. June añade-: Ya sabéis que las muertes vienen de tres en tres, así que supongo que faltan dos más.

-No creo que debas preocuparte por esa vieja superstición. Ya han ocurrido tres muertes -le señalo a la imagen de June en el espejo.

-¿Cuáles son?

-Murió el reverendo Gaspar y las dos serpientes. Suman tres.

Mientras nos maquillamos delante del espejo, escuchamos el rodar de las bolas por las pistas. Cuando las bolas chocan contra la pared al final de las pistas para caer en el carril de retorno, suena como si fueran a entrar en el lavabo de señoras. June da un respingo con cada choque. Iva Lou y yo nos reímos. La última vez que estuve en este baño era una niña pequeña. Me había olvidado cómo chocan contra la pared las bolas.

No sé por qué no me apena el fallecimiento del reverendo Gaspar. Supongo que es en parte porque sucedió a la muerte de mi madre, algo que todavía no he superado, o sea que cualquier añadido me parece surrealista. Cuando regreso a casa después del funeral, me encuentro con Otto y Worley que están instalando los postigos en las ventanas de la planta baja de mi casa. Les hablo de la fiesta en la bolera y se ríen. No sé qué más trabajos encargarles, y comienzo a pensar en el futuro. No sé cuándo comenzó, pero Otto y Worley han pasado de ser los chatarreros de la ciudad a convertirse en los encargados del mantenimiento de mi casa y mi negocio. Otto deja un montón de correspondencia en la mesa de la cocina. La recojo y corro escaleras arriba. Me quito mis prendas domingueras y me pongo el peto. Me llevo la correspondencia al desván, salgo por la ventana y me siento en el tejado. No he estado aquí desde reparamos el tejado. ¿Dónde va el tiempo? Hace tiempo que quiero venir aquí, contemplar la ciudad y poner en orden mis pensamientos. Supongo que he estado ocupada, o quizá no necesitaba estar muy arriba, por encima de todo, hasta ahora.

Hay tres avisos de renovación de suscripciones a revistas. En lugar de abrirlas y ponerlas en la pila de cosas por pagar, las rompo. Ya tengo bastantes revistas en la farmacia; a partir de ahora las leeré allí. El último sobre es de un papel fino como un tela de cebolla. El remitente es Meoli Vilminore Mal. ¡Por fin! Rasgo el sobre con mucho cuidado para no romper el contenido. Es una carta de tres páginas escritas

en italiano. Debo admitir que desde la muerte de mamá me preocupa perder mis conocimientos de italiano; cada día que paso sin ella, me cuesta más.

Tía Meoli me dice lo mucho que la ha apenado la noticia de la muerte de mi madre. Confiaba en que algún día volverían a reunirse. Añade que mi madre se hubiera sentido feliz al saber que ella y yo nos hemos encontrado. También comenta lo feliz que es al saber que estoy bien y pregunta si podría enviarle una foto. La visión de las comarei italianas reunidas en la groceria con mi foto, peleándose por mí como posible esposa de sus hijos desdentados, me produce escalofríos, así que decido no enviarle ninguna foto de momento. Zia Meoli me habla de su vida en Italia. Su hermana melliza, Antonietta, se encargó de criar a sus hijos, porque Meoli era maestra a jornada completa. Veo el nombre de Mario en los últimos párrafos, así que me salto la cháchara intermedia para ir a la verdadera razón de este intercambio epistolar. Meoli me dice que no conoce muy bien a mi padre; él vive en Schilpario, que está en las montañas. Tiene noticias suyas de vez en cuando porque todavía es el alcalde. No sabe si está casado, pero supone que no, porque tiene fama de ser un don Juan. Me promete que intentará averiguar todo lo posible.

Me tiendo en el tejado. No se oye ningún ruido salvo el sonido de los postigos cuando los hacen correr en las guías para comprobar si cierran bien. Tendría que alegrarme saber que mi padre está vivo y sano. En cambio, la noticia me hace llorar. No sé qué sentir. Me tapo el rostro con la manga para que Otto y Worley no me oigan.

Tengo tantos libros para devolver a la biblioteca que le sugiero a Iva Lou medio en broma que debería aparcar la furgoneta delante de mi casa. Los meto en dos bolsas y me voy a la ciudad. Pearl y Fleeta están a cargo de la farmacia. He decidido tomarme unos días libres. No creo que me echen mucho de menos. A Fleeta le encanta hacer la caja, llevar la bolsa de dinero al banco y meterla en el buzón. Dice que la da la sensación de haber acabado definitivamente la jornada.

La puerta lateral de la furgoneta está abierta, lo que resulta extraño. Oigo risas en el interior; pienso en llamar pero no lo hago. Iva Lou está en uno de los taburetes plegables junto a Jack MacChesney, que hojea uno de los tres periódicos nacionales que lleva. El periódico, sujeto a una varilla de bambú, es inmanejable, y ver a Jack Mac que se las ve y se las desea para sostenerlo hace que Iva Lou se parta de la risa. No he visto a Jack desde la noche del atragantamiento de la Taylor. No parece muy contento de verme.

-Hola. -Vacío las dos bolsas de lona y me vuelvo dispuesta a marcharme.

-¿Por qué tienes tanta prisa? -pregunta Iva Lou con una mirada que dice: «Quédate». Le respondo con otra que dice: «No me quedo».

-Tengo que ver cómo se las arreglan Pearl y Fleeta. Además tengo a Otto y Worley en mi casa. -¿Por qué tengo que justificarme? ¿Por qué no puedo dejar los libros y marcharme?

-Llámame en algún momento -me pide Iva Lou con un tono triste.

La verdad es que deseaba pasar un rato con ella. Hubiese sido divertido, pero él está aquí, así que olvídalo. Sólo bastó que Jack Mac frunciera el entrecejo para hacerme cambiar de parecer; me largo y pronto. Ahora que le dicho a Iva Lou que

iría a ver a Fleeta y Pearl, tengo que pasar por el local; verán hacia dónde voy a través del parabrisas, y no quiero que me tomen por una mentirosa. Por lo tanto, aparco el jeep delante de la oficina de correos y entro en la farmacia. Pearl y Fleeta están otra vez en la sección de maquillajes. Pearl le está depilando las cejas. Fleeta filma.

-No vengo a espiaros. Me han obligado las circunstancias.

-¿De quién huyes? ¿De Spec?

-No.

-Te anda buscando. Ha recibido tu carta de renuncia a seguir en el equipo. No quiere ir a tu casa, así que pasa por aquí y nos da la lata cada media hora.

-¿Tanto la asustó ver que una serpiente mordió al predicador?

-No me asusté. Sólo que aquello fue la última gota. ¿Sabes qué quiero decir?

-Lo único que sé es que no me gustan los desertores -afirma Fleeta mientras inhala el humo de su Malboro hasta lo más profundo de los pulmones.

-¡Llevo años trabajando como voluntaria en el equipo de rescate! No soy una desertora.

-A la defensiva -opina Fleeta por lo bajo.

No estoy de humor para discutir con Fleeta. Salgo y me voy a la oficina de correos para ver qué tengo en el apartado. Hago el viaje en balde. Ofertas de mantas, viajes a Knoxville para asistir a los partidos de fútbol americano de la Universidad de Tennessee y unas cuantas facturas.

Hay una camioneta aparcada junto a mi jeep, así que tengo que deslizarme entre los dos vehículos para subir al mío. Detesto a las personas que aparcan tan cerca. Hay espacio de sobra para todos si aparcas en el ángulo correcto. Abro mi puerta y estoy a punto de subir cuando me llama la atención algo que está en el asiento del pasajero de la camioneta. La palabra Schilpario es como una luz roja. El sol brilla con fuerza, así que me resguardo los ojos y espío en el interior de la camioneta por la ventanilla. Es muy extraño. El libro que acabo de devolver a la biblioteca: Schilpario: una vida en las montañas está en el asiento del vehículo. ¿Quién lo ha pedido en préstamo? ¿Por qué? Se trataba de un préstamo especial, y por lo tanto, la persona que lo ha pedido sin duda ha tenido que convencer a Iva Lou para que se saltara las normas. Mientras pongo el motor en marcha, busco la furgoneta de Iva Lou pero ya no está. La camioneta es nueva y me resulta conocida. Entonces lo recuerdo: pertenece a Jack Mac. No tengo buena memoria para los coches, pero sí recuerdo que me la señaló hace tiempo cuando fui a llevarle un medicamento a su madre.

No me espero a que aparezca Jack Mac para preguntarle por qué ha pedido mi libro. Arranco y voy hacia el semáforo. Por el retrovisor le veo salir de Zackie's cargado con una bolsa y subir a la camioneta. Mientras él arranca, tengo luz verde, así que giro a la izquierda y desaparezco.

Theodore y yo hacemos algo muy especial de vez en cuando. Lo llamamos nuestra excursión campestre. Nos vamos a las cuevas de Cudjo, cerca de Jonesville, un grupo de cuevas excavadas en la ladera de una de las montañas. Está llena de estalagmitas y estalactitas, los majestuosos depósitos naturales de minerales y rocas. El cartel de la entrada dice: «El joyero de Dios».

En la entrada hay un espacio llano donde esperamos a que llegue el guía, un viejo llamado Ray. Tiene un sexto sentido que le avisa cuando hay visitantes; escuchamos sus pisadas en el sendero. «Ah, son ustedes. Hace tiempo que no venían por aquí.» Se ríe. Después nos guía por un sendero que se abre paso entre las cavernas talladas y las catacumbas de los indios. Las formaciones de roca que cuelgan del techo parecen chorretes de cera resplandeciente de todas las formas y tamaños, incluidas algunas que son enormes. Las que surgen del suelo parecen dedos difuminados.

Theodore y yo solíamos tomar apuntes con descripciones de las piedras. Al cabo de un tiempo, nos aburrimos y dejamos de hacerlo. Sin embargo, venimos por aquí con relativa frecuencia, el guía nos conoce y nos lleva a algunas zonas reservadas. Nuestra favorita es un lago, que parece de cristal, muy adentro, en el corazón de la montaña. Ray no lleva a cualquiera hasta allí porque era un lugar sagrado donde oraban los indios. También es muy peligroso; la orilla del lago sólo tiene unos treinta centímetros de ancho, y encima hay un saliente al que pueden trepar y sentarse dos personas. El lago tiene una profundidad de varios centenares de metros. Ray tiene miedo de que algún visitante caiga al agua. A nosotros nos deja porque sabe que tendremos mucho cuidado y no tocaremos nada.

La superficie del lago es bastante pequeña, no tendrá más de tres metros de diámetro. Ray dijo que nos imagináramos un cilindro de piedra lleno de agua, como un vaso alto y delgado. Comprendo por qué los indios rezaban aquí; es tan tranquilo y silencioso; el único ruido que escuchas es el del agua que gotea de las paredes. El lago me recuerda la piscina bautismal de la iglesia del reverendo Gaspar. Sólo hay lugar suficiente para sumergir un cuerpo o dos a la vez. (Desearía haberle traído alguna vez aquí para mostrarle cómo era el culto de los indios.) Theodore señala la pared más lejana con el rayo de luz de la linterna. El agua refleja las estalactitas y proyecta rayos de colores iridiscentes sobre las paredes. Es como ver una pintura en movimiento de colores azules y plateados.

Theodore, siempre tan comprensivo, sabe que necesito disfrutar de algo agradable. Cree que desde el susto que nos dio Elizabeth Taylor cuando se atragantó con el hueso de pollo y la muerte del predicador Gaspar como consecuencia de la mordedura de una serpiente, no me lo he pasado muy bien que digamos. Tiene toda la razón. Siento que el último año de mi vida ha sido una sucesión de episodios desagradables, después de esperar con tanta ilusión que me ocurriera algo excitante mientras tengo treinta y cinco años. (Quizá me está saliendo un lunar o algo en alguna parte de mi rostro que anuncia el desastre en lugar de alegría.) Todavía me faltan cinco meses para cumplir los treinta y seis; quizá las cosas cambien para mejor; si no es así, mucho me temo que perderé mi fe en el viejo arte chino de la lectura del rostro. Nos quedamos junto al lago durante no sé cuánto tiempo, sin cansarnos del juego de colores que nos ofrece la naturaleza.

En el camino de regreso a casa nos detenemos en el Dip & Cone Barn, una hamburguesería en la carretera entre Jonesville y Pennington Gap. Theodore pide un montón de comida. Nos sentarnos en una mesa al aire libre aunque este último día de noviembre es muy fresco.

-Quiero hablar contigo de un asunto.

-Adelante. -Comienzo a abrir los sobrecitos de ketchup. Me gusta tener una buena cantidad antes comenzar a comerme las patatas fritas. No me gusta comer un par de patatas y abrir un sobre, comer otra dos y de nuevo abrir otro sobrecito. Me gusta tenerlo todo preparado.

-Han sido tiempos difíciles -comenta Theodore, siempre tan diplomático.

-Ya lo puedes decir.

-Creo que no he estado pensando las cosas correctamente. -Se mira las manos.

-¿De qué hablas?

-De nosotros.

Miro a Theodore y la sinceridad que se refleja en sus ojos me asusta. Nunca ha dicho «nosotros» como acaba de hacerlo. Siempre hemos sido amigos, salvo por aquella noche que me arrojé a sus brazos y fui rechazada (una noche que prefiero olvidar).

-¿Recuerdas el espectáculo que hicimos para Elizabeth Taylor? -¿Si lo recuerdo? ¿Me toma el pelo? Fue la noche de mi vida.

-Cuando aquellos dos perros comenzaron a copular en la mitad de mi obra maestra, sólo pensé en desaparecer. Pero entonces te miré desde la cabina de transmisión. Tú llevabas aquel abrigo de terciopelo rojo. Me sonreíste y después hiciste aquello tan gracioso de mirar tu reloj como si quisieras decir «¿Hasta cuándo pueden estar follando? No se tirarán horas», y sentí como si me quitaran un peso enorme de los hombros. Aquella noche me salvaste la vida. Nunca lo olvidaré.

-Gracias, Theodore.

-Lo digo de verdad. Siempre estás cuando te necesito. No sé qué haría sin ti.

La única otra persona en toda mi vida que me dijo que no sabía qué haría sin mí fue mi madre, cuando se estaba muriendo. Tomo buena nota de esto, por si acaso vuelve a surgir el tema más adelante.

-Creo que deberíamos casarnos.

Es como si una cortinilla, de aquellas antiguas que se desenrollaban, comenzara a bajar lentamente desde la coronilla para tapar mi cara, el cuello, el pecho y las piernas hasta llegar a mis pies. Quiero quedarme para siempre detrás de la cortina.

-¿Qué piensas? -pregunta al ver que se prolonga el silencio.

-Oh, Theodore.

-Es eso lo que quieres, ¿no?

¿Qué quiero? ¿No puedo decir qué me pasa? No sé lo que quiero. Me he pasado toda la vida intentando darle a los demás lo que ellos quieren. No me quejo. Me gusta ser útil. Lo considero muy importante, y nadie se sorprende más que yo cuando compruebo que los viejos hábitos ya no funcionan. En algún lugar del camino me quedé seca y comencé a sentirme como la madre montañesa con dieciséis hijos que se despierta una mañana y descubre que sólo es un recipiente, un punto de paso por donde ha transcurrido la vida antes de dejarla atrás. Cuando el reverendo Gaspar agonizaba, y me tenía cogida de la mano cuando dijo «Fe», no sabía de qué hablaba. Vale, quizá se refería a la historia de Jesús de toda la vida, de tener fe, pero no lo creo. A mí me parece que hablaba de un concepto más profundo. Un concepto que no comprendo. Me gustaría, pero todavía no lo he conseguido. ¿A qué

se refería? ¿Fe en Dios? ¿Fe en mí misma? ¿Fe en los demás? ¿Fe en lo desconocido? No lo sé. También estoy confusa en lo que hace a las cosas de este mundo. No sé qué me hace feliz; vale, de acuerdo, quizás el pastel de coco de Ledna y Edna, una carta de Italia y el forro de cualquiera de mis abrigos de invierno, cosidos a mano por mi madre. Esas cosas me hacen feliz. Pero, ¿casarme? ¿Es esa la felicidad? ¿O es sólo un recipiente para guardar la felicidad? No lo sé. Theodore se da cuenta de que estoy confusa.

-Me parece que te lo he soltado demasiado deprisa -se disculpa.

-No, no lo has hecho. Llevo pensando en casarme contigo desde el día que nos conocimos.

Theodore parece más tranquilo al ver que las cosas avanzan. Si hay algo que sé de los hombres, es que temen el rechazo.

-Sabes, creo que tú y Jack MacChesney me habéis pedido que me case con vosotros a sabiendas de que diría que no.

-Jack no tiene nada que ver con esto.

-No, pero da la impresión. Soy la solterona de la ciudad, y he recibido dos propuestas de matrimonio en los últimos seis meses. Aquí pasa algo.

Me como mis patatas fritas, bebo un trago de Tab y miro a mi amigo.

-Quiero casarme contigo.

-¿Me quieres, Theodore?

-Por supuesto que sí.

-Muchas gracias.

-Entonces, ¿qué? ¿Te casarás conmigo?

Meneo la cabeza lentamente. No puedo casarme con Theodore Augustus Tipton. He cambiado de opinión. Mis oraciones han sido atendidas, pero había rezado por la cosa equivocada.

-¿Por qué, Ave María? Creía que querías casarte conmigo.

-Intentaré explicártelo. Espero que me perdones si mis palabras no son las adecuadas, o si no sé explicarme.

Theodore me hace un gesto para que hable. Me encanta cuando lo hace; significa que escucha de verdad.

-No hace mucho, Iva Lou me dijo que nunca podría confiar en un hombre hasta que comprendiera la relación con mi padre. Puedes escoger entre Fred Mulligan o el misterioso Mario da Schilpario. Desde que me lo dijo, me he preocupado en observar el comportamiento de padres e hijas. He visto algunas cosas increíbles, todas muy hermosas. Como la pequeña que no es bonita, tiene los dientes torcidos, el pelo no le crece bien y lleva unas gafas con cristales que parecen culos de botella, pero su padre la lleva de la mano y camina con ella como si fuera un ángel diminuto que nadie más puede tocar. Le da el mejor regalo que una mujer puede recibir en este mundo: protección. La pequeña aprende a confiar en el hombre de su vida. Todas las cosas que el mundo espera de las mujeres: que sean hermosas, que serenen los espíritus preocupados, que curen a los enfermos, que cuiden de los moribundos, que envíen la postal, que preparen el pastel, todas estas cosas son la manera que tenemos las mujeres de dar las gracias a nuestros padres por protegernos. Es un intercambio justo. Pero yo nunca lo tuve. Así que no sé cómo

comportarme contigo. Supongo que podría fingir, ir haciendo sobre la marcha y confiar en que más tarde acabaré por aclararme. Eso no sería justo para ti. ¿Qué pasaría si nunca me aclaro? Te mereces una mujer que te pueda ofrecer todo lo que tiene. Creo que deberías esperar a que aparezca.

Theodore ha doblado una y otra vez el papel de aluminio de la hamburguesa hasta convertirlo en un cuadrado del tamaño de un botón de camisa. Lo mira durante un rato muy largo.

-Vámonos a casa -dice.

Recojo los restos de la cena, limpio la mesa y tiro la basura al cubo. Theodore espera junto al coche sin mirar nada en especial. Lo superará sin problemas. Estoy segura.

Pearl ha recibido las notas de la selectividad, y está entre las mejores del curso. Me muestra la hoja con las notas, pero tengo que arrebatársela al vuelo, porque no deja de dar saltos de alegría. Fleeta está entusiasmada, aunque no tiene idea de lo que se trata: le encanta ver que alguien que conoce haya ganado en lo que sea.

-¡Pearl, felicitaciones! ¡Eres un genio! -grito.

-Lo supe desde el día que no mezcló los analgésicos con los laxantes -bromea Fleeta.

-El señor Cantrell dice que puedo ir a una buena escuela. Quizá Virginia Tech, o a la William y Mary.

-Ve a la Tech. Tienen un buen programa de lucha libre -le recomienda Fleeta.

Betty, la madre de Tayloe, entra con una receta en la mano. Fleeta y Pearl vuelven a ocuparse de lo suyo.

-¿Cómo estás, Betty?

-He estado mejor.

-¿Te sientes mal?

Betty me responde que no y me entrega la receta. Voy al otro lado del mostrador.

-Tayloe interpretó una Cleopatra extraordinaria. Todos estuvimos muy orgullosos de ella.

-Algunos dicen que estaba mucho más bonita que la mismísima Elizabeth Taylor.

-Comparto la opinión.

Miro la receta del doctor Daugherty. Es para vitaminas prenatales.

-¡Felicitaciones, Betty! ¿Otro bebé?

-No es mío. Es de Tayloe. Está embarazada.

-Vaya. -Miro otra vez la receta. Pone T. Slagle. No sé qué más puedo decir. Esto es una tragedia. ¡Si no es más que una niña!

-¿Te lo puedes creer? Además, estaba tomando la píldora. Bueno, ahora es tarde para lamentarse. Hay que arreglar este asunto y seguir adelante.

-¿Cómo se siente? -Ha superado el choque, pero ya sabes, lo mismo me pasó a mí cuando tenía dieciséis años, y tuve a mi preciosa Tayloe. Así que intentamos ver el lado bueno de las cosas.

Le doy la caja de vitaminas. La coge y la guarda en el bolso.

-Chiquillas -exclama. Se dispone a marchar pero entonces recuerda que tiene que decirme algo más-. Ave María...

-¿Sí, Betty?

-Tayloe tendrá el bebé en abril. ¿Puedes guardarle su papel en la obra hasta que se reponga? Interpretar a June Tolliver le hace una ilusión tremenda.

-Puedes decirle a Tayloe que volverá a trabajar en la obra en cuanto esté preparada.

Betty se anima considerablemente.

-Muchísimas gracias.

Betty se marcha. Ambas sabemos que la carrera artística de Tayloe ha llegado a su fin. Pero Betty todavía no se ha resignado a renunciar a los sueños que tenía para su hija. No me cuesta nada imaginar lo que sucederá, porque el resultado de esta situación siempre es el mismo. Tayloe se casará, recibirá una caravana, tendrá hijos y será una esposa. No tendrá tiempo para actuar en seis representaciones a la semana.

Fleeta, que ha escuchado la conversación, me comenta:

-Ese condenado chiquillo de los Lassiter. El medio zaguero del equipo. Ya sabes, ese con los ojos soñadores. Menuda jugarreta. Malditos chiquillos.

Fleeta vuelve a su trabajo. Escucho cómo Pearl pasa las hojas del inventario. Me reúno con ella en el mostrador de los maquillajes.

-Le han destrozado la vida, ¿verdad? -me pregunta.

-Por supuesto que no. Será duro, pero es una chica muy decidida. Además, su madre le echará una mano.

-No quiero ni pensar en vivir en una caravana -afirma Pearl.

-Entonces, aléjate de los Lassiter.

Pearl asiente y continúa con el inventario. Me miro en el espejo. Tengo unas ojeras tremendas. Se me cierran los párpados de cansancio. He perdido todo el ánimo.

El ruido de las campanillas nos avisa de que tenemos un cliente, pero hay un sonido de fondo, como si hubieran dado un portazo. Alguien está muy enojado y se desquita con mi puerta. Miro a lo largo del pasillo. No me he equivocado. Es la tía Alice.

-¿Dónde te has metido, maldita cabrona?

Miro a Pearl.

-¿Se refiere a ti o a mí?

-Creo que se refiere a usted -responde Pearl, asustada.

Me levanto de la silla lentamente y recorro el largo pasillo de las estanterías con los medicamentos antiinflamatorios para ir al encuentro de mi tía, que parece dispuesta a pegarme un tiro.

-¿En qué te puedo ayudar?

Agita una carta con tanta violencia que casi me da en la cara.

-Me has jodido bien jodida. Es eso lo que crees, ¿no?

-No he jodido a nadie. -Lo digo en sentido literal y figurado, por supuesto.

-¿Crees que me quedaré tan pancha y lo aceptaré? Si lo haces, es que no me conoces.

-Tía Alice, si tienes algún problema con mi manera de hacer negocios, tendrás que ir a hablar con Lew Eisenberg.

-¡No tengo intención de hablar con ningún extranjero! ¡Estoy hablando contigo! -Dile a tu abogado que llame al señor Eisenberg.

-Si no puedo tener la farmacia, entonces recuperaré mi casa. ¡Ya lo verás!

-¡Nunca tendrás mi casa! ¡Nunca! -Mi tono de voz me sorprende. Fleeta se lleva a Pearl a la trastienda. Es entonces cuando la tía Alice descarga toda su furia.

-Eres una puta lo mismo que tu madre antes que tú. Eres una aprovechada, una ladrona. Eres malvada. Crees que podrás quitarme lo que es mío, pero te aseguro que lucharé contra ti hasta último suspiro.

-Márchate. Si no te vas, tendré que llamar a la policía.

-¡Esto es mío! ¡Todo esto es mío! ¡Todo! ¡Tú me lo has robado! -Tiene la misma expresión que una niña de seis años que no consigue la muñeca que quiere. Se le nublan los ojos-. ¡Nunca he tenido nada de lo que he deseado en toda mi vida! -se lamenta.

-Tienes al tío Wayne. -¿Esto es todo lo que le puedo decir? ¿Dónde está mi furia? ¿Por qué no defiendo el honor de mi madre? ¿Dónde está la mujer que urdió todo este plan para proteger lo que es suyo de las garras de esa miserable? No hace falta que me lo diga ningún doctor. Hay algo en mí que no va bien.

Hace tiempo que me siento agotada, pero lo atribuyo al frío y a mi ritmo de trabajo en la farmacia. He comenzado a hacer acopio de ornamentos, luces y decoraciones (por encargo), algo que anima todavía más las ventas. No me gusta cargar a Fleeta y Pearl con más horas de trabajo durante los días de vacaciones, así que me multiplico para cubrir esas horas extraordinarias. Además, ésta es época de gripes y resfriados, así que no paro ni un momento de despachar y llevar pedidos. Theodore e Iva Lou vienen a verme con frecuencia; están preocupados, pero siempre les digo que es lo normal cuando llegan las fiestas. Quizá me siento más cansada porque ésta será la primera Navidad sin mamá, y todavía no me veo con ánimos para hacerle frente. Si pudiera descansar me sentiría muchísimo mejor. He llegado a un punto en el que no consigo pegar ojo durante la noche. No se lo he dicho a nadie, pero estoy pensando en ir a ver al doctor Daugherty Sólo que no he tenido tiempo.

He decidido regalarle varias cajas de luces intermitentes al Dogwood Garden Club para la exposición floral de Navidad que tendrá lugar en el Southwest Virginia Museum. Llego tarde con el reparto; he tenido algunos clientes de última hora en la farmacia. Me meto con el jeep por el césped y aparco delante mismo de la puerta; no me veo con fuerzas para caminar los pocos metros que hay desde la acera. Podría haberle pedido a Theodore que las entregara, pero se ha ido a pasar las vacaciones con su familia en Scranton. Me invitó, pero la sola idea de enfrentarme a un largo viaje en coche y estar con una familia numerosa me pareció agotador, así que decliné la invitación cortésmente. No estoy con ánimos para celebrar la Navidad.

La entrada del museo es en realidad el vestíbulo de la única mansión de Big Stone Gap. El edificio fue el hogar de la familia Slemp durante muchos años, hasta que la donaron al estado en los cuarenta. Ahora es un encantador museo con

dioramas que relatan las historias de los mineros, los colcheros, los cherokees, los melungeons, y de las familias de la región. Sin duda me he estado aquí mucho tiempo porque dos de los miembros del Garden Club deciden entre susurros llamar a Nellie Goodloe. Ella baja las escaleras y me saluda. Parece preocupada. Me mira a los ojos.

-Ave María, cariño, ¿estás bien?

-Te he traído las luces. -Le doy a Nellie el montón de cajas, pero no atino a acertar con sus manos y se caen al suelo con gran estrépito.

Me despierto en mi cama, vestida con mi pijama. Pearl, su madre Leah, Fleeta y Theodore están a los pies de la cama.

-¿Qué ha pasado? -pregunto.

-Perdiste el conocimiento.

-Había ido a entregar unas luces. -Intento levantarme, pero mis piernas parecen estar llenas de arena. El grupo se me acerca-. ¿Qué me pasa? -Estoy muy asustada-. Theodore, ¿tú no tenías que estar en Scranton?

-Hace días que he regresado.

-¿Días? -Estamos a treinta de diciembre, Ave -me informa Fleeta, algo que pie confunde todavía más-. Ya ha pasado la Navidad.

-Pero si estaba en el museo dos días antes de la Navidad. ¿Qué me ha pasado?

-El doctor Daugherty no está seguro -responde Pearl.

-¿Cómo que no está seguro?

-Te desmayaste en el vestíbulo del museo, y como está cerca de tu casa, te trajeron aquí. Después Nellie Goodloe vino a la farmacia para avisarnos. Llamamos al doctor, que acudió inmediatamente. Dijo que tus constantes vitales estaban bien y que te dejáramos dormir. Eso es lo que has hecho. Durante siete días.

-El doctor dijo que no podía fumar cerca de ti, así que lo he dejado -anuncia Fleeta, con un tono de orgullo.

-Bien hecho. -Me alegro al ver que Fleeta ha conseguido algo positivo de esta emergencia.

-¿Recuerdas alguna cosa, Ave? -pregunta Theodore.

No. Me siento descansada, como si hubiera dormido la siesta. Una vez más intento mover las piernas por encima del borde de la cama y sentarme, pero me desplomo sobre el colchón.

-Eso es de estar tanto tiempo acostada. No te preocupes, no es nada grave. Recuperarás las fuerzas en cuanto te muevas un poco -me explica Fleeta, para darme ánimos.

-Vamos a prepararle algo de comer -dice Leah, y le hace un gesto a Fleeta y Pearl para indicarles que necesitará su ayuda en la cocina. Salen y Theodore se sienta a mi lado en la cama.

-¿Me estoy muriendo o algo así?

-No. El doctor opina que has tenido una crisis nerviosa.

-¿Qué?

-Dice que las ha visto de todas las clases a lo largo de su vida. Algunas personas siguen funcionando, otras tienen episodios de pérdida de memoria y algunas se

duermen, como un oso que hiberna en la cueva. Tú escogiste la cueva. -Theodore me abraza.

-Ayúdame a caminar. -Intento levantarme y Theodore me ayuda a mantenerme de pie. Caminamos lentamente. Vamos hasta el baño, y le digo que espere fuera.

El baño, con los azulejos blancos y negros, me parece enorme. Hay nieve depositada en el tragaluz. Ha tenido que ser una Navidad blanca. Hace frío en el baño; las toallas limpias que puse hace una semana están sin tocar. El jabón sigue sin estrenar. Esto es muy extraño. Enciendo la luz y me miro en el espejo.

Mi rostro tiene el mismo aspecto de cuando era una niña. Supongo que he perdido un poco de peso durante la siesta; la nariz se me ve un poco más afilada y la barbilla sobresale ligeramente. Las pestañas están enredadas pero no han sufrido más daños. No tengo ni una sola arruga en la piel, y créanme si les digo que tenía muchísimas antes de la Navidad.

No recuerdo haber soñado. ¿Es que me quedé dormida como si en mi cabeza hubieran apretado un interruptor? ¿Por qué no recuerdo nada? ¿Dónde se fue mi mente?

-¿Estás bien? -pregunta Theodore desde el otro lado de la puerta, con un tono inquieto.

-Estoy bien. Ahora mismo salgo.

Me lavo la cara y los dientes. Me apoyo en el lavabo, en la pared y en la puerta. La abro poco a poco. Theodore me ayuda.

-¿Tienes hambre?

-En mi vida he tenido tanta hambre. -Me acompaña escaleras abajo para ir a la cocina.

## 8

No sé quién dijo: «Nunca tomes ninguna decisión importante cuando estés cansado», pero no hay duda de que era una persona muy inteligente. Dejo pasar los meses de enero y febrero de 1979 sin hacer gran cosa, salvo lo imprescindible. Todo el mundo en la ciudad me pregunta por el «sueño profundo», como lo han bautizado, pero no puedo decirles gran cosa. Sigo sin recordar nada. Voy a ver al doctor Daugherty todas las semanas, y no encuentra ningún efecto secundario permanente en el aspecto físico, y también está seguro de que tampoco hay ningún tipo de secuela mental. Pearl y Fleeta se ocuparon del negocio mientras yo me reponía, y Clayton Phipps, un farmacéutico de Norton, vino todos los lunes y martes para atender las recetas. Los clientes agradecieron la sustitución durante la emergencia.

Cuando finalmente vuelvo al trabajo en marzo, Pearl se vale de mi rostro rejuvenecido como un ejemplo de la importancia del sueño para ayudar a la belleza femenina. No hay nada como dormir para que el rostro recupere su tersura. A mí me parece que es una publicidad un tanto engañosa. Creo que se me ve tan bien porque no me he muerto. Superé algo, y el alivio rejuveneció mi rostro. La cuestión

es que Pearl ha estado vendiendo Queen Helen a manos llenas, y le ha dicho a las señoras que lo empleó en mi cara dos veces al día todos los días, durante el sueño profundo.

Pearl llevó un libro donde aparecen todas las personas que se pasaron por mi casa. Nellie le dio la idea cuando le explicó que en todas las casas elegantes había un libro de visitas. Por fin tengo la oportunidad de echarle una ojeada. Mis visitantes dejaron mensajes muy curiosos: Iva Lou dibujó rostros sonrientes; las gemelas Tuckett escribieron versículos de la Biblia: el doctor Daugherts frases en latín. El libro está lleno y es bien gordo. La gracia de los mensajes me hace reír. Nan MacChesney vino dos veces. Busco el nombre de Jack Mac. No lo encuentro.

Otto y Worley se ocuparon de limpiar las tuberías de desagüe de la farmacia y de mi casa mientras yo dormía. Pearl me contó que tenían mucho miedo de que no despertara nunca más. Otto llegó a llorar. Les doy a cada uno una buena propina por su iniciativa y lealtad.

Aprendí tres cosas de mí misma después del sueño profundo. Descubrí quiénes eran mis verdaderos amigos; que había enterrado mis problemas hasta que me superaron para convertirse en una crisis en toda regla; y lo más importante de todo: aprendí que no era feliz. Es terrible admitirlo. Pone a todos los que te rodean en un estado de parálisis, porque se creen en parte responsables de tu tristeza y que podrían solucionarlo. Por supuesto que no pueden. Sé que la felicidad existe en alguna parte; si supiera dónde es, iría allí y la reclamaría. Me doy cuenta de que me he pasado la vida reaccionando ante las cosas en lugar de iniciarlas. Me dejé ir en algún punto del camino, y no me eché a faltar (¿esto no suena un poco disparatado?). Algunos días me pregunto si algo creció dentro de mi corazón mientras dormía. Quiero un cambio.

Marzo trae la primavera más hermosa que he visto nunca en Big Stone Gap. El azafrán croco surge por todas partes, florecen las madreselvas y el aire se llena de olor; las montañas se cubren de verde, después de mostrarse grises y hoscas durante todo el invierno.

Por fin vuelvo a ser yo misma. Iva Lou se sorprende cuando me ve subir a la biblioteca ambulante. Ha pasado mucho tiempo y es como volver a casa.

-¡Hola, nena! -Me abraza, feliz de verme sentada otra vez en el taburete plegable.

-Aún no te había dado las gracias por todas tus visitas cuando me encontraba mal.

-Olvídalo. Tenías preocupada a toda la ciudad. -Luego el rostro de Iva Lou se llena de alegría-. Pensaba pasar por tu casa más tarde. Quería preguntarte una cosa. ¡Lyle Makin me ha pedido que me case con él y le he dicho que sí!

Las dos nos ponemos a gritar como dos adolescentes.

-Nos casaremos en la iglesia metodista unificada. El reverendo Manning dice que estará encantado de oficiar la ceremonia. Quería preguntarte si estarías dispuesta a ser mi dama de honor. Por favor, ¿querrás ser mi dama de honor?

-Por supuesto. Me siento muy honrada. Pero no creo que puedas llamarme «dama de honor». Tendrías que decir una vieja de mala reputación.

-Ese título es mío. Claro que no tendré ningún inconveniente en cedértelo cuando me convierta en una esposa gorda y cachonda.

Iva Lou y yo no queremos esperar mucho, así que fijamos la fecha para el 11 de marzo. Me compro un vestido nuevo, color rosa y una pamela a juego con un velo tul ilusión y un abejorro diminuto en la copa. Iva Lou me pidió que llevara algo colorido, porque a Lyle le gustan los colores brillantes.

El 11 de marzo resulta ser un día perfecto para una boda. El aire es templado y brilla el sol. Me alegro de que el vestido tenga una estola que me puedo quitar si más tarde hace calor en la sala de fiestas.

Llega el correo y como ya estoy vestida, me siento y ordeno las cartas. Casi todas son impresos comerciales. El de Dollar General Store pesa más de lo habitual, así que lo sacudo. Una carta cae al suelo. Veo que viene de Italia. La tía Meoli me debe una carta desde hace un mes, pero no reconozco la escritura. No hay remitente. Cojo uno de los alfileres de la pamela y lo uso para rasgar el sobre.

La carta comienza: «Mi querida hija». Me siento en una silla, un tanto anonadada. Aunque aún no he querido admitirlo, había renunciado a cualquier esperanza de recibir noticias de mi padre. Quizás eso tenga algo que ver con el sueño profundo; necesitaba abandonar toda esperanza para seguir adelante. Pero siento una alegría enorme al ver esta carta.

El texto es breve pero está bien escrito, en un inglés muy sencillo. Me cuenta que el marido de Meoli fue a verle a Schilpario. Mi tío se lo contó todo de mí, o al menos lo que sabía por las cartas. Añade que no tiene esposa ni más hijos. Vive con su madre en el centro de la ciudad. (¿Su madre? ¡Tengo una abuela! No me puedo creer mi buena suerte.) Mario es alcalde de Schilpario desde 1958. Le gustaría recibir una carta mía y ha escrito su dirección en el dorso. La guardo en mi bolso. Es una carta bonita y amistosa. No hay revelaciones. ¿Por qué mi padre no intentó nunca ponerse en contacto con mi madre después de romper la relación? ¿Significaba tan poco para él que la olvidó enseguida y para siempre? Suena una bocina. Theodore sale del coche y da la vuelta para abrirme la puerta. Me dedica un silbido.

-Estás preciosa.

-Saluda al daiquiri de fresa de Big Stone Gap.

Theodore se ríe y yo subo al coche. Nos ponemos en marcha.

-¿Qué hay de nuevo? -pregunta con toda inocencia.

-Acabo de recibir una carta de Mario da Schilpario.

Casi frena en seco.

Abro mi bolso de lentejuelas (mi regalo de dama de honor que me ha hecho Iva Lou) y saco la carta. Se la leo mientras Theodore nos lleva a la iglesia.

Hay una gran multitud congregada ante las puertas del templo. Iva Lou no envió invitaciones personales, pero publicó el anuncio de la boda junto con su foto en el Post. Esto es lo que se llama un casamiento abierto, y por lo tanto todo el mundo es bienvenido. Todos aprecian a Iva Lou, así que la iglesia está llena.

No he estado en la iglesia metodista desde el funeral de Fred Mulligan. Estoy bastante enganchada a mi iglesia católica, Sin embargo, conozco todas las

dependencias de este edificio, incluida la sacristía, donde las novias esperan antes de recorrer el pasillo.

Iva Lou está que quita el hipo con su traje azul pavo real. Decidió no ir vestida de blanco porque la hace parecer demasiado pálida. Ella también lleva una pamela. Bebe vodka de un botellín. Me ofrece un trago. Bebo un trago -no porque esté nerviosa por tener que recorrer el pasillo hasta el altar sino porque la carta de Mario me ha inquietado- y le devuelvo el botellín. Iva Lou se acaba lo que queda y guarda el botellín en su caja de pinturas.

-Estás preciosa, Iva Lou.

-¿Tú crees? -Se mira al espejo con expresión crítica.

-Pareces escapada del paraíso.

-Gracias, cariño.

-¿Cómo lo lleva Lyle?

-Anoche se emborrachó en Esserville. Gracias a Dios sus compañeros lo trajeron de vuelta a casa para que durmiera un poco.

-Los nervios.

-Ajá -asiente Iva Lou, mientras se pone un poco más de colorete. Le tiembla un poco la mano, pero se controla.

-No tengas miedo. Estás haciendo lo correcto.

-Lo sé. Sólo pasa que detesto las muchedumbres, y los párrocos me producen escalofríos.

-El reverendo Manning es muy agradable.

-Lo sé. Pero necesito centrarme en algo aparte de la gravedad de todo esto. Resulta abrumador para una chica como yo.

Una chica como Iva Lou. Menuda chica. Siempre ha dictado sus propias reglas. Aquí está, a sus cuarenta y tantos años, dispuesta a casarse por primera vez después de haber probado a todos los hombres del condado. Bien hecho. Sabía lo que necesitaba y lo consiguió. Conduce la furgoneta de la biblioteca ambulante aunque todos decían que una mujer no podía hacerlo. Vende joyas, para ganarse un dinero y para darles a las mujeres algo pequeño y brillante que las haga sentirse satisfechas con ellas mismas. Siempre ha sido independiente, y es la dueña de su casa. Es muy fuerte y también muy femenina. Iva Lou debe amar mucho a Lyle, porque entre todas las mujeres que conozco, es la que más tiene que perder.

A través de la puerta entreabierta de la sacristía se escucha la música del órgano. Fred Mulligan lo compró para esta iglesia, y más que sonar, resuella.

-Iva Lou, creo que es la hora.

-¡Por los clavos de Cristo! Me he olvidado de tu ramo. Está allí, en aquella caja.

Voy hasta la caja y saco un precioso ramo de rosas de té con algunos tonos de rosa. Iva Lou coge su ramo de rosas blancas.

-Los preparó Nellie. Tiene mano. -Iva Lou modela su ramo-. Algún día, cuando te cases, tendrás que pedirle que se encargue de las flores.

-Vamos.

Iva Lou y yo esperamos en el vestíbulo de la iglesia. Nellie es la encargada de dirigir la boda, así que ella nos indicará cuándo debemos entrar por el pasillo. Tengo que recordar cómo hacían estas cosas en las películas; no hemos ensayado. Lyle dijo

que sólo le verían el culo en la iglesia en tres ocasiones: para su bautismo, su boda y su funeral. Iva Lou pasó del ensayo.

Comienzo a caminar con el paso de las novias: un paso, dos pasos, al ritmo de una versión en ocho pistas de «Say Forever You'll Be Mine» interpretada por Dolly Parton y Porter Wagoner. Los bancos están llenos, y recibo un montón de miradas de aprobación y muchos guiños desde ambos lados del pasillo. Joella Reasor incluso asoma la cabeza al pasillo y me susurra: «Bienvenida». Ahora sé cómo se sienten los habitantes de las montañas cuando finalmente consiguen bajar a la ciudad después del largo invierno.

Cuando llego al altar, le sonrío a Lyle, que parece muy feliz y extremadamente nervioso. Se vuelve un poco para mirar a Iva Lou que comienza a andar por el pasillo. Me quedo de una pieza cuando veo a su padrino. Jack MacChesney, de veintiún botones, me guiña un ojo.

Me va a escuchar Iva Lou cuando la pille. ¿Por qué no me avisó de que Jack Mac sería el padrino? Quizá se dio cuenta de que él no había venido a visitarme cuando estaba enferma. Quizá pensó que no sería su dama de honor si sabía que él participaría en la ceremonia. Es curioso. No le odio cuando le miro. Sólo me alegro de estar guapa con mi vestido.

A los metodistas les gustan las ceremonias bonitas pero breves. Ésta se acaba casi antes de empezar. Estoy segura de que han sido los ocho minutos más largos de la vida de Lyle; está rojo como un tomate. Cuando el reverendo presenta por primera vez al señor y a la señora Makin, Iva Lou se echa a llorar. No tiene padres, y sé que desearía que estuvieran aquí para ver su felicidad.

Comienza a sonar la música, y aunque no lo hemos ensayado, sé que lo correcto es coger el brazo de Jack Mac y salir detrás de los recién casados. Miro a los presentes y espero a que Jack Mac se reúna conmigo.

-Bonito sombrero -dice y sonríe. Después me ofrece el brazo, lo tomo y salimos.

Nellie ha decorado la sala con un tema victoriano. En las paredes hay abanicos pintados a mano, y del techo cuelga un dosel de encaje. Los manteles son de hilo blanco. La tarta es de varios pisos, con las figuras de los novios en una carroza en el último. Las bandejas de plata con mantelitos almidonados están llenas con las campanas de azúcar azul y rosa que Nellie hace en su casa.

Lyle está mucho más relajado. Iva Lou vuelve a ser ella. Se ríe, habla y hace que todo el mundo se sienta como en su casa. Theodore conversa con un par de profesores del instituto. Meto la taza en el cuenco de ponche de champán.

-El rosa es tu color -opina Jack MacChesney.

-Gracias. El color favorito de Lyle es el azul pavo real, así que yo soy el contraste.

-¿Cómo estás?

-Totalmente recuperada. Gracias por preguntar. ¿Tú cómo estás?

-Estoy bien. -Jack Mac desvía la mirada. Me vuelvo para ver que está mirando. Es Sweet Sue Tinsley, escoltada por Mike, su ex marido.

-¿Están otra vez juntos? -pregunto directamente.

-Sí, señora -me responde. en voz baja.

-¿Sabes una cosa, Jack? Te compraré un fusil de caza nuevo si me prometes no llamarme señora nunca más.

-Lo siento. Es una costumbre de la infancia.

Theodore viene a reunirse con nosotros junto a la ponchera.

-Todos irán más tarde a la caravana de Iva Lou para picar alguna cosa. Espero que puedas ir, Jack.

-Allí estaré.

-Voy a buscar el coche -me dice Theodore, mientras deja su taza en la bandeja.

Theodore se marcha. Yo me acabo el ponche y mordisqueo una campanita de azúcar.

-Irás a casa de Iva Lou, ¿verdad?

Asiento.

-Llevarás el vestido rosa.

Miro a Jack Mac con una media sonrisa que dice: «Sí, voy a quedarme vestida con esta faja de seda que me ahoga y el corsé que no me deja respirar todo el día». No sabe que no veo la hora de llegar a casa y quitármelo.

-Te veré donde Iva. -Recojo la pamela del estante y voy a reunirme con Theodore.

Nunca he estado en la caravana de Iva Lou en Danberry Heights, pero es una belleza. Todo el exterior está revestido con paneles de madera clara con postigos negros. En la entrada hay una tarima de madera de secoya que sirve de terraza, iluminada por una lámpara sujeta a una columna que imita una vieja farola. Llego sola. Theodore vendrá en su coche; por la mañana tiene una reunión de la junta escolar y quizá tenga que marcharse temprano.

La decoración interior de color beige es moderna, el telón de fondo perfecto para una rubia como Iva Lou. La moqueta gruesa es blanca y negra. Todos sus mejores amigos están presentes. Ha preparado macarrones con queso, ensalada y col. Hay golosinas y una montaña de pastel de boda; hay comida de sobra. Ha comprado platos y servilletas de papel con el dibujo de unos recién casados. Lyle brinda con los amigos con una botella de cerveza. Ahora tiene toda la pinta del señor de la hacienda; encaja a la perfección. Le da a Iva Lou una galleta y después le limpia los restos con un beso. Estoy muerta de hambre, así que ataco a los macarrones con queso. Mamá nunca preparaba este plato, pero a mí me encanta. La pasta bañada en mantequilla y queso cheddar se funde en mi boca. Las patatas fritas desmenuzadas le dan un delicioso sabor salado. Quizá repita. Sweet Sue se me acerca con un plato de pastel.

-¿Cómo te va, Ava María?

-Bien. ¿Cómo estás tú?

-Estoy otra vez con Mike. -Mike Tinsley se ríe a mandíbula batiente de uno de los chistes de Lyle. Parece feliz de formar parte una vez más de la vida social del Gap-. Sí, los chicos le echaban a faltar. -Hay una pequeña arruga entre las cejas de Sweet Sue-. Yo también, por supuesto.

Sonrío y mastico; mientras mastique no tengo que hablar. Miro el rostro de Sweet Sue. Es realmente preciosa. Sus ojos azul mar son límpidos. Se le insinúan las primeras patas de gallo, pero le dan un aire de persona experimentada que le

sienta muy bien. Me pregunto si Jack Mac llegó a decirle que me había propuesto matrimonio. No lo creo porque no parece estar molesta conmigo. Está muy claro que no me considera una rival.

-Buenos, nos veremos más tarde. -Sweet Sue me sonríe y se abre paso entre la multitud para reunirse con Mike.

-¿Qué ha pasado con el vestido rosa? -me pregunta una voz desde la entrada. Ahora comprendo por qué Sweet Sue salió corriendo como una zarigüeya. Es Jack Mac, que está junto a la puerta de la cocina con los brazos cruzados.

-Me cortaba la circulación. No lo podía soportar ni un minuto más.

-¿Qué se ha hecho de la pamela?

Me sonríe y se acerca, y debo decir que todo lo que dice este tipo me suena a ligue. Hay algo en su manera de hablar lenta y en sus pausas que te hacen sentir como si estuvieses desnuda. Me abrocho el cárdigan.

-¿Tienes frío?

-Desde el sueño profundo tengo escalofríos. -Espero que se trague la mentira, pero no creo que lo. haga.

-¿Te asusto?

Suelto una carcajada.

-No, qué va.

-No lo sé. Te pones inquieta cada vez que estoy cerca de ti.

-¿De veras? -No me había dado cuenta, pero incluso si lo hago, no quiero que este hombre me señale mis inseguridades.

-¿Qué soñaste durante el sueño profundo? -se pregunta en voz alta.

Vale, ya lo entiendo. Está borracho. Está bebido y pretende ligar conmigo. Es probable que estuviera ligando con las hermanas Tuckett y como no tuvo suerte, pasó a la cocina, y ahora es mi turno en su camino hacia la sala de estar, donde intentará ligar con las primas de Iva Lou que han venido de Knoxville. A continuación se encarará con Mike Tinsley, le dará un puñetazo en la boca, Sweet Sue gritará y los muchachos los separarán. Mike, con la boca llena de sangre, le dirá a Jack Mac que se mantenga apartado de su mujer, y Jack le responderá que es un fracaso como marido. Sweet Sue tendrá que escoger mientras nosotros nos hacemos cruces y rogamos para que nadie tenga un arma.

-¿Soñaste durante tu sueño profundo, Ave María? -insiste.

Me encojo de hombros como si no lo recordara, y continúo comiendo macarrones con queso.

-¿Dónde vas cuando pones esa expresión? -Esta vez me ha pillado. ¿Qué le voy a responder? ¿Saben algo? Le contestaré la verdad.

-Te imagino ligando con todas las mujeres de esta fiesta y después que te acercas poco a poco a Sweet Sue e intentas que vuelva contigo, pero entonces tú y Mike Tinsley os metéis en una pelea sangrienta y destrozáis la caravana. -Jack se ríe con ganas-. Ahora aprenderás a no preguntarme qué pienso. -Me vuelvo dispuesta a alejarme, pero él me coge por el brazo.

-Tengo algo en la camioneta para ti.

-Ya lo puedes decir, rico. -Alguna vez me sale el pronto montañero. Intento apartar mi brazo gentilmente, pero él me sujeta todavía con más fuerza. Entonces vuelve a reírse, sólo que más fuerte.

-¿Estás borrado, Jack?

-No he probado ni una gota desde el ponche de la boda, y tú sabes lo rácana que es Nellie con las bebidas. -Vale. Esto no es nada bueno. Así que no está bebido. Por lo tanto habla en serio. ¿Qué puedo hacer? -Ven conmigo.

Esta vez me sujeta por el codo y no quiere soltarme. Me guía entre la multitud y salimos de la caravana. Caminamos a través del aparcamiento. Camina deprisa y tengo que trotar para mantenerme a la par. Está oscuro, pero no tengo miedo.

Jack encuentra la camioneta y busca algo en el asiento delantero. Me entrega una bolsa de papel. Me acerco a una farola para ver qué contiene. Es un libro. Un ejemplar de Schilpario: una vida en las montañas, el libro que vi en el asiento de la camioneta hace unos meses.

-¿Es para mí? -Más vale que lo sea. Ni siquiera sé cómo se pronuncia. -Jack Mac me sonríe mientras abro el libro-. Tuve que encargarlo en Charlottesville. No han vuelto a reeditarlo, así que tuvieron que buscarlo. Me pareció que te podría ser útil, a la vista de que estás intentando encontrar a tu padre.

Ahora mismo tengo una sensación muy extraña dentro de mi cuerpo. Siento el impulso de abrazarlo, de darle las gracias por su gentileza. Pero hay muchas preguntas. Cuando le conté que intentaba encontrar a mi padre, él estaba en el Sub Sandwich CarryOut con Sweet Sue. No hablamos mucho del tenia, y ¿a qué viene tanto interés? ¿Por qué se preocupa? Le miro a la cara. Se preocupa. Tengo la sensación de que sabe más sobre mí de lo que le he dicho. Aprieto el libro contra mi pecho; el papel huele bien, y la cubierta es fría y reluciente. Entonces me abraza. El perfume a sándalo y lima me es tan familiar, tan dulce que respiro profundamente para gozar del aroma, y también para serenar a mi corazón desbocado, que necesita con urgencia una ración doble de oxígeno. No tengo palpitaciones; eso es algo que se corrigió automáticamente durante el sueño profundo. Este es otro tipo de latido, de un tipo que nunca había tenido antes.

Hundo mi rostro en su pecho; es como si tuviera un lugar hecho expresamente para mí. Oigo la canción de los Statler Brothers que sale de la caravana de Iva Lou y se pierde en el bosque; las voces y las risas de los reunidos le sirven de telón de fondo. En este momento, me siento muy cómoda.

Pasan unos minutos, y Jack Mac me sujeta la cabeza entre sus manos y me la levanta; tengo relajados todos los músculos del cuerpo y me entra sueño.

-¿Puedo besarte? -pregunta.

Me estrujo los sesos en busca de una réplica ingeniosa, pero no se me ocurre ninguna. El se da cuenta de lo que intento, y está decidido a cortarlo de raíz. Hay momentos en la vida en los que no hay lugar para el humor. Me roza con los labios la frente y sigue por la nariz hasta que encuentra mis labios. Entonces me besa.

El suelo debajo de mis pies es blando y me hundo. Soy como un bastón en un arroyo seco que se hunde cada vez más en la tierra, sin encontrar resistencia salvo la falta de voluntad.

-Creo que deberíamos regresar a la fiesta.

-¿Por qué? -Me vuelve a besar. Le interrumpo, y le recuerdo a Iva Lou, la fiesta y mis responsabilidades.

-Gracias por el libro.

Me mira, un tanto confuso.

-Volvamos -digo en voz baja.

Volvemos a la caravana en silencio.

Misty Dawn Slagle Lassiter, tres kilos cuatrocientos, nació a las 12.03 del 17 de marzo de 1979, en el hospital de Saint Agnes, Norton, Virginia. Su madre, Tayloe, está muy bien; ha tenido un parto sencillo y ahora puede dedicarse a organizar su boda. Betty vino a la farmacia para mostrarnos las fotos del bebé, que promete ser una belleza corno su madre. A Fleeta le preocupa que Misty pueda desarrollar la mandíbula de bulldog típica de los Lassiter, pero no lo parece por lo que se ve en las fotos.

Desde que le vendí la farmacia a Pearl, tengo una actitud diferente. Ya no me tomo los problemas del negocio tan a la tremenda; no me enfado cuando hay que remarcar los medicamentos y me he despreocupado por completo de quitar el polvo. Fleeta y Pearl se cuidan del negocio, pero hay algo en mí que ha cambiado.

Estoy enseñándole a Pearl cómo debe llevar el registro de los medicamentos cuando Nan MacChesney entra en el local. Usa bastón. Lleva el pelo blanco recogido en una trenza muy prieta. Me busca con la mirada.

-Sé que estás en alguna parte, Ave María. He visto tu jeep aparcado ahí fuera.

-Estoy aquí, señora Mac. En la farmacia.

-Ah. -Se acerca al mostrador de la farmacia. Su cabeza apenas si asoma por encuna.

-¿Cómo está usted?

-Estoy bien. ¿Puedes salir de ahí y hablar conmigo, por favor?

-Desde luego. -Salgo de detrás del mostrador y me detengo delante de la anciana.

-¿Hay algún lugar donde podamos hablar? -me pregunta.

-Está la trastienda -interviene Fleeta.

¿Es que Fleeta espía todas las conversaciones que tienen lugar en este local? La miro y me llevo a la señora Mac a la trastienda. Le ofrezco una silla, pero la rechaza. Me siento. De lo contrario, la dominaría con mi estatura.

-Vamos a ver, sé que esto no es asunto mío, pero tengo un hijo del que ocuparme. Sólo quiero que sepas que es todo un caballero y un buen hijo. No hay nadie mejor que mi hijo. Sé que tú le gustas. Cree que eres toda una mujer, y yo lo aliento, porque creo que has tomado todas las decisiones correctas en tu vida. Has sido leal y has sido buena, y eso se merece una recompensa. Sé que tú no te ves como esposa o madre de nadie, porque me lo has dicho más de una vez. No estoy aquí para repetir los cotilleos o lo que dicen. Sólo me guío por lo que han escuchado mis oídos de tus labios. Pero creo que necesitas tomarte algún tiempo y reflexionar sobre ti misma. No te estoy diciendo lo que debes hacer, pero si dejas que mi hijo se te escape de las manos, serás la chica más desgraciada del mundo. Sé de qué está hecho, y su elección. Es un hombre cabal. Así que adelante y haz lo que sea

que vayas a hacer, pero sólo quería que alguien te contara la verdadera historia de mi hijo. No encontrarás a nadie mejor.

Golpea el suelo con el bastón y me mira.

-Muchas gracias por hacerme saber sus pensamientos. Sé que la guían las mejores intenciones, y no pretendo ser irrespetuosa. Estoy de acuerdo con usted. Ha criado a un buen hijo. Pero tengo otros planes. Quiero viajar, ver cosas. Probar cosas nuevas. Sola. ¿Puede comprenderlo?

La señora Mac se encoge de hombros. No parece muy convencida.

-Sólo he dicho lo que pensaba -afirma mientras salimos de la trastienda. Nos decimos adiós y se marcha.

-¿Qué demonios quería? -me pregunta Fleeta, muy interesada.

-Como si no lo supieras.

-No lo sé. Dímelo tú.

-Venga, Fleeta. Ambas pertenecéis al mismo club donde se cuecen todos los chismes de Big Stone Gap.

-Ya que insistes, te diré que alguien te vio besándote con su hijo en el aparcamiento de la caravana de Iva Lou, y corrió la voz. -Fleeta se encoge de hombros.

-¡Detesto esta ciudad!

-¿Qué quieres que haga? No puedo hacer nada si vienen y me lo cuentan. -Fleeta hace un gesto con el plumero para indicarme que da por cerrado el tema y vuelve a su trabajo.

-¿No cree que Jack MacChesney es guapo? -pregunta Pearl, desde detrás del mostrador.

-Pearl. Ya esta bien. -Dios sabe lo que me preguntará a continuación. No es asunto suyo si él sabe besar. ¿Qué le pasa a esta gente? ¿Esperan que me transforme como por arte de magia después de un beso? ¿Se supone que debo dejarlo todo por Jack Mac? ¿Qué hay de mis planes? ¿Qué pasa con lo que yo quiero? Pearl sonríe y se concentra en su trabajo. Mientras tanto, intento calcular cuál es el edificio más alto del Gap para saltar desde la azotea.

Iva Lou regresa de la luna de miel fresca como una rosa. Hay una tarjeta de felicitación por la boda que le envió el personal dé la biblioteca del condado de Wise pegada en el tablero de la furgoneta, la única señal de cambio desde que se casó. Escucho su narración de la impresionante belleza de Gatlinburg y Ruby Falls (una de las tres maravillas naturales de Tennessee), y después le pido que me deje ver The New York Times.

-¿Para qué lo quieres? -Iva Lou quiere saber.

-Quiero ver la sección de viajes.

-Sólo la publican los domingos. Podría darte la edición del pasado domingo.

-Lo que tengas me va bien. -Deseo que Iva Lou vaya y me lo traiga. Nunca hace preguntas cuando quiero algo. ¿Por qué ahora?

-¿Vas a ir a alguna parte? -Parece preocupada.

-Todavía no lo sé.

-Por favor, no me vengas con ninguna sorpresa. Ahora soy una vieja señora casada, y no soporto las emociones.

-Serás la primera en conocer mis planes en cuanto los haga -le prometo. Parece tranquilizarse.

-Lo tengo abajo, en el depósito. Iré a buscarlo.

Lo que Iva Lou no sabe es que me voy de Big Stone Gap. Me he pasado toda la vida aquí, y ha llegado el momento del cambio. Quiero desafiarme a mí misma. Quiero ver cómo es la gente en otros lugares y llegar a conocerla. Quiero tener aventuras. Sí, incluso me gustaría enamorarme. Creo que debo empezar por el principio, por el lugar de donde es mi familia. Me voy a Italia. Quizá me guste tanto que me quede allí para siempre. Estoy en los últimos minutos de mi juventud. No quiero seguir esperando.

Miro durante un buen rato el interior de la biblioteca ambulante. Quizás ésta sea la última vez que esté aquí, y quiero recordarla hasta el último detalle. (Ahora que he decidido marcharme, no veo el momento de hacerlo.) Quiero recordar los estantes de formica rosa con los rebordes en verde; los elásticos que los mantienen en su sitio cuando el vehículo está en marcha; los tres sillines plegables que se apoyan en los libros cuando no se usan; los vasos de plástico; los paquetes de Sanka; el sello de préstamo; el espejo retrovisor que Iva Lou utiliza cuando se maquilla; y sobre todo, por encima de todo lo demás, el olor.

-Aquí tienes, Ave. -Iva Lou me entrega el suplemento de viajes en unas condiciones impecables. Es la mejor bibliotecaria que he conocido en toda mi vida. Respeta el material de lectura.

-Ave, te debo una disculpa.

-¿Por qué?

-Por haberte emparejado con Jack Mac el día de la boda. Nunca me gustó que nadie me forzara a comer cuando era un bebé, y estoy segura de que tampoco me gustaría ahora. Tendría que habértelo dicho. Pero supongo que con todo el follón de la boda se me olvidó.

-Estuvo bien. No te preocupes. -¿Por qué todo el mundo está tan preocupado? No estoy liada con Jack Mac. ¿Que escolté a los novios del brazo de Jack? ¿Y qué? Me besó una vez. Dos. En una fiesta. ¡Fantástico! A todas las mujeres las besan en las fiestas. Apenas si lo he recordado desde entonces.

Me siento bien cómoda en el sillín y comienzo a leer.

-¿Dónde irás?

-A Italia.

-¿A Italia? ¿Tan lejos? -Iva Lou abre mucho los ojos-. ¿Cuándo?

-Tan pronto como contrate el viaje.

Me señala los anuncios que considera más prometedores. Hay uno que me llama la atención. El titular dice: «GALA Nuccio TOURS: USTED NO PERDERÁ EL BARCO. Viaje con Gala. ¡Con vierta cada viaje en una fiesta!». Hay una foto grande de Gala, que parece tener mi edad. Es una italiana de aspecto muy teatral, con el pelo peinado en tirabuzones que parecen serpientes; tiene los ojos grandes y castaños como Sofia Loren y una cintura de avispa. Está de pie con los brazos levantados en una góndola en un canal veneciano. En el banderín de la góndola están los precios de los viajes. Son muy razonables. ¡Acabo de encontrar a mi agente de viaje y guía

turística a la primera! Iva Lou está entusiasmada. Ella desea poder ir, pero por ahora debe posponer sus sueños europeos y concentrarse en su nuevo marido.

Vuelvo a casa, me pongo cómoda en el sillón de Fred Mulligan y marco el número de Gala Nuccio. El teléfono suena dos veces, y después una voz que dice:

-¡Frank, maldito cabrón hijo de puta, deja de llamarme! -¡He terminado contigo! ¡Se acabó! ¡Basta!

-Perdón, creo que me he equivocado de número -susurro.

-¿Quién habla? No, no. Maldita sea. Creía que ésta era mi línea privada. Tengo dos teléfonos, y de vez en cuando, me confundo.

-¿Es usted Gala Nuccio?

-Sí. Perdone, olvide lo que he dicho. Nunca uso esa clase de lenguaje, pero si a usted la hubiera jodido ese cabrón como a mí, atendería el teléfono dispuesta a descargarse con quien fuera. -Gala suspira. Escucho cómo da una larga calada a un cigarrillo. Su acento me recuerda a todas las rubias duras de Nueva York que aparecían en las películas policíacas de los treinta.

-¿Está usted bien? -pregunto, inquieta.

Esto la hace reír a carcajadas.

-¡Hombres! Usted es una mujer, ¿no es así?

-Sí, señora.

-Entonces ya sabe de lo que hablo.

-No diga nada más -le replico amablemente. Lo que me interesa es hablarle de mi viaje. Comienzo a formularle preguntas sobre sus ofertas, pero Gala necesita hablar de Frank.

-He estado saliendo con Frank durante unos cuatro años. Está divorciado, y tiene tres hijos: unos mocosos, y no le veo todo lo que quiero. El dice que es por el trabajo y los chicos, pero yo no me creo todo ese rollo. Digamos que «Carmín en el cuello» es mi canción. ¿La conoce? -Le da otra calada al cigarrillo. La escucho exhalar el humo desde Nueva jersey.

-Claro que la conozco. Es un clásico.

-Sí, pero todavía se aplica. ¿Qué puedo hacer por usted?

-Quiero ir a Italia. Hablo italiano. -Hablo como si fuera una palurda. ¿A ella qué le importa si hablo italiano? ¿Acaso hay que pasar un examen para comprar un billete de avión?

-Tengo varios viajes organizados. ¿También quiere ir a las islas griegas?

-No, sólo a Italia. Al norte italiano.

-Ajá. Venecia, Milán, y todo lo demás. Sí tengo un viaje, con una excursión a Santa Margherita en la costa. No se lo querrá perder. Es fabuloso.

-Fantástico. Mándeme unos cuantos folletos.

-Encantada. -Gala fuma mientras le doy mi dirección y algunos detalles más. Se sorprende al saber que yo también soy italiana y que vivo en las montañas de Virginia. Nunca había oído nada parecido. Le digo que ya le contaré toda la historia durante el largo vuelo a Italia. Parece muy interesada.

-Escuche, Ave María, éste podría ser su día de suerte. -Otra bocanada de humo.

-¿Por qué? -Tengo una plaza libre en la gira por el norte de Italia dentro de tres semanas. ¿Cree que podrá tenerlo todo arreglado y unirse a nosotros?

Me asusto. Hay muchas cosas para hacer. No es como tomarse unas vacaciones, es reconducir el viaje del resto de mi vida. Hay muchas cosas que dejar arregladas: la casa, el negocio y todo lo demás. Pero quizás esta sea la señal para hacerlas rápido y sin vacilar. Tal vez si no tengo mucho tiempo para pensar, no me preocuparé por los detalles. Quizá por una vez en mi vida me lance de cabeza sobre la oportunidad para ver qué pasa.

-Puedo hacerlo.

-Fantástico. Ya está apuntada.

Me ocupo de mis asuntos discretamente. Descubro que puedo hacer muchas cosas si me levanto temprano. Me las he arreglado para vaciar la casa, hacer las compras para el viaje y controlar cómo va la farmacia sin que nadie sepa nada. No quiero que nadie opine sobre mis decisiones: es un asunto pura y exclusivamente mío. Le escribí a Mario para preguntarle si le gustaría conocerme. En caso afirmativo, que me diga cuál es el momento más oportuno para visitar Schilpario. No he vuelto a tener noticias suyas. También le escribí a la familia de mi madre, y están encantados con el anuncio de mi visita. Todavía no les he enviado una foto mía. Las fotos que me sacaron en el casamiento de Iva Lou son horribles, y no pienso mostrárselas a nadie. La pamela y el vestido resultaron un desastre. No me los volveré a poner nunca más.

Todavía no le he dicho a nadie que me marcho. Quizá se lo diga a Theodore, pero sólo si el momento es el adecuado. Mi plan es marcharme, conocer a mi familia y considerar todas las opciones. De lo único que estoy segura es de que nunca regresaré a Big Stone Gap. Éste ya no es mi mundo. Mi madre está muerta. La farmacia y ahora mi casa están en las capacitadas manos de Pearl. Spec ya tiene un nuevo capitán para el equipo de rescate. Cualquiera puede dirigir la representación teatral. Aquí no hay nada que me retenga. Ha llegado el momento de moverse.

El Post publica un titular a toda plana: ESTRELLA DE CINE DA UNA FORTUNA AL, LPH. Según el periódico, Elizabeth Taylor le quedó tan agradecida al personal del Lonesome Pine Hospital por haberle sacado aquel hueso que ha hecho una donación de cinco mil dólares para su fondo de emergencia. Paso las hojas de los anuncios clasificados. He puesto uno esta semana; vendo el Oldsmobile Cutlass de mi madre. Es asombroso todo lo que he hecho desde que puse manos a la obra. He hecho una lista de mis bienes y estoy decidida a vender todo aquello que no necesito. Sólo me queda ocuparme del asunto con Pearl.

He convocado una reunión con Iva Lou, Nellie y Pearl en la oficina de Lew. Paso por el Sub Sandwich Carry-Out y recojo unos cuantos sándwiches y botellas de gaseosa; tendremos una comida de trabajo. Delphine Moses agrega un par más de bolsas de patatas fritas (siempre lo hace) y comenta lo muy impresionada que está con la generosidad de Elizabeth Taylor. «Tanta gratitud e interés es algo que no te esperas de una estrella de cine.» Inez parece más delgada. Pearl la convenció para que se uniera a los Vigilantes del Peso, y los resultados son impresionantes.

-Inez, estás fantástica.

-Gracias, Ave. Sabes una cosa, hace años que no me sentía tan bien. Me encantan todos esos pequeños panfletos, las recetas, y los consejos útiles que nos dan los Vigilantes del Peso. Pam Sumpter, nuestra jefa de grupo, es de Norton, y ha bajado

cincuenta kilos, así que sabe lo difícil que es. Todas las semanas nos muestra su foto de «antes». La ha hecho ampliar, y la coloca en un atril al principio de cada reunión. La tengo grabada en la memoria, y me ayuda a seguir con el programa. Perder peso lo ha significado todo para mí. Creo que él también lo ha notado. -Inez señala el sanctasanctórum de su marido.

-¡Me alegro por ti! -Cuando entro en la oficina de Lew, me doy cuenta de que ésta es probablemente la conversación más larga que he mantenido con Inez. Sí que parece otra persona. Lew sonríe. ¿Por qué no iba a hacerlo? Tiene otra vez su precioso cochecito de carreras.

-¿Cómo estás?

-Mejor. -Lew tiene la expresión de un hombre que está bien servido por su esposa-. ¿Cómo estás tú?

-Mejor que nunca.

-Se te ve.

Pearl entra en la oficina. Se ha olvidado de quitarse la bata de la farmacia. Oímos una explosión, seguida del zumbido de una correa de ventilador, y después silencio; la señal de que Iva Lou ha llegado con la furgoneta. Después la oficina se inunda con el perfume de gardenia, y sabemos que Nellie Goodloe debe estar en la sala de espera. Lew le grita a Nellie que entre, mientras yo me ocupo de la comida.

Iva Lou entra y besa a todo el mundo, pero me doy cuenta de que está nerviosa. Las chicas no tienen idea de por qué las he reunido aquí, y digamos la verdad: nunca es agradable cuando tienes que hacer una visita a la oficina de un abogado. He intentado hacer que resulte lo más informal posible, pero la comida sólo consuela a la gente hasta cierto punto.

-Supongo que todas os preguntáis por qué os he reunido aquí.

Nellie e Iva Lou asienten; Pearl toma ejemplo y hace lo mismo. Me encanta verla actuar de una manera tan madura.

-Chicas, os dejo.

-No estarás enferma, ó algo así, ¿verdad? -pregunta Iva Lou, muy preocupada.

-No. No me estoy muriendo. -Se tranquilizan-. Todas sabéis que creo en el arte chino de la lectura del rostro. Bueno, quizá tú, Nellie, nunca lo has oído mencionar. -Ella menea la cabeza; no sabe qué me ha dado-. Todas las caras son como un plano. La mía cuenta la historia de una mujer que cambia el curso de su vida el año que cumple los treinta y cinco. Como ya sabéis, a lo largo de los últimos meses he tenido algunos altibajos. Era el destino que ponía manos a la obra. Después de pensarlo mucho, decidí que era el momento de tomar las riendas de mi futuro y descubrir por qué estaba en este mundo. No quiero que mi vida transcurra sin más; quiero escoger mi futuro.

-Yo hice exactamente lo mismo cuando tenía los treinta y cinco -interviene Iva Lou-. Fue cuando saqué el título de bibliotecaria en el Mountain Empire Community College y comencé a trabajar en la biblioteca ambulante.

-Bien hecho. ¿Lo veis? Iva Lou entiende de qué hablo. Antes o después todos tienen que formularse las grandes preguntas sobre ellos mismos. Algunos de nosotros no hacemos caso de la verdad, y otros analizamos hasta el último detalle e intentamos reinventarla. Esto último es lo que estoy haciendo.

-¡Bien por ti! -exclama Nellie porque cree que es necesario decir algo.

-Muchas gracias. Bien. Hace unos meses designé a Pearl Grimes aquí presente como mi heredera. Le traspasé la Mulligan's Mutual. -Miro a Pearl-. A ti. Pero lo que no te dije en aquel momento es que en el trato también te daba mi casa.

-¿Me dio su casa?

-Sí Pearl. Es tuya. -Pearl mira a Lew, que asiente y le sonríe. -Pero, ¿por qué?

-Me marcho de la ciudad y pensé que te gustaría tenerla.

Pearl está abrumada. Sé lo que esto significa para ella, vivir en la ciudad. Estar cerca de la escuela. Tener un teléfono. Poder invitar a sus amigos a casa. Esto es lo mejor que podía sucederle, mejor que ser la propietaria de la farmacia. Miro a Iva Lou y Nellie, que se han quedado de piedra.

-Pearl acaba de cumplir los dieciséis años, y hasta que no cumpla los dieciocho, no puede asumir la propiedad y todos los demás bienes con su nombre. Aquí es donde entráis vosotras dos. Quiero que seáis sus administradoras. Lew ha encontrado una fórmula que me agrada. Vosotras dos cuidaréis de esta jovencita y la guiaréis en las decisiones que tome en el negocio. Se os pagará por vuestros servicios.

-Nunca he dirigido un negocio -señala Iva Lou.

-Eres bibliotecaria. Eres una persona organizada. Trabajas con un sistema. Pearl necesita un sistema. Tú puedes guiarla.

-¿Qué pasa conmigo? -pregunta Nellie-. Sólo soy ama de casa.

-Nellie, a ti te he escogido porque tienes buen gusto. Pearl necesita conocer las cosas finas de la vida. Tú le enseñarás cómo montar un escaparate bonito, los modales correctos para las comidas de negocios, a tratar con toda clase de gente.

Nellie se sienta más erguida. Nunca se había dado cuenta de que conocimientos tenían un valor. Ahora lo sabe.

-¿Qué pasará con mi madre? -quiere saber Pearl.

-Es una madre de primera. Te quiere, te ha cuidado y te seguirá cuidando tan bien como hasta ahora. He discutido este tema con ella, y le parece muy bien que Iva Lou y Nellie se hagan cargo de las cosas. Cuando hablé con ella, me repitió mil veces que sólo desea que seas muy feliz. -Los ojos de Pearl se llenan de lágrimas.

-Bien dicho. Eso es lo que desea una buena madre -sentencia Nellie, para darme su respaldo.

-Está muy entusiasmada con la idea de vivir contigo en la ciudad. Estará más cerca de las cosas que te ayudarán a convertirte en una persona autosuficiente. Está totalmente a favor de mi... -Miro a Lew y comparto el mérito- de nuestro plan.

-¿Te marchas, Ave María? -pregunta Iva Lou, apenada.

-Chicas, esto no tiene nada de triste. He vivido aquí toda mi vida, y ha sido maravillosa. Pero es hora de ver qué hay ahí fuera, probar mis méritos, ver de qué estoy hecha. Tú me comprendes.

-¿Cuándo empezamos? -pregunta Nellie.

-El lunes.

-¿El lunes? Caray, ¿por qué no me matas ahora mismo, Ave? -Iva Lou se derrumba en la silla.

-¿Volverás alguna vez? -me interroga Pearl.

-Puedes estar segura de que vendré de visita. No quiero convertirme en un fantasma, como Liz Taylor. Volveré por aquí.

Señalo la comida dispuesta sobre el escritorio de Lew.

-Comamos -dice Lew, mientras se pone de pie-. Ya firmaremos los documentos más tarde.

Nos reunimos alrededor de la mesa. Nadie dice gran cosa. Comemos. Delphine prepara unos sándwiches estupendos, eso está muy claro. Nellie coge una servilleta de papel y se la coloca sobre la falda. Mira a Pearl, que está cogiendo el pavo de la cajita de plástico, y le da una servilleta. Pearl la coge, la despliega y se la coloca sobre la falda como Nellie.

La parte más difícil de vaciar mi casa es decidir qué hacer con todas las cosas de costura de mi madre. Lo único que tengo claro es que me quedaré con su caja de botones. Jugaba con ella cuando era pequeña; hacía ver que los botones eran piedras cuando jugaba a ser exploradora, o joyas cuando hacía de princesa. He sacado todos los botones de plástico y me he quedado con los antiguos y los de tela. Los botones no pesan nada; siempre puedo meterlos en algún rincón de la maleta, y para mí tienen un gran valor simbólico. Cuando mamá confeccionaba alguna prenda, lo último que hacía era coser los botones. Eran el último detalle, el toque final de una creación. No puedo tirarlos así sin más.

Sé que esto tendría que ser sencillo. ¿Por qué una persona normal le va a tener apego a piezas de tela y restos diversos? Pero lo tengo. Cada resto me recuerda algo que ella hizo. Hay un metro escaso de satén rojo que utilizó para confeccionarme mi túnica de pastorcilla para la fiesta de Navidad en el parvulario. Hay un resto de color verde menta que usó para mi vestido de reina de la Primavera cuando estaba en séptimo grado. Queda una pieza de color azul carolina para las faldas de las animadoras, y otra de color rojo rubí que empleó en los plisados de las mismas faldas. Cordoncillo rojo y alamares que empleó cuando tuvo que confeccionar el uniforme de la banda de Bobby Necessary. En 1969, la madre de Bobby vino a escondidas y le rogó a la mía que le hiciera a Bobby el uniforme de la banda. Era tan gordo que no vendían uniformes de su talla. Mamá puso manos a la obra y tuvo su buen trabajo, pero cuando Bobby marchó con su clarinete con el resto de la banda durante el medio tiempo, nadie hubiera dicho que su uniforme no era de confección. Era idéntico.

Hay varias piezas de terciopelo en tonos oscuros de rojo, azul y oro. Mamá es una gran partidaria del terciopelo; creía que era duradero, elegante y que tenía una caída incomparable. Solía estrujarlo y después lo dejaba caer, para mostrar cómo la luz jugaba en los pliegues, para darle pátina y volumen. ¡Me cosió tantas cosas de terciopelo! Faldas, pantalones, chaquetas, incluso un cubrecamas. Siempre he dormido en una cama con las mejores sábana. Mamá las tenía en Italia, y quiso que yo también las tuviera. En los últimos años, cuando íbamos a comprar sábanas, las olía. Distinguía la calidad del algodón, el número de hiladas, por el olor. Para ella era mejor tener un solo juego de sábanas de cuatrocientas hiladas que diez de doscientas. He dormido con sábanas baratas fuera de casa y, créanme, se nota la diferencia.

¡Incluso mi cuento favorito cuando me iba a dormir era sobre telas! Mamá me contaba la historia de la familia Fortuny que fabricaba sus propias telas y llegó a ser conocida en todo el mundo. Me hablaba de cómo aquella familia había inventado el terciopelo de dos caras (su preferido en la confección) y cómo habían experimentado con el diseño, el bordado y las marcas de agua. ¡Incluso lo habían quemado! Yo solía imaginarme la fábrica de los Fortuny y a sus trabajadores. Me imaginaba a los hombres y a las mujeres junto a los capullos mientras se hilaba la seda; la seda cruda extendida sobre las mesas; el proceso de teñido, estirado, planchado y cortado. Mamá me dijo que si fabricas la seda correctamente y la cuidas, podía durar una eternidad. Supongo que tenía razón. Piensen en los tapices medievales y el sudario de Turín. Buena tela, buenos cuidados, la eternidad.

Conozco a un par de colcheros en las hondonadas, pero lo que quiero es darle este material a alguien que sea un experto en la fabricación de colchas y que sepa apreciarlo. Me decido por Nan Bluebell Gilliam MacChesney. Es una de las mejores colcheras de por aquí. Meto las telas en fundas de arpillera. Mamá nunca usaba los envoltorios de plástico porque la tela no respiraba. Se sentirá orgullosa de que lo recuerde. Las cargo en el jeep. Apenas si me puedo sentar al volante cuando acabo de cargarlas todas.

No falta mucho para la hora de la cena. No sé en qué se me ha pasado el día; comencé con este trabajo después de desayunar, y me parece que sólo han pasado unos minutos. Hago el viaje asta Cracker's Nest sin problemas; todo está verde y florido. La casa de los MacChesney parece mucho más grande a la luz del crepúsculo; es una agradable parada en la montaña, no una simple casa de piedra con cuatro chimeneas como parece durante el día. Todas las ventanas están iluminadas, y sale humo por las cuatro chimeneas. Resulta muy acogedora.

Aparco el jeep. No veo ningún perro salvaje por los alrededores; por supuesto, es primavera y ha llovido mucho, así que los arroyos de las montañas están crecidos. Cargo con una pieza de terciopelo en cada hombro. La camioneta de Jack Mac no está a la vista. Bien. Dejaré las telas y me largaré.

Veo el interior de la casa a través de la puerta mosquitera. La puerta principal está abierta. Escucho que hablan y ríen. La señora Mac tiene compañía. En un primer instante pienso en echar las piezas de nuevo en el jeep y volver en otro momento, pero es demasiado tarde. El perro está en la puerta de la cocina, ladrando corno loco. La señora Mac asoma la cabeza por la puerta de la cocina.

-¿Quién está ahí? ¡Responda o disparo! -Se escucha un coro de risas procedente de la cocina.

-No dispare, señora. Sólo soy yo, Ave María. -Hay un silencio total-. Puedo volver en otro momento. Buenas noches. -El peso de las piezas comienza a hundirme en el suelo como un clavo, así que vuelvo a bajar los escalones del porche, haciendo equilibrio con las piezas. Casi los hundo en la mosquitera.

-Epa. Cuidado -dice Jack Mac-. Espera un minuto.

Maldita sea, está aquí. Por lo visto tiene aparcada la camioneta en la parte de atrás; está oscuro y no se ve.

-Sólo he venido a traer unas telas para tu madre. Eran de la mía y no he querido tirarlas, así que se me ocurrió traerlas aquí porque ella es muy buena colchera. -Se

me corta la voz. Me enfado conmigo misma. ¿Por qué doy tantas explicaciones? Sólo quiero irme a casa. Jack Mac sale, se hace cargo de las piezas que llevo en los hombros y las coloca con cuidado en el porche.

-Hay muchas más en el jeep.

-Os echaré una mano -ofrece una voz conocida desde el interior. Es Theodore. ¿Qué demonios está haciendo aquí? Quiero preguntárselo, por supuesto, porque es el mejor amigo que tengo en el mundo entero, pero no puedo, porque he decidido comportarme con Jack Mac como si no pasara nada, y cambiar de comportamiento en mitad de mi representación sería un desastre.

-Hola, Theodore -respondo como si fuera algo común y corriente encontrarle en Cracker's Neck Holler con la familia MacChesney.

-Hay mucho más en el jeep -le informa Jack a Theodore.

Me siguen hasta el vehículo.

-¿Has cargado todo esto tú sola? ¿Por qué no me llamaste? -quiere saber Theodore. Tiene más cara que un piano. Tendría que ser yo quien hiciera las preguntas. Como: «¿Qué estás haciendo aquí?».

-¿Tíos, necesitáis ayuda? -Es una voz de mujer, pero no es la de la señora Mac. No pienso preguntar quién es, así que espero.

-Creo que ya lo tenemos, Sarah -grita Jack Mac. ¿Quién es Sarah? ¿Qué está pasando aquí?

-Hace frío -comenta otra mujer.

Miro hacia el porche; allí, en la luz, está otra mujer. ¿Es que en la casa de los MacChesney se dedican a la cría de mujer altas, delgadas y hermosas? ¿O es que se trata de una cita doble? Me siento mortificada. Theodore tiene una cita, Jack Mac tiene una cita, la señora Mac les está preparando costillas de cerdo asadas y patatas y están todos en la cocina. Charlan y ríen mientras hacen planes para ir de excursión a las cavernas de Cudjo, o quizás a Carolina del Norte para visitar la casa y los jardines Biltmore. Theodore está a cargo de la guía, y Jack Mac del aparcamiento. Las chicas, con sus corpiños y pantalones cortos, no están a cargo de nada. Están allí para disfrutar. ¡Tío, estas chicas son la mar de divertidas y están buenísimas! ¡Simpáticas! ¡No dan la lata, además de ser ingeniosas y encantadoras! Por lo que veo tienen unos tipos preciosos, y el pelo largo, peinado con la raya al medio, sedoso y lacio sin horquillas. Pertenecen a esa clase de muchachas que se mojan el pelo, se les seca en un momento y les queda siempre bonito Son espontáneas. No necesitan planear nada por anticipado; no, siempre están a punto para montarse de un salto en el coche, maquilladas y frescas como unas rosas, a cualquier hora del día o de la noche, dispuestas a lanzarse a la carretera y pasárselo bien. Son chicas sin complicaciones, alegres, conversadoras y sensuales, y probablemente nunca han estado deprimidas ni han sufrido la humillación del sueño profundo, o han acabado manchadas con sangre de serpiente en una función religiosa. No, estas chicas son el helado después del filete. Livianas y dulces, el excelente remate de una velada.

-Sí que traías cosas -comenta Jack Mac mientras carga lo que queda en su tercer viaje hasta la casa.

Levanto la última pieza, y me la cargo sobre los hombros horizontalmente, al estilo yugo, como los esclavos israelitas en BenHur. Es la última pieza, y no me importa si pesa cien kilos; quiero llevarla hasta la casa para largarme de aquí cuanto antes. Sin embargo, Jack Mac y Theodore tienen sus propias opiniones. Corren a ayudarme con la última carga.

-Deja que te la coja -ordena Jack Mac.

-Claro, claro. -Les paso la pieza. Tienen que llevarla entre los dos; eso demuestra lo mucho que pesa. Estoy segura de que Sarah y su delgada amiga no serían capaces de levantar un ovillo de lana.

La señora Mac está en la galería. Las mosquitas muertas la ayudan a llevar las cosas poco a poco al interior de la casa. Me despido de ella desde la mitad del patio.

-Bien, muchas gracias a todos. Buenas noches -grito alegremente. Me vuelvo para subirme al jeep. Agradezco que esté oscuro porque me echaré a llorar en cuanto meta la llave en el contacto.

-No, no -vocea el coro griego en pantalones cortos-. Quédate.

-No puedo. Lo siento. Tengo que irme.

Theodore cruza el patio a paso ligero.

-No seas descortés -me dice en voz baja y tono firme.

Esto es la kriptonita de las muchachas hermosas. Nunca queremos ser descorteses. Aunque me vaya de la ciudad, quiero que me vean como la buena persona que he sido todos estos años, y no como una mal educada que no sabe despedirse como es debido. Además, el jeep está vacío, y no tengo nada más que hacer; ¿cuánto más puede durar esta humillación? Theodore y yo volvemos a la casa.

-Ave María, quiero presentarte a Sarah.

La muchacha me estrecha la mano. La suya es suave y lleva las uñas pintadas de un color rosa como el de las zapatillas de ballet. Son manos que nunca han levantado a un hombre de ciento cincuenta kilos para ponerlo en una camilla, o reparado un tejado. Ocultó las manos con las uñas rotas en los bolsillos de la chaqueta.

-Hola, Sarah.

-Ésta es Gail.

Gail dice hola. Es incluso más delgada que Sarah, si eso es posible. Me siento muy grande, como si les sacara tres palmos de altura y cuatro de ancho a cualquiera de las dos.

-Ave María es un nombre muy interesante -opina Sarah, dispuesta a congraciarse.

-Significa «Salve María» -replicamos Theodore, Jack Mac y yo al mismo tiempo.

-Esa es una oración católica, ¿verdad? -manifiesta Gail, con la esperanza de que sea una pregunta inteligente.

-Sí, señora -replico. Confío en que se sentirá como una vieja.

-¿Quieres quedarte a cenar? -me pregunta la señora Mac.

-No puedo. Pearl Grimes tiene esta noche una reunión de maestros, y yo sustituyo a su madre, que ha ido a que le pongan una dentadura postiza. -Bien

dicho, Ave María. ¿No podrías estirar un poco más la verdad, por favor? La reunión, los dientes postizos... ¿Por qué no añades un novio que te está esperando en casa con unas cuantas botellas de cerveza y una pizza? Theodore y Sarah se miran, confundidos. Oh, no. Theodore es maestro. Sabe que no hay ninguna reunión.

-Soy la nueva maestra de inglés de Powell Valley -me informa Sarah-. No tenía idea de que esta noche hubiera reunión.

Sarah, la nueva profesora de inglés. Qué literario. ¿También lleva pantalones cortos en las clases?, me pregunto.

-Lo que Ave María ha querido decir es que tiene una reunión privada con el señor Cantrell. -Theodore acude a mi rescate. Como en los viejos tiempos.

-Eso es -afirmo. Miro a la pobre Gail que está muerta de frío-. ¿Tú qué haces, Gail?

-Soy la hermana de Sarah. Vine a pasar el fin de semana para ayudarle a instalarse en su nueva casa.

-Eso es fantástico. -Sí, fantástico. Las dos hermanitas pirañas nadan hasta la ciudad y en menos que canta un gallo se meriendan a los dos únicos tíos buenos y solteros que hay por aquí. ¿No podrían estos dos caballeritos, que ahora están de pie en la galería con las manos en los bolsillos y mirándome con ojos de corderos degollados, haber esperado a que me marchara de la ciudad para ligar con estas chicas? ¿En qué estoy pensando? Si yo los rechacé a los dos. Ahora estoy muy satisfecha de haberlo hecho.

-Tengo que marcharme, o llegaré tardísimo. -Me miro la muñeca. Muy bonito. Me he olvidado de ponerme el reloj esta mañana. Quizá nadie se haya dado cuenta.

-Muchas gracias por las telas, cariño -dice la señora Mac, de todo corazón.

-Que las disfrute. -Después miro a las chicas-. Será mejor que entréis en la casa. Está haciendo mucho frío. -Venga, preciosidades, entrad de una vez. No querréis pillar una pulmonía y tener una muerte horrible conectadas a un pulmón mecánico, ¿verdad? Sarah y Gail me sonríen y siguen a la señora Mac que entra en la casa. Jack Mac y Theodore se ofrecen a acompañarme hasta el Jeep. Les doy las gracias, pero no, no necesito a nadie que me acompañe a ninguna parte. De hecho, no necesito a nadie. Soy Maureen O'Hara en Buffalo Bill; aguanto todo lo que me echen.

Subo al jeep, meto la llave en el contacto y pongo el motor en marcha. Salgo marcha atrás sin ni siquiera mirar por el retrovisor, doy la vuelta y encaro la carretera. No lloro. Ni siquiera una lagrimita. Esas dos preciosas hermanitas son la gota que faltaba para colmar el vaso. La vida podrá seguir tranquilamente sin mí en Big Stone Gap.

## 9

Hay algo que resulta emocionante en una casa prácticamente vacía. Cuando ansías la comodidad de las cosas, como me ha ocurrido a mí durante gran parte de

mi vida, desprenderte de ellas es una experiencia muy liberadora. Siempre tuve mucho cuidado con el sillón de Fred Mulligan. La preocupación constante de no derramar nada en el tapizado, sentarme en los brazos o golpear las patas. Quería que durara. Por lo tanto, cuando se lo llevan de mi casa, siento un profundo alivio. Ya no tendré que preocuparme nunca más por el maldito sillón. Lyle Makin puede regarlo con cerveza y salsa de cebollas todo lo que quiera. Disfrútalo, úsalo, y cuando no te sirva para nada más, déjalo en la calle para que se lo lleven Otto y Worley. Pearl y Leah comprarán muebles nuevos para esta casa -su nuevo hogar- cuando yo me vaya. Me pareció una mala idea que vinieran aquí y cargarlas con todas mis cosas viejas. Necesitan empezar de nuevo; no quiero que se sientan como realquiladas en una casa que es suya.

Veo detalles de la construcción que no había tenido ocasión de ver nunca. Los suelos son elegantes y sencillos. Las arcadas de las puertas tienen unos remates curiosos en los bordes. Las ventanas son muy amplias y están a nivel del ojo. Es una casa romántica. Es curioso, pero nunca la vi de esa manera. Desprovista, de las gruesas cortinas, sólo con los postigos corredizos, me recuerda lo importante que es dejar que la luz entre en las habitaciones. Recordaré esta regla allí donde vaya.

Estoy tumbada en el suelo de la sala de estar vacía, con la mirada puesta en el techo, una gran superficie blanca como el lienzo de un pintor. Se me despeja la mente mientras la miro. Siento una profunda sensación de bienestar, muy parecida a la que deben experimentar las monjas y los sacerdotes cuando rezan. Estar callado es una experiencia muy relajante.

Oigo una tos áspera que se acerca a la casa; por un momento me digo que puede ser Fleeta que viene a formular alguna pregunta sobre la contabilidad del negocio, pero es demasiado profunda. Tiene que tratarse de un hombre. No me incorporo, sino que me giro para ponerme de costado, y no tengo más que torcer un poco el cuello para ver los escalones del porche a través de la abertura del buzón. Se trata de Spec. Llama a la puerta.

-Está abierto.

Spec pone un pie en la casa y se detiene. Le sorprende ver el interior tan vacío, pero también le sorprende verme tumbada en el suelo copio una gata vieja.

-¿Estás bien? -me pregunta.

-Nunca he estado mejor.

-Necesito que vengas conmigo al hospital.

-¿Por qué?

-A Otto se le ha ocurrido tener un infarto.

He viajado con Spec en la furgoneta del equipo de rescate. La cuida como si le fuera en ello la vida. Sin embargo, veo que en el interior se han producido algunos cambios. Mi sustituto cuelga la tablilla en otro lugar. Su equipo está sobre la tapa de la transmisión, no debajo del asiento, donde yo guardaba el mío. Hay notas en papel autoadhesivo enganchadas en el tablero. Yo nunca hice nada parecido.

Otto le pidió a Worley que lo llevara al hospital de Saint Agnes y no al Lonesome Pine. Las monjas católicas atraen su naturaleza supersticiosa. Spec y yo vamos a la recepción, y allí nos informan que Otto está en cuidados intensivos. El tono de la

enfermera nos advierte que la situación es grave. Las enfermeras están muy bien capacitadas, pero nunca son buenas actrices.

Worley está de rodillas junto a la cama de su hermano, y le coge la mano izquierda, la que no tiene insertada la cánula, con las suyas. Me recuerda a una película de Buster Keaton, en la que Buster se balancea de un edificio, cogido con las dos manos de su salvador mientras intenta no caerse. Spec se sitúa al otro lado de la cama, cerca de la cara de Otto. Apoyo las manos en los hombros de Worley con mucha ternura. Ha estado llorando.

-Worley, ¿qué pasó?

-Mi hermano acabó de comer y después salió al patio y vomitó. Me pidió que lo trajera aquí, al Saint Agnes. Luego se desmayó. Como no abría los ojos, lo cargué en el camión y lo traje aquí.

Bien hecho.

-Por favor, no deje que se muera. Por favor.

Desearía poder prometerle a Worley que Otto no se morirá. Pero no puedo mentirle, y no es justo dar falsas esperanzas cuando no hay ninguna.

-Worley, deja que Spec te lleve a comer algo y a tomar un café.

-¡No quiero dejarle! -Worley mira a su hermano con una expresión de profundo cariño.

-Si te marchas durante unos minutos, tendré ocasión de hablar con los médicos y averiguar algo para ti. Sólo haz lo que te digo, ¿vale?

Spec se lleva a Worley. La hermana Ann Christina, jefa de la Unidad de Cuidados Intensivos, se me acerca.

-¿Cómo está Otto, hermana? -Ella baja la cabeza como una indicación de que está muy grave y que más vale no hacer más preguntas-. ¿Puedo hablar con él? ¿Puede escucharme? -La hermana asiente, así que me acerco a la oreja de mi amigo-. Otto, ¿se puede saber qué demonios haces en el hospital?

Me sonríe sin fuerza. Sin embargo, tiene la mirada vivaz. Señala la mascarilla de oxígeno. Quiere que se la levante. La levanto un poquitín, así puede respirar un poco de aire y hablar.

-Necesito que le diga algo a Worley.

-Por supuesto.

Otto y yo nos acomodamos a una rutina de respirar y hablar. Le bajo y le subo la mascarilla cuando acaba una frase. Recupera el aliento y continúa.

-No soy el hermano de Worley. -Le miro atónita. Hay personas que se trastornan cuando sus cuerpos dejan de funcionar correctamente, pero las alucinaciones no forman parte del cuadro clínico de un infarto, ni tampoco la pérdida de memoria.

-Entonces, ¿quién eres?

-Soy su padre.

Me sujeto a la barandilla de acero de la cama para recuperar la compostura. El acero está frío.

-¿Recuerda que le hablé de Destry? -Asiento-. Destry era su madre. Murió cuando lo tuvo. El estado quería llevárselo, pero mi madre les dijo que Worley era suyo, así que no pudieron.

-¿El no lo sabe?

Otto menea la cabeza.

-Tienes que decírselo, Otto. Tienes que hacerlo. -Se lo digo lentamente y recalcando cada palabra.

-No puedo.

-Sí que puedes. Me lo acabas de decir a mí. Puedes hacerlo. Mejor dicho, tienes que hacerlo.

Otto respira profundamente y se le llenan los ojos de lágrimas.

-No puedo -insiste.

-Dime por qué no puedes. -Otto cierra los ojos con fuerza. Sin duda confía en que cuando los vuelva a abrir, habré cambiado de opinión. Por fin abre los ojos y mira el techo.

-Se avergonzará de mí -susurra con una voz apenas audible.

Ya está. El misterio que no podía resolver. Mi madre no podía soportar la idea de que yo alguna vez llegara a avergonzarme de ella, así que me mintió. Una mentira es mucho mejor que el rechazo de tu propia carne y sangre cuando descubre que no eres perfecto.

-Otto, escúchame. Worley tiene que saber esto de tus propios labios.

Otto me mira, azorado. Acaba de tener un infarto, sufre, se enfrenta a la muerte, y aquí estoy yo, que me niego a aceptar su último deseo. Está muy confuso. Tengo que hacérselo entender.

-Maldita sea, Otto. Soy una bastarda. No por las circunstancias de mi nacimiento, sino porque me mintieron. La mentira fue lo que estuvo mal. Tuviste algo con lo que la mayoría de la gente sólo puede soñar: un amor verdadero. ¡Tuviste la bendición de un hijo! ¡Un hijo tuyo y de Destry! ¿No has pasado toda tu vida pensando en esto? ¿Has dejado de pensar en ella ni un solo minuto? ¿No lo hubieras dado todo por abrazarla otra vez? ¿Qué tiene eso de malo? Tú la amabas. ¡Eso es una cosa sagrada!

-Iba a casarme con ella -musita.

-Díselo a él. Dile cuáles eran tus planes. Dile lo que Destry quería para él. Cualquier cosa que recuerdes. Díselo todo. Será lo mejor que harás por él.

La respiración de Otto es espasmódica. Se acerca una enfermera y mira como diciendo: «¿Qué hace aquí molestando a la gente?». Pero Otto no me suelta la mano, así que ella recibe el mensaje de que me quiere a su lado.

-Por favor, vaya a buscar a Worley -le pido a la enfermera. Ella se va-. Escucha, Otto, no llores. Cuéntaselo todo. Él tiene que escucharlo de tus labios. ¿Vale?

Otto asiente. Worley entra a toda prisa y se acerca a la cama. Le doy una palmada en la espalda a Worley y miro a Otto. Corro las cortinas alrededor de la cama para que estén solos. Me voy a la sala de espera y me reúno con Spec.

-Si me tiro al suelo, me rocío el cuerpo con gasolina y me quemo a lo bonzo, ¿te quedarías? -me pregunta Iva Lou mientras nos tomamos un par de cervezas en el Coach House Inn.

-Lyle me mataría. -Lyle Makin no deja de decirle a todo el mundo que Iva Lou es una esposa fantástica; ella lo sabe tan bien como yo. Está enganchada para toda la vida y se siente muy feliz.

-Sí, lo haría. Le encanta estar casado.

Ballard Littrell pasa tambaleándose junto a nosotras, camino a una mesa cerca de la cocina.

-¿Otra vez borracho? -le pregunta Iva Lou.

-Así es. -Nos sonríe, y se sienta.

-¿Ves lo que te perderás? Lo que tiene que aguantar su esposa. En el fondo de todas las penas de una mujer hay una botella. -Iva Lou bebe un trago de cerveza.

-Por cierto, ¿qué le pasó con la oreja?

-Dicen por ahí que se la cortó una amante celosa durante una pelea. Pero creo que fue el mismo Ballard quien hizo circular esa historia. Lyle me dijo que lo pilló una máquina cuando trabajaba en la mina. Se la cortó limpiamente. ¿Por qué lo preguntas? -Era la última pregunta sin respuesta que tenía sobre Big Stone Gap y sus habitantes.

-¿Sabes que muchas de las personas que actúan en la obra se están dando de baja porque tú no la dirigirás este año?

-Venga ya. Apenas si se me puede considerar la directora. Sólo sigo las instrucciones que dejó escritas Mazie Dinsmore en el libreto. Se me puede sustituir con toda facilidad.

-De eso no sé nada. Por cierto, Theodore Tipton renunció esta mañana.

-¿Qué dices? ¡Si él es toda la obra!

-Lo sé. Entre él que renuncia y Tayloe Slagle que tiene problemas para rebajar los kilos que engordó durante el embarazo, éste va a ser un verano muy largo. Le han ofrecido un empleo magnífico.

-¿En serio?

-La Universidad de Tennessee quiere que sea el director de la banda.

-¡Es fabuloso! -Sin embargo, estoy dolida. Me hubiese gustado ser la primera persona en saberlo de boca de Theodore. Así era siempre. Vino a mi casa después de la noche de Sarah y Gail, pero no le abrí la puerta. Quizá fuera eso lo que había venido a decirme.

-Lo curioso es que no lo contrataron por sus conocimientos escénicos. Pensaron que su arreglo musical de los tenias de las películas de Elizabeth Taylor fue genial. Te lo puedes imaginar.

-Lo fue.

-Después, por supuesto, está el tema de Jack Mac, el tipo que mejor besa de todo Big Stone Gap.

-¿Qué pasa con él?

Iva Lou se encoge de hombros.

-¿Qué has oído?

-Sale con esa nueva maestra. Fleeta lo vio en el Fold.

-Eso es lo que necesita. Una maestra. La minería y la enseñanza se llevan de perlas.

-Escuchen a la señorita Positiva. Todo sale a pedir de boca.

-Bueno, es así, ¿no?

-A ti te gusta Jack Mac. Venga, admítelo.

Me encojo de hombros como si no me importara nada en absoluto, y me acabo la cerveza.

-No, me refiero a que a ti te gusta, de la misma manera que a mí me han gustado la mitad de los hombres del condado de Wise. Respóndeme, y no me mientas.

-Digamos que sí. Pero, ¿por qué tengo que admitirlo? ¿De qué me serviría?

-Ser amado es la única cosa buena que alguien puede hacer por cualquiera. Sabes cuál es mi opinión sobre el sexo. Aunque debo decir que el sexo en el matrimonio es un animal completamente diferente. Pero sigue siendo un animal, gracias a Dios.

-¿Alguna vez te has planteado por qué estamos hechos así?

-¿Quiénes?

-Nosotras. Las mujeres.

-Cariño, no lo sé. Creo que entiendo a los hombres mucho mejor que a las mujeres. Un hombre es un animal toda su vida. Quiere comer cuando tiene hambre. Quiere dormir cuando está cansado, y quiere acostarse con una mujer cuando está cachondo. Así de sencillo. -Iva Lou me mira.

-¿Así de sencillo?

-Animales. Los hombres son criaturas primitivas, y tenemos las pruebas científicas aquí mismo, en el Gap. Cualquiera que diga que los hombres no descienden del mono es que nunca ha salido con Mad Dog Mabe. Todo su cuerpo es un homenaje a las alfombras peludas. El tipo tiene pelo hasta en los codos.

Me quedo sentada durante mucho tiempo delante de la casa de Theodore antes de decidirme a ir hasta la puerta. Una caminata el doble de larga cuando te sientes como una estúpida. Supongo que tendré que humillarme y pedirle perdón de rodillas por la noche de Sarah y Gail. No he vuelto a hablar con él desde entonces; sé que está furioso conmigo. Le temo a este momento. Pero le echo de menos con verdadera desesperación; antes hablábamos cada día. La vida es diferente sin él, y no me gusta el cambio.

-¿Quién es?

-Ave María Mulligan. La farmacéutica de la ciudad.  Theodore abre la puerta.

-Antigua farmacéutica de la ciudad.

-No hasta una semana después del próximo viernes.

-Entra.

Theodore me franquea la entrada. Nunca he entrado por la puerta principal. Siempre lo he hecho por la parte de atrás, a través de la cocina. ¿Por qué no he ido por atrás corno he hecho durante nueve años? ¿Por qué he escogido la puerta principal, como si fuera una vendedora o una misionera? ¿Por qué hago esto? ¿Por qué levanto un muro entre mi mejor amigo y yo?

-¿Te has enterado de la oferta de la universidad?

-Me parece fantástico. Tu trabajo aparecerá en la televisión y en todos los medios. Te mereces toda la fama y la gloria del mundo.

-Gracias.

-¿Estás enojado conmigo? -le pregunto con una vocecita de niña.

-Sí, lo estoy -me responde con un tono muy adulto.

-Me lo figuraba. ¿No puedo enfadarme un poquitín cuando haces amigos a mis espaldas y te vas a la casa de los MacChesney con un par de ligues y no me dices nada? -gimoteo.

-No. -Theodore detesta los gimoteos. ¿A qué vienen estos juegos con el hombre que me conoce mejor que nadie?

-¿Por qué no?

-Eres una persona muy interesante -comienza Theodore. Una regla de oro de mi vida es que cada vez que alguien utiliza la palabra interesante para describirme, siempre es para algo malo-. No quieres comprometerte con nadie, pero tampoco quieres que ese nadie que tú conoces se comprometa con otra persona. ¿Por qué crees que eso es cierto?

-En primer lugar, no es cierto. La gente es libre de hacer lo que quiere.

-¿La gente? ¿Eso es lo que soy para ti? ¿Una persona en general?

-No, no, por supuesto que no.

-Empieza a partir de ahí. ¿Qué soy para ti?

Quiero decirle que es mi mejor amigo. Que si ocurriera una hecatombe universal y pudiera salvar a una sola persona, sería a él. Que la sola idea de que se marche y acepte un trabajo en alguna otra parte del mundo donde no pueda hablar con él todos los días me destroza. ¿Por qué es diferente cuando soy yo la que se va? ¿Acaso espero que Theodore se quede sentado aquí y me espere mientras yo viajo y tengo aventuras, como si él fuera un amuleto al que puedo volver y tocar para recordarme que no ha cambiado de verdad? En cambio, veo a las dos sílfides temblando a la luz de la luna en la galería de Jack Mac. La imagen me pone furiosa. ¿Por qué a mí nunca me escogen? -Escucha, no me debes nada. Puedo cuidar de mi misma.

-Tú no necesitas a nadie.

-Así es. Soy una persona muy fuerte. No necesito a nadie.

-¿Estás segura de que no eres la hija de Fred Mulligan?

Este comentario me pilla desprevenida, y lo encuentro cruel. Le conté a Theodore todas y cada una de las cosas horribles que Fred Mulligan nos hizo a mí y a mi madre, y ahora me lo echa en cara. Pero nunca le daré la satisfacción de saber que me ha herido. Si me vieran la cara en este momento, creerían que no tengo ni una sola preocupación en el mundo. Esto es lo que se me da mejor; es aquí donde bordo mis interpretaciones. Puedo cerrarme, distanciarme y no sentir. Así que eso es exactamente lo que hago.

-Serías la primera persona en el mundo que no necesita a nadie, Ave María. ¿Crees que tú eres esa persona? ¿La única chica en el mundo que no necesita a nadie, nunca? ¿Perteneces a una categoría especial de persona?

-¿Por qué me haces esto?

-Lo ves, ya estás con lo mismo. ¿Ves cómo funcionas? Te estoy haciendo algo porque te pregunto cómo te sientes. Lo que sientes. Es asunto mío. Te quiero.

-Sí, seguro que me quieres. -Pongo cara de tener cinco años.

-Aunque tú no te lo creas, acostarse con alguien no es la única manera de demostrarle afecto.

-¡Lo que tú digas, pero hubiese sido bonito! -¿Por qué le grito a este hombre? ¿No está de mi lado? ¿No me está diciendo que me merezco ser amada tanto como cualquier otra persona? ¿Que no tiene nada de malo necesitar amor? ¿Que se me

permite tener miedo? Pero es demasiado tarde. Sé que Theodore está furioso de verdad porque no me mira.

Mientras se pasea por la habitación, me comenta con voz serena:

-Tienes problemas y muy gordos, ¿vale? Problemas graves en los que tienes que pensar.

-¿Yo tengo problemas graves? ¿Qué me dices de ti? ¿Crees que no puedo conectar con la gente? -Ahora estoy gritando y estoy segura de que le asusto. Mejor. Grito todavía más-. ¡Deja de analizarme! ¡Basta! He querido casarme contigo durante nueve años y tú no me has querido. Por fin, un día vienes y me propones casarnos. ¿Qué esperabas que hiciera? ¿Dejarlo todo y casarme contigo en medio de la más negra de las depresiones? ¿Después qué? ¿Ser feliz? Quizá te amaba en medio de la depresión, y te amaba tanto como para no cargarte con una loca el resto de tu vida. ¡Tendrías que haberte casado conmigo hace nueve años, cuando era joven y no sabía tantas cosas! ¡Habría tenido a alguien que me quisiera cuando pasé por los peores momentos de mi vida! He pasado por todas esas cosas y lo he hecho sola. Una persona no puede fingir que ha pasado por esos trances sola. Lo hice y no quiero adjudicarme méritos, pero entiende que cuando se trata de amor, no comprendo nada. ¡No sabría qué hacer con un hombre! ¿Pescarlo? ¿Servirle? ¿Rezar para que nunca se vaya? ¿Cómo haces esto sin morir en el intento? ¿Cómo?

Theodore se dirige a la cocina. Desde la puerta me pregunta:

-¿Quieres una taza de café?

Me siento en el futón de Theodore mientras él prepara el café. Miro los botones de la blusa. No hay subidas ni bajadas, ni palpitaciones. Nada sino el respirar pausado que sigue a la descarga de los sentimientos ocultos y enterrados durante nueve años. Me siento bien. Me acurruco en el sola.

-Tú eres mi mejor amiga, Ave María -afirma Theodore con toda naturalidad desde la cocina-. Nunca te dejaré.

Quiero hablar, responderle, decirle que siento lo mismo, pero no puedo. Así que me echo a llorar. Aquí puedo hacerlo. Estoy segura.

Me llama el encargado de la oficina de correos; tiene una carta certificada para mí. Le digo que la abra. Son los billetes que me envía Gala Nuccio. Estoy muy entusiasmada con mi viaje, y muy nerviosa. He llamado a Gala casi todos los días para refrescar el italiano y discutir detalles del viaje. Ella también está muy contenta de tenerme en el grupo porque hablo italiano. Nos hemos hecho grandes amigas telefónicas. Me ha contado muchas cosas de su vida. Su novio, Frank, le ha pedido finalmente que se case con él, pero ella no se ve en el papel de María von Trapp, una madrastra que juega a las muñecas con sus hijastras. Además, Gala cree que Frank tiene otras mujeres. No puede probarlo, pero él tiene unos horarios muy extraños y siempre la llama desde teléfonos públicos (me asegura que ésta es una señal de que es un mentiroso, y creo que está en lo cierto). Nunca he tenido una amiga que sea italiana como yo, y es muy divertido. Tenemos las mismas opiniones sobre muchas cosas. Theodore y yo nos vamos nada menos que hasta Tri-City Mall, para ver Fiebre del sábado noche (la estrenaron hace dos años pero todavía hay público que quiere verla en Kingsport). Nunca conocí personas que fueran como

esas. Gala me asegura que la película no miente; ella se crió en la misma clase de vecindario. Le parece encantador que tenga acento sureño. «Simplemente, no te esperas que ese sonido salga de la boca de una muchacha italiana.» Le hablo de todo lo que me ha pasado en el último año, y me escucha con atención. Cree que Theodore no es el hombre para mí. Le gusta mucho más la idea de Jack MacChesney. Le respondo que es demasiado tarde para todo eso; Jack y Sarah son dos tortolitos. Gala no se sorprende de que Jack Mac haya tardado tan poco en buscarse otra amiga. «Los hombres siempre tienen que estar con alguien. Los muy hijos de puta están hechos de esa manera.» Sus palabras resuenan en mis oídos mucho después de haber colgado el teléfono. Creo que también en eso tiene toda la razón.

Me lavo la cara, me pinto un poco y cojo las llaves para ir a la ciudad. Toda la correspondencia me la envían a la oficina de correos, así que mis tareas domésticas se han reducido a prepararme la comida y embalar lo que se llevarán.

Necesito una espátula para sacar toda la correspondencia de la casilla. La repaso rápidamente. Hay una postal de la tía Meoli en la que en una línea me dice que toda la familia se muere de impaciencia por verme. He recibido una tarjeta o una carta de tía Meoli al menos una vez a la semana desde que nos escribimos por primera vez. Le dije que no había tenido más noticias de Mario da Schilpario desde su primera y única carta, a pesar de que le he escrito tres veces para avisarle de la fecha de mi viaje. Lo he dado por perdido. Me hubiera gustado verle, pero si no se da el caso, si él no quiere verme, no pienso meterme en su casa y enfrentarme a él. Me pregunto si le habrá hablado de mí a su madre. Mi abuela. Cuánto deseo llegar a conocerla.. Es ridículo, lo sé, pero la única cosa que siempre he deseado es tener una abuela con quien poder conversar. Bueno, cuanto antes aprendemos que no podemos tener todo lo que deseamos en esta vida, mejor. Me doy por satisfecha con conocer a mis tías mellizas, a mi tío y a mis primos. Será más que suficiente; supongo que no debo ser codiciosa.

Los escaparates de Mulligan's Mutual nunca han estado más bonitos. Nellie ha pintado las puertas del fondo de un color verde lima brillante y ha colocado mariposas de papel en los exhibidores, para convertir los escaparates en un alegre terrario. El viejo cartel luminoso que brillaba en lo alto del edificio ha sido reemplazado por una R gigante que llama muchísimo la atención. Otto y Worley han hecho un trabajo fantástico con la mampostería. Así que el lugar parece nuevo, y eso me hace muy feliz.

Fleeta se ocupa durante las horas que Pearl está en la escuela de la parte de la farmacia que es tienda, y aquel hombre tan amable de Norton ha aceptado venir todos los lunes y martes para ocuparse de las recetas hasta que se encuentre a. un nuevo farmacéutico. Hemos entrevistado a un hombre de Coeburn, y quizá pueda comenzar a principios del verano. Nellie e Iva Lou ya se ocupan de vigilar a Pearl, aunque Pearl se queja de que Nellie es un poco mandona. Le aconsejo a Pearl que se lo diga; estoy segura de que Nellie no se da cuenta de que es un poco mandona.

Fleeta está detrás del mostrador. La oigo explicar la diferencia entre uma tijera y una llave a un muchacho que sin duda es otro gran aficionado a la lucha libre profesional. Fleeta me rogó que trajéramos revistas de la Federación Mundial

de Lucha Libre, así que las pedimos. Hemos conseguido atraer al elemento joven masculino, que también compra muchas golosinas. Para Fleeta la lucha libre es una religión. Ha vuelto a fumar; dijo que es demasiado duro renunciar al tabaco porque todo el mundo fuma en el estadio durante los combates. Además, se pone hecha un manojo de nervios cuando ve que el luchador por el que ha apostado está a punto de perder. Necesita los cigarrillos para calmarse.

-¿Qué estás haciendo aquí? -me pregunta.

-Sólo pasaba para decir hola.

-¿No tendrías que estar en casa, chica? -Fleeta mira en derredor, visiblemente inquieta.

-Estaba en casa, pero como me mandan la correspondencia a la oficina de correos, he venido a recogerla.

-Ah.

-¿Algo no va bien?

-No, nada. -Fleeta le da caladas a su Marlboro como alguien que necesita inflar un globo.

-Pareces preocupada por algo.

-Te digo que no pasa nada.

Conozco a Fleeta como si la hubiese parido. Hay alguna cosa que no va bien. Puede ser algo pequeño, como haber apostado por Haystacks Calhoun o Pile Driver y ahora le debe a alguien veinte dólares; o podría ser algo grande como que Portly estuviera enfermo. En cualquier caso, Fleeta siempre reacciona de la misma manera ante cualquier reto; para ella no hay términos medios.

-No me mires de esa manera. ¿No crees que tendrías que volver a casa? -insiste.

-Fleeta, ¿qué pasa? -Jo. ¿Por qué no me dejas en paz?

Fleeta no me ha hablado nunca de esta manera.

-¿Sabes qué, Fleeta? No me gusta tu tono.

-Lo siento mucho, Ave María, de verdad. Pero esta vez necesito que confíes en mí. Tienes que volver a tu casa.

-¿Le pasa algo a Otto?

-Dios, no. El marcapasos que le han puesto funciona como un reloj.

Fleeta aprieta los labios y sigue con su trabajo de quitar el polvo. Espero un momento, pero no me da más información. Aquí está pasando algo muy extraño.

Otto y Worley están reparando la verja del patio cuando llego a casa. Se ríen, comparten las herramientas y se consultan sobre la mejor manera de reemplazar una bisagra oxidada. Les pregunto si todo está en orden, y cuando les hablo de Fleeta, sólo se encogen de hombros. Le pregunto a Otto por el marcapasos. Él se desabrocha la camisa y me enseña la cicatriz roja y quebrada a lo largo del esternón. (No hacía falta que me la mostrara.) El médico está complacido con los resultados, y Otto vuelve a ser el de siempre. El médico considera que la curación de Otto es un milagro. Creo que la verdad le curó el corazón. En cuanto Otto se alivió de la terrible carga que había soportado durante todos estos años, desapareció la opresión de su pecho y volvió a respirar. Ya no jadea ni resopla cuando sube escaleras o carga cosas, y ha dejado de mascar tabaco. Para Otto es

el comienzo de una nueva era. Creo que no tardará en echarse una novia. Le ha puesto el ojo a una mujer del condado de Lee.

Por fin he averiguado la edad de los muchachos. Otto tiene sesenta y nueve, y Worley cincuenta y cinco. Todo el mundo en la ciudad se ha quedado pasmado; creíamos que eran mucho más jóvenes y que no había tanta diferencia de edad. A Worley le cuesta trabajo tratar a Otto de papá, así que ha seguido llamándole Otto. La transición de hermanos a padre e hijo no les ha sido muy difícil. Otto siempre llevaba la voz cantante, así que la revelación no ha afectado para nada a su vida cotidiana. Worley parece muy feliz y aprovecha cualquier oportunidad para preguntarle a las personas que viven en las hondonadas si recuerdan a la pequeña Destry, la preciosa muchacha melungeon. Algunas la recuerdan, y eso le ha dado un gran consuelo.

Les digo que me voy arriba para acabar de empaquetarlo todo. La casa parece muy alegre; Otto y Worley han pintado todas las habitaciones de un color beige cáscara de huevo, y están impolutas. Todas mis prendas están sobre la cama. Abril es un mes bastante fresco en Italia, así que me llevo lo básico en color azul marino y blanco: pantalones de tirantes que me hizo mi madre, unas cuantas blusas, una falda para ir a la iglesia y mi abrigo de terciopelo rojo. Pearl me ha guardado frascos de muestra de productos de tocador y me los ha dado en un neceser muy bonito con mis iniciales bordadas como un regalo de despedida.

Entro en el baño. No hay nada, salvo mi juego de toallas blancas. Abro los grifos para llenar la bañera. Tengo el día libre. Me daré un baño, me maquillaré, me vestiré con mi vestido azul de viaje y sorprenderé a Theodore con una invitación para ir al cine en Kingsport.

Me sumerjo en el agua caliente y miro el tragaluz, que durante años ha sido lo que más me ha gustado de esta casa. Se ve un trozo de cielo. Nunca me ha importado si había nubes o si estaba lloviendo; haga el tiempo que haga, siempre tiene su encanto particular visto a través del cristal emplomado. Veo pasar los pájaros y cómo las nubes cambian del blanco esponjoso al gris y después, en invierno, cómo cae la nieve. Era mi reloj privado. Estoy a punto de cumplir treinta y seis años de edad. ¡Treinta y seis! No puedo creérmelo. Hay días en los que me parece tener diecinueve y otros ochenta y cinco.

Estoy que reviento de felicidad. Estoy segura de que hay algunas cosas que podrían enfadarme, como que Mario Barbari no me escriba. Pero ahora veo el cuadro general de una manera como no había visto antes. He bajado mis expectativas, y eso es bueno. No puedo mirar fuera de mí para conseguir la felicidad, o permitir que me estropee la vida que me escriban o no. Estoy preparada para el cambio. Sé que este viaje a Italia cambiará mi vida, y no voy a resistirme.

Desde que murió mamá, siempre le he rezado. No tengo la sensación de que esté por aquí, pero sí creo que está en el cielo. Iva Lou me contó que durante los seis meses siguientes a la muerte de su madre, cada vez que encendía la luz, la bombilla se fundía, aunque fuera nueva. Iva Lou cree que las almas están cargadas de energía y se meten en nuestros canales de energía para comunicarse con nosotros. Una bombilla es el objeto ideal para la comunicación porque funciona con electricidad, y tiene la misma frecuencia que la vida en el más allá. Todo lo que sé

es que no he tenido que cambiar ni una sola bombilla en esta casa desde el fallecimiento de mi madre.

Rezo mis oraciones todos los días. Mamá me dijo que rezara aunque fuera una repetición automática. «Quizás hoy no necesites tus oraciones, pero, créeme, llega un momento en que todo el mundo necesita rezar.» Recuerdo el rostro del reverendo Gaspar cuando agonizaba. «Fe», dijo. Espero encontrarla algún día.

Me envuelvo el pelo con una toalla y me maquillo. Me hago un maquillaje kabuki; humedecedor, crema de cobertura y una base aplicada con esponja. Pearl me enseñó cómo se hace, y debo decir que mi piel parece alabastro. También me enseñó a delinearme los labios y después aplicar el carmín con pincel en lugar de hacerlo directamente con la barra. No se me da muy bien el maquillaje de ojos, así que prescindo de la sombra y sólo utilizo la máscara. Pearl me dijo que lo mejor que tengo son las largas pestañas. Quizá tenga razón.

El sol que entra por el tragaluz le da una pátina especial a mi pelo cuando me quito la toalla. Lo seco y no se riza. Todavía es demasiado pronto para los días húmedos. Tengo un plazo de tres semanas en mi almanaque de las estaciones durante las cuales mi pelo se comporta como es debido. Ésta es la primera semana. Echaré de menos el resto de las semanas de buen pelo, pero no me importa: mi pelo puede hacer lo que quiera cuando esté a bordo de una góndola en Venecia.

Mamá tenía un frasco de Chanel N.° 5 en su tocador; lo uso con cuentagotas. Sé que siempre puedo comprar otro frasco, pero éste era suyo, así que cada gota es un tesoro. No quiero acabarlo. Supongo que tengo la sensación de que cuando se acabe, ella se habrá ido para siempre. Cierro el tapón bien fuerte.

Bajo las escaleras y me encuentro con Otto y Worley, que están comiendo en la cocina. Me silban. Les miro por encima del hombro, y todos nos reímos.

-Nunca la habíamos visto tan endomingada, señorita Ave -comenta Otto.

No mienten. No me habían visto.

-Pearl dijo que pasará por aquí más tarde para traer unas cuantas cosas suyas y de su madre -me informa Worley.

-De acuerdo.

-¿Dónde va? -pregunta Otto.

-Pensaba ir al cine a Kingsport. Me pone nerviosa estar sentada mano sobre mano esperando a que llegue el viernes. Necesito hacer algo.

Otto y Worley intercambian una mirada y sonríen.

-¿He dicho algo gracioso? -No -responde Otto-. Lo que pasa es que siempre la hemos visto tan ocupada, corriendo de aquí para allá, que resulta divertido ver cómo ahora no tiene nada que hacer.

-¿Lo tiene todo embalado? -quiere saber Worley.

Asiento. Suena el timbre. Lo más probable es que sea Pearl. Sin embargo, ella tiene llaves. Entonces, ¿por qué toca el timbre? Abro la puerta. Por un momento, me parece que he entrado en un sueño. A través de la mosquitera, veo un rostro familiar. Es el mismo que aparece en el anuncio del suplemento de viajes del The New York Times todos los domingos. El peinado es diferente y los brazos no están alzados por encima de la cabeza en señal de bienvenida, pero es el mismo rostro, los mismos ojos grandes, la misma sonrisa de oreja a oreja que me saluda con la

misma alegría que en la foto. Salvo que no está en el periódico; está aquí, en mi galería. Es Gala Nuccio.

-¿Eres Ave María?

-Sí.

-¡Oh, Dios mío! ¡Soy yo! ¡Gala! -Me empuja al interior de la casa y me abraza. Nos abrazamos como dos hermanas, y es curioso porque bien podría serlo. Tiene mi misma figura pero es más pequeña, y tiene el pelo que se riza. Es mucho más sencilla y menos impresionante en la vida real.

-¿Qué estás haciendo aquí? -le pregunto sin soltarla.

-Antes de decírtelo, créeme que pensaba llamar y explicártelo, pero ellos no me dejaron. -Estoy pensando: ¿quiénes son «ellos» y por qué Gala ha hecho un viaje de mil seiscientos kilómetros para verme cuando podía verme dentro de un par de días en la terminal C del aeropuerto de Newark en Nueva jersey? Mis terminaciones nerviosas envían pequeños pinchazos que me atraviesan la piel. El miedo me domina. Gala, mi hermana, se da cuenta.

-No tengas miedo -dice, con la voz que hubiese tenido Moisés de haberse criado en Nueva Jersey. Me coge por la cintura. Otto y Worley nos miran en silencio desde la puerta de la cocina. Gala se asoma a la puerta y hace una señal para que alguien entre.

Allí, en la puerta de mi casa, está el hombre de la foto: mi padre, Mario da Schilpario. Me llevo una mano al pecho y la otra a la boca, como si quisiera asegurarme de que todavía estoy dentro de mi cuerpo y en esta casa. El me sonríe. Como aparece en la foto. Tiene más o menos mi misma estatura, el pelo negro y rizado, con sólo unas pocas canas. Sus ojos son grandes, castaños y un poco alzados en los bordes, como los míos. Tiene el mentón un pelín sobresaliente como yo, pero tiene un hoyuelo en la barbilla, algo que no tengo. Va impecablemente vestido, con un jersey de cachemir beige anudado sobre los hombros como Jean-Paul Belmondo en las películas francesas. Estoy asombrada de ver que mi padre sea tan elegante. Entonces dice, en un inglés muy ensayado: «Soy Mario Barbari. Estoy encantado de conocerte». Me coge las manos y me las besa. Después me abraza. No es un abrazo fingido, ni tampoco un abrazo compasivo de esos que dicen: «Lamento mucho no haber estado por ti todos estos años», sino un abrazo sincero. Está feliz de conocerme.

Por fin, estoy en los brazos de mi verdadero padre. Entonces, ¿por qué veo el rostro de Fred Mulligan? Fred, que me enseñó a mondar la fruta, a jugar al gin rummy y a abrir una cuenta bancaria. Fred Mulligan, de quien siempre creía que no me quería porque no dejaba de hacer preguntas. Fred Mulligan, que murió y se lo dejó todo a mi madre, a sabiendas de que algún día yo sería la beneficiaria. Fred Mulligan que no sabía cómo no herirme, porque a él también le pidieron que viviera una mentira.

Gala me secunda cuando me echo a llorar. Mi padre también llora, pero no son lágrimas de vergüenza; son de solidaridad, como si supiera lo importante que es para mí este momento.

Mario me mira con el mismo asombro con el que yo le miro a él. Es mucho más imponente en vivo que en la foto. Me tomo un momento para observar los detalles

de su rostro en persona como lo hice con su foto hace unos meses. Tiene la mandíbula fuerte (decisión), cejas abundantes (una libido sana, sorpresa, sorpresa) que enmarcan cada ojo de una esquina a la otra (¡cualquier mujer mataría por tener unos arcos tan perfectos!), y la nariz recta, pero es la sonrisa, con los labios carnosos que dejan ver unos dientes perfectos, lo que más atrae. De acuerdo con la lectura de rostros, el suyo es el rostro de un rey. No es muy alto para ser un hombre, pero su porte es tan regio que no te das cuenta.

Gala me toca el hombro, y la miro como si estuviese contemplando el rostro de un ángel. Le estoy profundamente agradecida, pero soy incapaz de darle las gracias. ¿Cómo haces para darle las gracias a una persona que ha hecho algo tan increíble? Entonces ella me dice:

-¿Te gustaría conocer a tu abuela?

Mi abuela cruza el umbral. Me mira de arriba abajo como si estuviera comprando una berenjena. Es pequeña pero ancha de hombros. Lleva un vestido de sarga azul muy sencillo. El pelo blanco lo tiene recogido en un moño bien apretado. Tiene la nariz larga y los ojos de un azul claro. Aparta a su hijo del camino y exclama: «¡Ave María!». Después me abraza con fuerza, más o menos por la cintura; tengo la sensación de que está a punto de partirme la columna. «¿Nonna?», le pregunto casi sin poder respirar. Ella me sonríe. «¿Hablas italiano?» Asiento. Está tan contenta que me da un golpe en el brazo. La nonna, o abuela, habla en un dialecto montañés difícil de seguir. Pero ella entiende mi italiano. Hablo demasiado deprisa porque yo también estoy muy excitada. Para mí es algo maravilloso saber que existe. He soñado con este momento toda mi vida, y ahora es real. La abuela no para de hablar. Me dice que soy su única nieta y que ha rezado toda su vida para tener una. Lamenta no haberme acunado en sus brazos cuando era un bebé. ¿Es que los italianos te dicen todo lo que sienten sin ningún tipo de censura? Eso parece. Entonces me pregunta: «¿Dove é la cucina?». Se la señalo y se va. A continuación ocurre algo mágico.

La tía Meoli y la tía Antonietta entran juntas. ¡Son gemelas, y son idénticas a mi madre! ¡La misma frente despejada, la misma piel dorada, la misma sonrisa! Tienen diez años más que ella, pero su pelo todavía es negro, y lo llevan peinado con la misma trenza larga. Las abrazo al mismo tiempo, y tengo la sensación de estar otra vez en los brazos de mi madre. Huelen a Chanel N.° 5, lo mismo que mamá. Las sigue un hombre alto y distinguido, mi tío Pietro, el marido de Meoli. Ella me lo presenta, en italiano, y cita las descripciones que me hizo en sus cartas. Desvío la mirada un segundo y veo a mi padre que intenta comunicarse con Otto y Worley, por medio del lenguaje de las señas. Resulta tan divertido que me echo a reír; muy pronto todos nos estamos riendo. La risa me despeja la cabeza y puedo pensar otra vez. Miro a Gala. «¿Cómo llegaron aquí?» Me responde que ella organizó el viaje. Me lee el pensamiento: pienso «¿Quién pagó los billetes?». Gala me informa de que alguien le envió los billetes a la familia. ¿Quién? Se encoge de hombros y mira hacia la galería.

Theodore, Fleeta, Pearl, Iva Lou y Lyle están esperándome. Todos lloran, salvo Lyle, que no deja de morderse el labio inferior. Me acerco para abrazarlos, pero ninguno de ellos puede esperar, así que nos fundimos en un grupo, y nos abrazamos

y lloramos. Pearl, la gran artista del maquillaje, me limpia la máscara deshecha por las lágrimas con un pañuelo de papel.

-Gracias a todos por esto. Muchísimas gracias. -Es obvio que mis queridos amigos han tenido que hacer un fondo común con su dinero para poder traer a mi familia. ¿Cómo podré recompensarles por este regalo que no tiene precio? -No nos des las gracias a nosotros -replica Iva Lou.

-¿Qué quieres decir? -Dale las gracias a él. -Iva Lou señala al fondo del camino de entrada. Allí hay un hombre con las manos en los bolsillos, de espaldas a nosotros. Se vuelve un poco y le da un puntapié a un guijarro. Es Jack MacChesney.

-¿Él hizo esto por mí? -Mis amigos asienten solemnemente y se miran los unos a los otros.

-¿Por qué?

-Supongo que eso tendrás que preguntárselo a él, cariño -me responde Iva Lou, con ternura.

Me vuelvo para bajar los escalones que llevan al camino que me conducirá hasta él. Tomo aire, pero no me muevo. Le veo allí; él todavía no me ha visto. Las montañas se alzan en el fondo corno pliegues verdes que se suceden hasta que llegan a tocar el cielo. Qué pequeño parece al pie de las montañas. Singular. Solitario. Sé que debo ir a su encuentro. Miro a mis amigos en la galería, y ellos asienten. ¿Qué puedo decirle? Confío en que ya se me ocurrirá algo.

Jack Mac está sumido en sus pensamientos cuando llego a su lado. Le toco el brazo. Me mira.

-¿Tú has hecho esto por mí?

Asiente.

-Gracias. -Me acerco para abrazarlo. Siento tanta gratitud; quiero que sepa que nadie en el mundo ha hecho nada por mí ni siquiera remotamente parecido a esto.

Jack da un paso atrás y mira a lo lejos. Me quedo de una pieza al ver que me rechaza. Pero no le presiono; no es la clase de hombre al que puedas arrinconar.

-¿Por qué has hecho esto por mí? -le pregunto en voz baja.

Me mira, asombrado de que pueda hacerle esta pregunta.

-Es algo que decidí hace unos meses... -¿Unos meses? ¿La noche que se presentó aquí con la compota de manzana? ¿Muy arreglado y puesto como un chico que asiste a su primera clase en la escuela dominical? ¿La noche que vino a proponerme matrimonio? ¿Es a eso a lo que se refiere? -Es obvio que las cosas han cambiado. Todavía te deseo todo lo mejor. Me alegro de que esto haya funcionado para ti. -¿Funcionado para mí? Por todos los santos, no me arregló la chimenea ni me pintó la cerca. Me ha traído a mi familia. ¿Por qué se muestra tan frío, y de qué está hablando? -Cuídate.

Me palmea la mano y se vuelve. Se aleja en dirección a la ciudad. Tengo el impulso de gritarle, pero camina deprisa. En cualquier caso, ¿qué le diría? Esto es tan extraño. ¿Dónde va? ¿Por qué actúa de esta manera? ¿No ve lo agradecida que estoy? ¿Lo feliz que me ha hecho? ¿Por qué no se queda?

-¡Ave María! Andiamo! -me llama la abuela desde la galería. Me hace un gesto para que regrese a la casa. Theodore me espera junto a la verja.

-¿De qué va todo esto? -le pregunto. -Estás muy espesa.

-¿Puedes explicármelo, por favor? No lo comprendo.

-Ave, ese hombre ha vendido su camioneta nueva para traer a tu familia. Está enamorado de ti.

-¡No lo está!

-¿Quién haría algo así por una persona si no estuviese enamorado de ella?

-Theodore, tú no sabes nada de Jack Mac.

-¿Qué hay que saber? ¿Que es generoso? ¿Que es un buen hombre?

-Estoy hasta las narices de escuchar que es un santo. Créeme, no es perfecto.

-Oh, vaya, si es la perfección lo que tú quieres... -Theodore levanta las manos como si se rindiera.

-¡Basta! Si alguna vez estuvo enamorado de mí, ya no lo está. Fui el segundo plato entre Sweet Sue Tinsley y Sarah Dunleavy. Pero no pasa nada. Fue muy amable. Ahora me toca a mí ser la amable. Estaré a la recíproca. Hizo algo muy hermoso por mí y se lo devolveré. Juró que lo haré.

-Vale, vale -dice Theodore y mira hacia la casa.

-Venga -le gruño-. Tengo compañía. ¡Compórtate como una persona sociable! No estoy dispuesta a arruinarle este día a mi familia con mis problemas personales. Está muy claro que Jack Mac ha cambiado de opinión en lo que a mí respecta. Se ha acabado. Ha encontrado a otra persona. El y Sarah Dunleavy son felices. Ya arreglaré con él la cuestión de la camioneta en otro momento. Tengo una familia.

Pienso como Theodore y subo los escalones de la galería. Me necesitan, y tengo muchas preguntas.

## 10

La abuela ha preparado una comida deliciosa a base de risotto, vino y pan. Iva Lou no había probado nunca el risotto; está sorprendida, creía que toda la comida italiana llevaba salsa de tomate. La abuela se vale de los servicios de Gala como traductora para explicarle la cocina del norte italiano. Le pregunto a la abuela cómo se las apañó para pasar los ingredientes de contrabando por la aduana. La nonna mira a Gala, que se encoge de hombros y dice: «Mi Frank trabaja en la aduana».

Iva Lou arrincona a mi padre y le cuenta sus sueños de tener un salvaje romance internacional con un caballero italiano, pero que no se han podido realizar porque Lyle Makin se cruzó en su camino. (Ciao, Matterhorn.) Mi padre la escucha atentamente, asiente mucho y hace que Iva Lou se sienta importante. Oigo a mi padre decirle que son muy pocos los hombres italianos que responden a su reputación amorosa. Convence a Iva Lou de que no se ha perdido nada por haberse casado con un buen montañés norteamericano.

Después de comer, Mario organiza una partida de cartas, que atrae a los hombres y a la tía Antonietta. Me sorprende que las familias de mi padre y mi madre se lleven tan bien. No parece haber ningún rencor por lo que ocurrió. No hay ira. Tampoco

parece haber ningún sentimiento de culpa. Esto me ayuda. Después de desperdiciar tanto tiempo, parece ridículo seguir desperdiciándolo en tristezas y lamentaciones.

Mientras ayudo a mi abuela a recoger la mesa y preparar el postre, escucho a Gala contándole a Iva Lou la historia de su novio, Frank DeCaesar, con todo lujo de detalles. Iva Lou está fascinada con las vueltas y revueltas de la explosiva aventura romántica de Gala. Si hay alguien en este mundo capaz de guiar a Gala a través de la selva del amor con sentido común, esa es Iva Lou.

Zackie Wakin llama a la puerta mosquitera. Iva Lou le deja entrar.

-Zackie, ¿has olido el risotto desde la ciudad? -le grito sin moverme de la cocina.

-No, señora. -Sonríe-. Spec y yo nos enteramos de la sorpresa que ibas a llevarte hoy, y pensamos que te vendrían bien unas cuantas camas, dado que has regalado las tuyas. Si quieres, te podemos montar un hotelito.

Zackie y Spec se ocupan de todo en un santiamén. Zackie ha estado en Italia y conoce la importancia de la siesta. La familia se quedará unos cuantos días; qué maravilloso resulta que los muchachos hayan convertido esta vieja casa vacía en un hotel.

Después de tanto hablar, los parientes están cansados y no ven la hora de echar una cabezada. Todos excepto Mario, que quiere ir a dar un paseo. He estado esperando toda la tarde para estar a solas con él. No he dejado de mirarle ni un momento mientras comíamos. No me puedo creer que esté aquí. Resulta fabuloso conseguir lo que más ansías en tu vida.

Mario quiere conocer el vecindario. Salimos a dar un paseo, pero no se puede decir que vayamos muy lejos. No hemos dado más de cinco pasos cuando se detiene. Mira en derredor, con mucha atención. Se demora en cada casa y estudia la arquitectura. Me pregunta cosas de los árboles, de lo que plantamos en los jardines y cómo es el tiempo en cada una de las estaciones. Es como si quisiera ubicarme en el mundo. ¿Cómo es que su hija se fue tan lejos de su hogar? ¿Cómo es este lugar donde creció? Por bonito que sea nuestro vecindario, y lo es, con todos los jardines cubiertos de verde y rosa, y los cerezos silvestres en flor, conozco un lugar mucho más hermoso donde llevarle. Le pregunto si quiere dar una vuelta en coche. Se anima y dice que le encantaría. «¿Seguro que no estás cansado?», le pregunto en italiano. Menea la cabeza vigorosamente. De verdad que los italianos son muy expresivos. Mario tiene unos gestos tan deliberados; tiene tanta vida... No estoy acostumbrada a esto, aunque veo similitudes entre nosotros. Es testarudo como yo. Cuando su madre intentó echarle un poco más de queso rallado en el risotto, él pasó la mano sobre el plato como quien maneja un hacha. Yo suelo hacer lo mismo, y a la gente de por aquí siempre le llama la atención. Ésta es la clase de descubrimientos que haré con mi familia, y me entusiasma.

Mario sube al jeep. Se ajusta el nudo del jersey, se echa el pelo para atrás y me indica con un gesto que arranque. Vamos hacia Appalachia, el pueblo más cercano y puerta de acceso a todas las carreteras que suben a las montañas. Mario no tarda en ver el curso del río Powell y quiere saber dónde desemboca y si se desborda. Me hace parar el jeep a un lado de la carretera cuando llegamos a la transportadora de carbón, una larga tubería blanca que resguarda la cinta transportadora que lleva el

carbón desde las minas en lo alto de la montaña hasta la terminal ferroviaria en el llano. Mira los vagones. Pronuncia la palabra Southern, el nombre de la compañía ferroviaria, escrito en los laterales de los vagones, con su fuerte acento italiano. Le explico que sureños somos todos los que vivimos aquí. Cuando entramos por la calle principal de Appalachia, Mario quiere detenerse para beber algo. Por lo tanto, aparco delante de Bessie's Dinner, la mejor hamburguesería del sudoeste de Virginia. El local está siempre lleno.

Cuando entramos, el ruido ensordecedor de las conversaciones se convierte en un susurro. ¿Es que acaso se han dado cuenta de que he traído un extranjero a la ciudad? ¿Qué miran? Entonces me doy cuenta de que no son los hombres, que levantan las cabezas, nos miran y siguen comiendo. Son las mujeres. No pueden apartar los ojos de Mario. Una mujer se acomoda con los pulgares los tirantes del sujetador; otra se quita las migas de las comisuras de los labios con el meñique; una, que está en el mostrador, endereza su postura y le mira de reojo. Miro a Mario. Él, a su vez, mira a las mujeres en el local como si todas y cada una dé ellas fueran deliciosas, exquisitos bombones de la mejor calidad. No hay mujer que se resista. Hasta una niñita sentada en la trona golpea el plato con la cuchara para reclamar su atención. Recuerdo lo que tía Meoli me ha contado de la reputación de Mario. Pido dos Coca-Cola para llevar y Mario me hace más preguntas sobre geografía. ¿A qué distancia estamos de Big Stone Gap? ¿Subiremos a la montaña? ¿Vengo a Appalachia con frecuencia? Volvemos a montarnos en el Jeep. Ya me siento más cómoda con Mario, así que comienzo a hacerle preguntas.

-¿Estás casado? -Me responde que no, y luego mira a través de la ventanilla sin dar más explicaciones.

-¿Tienes una amiga? -Esta pregunta le hace reír por alguna razón que desconozco.

Se encoge de hombros y enciende un cigarrillo.

-¿Por qué no estás casado? -le pregunto.

-¿Por qué no lo estás tú? -me replica.

Estoy segura de que no pretende ser tan cortante como suena.

¿Es que nadie le ha dicho que soy la solterona de la ciudad?

-Eres hermosa -añade simplemente-. No lo comprendo. Creo que es muy dulce de su parte hacerme un cumplido, aunque en parte también se alaba él, porque nos parecemos. Sin embargo, me hace feliz saber que no cree que su única hija sea un monstruo. ¿Cómo voy a explicarle por qué no estoy casada? No creo que haya una respuesta sencilla a esa pregunta.

-No lo sé -contesto-. Es algo que nunca me ocurrió.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

-¿Qué es tan divertido? -Comienzo a enfadarme.

-Una mujer siempre, pero siempre, se puede casar -afirma-. Sólo debe quererlo.

No sé cómo se dice «Dame un respiro» en italiano, así que me embarco en un largo discurso sobre todas las razones por las cuales no estoy casada. El hombre correcto, el momento inadecuado. El placer de vivir sola. La ambivalencia en el tema de los hijos. Las muchas horas de trabajo. Otros intereses. Cuidar de padres enfermos. Sigo y sigo hasta que él me hace callar.

-Ridículo -proclama, y descarta todo lo que he dicho con un ademán ampuloso.

Este hombre es mi padre, y no puedo dejarlo en la cuneta. Pero acabo de desnudarle mi alma, y él lo ha descartado como quien aparta a una mosca molesta.

-Cuando una mujer quiere casarse, le hace saber al hombre que está interesada. Eso es todo lo que digo.

Ahora me siento como una idiota por haberme puesto a la defensiva y decir un montón de tonterías. Él se da cuenta y cambia de tema. Habla de sí mismo.

-Soy el alcalde de Schilpario.

Asiento.

-Cuando vengas a Schilpario, verás que nosotros también tenernos montañas. Los Alpes italianos. Son mucho más altos y sus picos son afilados. Las cumbres están cubiertas de nieve todo el año. Vamos a esquiar durante el invierno. Descansamos durante el verano. Las zarzamoras crecen por todas las laderas; dan unos frutos muy dulces, deliciosos. Todo lo que hacemos es echarles un chorrito de limón y comérnoslas. Nada de azúcar. Ya son dulces de por sí. Deliciosas. -Sonríe.

Seguimos subiendo en silencio. Mario lo mira todo y parece disfrutar de la quietud y el panorama. Mira el borde de la carretera donde no hay quitamiedos y se abre el precipicio, pero no tiene miedo; las alturas peligrosas le recuerdan su hogar. Pasamos por Insko y seguimos por un claro. Quiero mostrarle las cascadas de Roaring Branch.

Aparco el jeep. Caminamos por un sendero a través del bosque. Observo la expresión de su rostro cuando ve las cascadas por primera vez. Sonríe, se queda muy quieto y las mira. Levanta las manos, con las palmas hacia arriba, y se queda allí como la estatua de San Francisco de Asís que tenía mi madre en el patio trasero.

-¡Son hermosas! -afirma-. ¡Maravillosas! Le guío por el sendero que lleva hasta el costado de las cataratas y le enseño las cuevas que hay detrás de la cortina de agua.

Mario se arrodilla junto al arroyo de la misma manera que hice yo cuando era pequeña y la señora White nos llevó a los de segundo grado a Huff Rock y nos enseñó a beber del arroyo. Mi padre hace un cuenco con las manos de la misma manera, y sin, remover el sedimento coge el agua limpia de la superficie y bebe un trago. Me indica con un gesto que haga lo mismo. Me arrodillo a su lado y bebo del arroyo.Hay un lugar más arriba de las cascadas donde la gente se sienta y merienda. Desde allí se ven los arroyos que alimentan el pequeño río que da origen a Roaring Branch. Nos sentamos en las rocas y permanecemos en silencio durante mucho rato. He ensayado varias maneras de abordar el tema de mi madre, pero cuando las repaso, no me parecen las correctas, así que no digo nada. Una vez más, él se da cuenta y resuelve el problema.

-Háblame de tu madre.

La verdad es que no sé por dónde empezar. Tampoco quiero dejarme dominar por las emociones. Ahora es demasiado tarde para todo eso, porque no cambiaría nada. Quiero conocer su versión de las cosas, pero el nudo que tengo en la garganta me impide decir palabra.

-Quizá deba decirte lo que yo recuerdo -dice bondadosamente.

-Por favor.

-Fiametta Vihninore era una muchacha muy hermosa perteneciente a una muy buena familia de Bérgamo. Era muy trabajadora. Me enamoré de ella cuando la vi en la tienda de su padre.

Se encoge de hombros como si fuera la cosa más natural del mundo conocer a una muchacha hermosa y enamorarse. Saca un paquete de cigarrillos del bolsillo de la camisa; me ofrece uno, que rechazo, y enciende el suyo.

-Tenía mucho genio. Una vez, cuando la llevé a la montaña, me dio órdenes sobre cómo guiar a los caballos. Me reí de ella. Creo que le gustó que lo hiciera.

-¿Por qué acabaste tu relación con ella? La sonrisa desaparece del rostro de Mario, que se convierte en una máscara inexpresiva. Piensa la respuesta.

-Tenía que hacerlo. Ya tenía una esposa. -Contempla el agua. Sigue con la mirada cómo pasa entre las rocas para despeñarse por las cascadas.

-Creía que habías dicho que no estabas casado.

-Ahora no estoy casado, pero lo estaba entonces.

-¿Mi madre lo sabía?

-Sí. Se lo dije en una carta.

Esto explica el miedo tremendo de mamá cuando teníamos todo listo para viajar a Italia. Tenía miedo de volver a verlo, y que él la rechazara una vez más. También estaba la posibilidad de que me rechazara a mí. No había querido hacerme pasar por ese trance. Quería algo más para mí. No quería verme convertida en el producto de una aventura con una mujer a la que apenas recordaba. ¿Qué madre lo hubiera querido? Claro que no podía regresar allí.

-¿Qué pasó con tu esposa?

-Se marchó a la casa de sus padres. No era un buen marido.

Vaya. Alguien tendría que haberle dicho a este tipo que no está bien ligar después de casarte. Pero, ¿de qué serviría ahora? Basta con mirar a este hombre para saber que nunca cambiará por nadie. Mario no pretende ser un hombre virtuoso; incluso me parece que le importa muy poco. Da la impresión de ser un tanto vanidoso, pero ¿quién no lo sería cuando se es tan apuesto como él? Está a gusto consigo mismo y se acepta tal como es, incluido lo que sea que hace con las mujeres. Si no fuera mi padre, estaría fascinada por él. Lo sabe, y no está dispuesto a que nadie, y menos una mujer, lo domine.

No hablamos gran cosa mientras bajamos la ladera para llegar al claro. Desearía hacer responsable a Mario de todo lo que ha sucedido, pero no puedo. Era un muchacho de diecisiete años. Mi madre no era más que una niña. Pienso en ella; se pasó toda la vida soñando con su primer amor. Fue leal a Mario Barbari. Recuerdo que cuando tenía unos minutos para ella, ponía varios discos en el estéreo, se sentaba en su silla, cerraba los ojos y escuchaba. No dormía; soñaba con alguien. Estoy segura de que era Mario. Él era demasiado importante para ella como para olvidarlo o reemplazarlo en su corazón. Por primera vez en mi vida no siento pena por mi madre. Tenía un hermoso sueño. Un sueño de tierras lejanas y un hombre osado que la había amado y le había dado un hijo. Quizá sabía que él nunca llegaría a ser tal como se imaginaba que sería. O quizá cuando comprendió que él nunca vendría a rescatarla, hizo lo que hacen todas las mujeres fuertes. Encontró el camino para salvarse. Algo muy práctico. Muy al estilo de como era mi madre.

Lamento que mi madre no pudiera contarme esta historia con sus propias palabras. Descubro que estoy furiosa con ella, no con él, a pesar de que está aquí y podría descargar toda mi rabia en él. Todavía no le conozco lo suficiente para hacerlo. Mi madre y yo estábamos muy unidas, éramos inseparables. Me duele que no pudiera decirme la verdad. Incluso los errores vergonzantes se pueden rectificar, sanar y perdonar una vez que nos enfrentamos a ellos. Qué pena para todos nosotros que maná no pudiera librarse de su vergüenza.

Mientras íbamos de regreso al Gap, me imagino a nosotros tres: mamá, Mario y yo. ¿Qué hubiera pasado de haber sido capaces de reunirnos como una familia después de la muerte de Fred Mulligan? ¿Qué hubiera pasado si me hubiese dicho la verdad? ¿Qué hubiera pasado si hubiésemos ido a Italia, a buscarlo, y llamáramos a su puerta? ¿Hubiéramos encajado en su vida? Mamá sabía que no había lugar para nosotras. Sabía que debía permanecer en su memoria, donde era joven, hermosa y lo que los hombres más quieren: poco exigente. En su mente hubiese sido su mejor amante; el gran amor sin complicaciones de su juventud. ¿Cómo sabía ella que son estos recuerdos los que nos reconfortan en la vejez? Cuando mi padre habla de mi madre, su rostro se ilumina de contento. Desde entonces ha tenido muchas, muchísimas mujeres. Me pregunto si la había amado de verdad.

-¿La amabas?

No me responde.

-No pasa nada, Mario. Puedo aceptarlo. -Le palmeo el hombro.

-Nunca olvidé a Etta.

Nunca nadie llamó a mi madre Etta; me siento feliz al saber que él tenía un nombre especial para mamá.

No puedo hacerle más preguntas ahora mismo, porque he comprendido, en las pocas horas que llevamos juntos, que le cuesta centrarse en una cosa. Hace muchas preguntas, pero no se extiende demasiado en un mismo tema. Veo que ya está cansado de hablar de mi madre. Cambio de tema mientras atravesamos la ciudad. Le complace.

Theodore se comporta como un verdadero encanto y ha preparado no sé cuántas excursiones para los parientes. Ha pedido prestado el microbús de la escuela para llevar a mi familia de paseo. A la abuela le encantaron las cuevas de Cudjo. Su plato favorito de la cocina local es la sopa de judías y pan de maíz; lo ha comido todos los días. Mario y yo nos estamos haciendo grandes amigos; allí donde vamos, todo el mundo me dice que me parezco a él. Convencemos a Gala para que se quede durante los cuatro días de la visita. A pesar de que es norteamericana, Big Stone Gap es para ella como un país extranjero. Worley está locamente enamorado de ella, pero no se da cuenta. La sigue a todas partes como si nunca antes hubiese visto a una mujer.

Theodore y yo planeamos una gran final para la última noche. Los llevaremos al Fold de la familia Carter. Espero no haberles creado demasiadas ilusiones. Mis tías no ven la hora de bailar un zapateado y de probar sus primeras salchichas con chile.

El aparcamiento del Fold está lleno como de costumbre. Al bajar del microbús, mis parientes italianos se mueven lentamente, como si acabaran de desembarcar de una nave espacial. Miran los coches, la gente y el viejo granero, que resplandece en el campo contra el fondo de las Montañas Azules.

Iva Lou y Lyle ya están bailando cuando entramos. Cojo los jerséis y los bolsos y los dejo en una bala de heno. Theodore se lleva a Gala y a mis tías en una dirección. Fleeta se lleva a Mario, a la abuela y a mi tío al mostrador donde sirven la comida.

Me doy cuenta, mientras estoy sentada en la bala, que ésta es la primera vez que estoy sola desde que ellos llegaron y que tengo una oportunidad para pensar. Todo ha sido una locura: su llegada, las charlas todas las noches hasta la madrugada, las excursiones. Me alegro de vivir en un lugar que se puede mostrar perfectamente en cuatro días. El Fold es el lugar idóneo para la gran final de cualquier visita turística a Big Stone Gap.

La abuela quiere que pase el verano con ellos en Schilpario. Creo que iré. Me hace muy feliz que mi nueva familia tuviera la ocasión de visitar Big Stone Gap antes de que me marche de aquí para siempre. Han podido estar en la casa de mi madre. Incluso sin los muebles, el espíritu de mi madre está muy presente. Pearl y Leah la cuidarán bien. El otoño será el momento perfecto para buscar donde vivir y buscar un trabajo. ¿Acaso el otoño no es el mejor momento para poner en marcha los nuevos proyectos? Iva Lou y Lyle abandonan la pista de baile. Ella le da un beso, y Lyle va a buscar algo de comer. Iva Lou me saluda y trepa hasta nuestra hilera de balas.

-¿Qué has hecho con los italianos?

-Están comiendo su primera salchicha con chile.

-Bien hecho. Espero que les gusten.

-Les gusta todo lo que han comido. No me lo puedo creer. A mi padre le gusta el pollo frito, y a mis tías les encanta la col rizada. Imagínate.

Los bailarines forman una gran círculo, y en el medio aparecen Jack MacChesney y Sarah la maestra, que bailan un vals con mucha gracia. Iva Lou me sorprende mirándolos.

-Odio a esa mujer -declara.

-¿Cuál?

-A la maestra huesuda.

-¿Por qué?

-Se está trabajando a Jack Mac de mala manera. No me gusta ni pizca que una mujer se aproveche de un hombre vulnerable, a menos que sea yo, por supuesto.

-A él le gusta -opino con un tono neutro.

-Es más que eso. Ella está dispuesto a pescarlo. Hoy estuvo conmigo en el salón de belleza y habló sin parar de todas las cosas que hacen juntos. Hasta han ido de acampada. Me pone enferma.

-¿Por qué? -Debo admitir que la parte de la acampada también me da un poco de asco. Basta ver a Sarah para darse cuenta de que no es de las personas que les gusta el aire libre. A Jack Mac más le vale que haga muchas acampadas antes de casarse con ella porque será la última vez que la vea friendo filetes en tierras

salvajes. Es de las que cazan con trampa y cebo. En cuanto se cierra la trampa, se acabó el cebo.

-Tú sabes por qué.

-No, la verdad es que no lo sé. Ella no se mete contigo. Tú tienes a Lyle. ¿A ti qué más te da?

-No me hagas esto -dice Iva Lou, enojada.

-¿Hacer qué?

-Creo que es terrible la manera como has tratado a Jack Mac. Vendió la camioneta para traer a tu familia hasta aquí, y tú ni siquiera le has dado las gracias como es debido. ¿Qué pasa contigo?

-Iva, tengo la casa llena de gente. Pensaba ir a su casa mañana por la noche. ¿Vale?

-¡Tendrías que haberle perseguido por la calle cuando se marchó de tu casa aquel día!

-Se marchó corriendo.

-Ni siquiera le gritaste que se detuviera. Él hubiera vuelto.

-Tú no sabes lo que me dijo.

-No puede haber sido tan terrible. El hombre está loco por ti.

Pobre Iva Lou. Cree en el amor. Quiero sacudirla y decirle: «¡Despierta! Estás hablando de mí. Ningún hombre está loco por mí. ¿Qué más pruebas necesitas? Estoy sola». En cambio, me pongo a la defensiva.

-Tú no conoces toda la historia, así que no des por hecho que toda la culpa es mía porque no lo es.

-Ponme al corriente, chica.

-Hace unos meses -le digo en voz baja- sintió lástima por mí, vino a verme y me propuso matrimonio. Se suponía que había roto con Sweet Sue, pero cuando le respondí que no, no había pasado el fin de semana cuando ya estaba otra vez con ella. Así que no fue el amor ni la compota de manzana lo que lo llevó a mi casa, fue la lástima, ¿vale?

-¿Lástima? ¿Qué persona en su sano juicio te tendría lástima?

-Tú no sabes cómo es. Está hecho un lío.

-A mí no me lo parece, pero lo acepto, si tú lo dices.

-Intenté darle las gracias. Quise darle un abrazo. No me podía creer lo que había hecho. Pero se apartó; sí, se apartó y no quiso que lo tocara.

-A mí no me lo pareció desde la galería.

-No te miento, Iva Lou.

Jack Mac escolta a Sarah hasta el puesto de comida. La guía con la mano casi en el culo. Ella tiende la mano derecha hacia atrás y le palmea la pierna. Iva Lou también lo ve y gruñe disgustada.

-Alguien tendría que decirle que las chicas con los tobillos gruesos no deben usar nunca zapatos planos.

-Digamos que él me quiso una vez. Pero está bien claro que ya no me quiere. Déjalo correr.

Iva Lou no quiere dejarlo correr.

-¿Qué sientes por él?

Meneo la cabeza. No quiero entrar en todo este tema, ¿Qué siento por él? Todo lo que sé es que cuando más o menos me gustaba, a él no le gustaba, y después cuando le gusté, no le quise. Algunas veces pienso en el beso; bueno, seamos sinceros, es la última cosa en la que pienso cuando estoy a punto de quedarme dormida. Recuerdo el aparcamiento de caravanas, el libro, la luz que sale de las ventanas, su olor, la manera como encaja mi rostro en su pecho como la pieza de un rompecabezas, sus ojos que me miran con tanta ternura y también con un poco de humor. Recreo toda la imagen, y entonces él me besa. Supongo que es mi beso de buenas noches, y es lo último que recuerdo antes del desayuno. Pero éste es mi pequeño ritual, y por supuesto que no pienso compartirlo con Iva Lou.

-¿Le tienes miedo?

-Dios, no.

-No me refiero a él perse. -Iva Lou se esfuerza por encontrar las palabras correctas que le permitan invadir mi intimidad-. ¿Tienes miedo de acostarte con él?

-Iva Lou -exclamo con un tono que dice a las claras: «Basta ya, por favor».

-Escucha, sólo soy tu amiga. Tú lo sabes todo de mí. Pero que me cuelguen, no sé nada de lo que sientes por ciertas cosas. Nunca hablas de lo que sientes por los hombre. Como mujer. Lo más divertido para una mujer es hablar de los hombres. Mírame. Es mi tema favorito dentro y fuera del dormitorio.

-No me gusta hablar del tema.

-Inténtalo. Soy una chica. Tú eres una chica. Tenemos nuestro propio club privado y los hombres no tienen idea de lo que hablamos. Tus secretos están a salvo conmigo.

Desde la entrada, Lyle levanta en el aire una salchicha con chile y señala a Iva Lou. Ella le responde que no con un ademán. Lyle reanuda la conversación con sus amigos.

-Venga. Dime lo que hace latir tu corazón. Antes de que te marches de la ciudad y no te vuelva a ver nunca más. -Iva Lou parece tan apenada, que casi quiero explicarle cómo soy.

-Creo que es atractivo. -Espero que esto sea suficiente para dar por acabado para siempre el tema MacChesney.

-Eso ya es un principio. Ahora, no me dejes colgada. Continúa. -Creo que nunca he visto a Iva Lou tan excitada.

-Cuando lo vi junto a la verja el día que llegó mi familia, pensé que era la persona más hermosa que había visto en toda mi vida.

-¿Por qué no te arrojaste en sus brazos en aquel mismo momento?

-Porque él...

-¡Por una vez sigue tus impulsos! Chica, ¿cuántos años tienes? ¿Treinta y seis? ¿Cuándo calculas que te irás a la cama con alguien? ¿Cuando tengas sesenta? ¿Noventa? Cariño, búscate a un tío y disfruta ahora que todavía puedes moverte. ¿A qué estás esperando? ¿Cómo puedes dejar que se te escape alguien como Jack Mac? Estoy segura de que acostarse con él debe ser algo supremo. Me lo huelo.

Deseo que Iva Lou calle de una vez, pero no puede. Está haciendo lo imposible para que yo comprenda. Nunca la he visto tan empeñada.

-¿Te privarías de comer una fresa madura, de ponerte un perfume caro, o de un buen libro porque crees que no te lo mereces? -añade-. Caray, no. El sexo es lo mismo. Es un regalo maravilloso de Dios para hacernos la vida placentera. Dime, ¿qué puede tener eso de malo? Descubrirás muchísimas más cosas de ti misma metida en la cama con un buen hombre que recorriendo algún país extranjero con una cámara al hombro y una guía turística en la mano. Necesitas ser sincera contigo misma. Tienes miedo. Pero quieres sexo. Tendrías que tenerlo.

Otto y Worley están en la pista de baile con mi abuela. La enseñan a zapatear. Una multitud la anima. Iva Lou y yo nos sumamos.

El cuerpo de la abuela es un barrilito; tiene las piernas flacas pero bien formadas. Le brillan los ojos mientras baila. Pasa del zapateado de los Apalaches a un baile folclórico que no conocemos por estos lugares; debe tratarse de algún baile de los Alpes italianos. Otto y Worley la siguen, y muy pronto todo el mundo está bailando.

Iva Lou y yo somos las primeras en quedarnos sin aliento, y nos sentamos a presenciar el espectáculo. Miro hacia el prado, un poco más allá de la puerta, y veo a mi padre que habla con Jack Mac. Mi padre mueve las manos de una manera muy expresiva, como siempre. Jack Mac se inclina para decirle algo al oído. Se ríen y se dan la mano. Sarah se une a ellos; ¿es que no puedo dejarlo solo ni cinco minutos? Jack se la presenta a mi padre. Jack Mac y Sarah se marchan. Mi padre nos busca con la mirada y cruza la pista de baile para reunirse con nosotras.

-¿De qué estabais hablando? -le pregunto a Mario, refiriéndome a la conversación que acaba de tener con Jack Mac.

-Su italiano es muy bueno -responde.

-Él no habla italiano.

-Pues lo acaba de hacer. -Mario se encoge de hombros.

¿Qué te parece? Quizá Sarah Dunleavy le enseñó a Jack algunas frases que aprendió de las películas de El Padrino. Una mujer internacional.

-Jack Mac es muy buen hombre, ¿no te parece? -Mario mira a los bailarines. Sí, vale, Jack es muy buen hombre, y le estoy muy agradecida. Pero no acepta mi gratitud, lo que me convierte en una imbécil. Me encantaría contarle a mi padre lo referente a Jack MacChesney y Sweet Sue, la proposición matrimonial, Sarah Dunleavy y todo lo demás, pero lo pienso dos veces. No haría más que sonreír y decir alguna tontería en italiano coloquial sobre la sal en el armario, los ojos de un pescado o alguna otra imagen que no tiene el menor sentido ni viene al caso. ¿Es que nadie se da cuenta de lo difícil que resulta todo esto para mí? Gala nos reúne en rebaño -por encima de todo lo demás es una directora de viajes- y nos vamos al microbús. En el trayecto de regreso a casa, todos nos damos un hartón de reír mientras la abuela cuenta cómo Otto y Worley intentaron enseñarle a zapatear. No tengo muchas ganas de reír. Cada vez me siento más triste. Mi familia acaba de llegar, y ya se marcha. ¡No quiero que se vayan! Deseo que la carretera no se acabe nunca y que nos podamos quedar en el microbús para siempre, hablando y riendo con Theodore al volante y mi padre a mi lado.

Cuando llegamos a la casa, la abuela le da a Gala las judías secas y los condimentos que compró en el Piggly Wiggly para llevarse a Italia.

-Mañana por la noche romperé con Frank de una vez para siempre -anuncia Gala-. Después de pasar las judías de la abuela por la aduana, por supuesto. El muy cabrito se aprovechó de mí, y ahora me toca a mí.

La abuela me da un beso de buenas noches y se va a la cama.

Miro a Gala, que guarda las judías en calcetines. Me devuelve la mirada.

-¿Estás bien? -Asiento-. Pareces triste. Los echarás de menos.

-Ha pasado todo muy deprisa. Pero no quiero quejarme, ni parecer una desagradecida.

-Créeme. Fue toda una aventura traerlos hasta aquí. Una auténtica pesadilla logística. ¿Es que hay alguien que pueda vivir todavía más arriba en los Alpes? Tu familia es un rebaño de cabras.

-Gala, ¿quién te llamó para que trajeras a mi familia?

-Iva Lou.

-¿Iva Lou?

-Ella llamó primero. Pero sólo para enterarse. Ya sabes, para saber si podía organizarse este tipo de viaje. Así que le di toda la información y ella la apuntó. Por supuesto, yo no tenía muy claro si podría hacerse, pero después me lo planteé como una gira a la inversa y no tuve más problemas. Pero Iva Lou no entró para nada en el tema del dinero. De eso se encargó Jack MacChesney. Es un encanto, ¿no te parece?

-¿Cuándo te llamó para concretar los arreglos?

Gala se encoge de hombros.

-Hará cosa de un par de meses. Podría mirártelo si te interesa.

-¿Mi viaje fue planeado antes o después del de ellos? -Hago un gesto para indicar a mis huéspedes.

-Después. -Gala pone cara de culpable durante un momento-. Esperaba tu llamada. Iva Lou me puso sobre aviso. Lo siento. Te mentí, me inventé un viaje para hacerte creer que todo estaba en marcha. Pero ya lo teníamos todo arreglado para que vinieran tus parientes, así que no me pareció que estuviera mal. Frank se encargó de conseguir los billetes de avión falsos. Lo siento.

¿Cómo podría enojarme con Gala? Mi familia está en mi casa, y nos lo hemos pasado de fábula.

-No te disculpes. Te debo mucho más de lo que tú puedas llegar a deberme alguna vez. -Lo digo de todo corazón.

Esa traidora de Iva Lou. El día aquél en la biblioteca ambulante, hace mucho tiempo, cuando Jack Mac estaba allí con el periódico, ahí fue cuando encontraron a Gala. Después, cuando necesité una agente de viajes internacionales, Iva Lou me puso a Gala en bandeja. Jack Mac dijo que había comenzado a planear todo esto cuando me propuso matrimonio. Entonces, toda aquella historia de los mormones sólo fue algo que montó Iva Lou para conseguir un poco más de tiempo. ¿Es que toda la ciudad está metida en mis asuntos?.

Todo el mundo está en la cama. Hemos puesto tres despertadores para asegurarnos de que nadie se levante tarde. El avión de la Piedmont despega de Tri-Cities con destino al aeropuerto John E Kennedy en Nueva York a las siete de la mañana, y no hay otro vuelo, así que no pueden perderlo. (Recuerdo que Piedmont

significa *piedemonte*. ¡Vaya nombre más tonto para una línea aérea!) No puedo dormir, así que rondo por la casa como un fantasma para no hacer ruido. Salgo de puntillas y me siento en la galería. Pienso en lo triste que estaré mañana cuando se marchen todos. Claro que iré a visitarlos a Italia dentro de unas semanas; Gala se ocupó de todo sin ningún recargo, y me ha invitado a quedarme con ella una semana en Nueva jersey y visitar Nueva York antes de ir a ultramar. Pero después del viaje, ¿qué? ¿Dónde iré? Quizá me guste Schilpario y me quede allí. Lo considero durante unos momentos. Cómo me gustaría que mamá estuviese aquí. Me imagino su alegría al verme con su familia, consciente de que nunca más volveré a estar sola en el mundo. Ni siquiera pude darle esa satisfacción. ¿Por qué la vida de mi madre tuvo que ser tan dura? Respiro lenta y profundamente. Nunca podré responder a esa pregunta.

La tía Meoli aparece en la puerta.

-No puedo dormir -dice.

Me echo a reír. Lo ha dicho con el mismo tono de mi madre, y aunque nadie hubiera dicho nunca que mi madre era una persona jocosa, algunas veces decía algunas frases de una manera que te hacía reír. Meoli sale a la galería.

-Quería hablar contigo a solas.

-Acerca una silla.

-Por favor.

-¿Qué opinas de él? -Señala la ventana de la habitación don de duerme mi padre.

-Me gusta. -Ella se encoge de hombros-. ¿A ti no?

La tía Meoli piensa durante unos segundos.

-Es un político -afirma.

Supongo que en Italia eso no es un cumplido.

-Tía... -comienzo, pero por la expresión de su rostro, comprendo que ya sabe lo que voy a preguntarle-. ¿Recuerdas cuando mamá se marchó de Bérgamo?

Asiente como si hubiese sido ayer.

-Tu madre nos dejó en mitad de la noche. No nos dijo a dónde iba. Me dejó una carta, en la que me decía que no me preocupara, que volvería a escribirme.

Veo por la expresión de mi tía que ha recordado todos estos episodios una infinidad de veces. Todavía le preocupan.

-¿Intentaste ir tras ella? -pregunto.

-¡Sí! ¡Por supuesto que sí! Pensé en todos y cada uno de los lugares donde podía haber ido. En los primos. En otras ciudades.

Pero nadie la había visto, y no dejó ninguna pista que nos indicara a dónde había ido o por qué se había marchado. Yo tenía mis sospechas porque hablaba muy a menudo de Mario Barbari, pero me callé la boca porque no estaba segura. Mi madre, tu abuela, estaba deshecha. Después de que Fiametta se marchó, no hubo manera de consolarla.

-¿Cómo reaccionó tu padre?

-Creo que él sí sabía lo que había pasado. Conocía a Mario Barbari. Conocía a su familia porque tenía tratos comerciales con ella. Cuando papá llegó a la conclusión de que a Fiametta le gustaba Mario, decidió que ella era demasiado joven para cortejar. Así que le prohibió que se vieran. Ella estaba desolada. Pero mi padre era

muy estricto. Si hubiera ocurrido algo impropio, la habría echado de casa. Mi hermana lo sabía. Aunque lo que hizo me partió el corazón, la comprendí. No tenía otra alternativa. Yo, en su caso, habría hecho lo mismo.

-Sólo tenía diecisiete años. No era más que una niña.

-Eran muchos los italianos que se iban del país por aquel entonces. Marchaban a Canadá, América del Sur, Australia. A todas partes. Muchos, por supuesto, marcharon a Nueva York. A Estados Unidos. Sabía que, si se le presentaba la más mínima oportunidad, se marcharía de Italia para no avergonzar a su familia. También sabía que cuando ella tomaba una decisión, nunca se echaba atrás.

-¿Sabías que estaba embarazada?

La tía Meoli menea la cabeza; no sabía nada del estado de su hermana.

-Si sabías lo de Mario Barbari, ¿por qué no fuiste a verlo?

-Fui a verlo -afirma con vehemencia-. Claro que fui.

-¿Sabías que estaba casado?

-Conocía a una familia que vivía en la montaña, en un pueblo a unos quince kilómetros de Schilpario. Le conocían, sabían dónde podía encontrarlo. Me dijeron que estaba casado. Estaba segura de que se había casado con mi hermana. Pero no era Fiametta, era otra muchacha. Me dijeron que había sido una boda arreglada, y que no había funcionado. La muchacha regresó con sus padres al cabo de poco tiempo.

-¿Cómo se arregla una boda?

-Las familias se reúnen y deciden con quién se casarán sus hijos. Es el caso de Pietro conmigo. Él tenía cinco hermanos, cuatro de ellos varones. Su padre vino a ver al mío, y discutieron cuál de las hijas era la mejor para los suyos. Antonietta amaba a un muchacho de Sestri Levante, cerca de Génova, y Fiametta se había marchado, así que sólo quedaba yo. Me presentaron a Pietro. Me gustó mucho. Estuvimos de novios durante un año y después nos casamos. -Se cruza de brazos para señalar que los matrimonios arreglados es la manera más natural del mundo cuando se trata de casarse.

-¿Qué pasó cuando encontraste a Mario Barbari?

-¡Ah, sí! -Recuerda a medida que prosigue con la historia.

He visto que los italianos divagan; reconozco que yo también lo hago. En mitad de un relato, hay un elemento que les llama la atención, y se apartan del tema, para no volver a tocarlo nunca más. Esto me recuerda lo mucho que nos parecemos, a pesar que no estuve influida por ellos en mi formación. No obstante, estas similitudes, las llevamos en los genes.

-Mario Barbari era muy amable. Tenía el pelo muy negro. Los ojos oscuros. Un hombre que impresionaba. Me inventé una historia para ir a la montaña sin que mi padre se enterara del verdadero motivo de mi viaje. Confiaba en que Fiametta estuviera allí con él, hablar con ella y hacerla entrar en razón para que regresara a casa. Cuando llegué a Schilpario, me encontré a Mario trabajando en la iglesia. Su familia se dedica a la fabricación de vitrales. -¡Otra cosa de mi padre que no sabía!-. Le reconocí inmediatamente, porque le recordaba de la ciudad; algunas veces venía con el carro para cargar suministros, y todas las chicas de Bérgamo le tenían echado el ojo. Le pedí hablar a solas. Fue muy amable, pero no tenía idea del

paradero de mi hermana. No sabía ni una palabra. Me pidió que comprendiera su posición; tenía una esposa, e intentaban conseguir que el matrimonio funcionara, aunque no vivían bajo el mismo techo. Creía que mi hermana era hermosa y muy dulce, pero era un romance que no podía ser. ¿Se lo diría cuando la encontrara? Le respondí que eso era algo que debía discutir él con Fiametta. Recuerdo que, al escuchar su nombre, sus ojos se nublaron por el dolor. Creo que la amaba.

Es obvio que la tía Meoli ha reflexionado sobre todo esto muy a fondo. Pero también es una mujer, y sabe lo que les pasa a las chicas inocentes cuando se enamoran del Lotario de la ciudad. Al principio, aceptan que son una entre muchas, pero confían en poder domarlo, conquistar su corazón y convertirlo en un amante fiel. Mi madre, a los diecisiete años, no sabía que nunca ganaría esta batalla. Pero estaba tan enamorada, que se entregó en cuerpo y alma. No deja de ser una ironía que yo sea la única hija de Mario. Todas aquellas mujeres, todas aquellas aventuras románticas, y yo soy el único fruto de todas ellas.

-Así que bajé de la montaña, sin haberme enterado de nada más de lo que ya sabía -prosigue Meoli-. Me reuní con mi madre y mi hermana en una habitación, bien lejos de mi padre, y les conté lo que había averiguado. Mi madre estaba deshecha; se había hecho la ilusión de que encontraría a Fiametta y la traería de vuelta a casa. Aquello quebrantó la salud de mi madre. Lloraba a todas horas; cayó en cama. Los italianos dicen que se le revolvió la sangre. Enfermó de tristeza.

-¿Qué pasó con tu padre?

-Mi madre nunca discutió el tema con él. Sabía cuál era su postura. Si Fiametta había hecho algo malo, tendría que apechar con las consecuencias. Una vez tuvimos una discusión sobre el tema. Me dijo que mi hermana estaba sana y salva. Conocía su voluntad de hierro. Papá estaba seguro de que sabía cuidar de ella misma. A mí me pareció que se comportaba de una manera fría e indiferente, y me enojé mucho porque no había hecho nada por encontrarla. Pero él y Fiametta siempre habían tenido algo entre ellos. Algo que yo nunca tuve con mi padre.

-¿Algo?

-Papá sabía lo que ella pensaba. Siempre. Podía decir lo que ella iba a hacer antes de que lo hiciera. Era algo místico.

-¿Cuándo recibiste la primera carta de mamá? -Al cabo de un año de su marcha. Mi madre se sintió muy feliz cuando llegó la carta de Estados Unidos.

-No encontré ninguna carta de mi abuela a mi madre.

La tía Meoli levanta un dedo y lo mueve de derecha a izquierda.

-Nunca. ¡Mi madre no hubiera hecho nunca nada en contra de la voluntad de mi padre! ¡Nunca!

-¿Qué sabía tu madre de mí?

-Estaba feliz. Pero tú tendrías un año o poco más cuando murió. Sin embargo, sabía tu nombre y todos los detalles que Fiametta me contaba en sus cartas.

-¿Alguna vez se lo dijiste a tu padre?

Mi tía menea la cabeza con una expresión de pena.

-Si lo sabía, nunca dijo nada. No lo juzgues por eso, Ave María. Eran otros tiempos. Una muchacha no podía abandonar la casa familiar si no estaba casada, ni tampoco podía...

-... deshonrar el apellido de la familia.

Tía Meoli vuelve a menear la cabeza.

-Sé que no hubo ninguna deshonra. Era muy joven, estaba enamorada. -Meoli se reclina en la silla. Mamá enamorada. Ojalá la hubiera visto.

Theodore y yo los despedimos en el aeropuerto, pero no es una despedida triste. Prometemos llamarnos y escribirnos, y todos pensamos en el largo verano en Schilpario.

Mi padre intenta darme dinero, pero se lo vuelvo a meter en el bolsillo.

-Papá, no lo necesito.

-Por favor, acéptalo.

-Papá, quédatelo. Cuida de la abuela. -Me sonríe y nos damos un abrazo. No tardaremos en volver a vernos, y eso nos hace muy felices.

Theodore y yo esperamos a que el avión despegue y cuando desaparece detrás de las montañas, nos vamos a Shoney's para disfrutar de una comida tranquila y recordar cada momento de la visita de los italianos.

Cargo el Jeep con todas las tarteras de las señoras de la ciudad que trajeron comida durante la visita de la familia. Uno de los aspectos que más me gusta de Big Stone Gap es el incesante trajín de tarteras entre casa y casa en tiempos de alegría o tristeza. Para facilitar la devolución, las señoras escriben sus nombres con tinta indeleble en un trozo de celo pegado en la parte de abajo: N. Goodloe, E. y L. Tuckett, I. Makin, J. Hendrick y N. MacChesney. Me llevará buena parte del día devolver todas a sus propietarios. Decido empezar el recorrido por Cracker's Neck, que está en lo alto de la montaña, y después ir bajando hacia la ciudad. Salennubes de humo blanco de la chimenea de la cocina de la casa de los MacChesney. Llamo a la puerta. No hay respuesta. Vuelvo a llamar. Nada. De pronto suena un ladrido feroz a mis espaldas y me pego un susto de muerte. Es el perro de la casa. Me ladra al tiempo que se dirige hacia la parte de atrás de la casa. Lo sigo.

La señora Mac está tendiendo la colada. El blanco de las sábanas es más blanco que las nubes que desfilan por el cielo, e incluso al aire libre se respira el olor de la ropa limpia. Me mira y sonríe.

-Gracias por el pastel de moras. A mi familia le encantó.

-¿Por qué no iba a gustarles? Es un buen pastel.

-¿Necesita ayuda?

-Ya he terminado. Entra. Tengo café.

Entro en la casa por la galería trasera, que sirve de solario. No la conocía porque nunca había entrado por detrás. La verdad es que no sabía que tuviera una habitación como ésta en la parte de atrás. No se ve desde la cocina; está construida en ángulo y queda oculta.

El solario es precioso. Hay muebles de caña con grandes cojines bordados. Reconozco el motivo tradicional del «camino del borracho» en una de las sillas. Hay plantas con flores rosas, azules y amarillas colgadas por todas partes. Nunca he visto un jardín interior tan precioso; te da la impresión de que estás en otro sitio y no en esta sencilla construcción de piedra de Cracker's Neck.

-Éste es mi lugar favorito de la casa. Claro que las plantas requieren muchos cuidados.

Me imagino a la señora Mac convirtiendo su solario en su habitación especial, llena de toques femeninos. Pero es más que eso; provoca una sensación espiritual, como un santuario. La sigo a través de la pequeña despensa que da a la cocina que conozco tan bien.

-¿Se marcharon sin problemas? -pregunta mientras me sirve una taza de café.

-Se lo pasaron de fábula.

-¿Qué tal tú? -Fue como un sueño.

-Bien.

-Señora Mac, seguramente usted sabe que Jack vendió la camioneta para pagar los billetes, y yo...

Levanta la mano para hacerme callar.

-Eso es asunto suyo.

-Lo sé. Pero quiero que sepa que se lo agradezco mucho.

-Cariño, no es asunto mío.

-Pero...

-No lo es.

Permanecemos en un silencio incómodo durante unos minutos.

-Ha criado usted a una persona excelente.

-Muchas gracias.

-Señora Mac, ¿está usted enfadada conmigo por algún motivo?

-Yo no diría enfadada.

-¿Usted cómo lo llamaría?

-Sé que hay una palabra; déjame pensar. -Piensa durante unos instantes, se levanta, se acerca a la tartera, levanta la tapa, corta dos porciones de tarta, las pone en un plato, coge dos tenedores, dos platos y dos servilletas, vuelve a la mesa y se sienta-. Estoy perpleja.

-¿Perdón?

-¿Quieres a mi hijo o no?

No le puedo responder. No sólo estoy avergonzada, sino que me doy cuenta de estar en la horrible situación de haber arrastrado a la madre de alguien a mi desconcierto, un mal lugar para las dos.

-¿Le importa si no le respondo?

-Como quieras.

Nos comemos la tarta y nos tomamos el café. La señora Mac contempla el campo. Esta mañana parece más vieja. O quizá tengo miedo de echarla de menos cuando me marche.

-Tengo un montón de tarteras en el coche que debo devolver, así que será mejor que me marche.

-Ave María. -La señora Mac me mira directamente a la cara, sin pestañear-. Mi hermana Cecelia vendrá a buscarme esta tarde y me llevará a su casa de visita. Estaré fuera una semana. Mi hijo acaba el turno a las seis en punto; entrará en casa por aquella puerta no más tarde de las siete. No sabe que voy a ver a su tía, así que llegará convencido de que tiene la cena preparada como de costumbre. Si yo estuviera en tu lugar, y tuviera la décima parte del cerebro que creo que tienes, estaría sentada en la galería esperándole. ¿Está bien claro, jovencita?

Asiento. Abrazo un segundo a la señora Mac, y cuando la dejo ir, ella también me da otro abrazo rapidísimo que me dice: «Haz lo que te he dicho, o no me hago responsable de lo que pueda ocurrir».

Hay algunos tramos con niebla baja mientras desciendo de la montaña. Pienso en el beso en el aparcamiento de caravanas. Es la primera vez que lo recuerdo durante el día. Cuando tomo la curva para coger por Valley Road, un gato se cruza delante del Jeep. Clavo los frenos y me bajo de un salto. El gato desaparece en la cuneta. Tengo miedo de que esté herido. Cruzo la carretera y bajo por el barranco en el mismo instante en que el gato se escurre en una grieta oscura. Me acerco y aparto las hojas en la boca del agujero. Me encuentro con tres gatitos, tan pequeños que todavía no han abierto los ojos, bien abrigados con unas hojas. Retrocedo y me siento en el borde de la cuneta, atenta al regreso de la madre. Por fin aparece y cuida de la camada. Los lame. Parecen estar bien. Me echo a llorar. Acabo de comprender que soy una farsante. Le dije a Otto en términos bien claros que debía ser sincero con Worley y olvidarse de la vergüenza. Sin embargo, no soy sincera con mis propios asuntos. He escogido no enamorarme convencida de que borraría la vergüenza de mi madre si era la hija perfecta, virtuosa e independiente. Me ha pasado toda la vida empeñada en no necesitar de nadie. Pero las palabras de la señora Mac resuenan en mi cabeza y me doy cuenta de que no quiero seguir viviendo de esta manera.

Suena una bocina. Es Nellie Goodloe.

-Ave María, ¿estás bien? ¿Qué haces sentada en la cuneta?

-Estoy bien, Nellie, gracias -le grito.

Se encoge de hombros y se marcha. Me levanto y me sacudo las hojas del pantalón. Cuando subo al jeep, tengo muy claro lo que haré.

Me paso por la farmacia con la tartera de Fleeta. Ella está reponiendo las golosinas.

-Han elegido a la persona que dirigirá el teatro -anuncia Fleeta.

-¿Ah, sí? ¿Quién es?

-Sarah Dunleavy, la nueva maestra de inglés en el instituto.

-¡No! -Esto me saca de quicio. No me consideraba la propietaria del cargo, pero ¿ella? Si no sabe ni por dónde empezar.

-Sarah -Fleeta pronuncia el nombre como si fuera una marca de fango- se ha dedicado en cuerpo y alma a darle coba a la junta de directores. Se ha hecho socia del Dogwood Garden Club, ha sido la anfitriona del desayuno del pájaro madrugador, se ha metido en el círculo de costura de la iglesia metodista, y encima ha conseguido que Don Wax Realty patrocine el viaje de su clase de inglés para ir al teatro Barter a ver una obra. La chica se está quedando con todo. Menuda pájara. ¿Estás cabreada?

-Lo estoy. -No sé exactamente por qué, pero lo estoy.

-Yo también lo estaría, después de todo lo que has hecho por la gente de por aquí. Te has vuelto loca, ofreciéndote para hacer esto y lo otro. Ya ves cómo te lo agradecen. Todavía no se ha borrado tu olor de la zona, cuando ya han ocupado tu puesto. Por si te interesa, Portly considera que es una cabronada.

-¿Nos queda algún frasco de colonia Coty's Emeraude?

-Está en el armario. -Fleeta lo señala, al tiempo que saca un llavero con diez mil llaves del bolsillo trasero.

-¿Cómo sabes cuál es la llave?

-Uso el sistema Braille. Lo sé por el tacto de las estrías.

La primera llave que escoge abre la cerradura.

-Hoy es tu día de suerte. Queda un frasco.

-Cárgalo en mi cuenta.

Fleeta se ríe y su risa se convierte en un ataque de tos.

-Eso es muy divertido, si tenemos en cuenta que todo esto es tuyo.

Quisiera unirme a la diversión, pero en estos momentos no estoy con ánimos. Sarah Dunleavy ha ocupado mi lugar en Big Stone Gap, sin esfuerzos, sin solución de continuidad; es como si yo nunca hubiese existido, y eso que todavía no me he marchado de la ciudad. Tendré que poner un poco más de cuidado a la hora de marcar mi territorio. Comenzaré con la Emeraude.

Dedico la mayor parte de la tarde a prepararme para la noche. Quiero estar segura de que me encontraré en la galería de los MacChesney a las seis, esperando tranquilamente. Mucho me temo que si llego tarde, y me encuentro con la camioneta de Jack Mac, daré la marcha atrás y regresaré a la ciudad. Estoy muy nerviosa; mi última conversación con Jack Mac no fue precisamente amistosa. No sé si no se comportará conmigo como un montañés y me ordenará que me marche de su propiedad o lo que sea. Así que necesito llegar allí primero e instalarme. Eso me dará coraje.

He decidido vestirme de una manera muy sencilla: una de las blusas nuevas que me hizo maná y vaqueros. Una falda daría la sensación de que pretendo impresionarlo, porque casi nunca las llevo. Para mí, esto es una reunión de negocios; necesito dar la apariencia de una persona seria, y lo consigo si llevo pantalones.

Mientras subo por la carretera hacia Cracker's Neck, repaso cuidadosamente todos los altibajos de mi amistad, o como se la quiera llamar, con Jack MacChesney. En la escuela, era una persona tímida y oscura, que sólo era miembro de unos pocos clubs. Me parece recordar que jugaba al béisbol, pero nada más. Mis verdaderos recuerdos comienzan el día que lo sorprendí en calzoncillos y me quedé a desayunar. Aquella fue la primera vez que me fijé realmente en él: fresco como una rosa, acabado de salir de la ducha, y creo que me enamoré cuando me guiñó el ojo durante el ensayo final de la obra.

Pero no pertenezco a esa clase de mujeres que le roban el hombre a otra mujer. En primer lugar, no le haría eso a ninguna mujer porque, que me caiga muerta, no me gustaría que me lo hicieran a mí, y en segundo lugar, algo que se obtiene a costa de otro, nunca dura. Esos romances no están construidos sobre bases sólidas; al primer problema, se derrumban. Quizá sea parte del juego, pero para mí no hay ningún hombre por el que valga la pena destrozar el corazón de una mujer.

Sin embargo, no soy una ingenua. Sé que hay muchísimas Sarah Dunleavy, que se fijan el objetivo de encontrar al mejor hombre en un grupo y abrirse paso en su corazón comportándose de un manera discreta, ordenada y sin demasiado escándalo. Pero no hay ni una sola entre nosotras que pueda seguir actuando toda una vida. No obstante, es algo que los hombres no comprenden. Creen que saben

con quién se casan porque nunca se les ocurriría cambiar su comportamiento por nadie. «Acéptame como soy -parecen decir mientras se plantan-, o sigue adelante, chica.» Pero ¿las mujeres? Nos adaptamos. Adaptarse produce resultados. Le funcionó a mamá, pero no es la vida que quiero para mí. Quizás ésta sea la verdadera razón por la que nunca me he casado. Sería incapaz de adaptarme.

¿Por qué voy a Cracker's Nest? ¿Qué pienso que encontraré allí? Quizás el placer subconsciente del beso de Jack MacChesney recordado cada noche antes de irme a dormir se ha impreso en mi corazón y le ha enviado un mensaje a mi cerebro para que se enfrente a la verdad. No lo sé. Así y todo, abrió algo en mí. Este viejo jeep no es capaz de circular lo bastante rápido corno para llevarme con tiempo suficiente hasta la galería de los MacChesney.

Se me pasan todos los miedos cuando me siento en la galería. Estoy maravillada con la vista y deseo que el sol tarde un poco más en ocultarse para contemplar el panorama con todo detalle. Por fin, después de lo que me parecen años, veo la luz de los faros de una camioneta que baja por la montaña y toma la curva cerrada que lleva a la propiedad.

La camioneta da brincos cuando pasa por las rodadas y los baches de la carretera de tierra y levanta una nube de polvo. Los faros me alumbran cuando Jack lleva al vehículo a un costado de la casa. Me protejo los ojos de la luz que me deslumbra pero me levanto para saludarlo. La camioneta tiene escrito el precio en el parabrisas con pintura blanca: 3.500 dólares. Supongo que es uno de los vehículos de segunda mano del negocio de compra y vepta de coches de Rick Harmon, que se lo ha prestado a Jack. No sé cómo se las arregla para conducir con los números que abarcan todo el parabrisas. Por un momento, me domina el pánico. ¿Qué pasará si Sarah Dunleavy viene con él en la furgoneta? Lamento no haber traído una tartera; al menos así habría tenido una excusa para justificar mi presencia, y después largarme sin pasar vergüenza. Es demasiado tarde para subirme al jeep y salir pitando, así que espero. Jack aparca la camioneta; los últimos rayos del sol iluminan la ventanilla del pasajero, y veo que no hay nadie. Respiro más tranquila.

Tarda unos momentos en bajar, porque tiene que recoger la fiambrera y las botas. Aparece por detrás de la camioneta y sube los peldaños de la galería. Me mira con una expresión extraña.

-¿Le pasa algo a mi madre?

-No, no. Se ha marchado a casa de tu tía Cecelia.

-¿Por qué no me lo dijo? -Jack Mac cruza la galería mientras saca la llave del bolsillo.

-Supongo que habrá sido una decisión de última hora o algo así.

-Podría ser. -Abre la puerta y enciende las luces. La señora Mac ha dejado una nota en la mesa del vestíbulo donde confirma lo que le he dicho. La lee y la vuelve a dejar sobre la mesa.

Es como si no estuviera aquí. No está feliz de verme, pero tampoco está enfadado. Es sólo una indiferencia cordial. Qué terrible. ¿O sólo es una treta para hacerme sufrir? ¿Lo hice daño, y ahora él me paga con la misma moneda? Dios, me

hará sudar por lo que hice. Tendré que ponerme de rodillas y suplicarle a este hombre que me perdone. Me sujeto con fuerza a la barandilla de la galería.

-¿Quieres entrar? -Su voz es tan monótona que no hay manera de saber si quiere que entre o si sólo está siendo cortés.

-Sí, gracias.

Me detengo en el umbral y espero nuevas instrucciones. Pero él no dice una palabra. Entra y sale de las habitaciones, enciende las luces, deja la fiambrera, guarda las botas, recoge la correspondencia que está en la repisa de la chimenea y la deja en la mesa del vestíbulo. Es como si yo fuera invisible. Lamento no serlo.

-¿Crees que mi madre habrá dejado preparada la cena? -me pregunta cuando el silencio se me hace insoportable. Son las primeras palabras amistosas que dice, pero no me fío.

-No lo sé.

-Vamos a comprobarlo. -Jack Mac entra en la cocina. No podría sentirme más tonta de lo que me siento, sin hacer nada. El asoma la cabeza por la puerta de la cocina-. Venga, entra.

Entro en la cocina. Es evidente que la señora Mac ha preparado la cena. La mesa está puesta para dos, y hay una vela azul en un cuenco blanco en medio de la mesa. El montaje me hace sentirme muy incómoda: es casi tan malo corno cuando los padres se entrometen para animar las fiestas de sus hijos.

-¿Por qué no calientas la cena mientras enciendo el fuego? -Me mira como si fuera una idiota, que no es capaz de entender que si ha hecho todo el viaje hasta aquí y es la hora de la cena, bien podríamos cenar. Me acerco a la nevera y saco una cacerola que tiene un cartelito pegado que dice: «Macarrones con queso». Enciendo el horno.

¿Qué estoy haciendo aquí? Ésta es la peor idea de toda mi vida. Tengo que hacer algo para salir de aquí cuanto antes. Preferiría morir antes que contarle la historia del beso antes de dormirme, que me encanta cómo huele, o que estoy dispuesta a arrancarle los ojos a Sarah Dunleavy antes que me lo arrebate. ¿Por qué he venido hasta aquí esta noche? Tendría que haberle comprado una camioneta nueva, mandar que se la llevaran a su casa y olvidarme de todo este asunto. Soy demasiado vieja como para perder el control de esta manera. ¿Por qué está tan tranquilo? Me hace todo esto a propósito. Estoy segura de que lo considera divertido. El señor Milnovias. Adelante, búrlate de la Vieja Doncella Aterrorizada.

-Voy a darme una ducha. Tú prepara la ensalada. -Se marcha.

¿Dónde está el teléfono? Llamaré a Theodore y le diré que venga a buscarme ahora mismo. No creo que pueda conducir en el estado que me encuentro. Este hombre me ha convertido en un flan. Noto las manos dormidas, corno si pudiera quitármelas como si fueran guantes de goma. Jack Mac asoma la cabeza por la puerta de la cocina. Doy un salto.

-No le pongas rabanitos. Los detesto. -Vuelve a desaparecer.

Caray, asoma la cabeza aquí dentro y me asusta como si fuese el científico loco en una película de terror. Ha tenido que verme saltar, porque es la primera vez que le veo sonreír esta noche. Esto es una tortura. ¿Debo marcharme? ¿Por qué no me voy? No puedo. Mis pies no se mueven. En lo más profundo de mi ser, hago acopio

de fuerzas y me centro. Respiro profundamente, siempre al mismo ritmo, y esto me ayuda a serenar mis nervios y mi corazón. Compruebo mi maquillaje en el reflejo de la tostadora. No estoy nada mal. Puedo hacerlo. Preparo la ensalada. El aliño. Encuentro una ensaladera y la dejo sobre la mesa. Meto la cacerola en el horno. Después escojo una de las sillas, me siento y espero.

Jack entra en la cocina al cabo de unos minutos. Se acaba de duchar y se le ve aseado. Se ha vestido con pulcritud pero sin pasarse: una camisa y vaqueros viejos. Se acerca al horno, saca la cacerola y la deja sobre la mesa. Luego saca una botella de vino de la nevera. La descorcha sin preguntarme.

-¿Vino?

Me llevo las manos a la cara.

-Preferiría una aspirina.

Vaya, no sé por qué le parece tan divertido. Pero se ríe como si fuera la cosa más divertida del mundo. Se ríe tanto que acabo por ofenderme.

-¿Qué te hace tanta gracia?

-Tú.

-Me alegra mucho saber que soy tan divertida.

-Eres más que eso. -Jack Mac se sienta.

¿De qué está hablando? ¿A qué se refiere? Tengo la sensación de que habla en otro idioma. Es un buen punto de partida.

-Mi padre me dijo que hablaste en italiano con él.

-Sé un poco.

-¿Cómo?

-De un libro. Me hice con el curso de italiano de Berlitz de la biblioteca del condado.

-¿Por qué?

-Quería aprenderlo.

-¿Por mí?

-Tú no eres la única italiana en el mundo, no sé si lo sabes.

-No he querido decirlo en ese sentido. Sólo di por hecho...

-No lo hagas.

Ya he tenido más que suficiente y ni siquiera llevo ni una hora en esta casa fea, vieja y detestable. Pero no le arrancaré la cabeza. Me mostraré muy digna con todo este asunto.

-¿Por qué eres cruel conmigo?

Piensa un rato antes de responderme.

-Quizá sea autoprotección.

Vale, ahora lo entiendo. Le hice daño, así que ahora necesita rebajarme a su nivel. Qué infantil. Qué tontería más grande de un hombre que peina canas.

-No te haré ningún daño. -No sé por qué se lo digo, pero me parece que ésta es la cuestión y que debo hacerle frente.

-Ya es demasiado tarde.

Está enojado de verdad. No sé cómo me las apañaré para llegar hasta él, o siquiera si debo intentarlo. Quizá quiere que me marche, y sus gentiles modales sureños le impiden echarme.

-¿Quieres que me vaya? -le pregunto con toda cortesía.

-¿Quieres irte?

Me pongo de los nervios cuando la gente responde a una pregunta con otra. «No, no quiero», le digo, recalcando las palabras, para ver si se entera, pero la verdad es que no sé de dónde ha salido esa respuesta. No hace ni un minuto que hubiera dado la pierna derecha por salir de aquí inmediatamente, pero de alguna manera, oír que le hice daño me hace quedarme.

-¿Estás enamorado de Sarah Dunleavy?

-¿Por qué lo preguntas?

-Porque si lo estás, aceptaré la oferta y me marcharé.

-¿Y si no lo estoy?

-Si no lo estás, creo que podríamos resolver este asunto y está noche podrías tener mucha suerte, a la vista de que tu madre no está en la ciudad. -¿De dónde ha salido esto? Gracias a Dios que se ríe, porque de lo contrario ahora mismo le pediría el arma que usan contra los perros rabiosos y me pegaría un tiro.

-De haber sabido que sería tan fácil, no habría vendido la camioneta. -Se levanta y se sirve un vaso de agua.

-¿Por qué vendiste la camioneta? -Ahora yo también estoy de pie. Creo que los dos bocados de macarrones me han ayudado a recuperar las fuerzas. Así que sigo adelante-. Estaba totalmente equipada. Era la camioneta de tus sueños. La amabas.

-Sí, pero a ti te quiero desde sexto grado.

Me mira. No puedo moverme. Él tampoco. Se queda donde está y me mira. Por fin, señala el suelo delante de sus pies, para indicarme que soy yo quien debo acercarme; que él no vendrá a mí. Así que doy aquellos doce pasos y caigo en sus brazos. No creía que este momento significaría tanto para mí, pero una vez que estoy entre sus brazos, con el rostro apoyado en este lugar de su pecho con el que he soñado, no hay nada en este mundo capaz de arrancarme de su lado por siempre jamás. Me besa, como lo ha hecho todas las noches en mis sueños desde el casamiento de Iva Lou. Estoy furiosa conmigo misma por haber desperdiciado tanto tiempo.

Es temprano, y todavía tenemos muchísimas cosas de las que hablar. Acabamos la cena (él tiene hambre, yo no). Después Jack quiere enseñarme su casa. Comienza por el solario, que todavía parece más acogedor de noche. Me muestra el dormitorio de su madre desde la puerta, una habitación sencilla pintada de color azul claro. El comedor. La sala de estar. A continuación me lleva al desván, que es casi tan grande como toda la casa. Los suministros de telas de la señora Mac están acomodados en estanterías de madera, y hay una mesa muy larga en el centro de la habitación, con sillas a su alrededor. Jack Mac me explica que es aquí donde la tía Cecelia y varias amigas se reúnen para confeccionar las colchas. Me lleva hasta la ventana, que se abre sobre el magnífico valle Powell. La visibilidad es extraordinaria; a pesar de que está oscuro, las farolas lejanas dan a las pequeñas comunidades de las montañas un brillo como de estrellas.

Mientras estamos en el desván, me enseña varias fotos en un álbum familiar. Hay fotos de su madre cuando era una niña. Creo que se parecía a Loretta Young en La llamada de la selva; Jack me dice que su padre también creía lo mismo. Me dice

que sus padres se querían muchísimo, y lo triste que estuvo su madre durante muchos años después de la muerte de su marido.

Jack comparte conmigo algunas cosas de su pasado romántico, lo suficiente para que lo comprenda, pero desde luego nada que pueda hacerme sentir incómoda o envidiosa. Me confía su preocupación cuando creyó que me casaría con Theodore y perdería su oportunidad. También él tiene muchas preguntas que hacerme. Quiere sabe dónde pensaba ir cuando se lo di todo a Pearl. Le respondo que no estaba segura. Planeaba hacer el largo viaje hasta Italia y después decidir dónde instalarme. Me pregunta si todavía quiero vivir en Big Stone Gap. Todavía no lo tengo muy claro, pero comienzo a comprender que el lugar no me hizo desgraciada; yo misma me hice desgraciada. Hacía comenzado a verlo todo congo una carga, y por consiguiente se convirtió en una carga. Pero le explico que la muerte de mi madre tuvo mucho que ver con todo el asunto.

Jack me pregunta por Fred Mulligan, con quien ahora estoy en paz. Jack lo recuerda como una buena persona pero muy severo. Estoy de acuerdo con su opinión. Supongo que tuve suerte; también aprendí mucho de las cosas malas. ¿Quién hubiese dicho que conocer a Mario da Schilpario me ayudaría a comprender a Fred Mulligan? Le pregunto a Jack por su padre. Él sonríe. «Lo mejor que puede hacer un padre por su hijo es querer a su madre. Fue lo que hizo.» Recuerdo a Iva Lou cuando me decía que Jack Mac no iba detrás de cualquiera cuando se trataba de mujeres. Quizás en esto fuera como su padre. Volvemos otra vez al solario, y nos llevamos la vela. Nos sentamos en el sofá. Me abraza. Después me dice lo que hay en su corazón.

-Llevo años intentando llamar tu atención en el teatro. Siempre era el primero en ofrecerme para ayudar en lo que hiciera falta, o para llevarte a ti a casa. ¿Lo recuerdas? -Ahora lo recuerdo. Pero nunca imaginé que estuviera interesado en mí en ese sentido. No era esa clase de chica-. Siempre te mostrabas muy amable, pero en realidad nunca me prestaste ninguna atención.

No lo hice. Era amable con todo el mundo, sin tener nunca favoritos. En parte era porque imitaba el estilo de dirigir de Mazie Dinsmore, y en parte porque era la manera de disimular mi timidez con los hombres.

-Después ocurrió lo de aquella noche -continúa Jack-, cuando Sweet Sue te dio el champán y todo el elenco comenzó a burlarse y pedir a coro que le propusiera matrimonio. Aquella fue la peor noche de mi vida. Porque yo quería volverme hacia ti y decirte: «Tú eres la que quiero». Sweet Sue también lo sabía. Fue entonces cuando decidí actuar abiertamente, cuando fui a tu casa y te pedí que te casaras conmigo.

-¿Creíste que diría que sí y ya está?

-Creí que te lo pensarías. No esperaba que me dijeras que no y te enojaras conmigo. Pero no sabía lo que estaba haciendo. Entonces no te comprendía. Ahora sí. Las cosas tienen que salir de ti o no se hacen.

-Entonces, ¿por qué? ¿Por qué me pediste que me casara contigo?

-Verás, me pareció haber visto algo diferente en tus ojos el día aquél en el hospital, después de la explosión en la mina.

-¡Quería llevarte a tu casa! -le aclaro.

-Así es.

-Pero Sweet Sue y tu madre...

-No podía decirles que se fueran, y además tú me miraste como si comprendieras la situación.

-Así es -le respondo, con toda sinceridad.

-Cuando regresé a casa, me senté y dediqué toda la noche a pensar honradamente. Me di cuenta de que había gastado la mitad de mi vida. Parece algo sencillo, pero no lo es. Me pasé despierto toda la noche. Verás, cuando entré a ayudar a Rick, y llegué hasta él, me di cuenta de que quizá no tuviera la fuerza necesaria para sacarlo de allí. Llevo trabajando en las minas desde que tengo dieciocho años, o sea que son casi veinte. Ya no soy, lo que era.

-¡Eres muy fuerte! ¡Lo salvaste!

-A duras penas.

-¿Qué tiene que ver todo esto conmigo?

Jack Mac se toma un momento.

-No quiero llegar a viejo sin ti.

No puedo hablar. Como la solterona de la ciudad, no me he imaginado en la vejez. Estar sola me daba cierta sensación de intemporalidad. No tengo en mi rostro las profundas arrugas de preocupación que acompañan a la maternidad, o el cuerpo suave que te da abrazar a un amante o a un bebé. Tengo una postura perfecta porque nunca me agacho ni miro abajo. Permanezco inmóvil en el tiempo, con la esperanza de que no me atrape. El miedo a fracasar me ha impedido enamorarme de alguien.

-¿Estás llorando? -me pregunta.

-Tengo la sensación de que esto es sólo el comienzo -le respondo. Se echa a reír-. Dime, ¿cómo es que decidiste traer a mi familia desde Italia?

-Verás, Iva Lou me mantenía informado de tus esfuerzos por encontrar a tu padre. Cuando te pusiste en contacto con él, se me ocurrió que podía llevarte allí para que lo conocieras. Así que vi el anuncio de Gala en el periódico y la llamé para comprar dos billetes de primera clase para nosotros. Luego fui a tu casa y te propuse matrimonio.

-La noche de la compota de manzana.

-¿Qué?

-Nada -contesto en voz baja.

-Tú dijiste que no, así que me quedé sin orgullo y con dos billetes de primera clase a Italia. Iva Lou insistió en que tú estabas enamorada de mí. Entonces me propuso que enviáramos los billetes a Italia para traer a tu padre y a tu abuela hasta aquí. Pero estuviste a punto de echarlo todo a perder cuando decidiste hacer tu propio viaje. Le contamos a Gala toda la historia y la convencimos para que se inventara una excursión. No hubieras llegado a ninguna parte con los pasajes que te envió. Eran falsos.

-Lo sé. Gala me lo dijo. Pero, ¿cómo es que vinieron también las tías Meoli y Antonietta y el tío Pietro?

-Ya has visto cómo son las cosas con Gala, y para el caso con Iva Lou. No tienen límites. Pero si estaba dispuesto a seguir adelante con el asunto, tenía que hacerlo

bien. No podía traer a tu padre y olvidarme de toda la familia de tu madre, ¿no te parece? Así que...

-Así que vendiste la camioneta -le interrumpo.

-Vendí la camioneta. El misterio está resuelto -manifiesta Jack, con toda sencillez.

Más o menos.

-¿Por qué quisiste seguir adelante después de que te...? -No quiero emplear la palabra «rechazara», así que no lo hago.

-Escucha. Estaba a punto de desistir. Sin embargo, ya era demasiado tarde; los planes estaban hechos. Además, soy testarudo. No quería dar el brazo a torcer. Iva Lou no dejaba de repetirme que tú me amabas aunque no lo sabías. La fe ayuda, pero no tanto. A veces necesitas una prueba.

Nunca le di a Jack la más mínima pista. No me extraña que se marchara el día que llegó mi familia. Se quedó de piedra ante mi reacción. Me mostré agradecida cuando debía ser cariñosa. Ningún hombre me había hecho nunca semejante regalo. Algo que no tenía precio. Había mirado en lo más profundo de mi corazón y después se había dedicado a satisfacer mi deseo. Mientras tanto, yo había actuado como si él hubiese venido sólo para traer un frasco de compota de manzana. Por lo tanto, tuvo que ir a buscar afecto a otra parte.

-Fue entonces cuando Sarah Dunleavy se arrojó sobre ti.

-Tú no conoces a Sarah. No se arroja sobre nadie. Le arruinaría el peinado.

-¿Cómo es que estabais todos juntos aquí la noche que vine a traer las telas?

-Mi madre conocía a la suya desde la juventud y decidió invitar a las chicas a cenar. Theodore pertenece al comité de bienvenida de la facultad. Íbamos a llevarlas a Coach House, pero mamá insistió en cocinar. Ya sabes cómo es.

-Pero tú seguiste viéndola.

-No te creas. Ella acababa de llegar a la ciudad. Me llamó para que la llevara a conocer lugares, pero yo nunca la llamé. Sin embargo, me gustó cuando vi que estabas celosa. Fue la primera señal de interés que descubrí en ti por mi persona.

-¿Por qué crees que he tardado tanto? -pregunto-. ¿Por qué crees que me llevó tanto tiempo descubrir que yo también te quería?

-Ojalá lo supiera. -Nos echamos a reír.

Tardamos mucho tiempo en llegar al dormitorio de Jack Mac. (Qué caballero.) Nos detenemos y nos damos un beso a cada paso; otras, charlamos unos momentos, pero, sobre todo, lo que hacemos en conectar, conectar y conectar. He soñado con estos besos durante tanto tiempo que ahora no me parecen del todo reales. Creía tener una imaginación excelente, pero ahora no estoy tan segura. La realidad la supera con creces, mucho más llena de sorpresa que las historias inventadas en mi cabeza.

La habitación de Jack es sencilla, con una vieja cama con dosel cubierta de colchas preciosas, una silla de respaldo recto en un rincón y tres ventanas que se abren a los prados en la ladera de la montaña. No le dejo que eche las cortinas; la vista es muy hermosa.

Por alguna razón, pienso en Iva Lou y me echo a reír.

-¿Qué te resulta tan divertido?

-Iva Lou daría todo lo que tiene y más por saber dónde estoy en este preciso momento.

-No la querrás llamar, ¿verdad? -bromea.

-¿Dónde está el teléfono? -Nos reímos. Espero que, suceda lo que suceda, siempre podamos reírnos de esta manera.

Estoy junto a su cama; él está cerca de las ventanas. Viene hacia mí, me levanta en brazos y me deja suavemente sobre la cama. Comienza a besarme por todo el cuerpo. ¿Seré capaz de recordar durante el resto de mi vida todos y cada uno de estos besos? Respiro profundamente y veo cómo mi respiración va acompasada con la suya.

Durante mi niñez, cuando estaba jugando en el patio, encontré un pequeño huevo azul en el césped. Miré la copa del árbol; allí, fuera de mi alcance, había un nido en una rama. Corrí a buscar a mi madre. Ella me puso el huevo en la mano con mucho cuidado y después me levantó bien alto, hasta que me encontré a la misma altura que el nido. Había otros dos huevos azules muy pequeñitos. Con mucha suavidad, coloqué el huevo caído con los otros. Es así como me siento esta noche en la cama de mi amante. Me siento segura y en mi nido.

## 11

Siempre he creído que si alguna vez liberaba a la mujer encerrada dentro de mí y daba rienda suelta a mi naturaleza apasionada, se enteraría todo el mundo en Big Stone Gap y vendría corriendo. Por lo tanto, no me acabo de sorprender del todo cuando me levanto a la mañana siguiente y todavía no he acabado de preparar el café cuando Spec aporrea la puerta. Es probable que Iva Lou llamara a mi casa y al ver que no estaba, llamara a Spec, que vive en Cracker's Neck, para que viniera a ver si estaba aquí. Jack está durmiendo. Yo estoy vestida, así que le abro la puerta.

-Hola, Spec.

-¿Qué estás haciendo aquí?

-Estoy preparando el café. ¿Qué haces tú aquí?

-Vengo a buscar a Jack Mac. Se han llevado a su madre al hospital de Pennington. Tiene que ir allí de inmediato. No creo que salga de ésta, Ave. Tenemos que darnos prisa.

-Espera aquí.

Entro en la habitación de Jack. Duerme profundamente, como un niño. Lo despierto con un beso y él me abraza.

-Jack, Spec está aquí. Tu tía Cecelia ha llevado a tu madre al hospital. Tenemos que ir inmediatamente. -Se levanta de un salto. Le ayudo a vestirse. Le alcanzo la camiseta, los calzoncillos, los calcetines, todo a la vez, y los vaqueros. Nos montamos en la ambulancia.

Spec no hace sonar la sirena; son las siete de la mañana del sábado, y la mayoría de la gente disfruta del descanso de fin de semana. Sin embargo, vamos a más de ciento cuarenta. Voy sentada en el asiento de atrás; Jack ocupa el asiento del

pasajero. Me echo un poco hacia adelante para mantener la mano derecha apoyada en el hombro de Jack para hacerle saber que puede contar conmigo. De vez en cuando, me la aprieta. Spec me mira por el espejo retrovisor; enarca una ceja y me hace saber que se hace cargo de la situación.

Jack no dice una palabra en todo el viaje. Sé que ha tenido miedo de hacer este viaje toda su vida. La idea de que su madre esté enferma o que sufra es demasiado terrible para él, pero no se derrumba. Yo en cambio me vine abajo cuando pasó lo de mi madre. Jack MacChesney no es de los que se derrumban.

Spec aparca la ambulancia delante de la entrada de emergencia del hospital de Pennington Gap. Se lo conoce al dedillo, así que nos lleva por un pasillo muy largo hasta la entrada posterior de la unidad de cuidados intensivos. Jack es el primero en cruzar la puerta. Ve a su madre en un rincón de la sala. Cecelia está a su lado. Jack echa a correr. Cuando la señora Mac ve a Jack, sonríe y levanta un poco la cabeza de la almohada.

-Te has tomado tu tiempo -comenta.

-He venido lo más rápido posible, mamá. -Jack casi le toca el rostro con el suyo, mientras le sujeta las manos.

-Me caí -le dice mientras cierra los ojos.

-Perdió el sentido -nos informa la tía Cecelia, entre sollozos-. No pude levantarla. Nos encontrábamos las dos solas, así que llamé al hospital. Me asusté mucho.

Jack abraza a su madre. No soporto ver llorar a Cecelia. La rodeo suavemente con mis brazos. Me mira, y aunque no sabe quién soy, acepta mi abrazo.

-Es la muchacha de la que te hablé -le dice la señora Mac a su hermana.

-Aquí la dejarán como nueva, señora Mac -le prometo.

-¿Tú crees? -me replica, con un tono de picardía.

Me doy cuenta de que Jack quiere estar a solas con su madre. Cecelia y yo los dejamos solos. Cecelia es otra belleza, un poco mayor que la señora Mac. Es más alta y pesada.-Nos lo estábamos pasando tan bien -me comenta-. No dejamos de charlar y de reír ni un momento. Anoche se sintió un poquitín rara, pero no le dimos la menor importancia; creí que era cosa del cansancio. Pero después me dijo que había pasado mala noche, como si le hubiera sentado mal la cena, y esta mañana cuando fui a despertarla me la encontré tirada en el suelo, sin sentido.

-Hizo usted todo lo posible. Estoy segura de que ellos podrán ayudarle. -Intento animar a Cecelia, pero es obvio que la señora Mac está muy grave. Jack Mac me llama y una enfermera se hace cargo de Cecelia.

-Mamá quiere decirte algo -me avisa Jack, con la voz quebrada. Nunca le había escuchado antes ese tono de voz. Se me parte el corazón. Está muy triste. Lo sabe. Sabe que ella se muere y que él es incapaz de hacer nada para salvarla. Conozco ese sentimiento, y sé que es terrible.

Me inclino sobre la anciana. La señora Mac coge aire.

-¿Alguna vez te has preguntado por qué tu madre me arreglaba los vestidos cuando yo era una modista de primera? -Sacudo la cabeza-. Mi hijo quería una excusa para ir a tu casa. -Sonríe-. Cuida de él, porque él me ha cuidado muy bien.

Intento decirle que lo haré, pero no me salen las palabras. Le doy un beso de despedida. Permanezco junto a su cama; por un momento, me siento mareada. Esto no puede estar ocurriendo.

Jack se inclina sobre el lecho y coge a su madre entre sus brazos. Ella se parece a una hermosa muñeca de porcelana, la tez de un blanco sedoso, como su pelo. Jack abraza a su madre y llora. Le escucho decir: «No te vayas, mamá. No te vayas». La enfermera se acerca dispuesta a ayudar, pero mi expresión le informa que la señora MacChesney ha muerto. Murió en los brazos de su hijo, como ella quería.

La muerte de Nan Bluebell Gilliam MacChesney pilló por sorpresa a toda la gente del Gap. Excepto a Jack. Él sabía que su madre nunca hubiera soportado una larga enfermedad; quería irse deprisa, y así fue. Mi madre sabía que yo no quería que se fuera, así que se quedó hasta que la muerte se convirtió en una bendición, el fin de los sufrimientos. Las cosas terribles que nos suceden en esta vida nunca tienen el menor sentido cuando las estamos vivienda, sin que veamos el final. Parece como si no tuviéramos dónde sujetarnos. Las madres pueden calmar a los niños durante esos momentos, gracias a su presencia. Nadie se preocupa por nosotros como nuestra madre, y cuando ella no está, el mundo nos parece un lugar inseguro, donde las cosas ocurren cuando menos te las esperas. Ya no puedes pedirle ayuda, y eso cambia tu vida para siempre. No hay nadie en esta tierra que te conozca desde el día que naciste; que sabía por qué lloraba, o cuándo había comido suficiente; que sabía exactamente qué decir cuando sufrías; que te alentaba a ser bueno de corazón. Cuando la pierdes, lo que queda de tu niñez se va con ella. Los recuerdos son otra cosa y no te pueden calmar de la misma manera que sus caricias. Si hay algún sentido en la muerte de mi madre, es que me sirvió para ayudar a Jack cuando perdió a la suya. Confío en no haberme equivocado.

Jack se mostró fuerte durante el funeral. Lloró un poco durante el oficio. Pero me sentí muy orgullosa; tuvo un momento para todas y cada una de las personas que asistieron; les hizo saber lo mucho que habían significado para su madre. Mi amor fue en aumento mientras lo observaba.

Cargo el Jeep con todas las tarteras que debo devolver (¡otra vez!). Después me llevaré a Theodore a comer para agradecerle su ayuda durante el funeral de la señora Mac.

En el Bessie's Diner sólo hay lugar para comer de pie, como de costumbre. Escucho que Theodore grita mi nombre: por encima de las cabezas de la multitud veo que agita la mano desde uno de los reservados en la parte de atrás. Me abro paso entre los clientes.

-¿Le ha comprado un anillo de diamantes a la vieja Bessie para hacerte con esta mesa? -Le doy un beso en la mejilla.

-Casi.

No hemos tenido muchas ocasiones de hablar durante la última semana y tengo muchas cosas que decirle.

-¿Qué tal le van las cosas a Jack Mac? -me pregunta.-Está triste, pero no está deprimido. Repite una y otra vez que da gracias al cielo porque no sufrió. Además, llegó a tiempo para despedirse. Lo superará.

-Me refería a cómo van las cosas entre tú y Jack.

-Le quiero. -Nunca lo he dicho en voz alta.

-¿Le quieres? -Theodore sonríe.

-Sí.

-¿Por qué? -pregunta con un tono bondadoso.

-No sé si puedo explicarlo.

-Inténtalo. -Theodore se arrellana en el asiento y construye una pirámide con los sobrecitos de ketchup y mostaza.

-Quiero a Jack MacChesney porque él me quiere.

-¿Eso es todo?

No creo que Theodore comprenda la importancia de esta afirmación, lo mucho que significa para mí. Nunca me ha querido nadie; bueno, mamá me quería y también algunos amigos, pero nadie me amaba. Me eligieron, y por una vez no tuve miedo, dejé que pasara. Qué ridículos me parecen ahora mis temores. ¿Por qué esperé tanto tiempo para entregarme? Incluso la señora Mac sabía lo asustada que vivía. Había intentado hacerme saber que estaría segura con su hijo.

-¿No es suficiente? -le contesto. Theodore asiente.

-Ave, voy a aceptar la oferta de la universidad.

-¿La aceptarás? -La desilusión me domina en. el acto, pero con la misma celeridad me alegro por él-. Felicitaciones.

-Creo que es la hora de un cambio. Necesito un nuevo desafío. Necesito mirarme a mí mismo, saber dónde voy.

¡Theodore! ¡No te vayas! Quiero que mi vida sea perfecta. Quiero estar enamorada de Jack MacChesney y tenerte a ti, mi mejor amigo, en mi vida para siempre. ¡No quiero que nada cambie!

-Puedes marcharte, pero no te librarás de mí tan fácilmente. Seremos los mejores amigos del mundo a larga distancia. ¿De acuerdo?

-Eso mismo era lo que estaba pensando. Knoxville tampoco está tan lejos. Vendrás a verme.

-Hablaremos por teléfono -digo, entusiasmada.

-Todos los días. Lo mismo que ahora. -Theodore me mira-. Por favor, dime que hago lo correcto -me implora.

-Estás haciendo lo correcto. Lo único que puedes hacer. Hay veces en los que tienes que despojarte de todo para saber quién eres de verdad.

-Supongo que eso fue lo que hiciste, ¿no? Quién iba a pensar que nuestras vidas cambiarían hasta este extremo.

-El arte chino de la lectura del rostro.

-¿De veras? ¿La lectura del rostro puede predecir lo que tengo planeado para después de comer?

-Tengo que devolverle la tartera a Edria y Ledna Tuckett.

-Pueden esperar. Tú y yo nos vamos a las cuevas de Cudjo.

Mientras vamos en el coche, pienso en mi amistad con Theodore, el consuelo que ha sido para mí durante todos estos años, cómo creció al mismo tiempo que nosotros. Sé que siempre será algo muy importante en mi vida. ¿Cómo podría ser de otra manera? Es la única persona que conozco a la que le gustan las cuevas.

Ray nos alumbra el camino con la linterna.

-¿Podemos ir al lago? -le pregunto.

-Les mostraré algo muchísimo mejor -nos promete.

Theodore y yo intercambiamos una mirada y le seguirnos.

Theodore y yo llevamos diez años explorando estas cuevas, y Ray siempre tiene algo nuevo que mostrarnos. ¿Cómo es posible? ¿Nos oculta cosas? ¿O es que hace descubrimientos constantemente y los comparte con nosotros cuando está preparado? ¿Acaso esta vieja montaña tiene tantas maravillas que no alcanza una vida entera, o ni siquiera dos, para verlas todas? El sendero se angosta. Apoyo las manos en las paredes mientras subimos hacia el lugar nuevo. Noto la corriente de agua fría que corre por las rocas para formar las estalactitas. El agua tarda generaciones en modificar las piedras, pero es muy suave sobre las rocas, como una tenue niebla gris.

-Allí está -anuncia Ray-. Miren.

Hay un nicho pequeño, una gruta, las rocas puntiagudas que salen de la pared forman lo que parece una cubierta. El musgo acrece en los laterales donde chorrea el agua. El guía alumbra el suelo con la linterna. Está cubierto de una arena color lavanda, fina como el azúcar de lustre. La arena parece tremolar cuando el rayo de luz pasa sobre ella.

-¿Cómo ha aparecido? -Theodore está intrigado. No podemos creernos la belleza de la arena.

-No estoy muy seguro -responde Ray-. Aquí había un charco de agua negra desde hace no sé cuántos años. Nunca me acerqué, porque no sabes lo que te puedes encontrar. Nunca acabas de saber lo que hay en el interior de la montaña. Pero comenzó a vaciarse durante el invierno, así que lo estuve vigilando, y cuando acabó de vaciarse toda el agua, fue esto lo que apareció en el fondo. No era una cosa fea. Era esto. -Ray mantiene el rayo de luz firme sobre la arena color lavanda; la luz traza un disco brillante que parece de fuego en el centro y se va haciendo más suave hacia los bordes hasta desaparecer en un resplandor azul.

Ray, Theodore y yo nos quedamos allí durante un buen rato.

-He trabajado aquí toda mi vida. Algunas veces te encuentras con cosas que no puedes explicar.

Jack Mac regresa a casa del trabajo a las siete en punto. Estoy hirviendo los espaguetis cuando llega. La hamburguesa de Bessie's es un recuerdo lejano y estoy hambrienta. Me saluda desde el vestíbulo y entra en la cocina. Deja la fiambrera sobre la mesa y las botas en el suelo. Después me mira.

-Llamé al cura.

-¿Te has vuelto católico? -me burlo.

-No.

-Entonces, ¿qué?

-Le dije que nos case.

-No quiero casarme con el cura. ¿No podríamos casarnos nosotros dos solos?

Jack Mac se echa a reír.

-¿Eso es un sí?

-¿No te parece que es un poco apresurado? -Ya está otra vez la vieja Ave María, que lo discute todo.

Jack Mac me mira como diciendo: «¿Estás de broma o qué?», que me evita decir más tonterías y estropear un momento precioso.

-He aprendido que lo mejor es no darte tiempo para pensar demasiado las cosas -replica, y se va a la ducha.

Nunca le encarguen a Iva Lou Wade Makin que se encargue de una boda por sencilla que sea. En dos segundos me ha convencido para que lleve un vestido que me aprieta por todas partes, un sombrero con unas alas enormes y kilos de maquillaje. Discutimos por el colorete (no lo necesito; la humillación me da un rubor más que suficiente), el carmín en lugar del abrillantador (mis labios brillan tanto que el novio corre el peligro de resbalar cuando me bese) y una cantidad de polvos que me hacen parecer como si me hubieran echado encima un saco de harina.

Mientras me miro el rostro en el espejo, recuerdo a las hermosas mujeres que intervienen en el espectáculo de patinaje sobre hielo, que necesitan muchísimo maquillaje porque tienen que verlas desde más de doscientos metros en la pista. No necesito tanta definición en una capilla que a duras penas tiene capacidad para veinte personas, así que vuelvo al baño, me lavo la cara y empiezo de cero. Los tonos coral, azul y ocre de mi rostro de payaso desaparecen en las burbujas mientras me lavo. Hoy es el día de mi boda. Es preferible que se disguste una amiga que no ver al novio huir espantado de la iglesia en cuanto me vea entrar.

Me doy cuenta de que este fiasco es culpa mía. Tendría que haberlo planeado mejor. Tendría que haber tenido claro lo que deseaba. Nunca pensé en el día de mi boda. Ni una sola. Nunca tuve ninguna fantasía. Nunca me imaginé a las damas del cortejo vestidas de color rosa alineadas junto al altar, a mis propias damas de honor. Nunca pensé en la iglesia engalanada con flores, la música de órgano o en el color de las golosinas que prepararía Nellie Goodloe. Nunca pensé en casarme. Pero créanme, hay muchísimas mujeres que tienen planeados seis, siete y hasta ocho escenarios diferentes, organizados hasta el último detalle, y que están la mar de dispuestas a hacerse cargo de tu gran día y convertirlo en una monstruosidad de moños, cintas, encajes y no sé cuántas tonterías más. Iva Lou Makin es una romántica perdida.

En cuanto llego a la iglesia, me olvido de todas las angustias prenupciales. Para Jack y para mí, ésta es una ceremonia sencilla, donde tendremos el gran honor de prometer, delante de las personas más queridas, sernos fieles el uno al otro. Este pensamiento me tranquiliza. Vamos a celebrar una misa privada con Cecelia, la tía de Jack, y nuestros amigos íntimos. No habrá exclamaciones a lo largo del pasillo, ni grandes alharacas. Jack y yo entraremos juntos. Los testigos serán Theodore, Iva Lou y Lyle, la tía Cecelia, Pearl, Leah, Rick y Sherry, Fleeta y Portly, Otto y Worley, Lew e Inez Eisenberg, Zackie, y, por fin, Spec.

Jack Mac llega en la camioneta. Se baja de un salto y corre a reunirse conmigo en el vestíbulo.

-Estás preciosa -me dice. No lo dirías si me hubieses visto hace una hora con dos kilos de Max Factor embadurnándome en la cara. Le sonrío al novio.

Es la cosa más extraña del mundo: nadie llora. En esta humilde capilla y en presencia de este amable sacerdote, todo es alegría y espontaneidad. Mañana, 29 de abril de 1979, cumpliré treinta y seis años. ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Quién

lo sabe? Después de la ceremonia, hemos organizado una comida para todos en Coach House (sí, comeremos el mismo menú de la noche de Elizabeth Taylor: pollo frito, patatas asadas y col).

En el momento que cortamos el pastel -muchas gracias, Edna y Ledna Tuckett, por esta maravilla de coco-, Zackie sale del círculo que nos rodea.

-Señorita Ave María, quiero decir, señora MacChesney...

La multitud nos aclama. Miro los rostros de Rick y Sherry Harmon, Nellie Goodloe, June Walker y la señora Gaspar. No podrían estar más felices. Soy muy afortunada.

-Queríamos hacer algo especial para ti y Jack Mac -añade Zackie-, así que hicimos una pequeña colecta.

Iva Lou y Lyle salen de la cocina cargados con un frasco gigante de encurtidos que hace un metro veinte de alto, lleno hasta el tope con billetes y monedas. La multitud vuelve a aplaudir.

Dentro del frasco hay un cartel: FELIZ LUNA DE MIEL.

-Queremos que os vayáis a Italia. Esperarnos que esto ayude.

Iva Lou y Lyle dejan el frasco a nuestros pies. Pearl y Leah nos obsequian con una tarjeta de felicitación gigante firmada por todos los invitados a la comida. Miro en derredor. La mayoría está llorando. Yo también.

Jack y yo pasarnos nuestra primera noche de casados en su casa de piedra. Abro todas las ventanas: la noche es cálida y la brisa trae el olor de la madreselva y el jazmín. Mi marido viene a la cama.

-Hay algo que nunca te he dicho -comienza.

Mi corazón se desboca; un millón de posibilidades pasan por mi cabeza, todas ellas horribles. Como que sólo le quedan tres meses de vida, que tiene otra familia escondida en Insko, o que ha estado en la cárcel por deudas.

¿Qué me ha pasado? Ahora me asusto de todo, algo que no solía pasarme. ¿Por qué me siento ahora más vulnerable que cuando estaba sola, a cargo de todo? Vivía por mi cuenta en medio de la ciudad. Controlaba el aceite del coche, encendía la chimenea, cazaba ratones. Tenía una rutina: me ocupaba de la casa, del negocio, del teatro, del equipo de emergencia. Entonces nunca tenía miedo. Para que después digan que la unión hace la fuerza, pienso mientras miro a mi marido, ahora que somos una familia.

-El otoño anterior a que tu madre cayera enferma de verdad, fui a tu casa a recoger unos arreglos. Ella se encontraba en la sala de estar. Me invitó a sentarme y acepté. Me contó cosas de ella misma, cosas en general, que había venido de Italia, que había aprendido inglés por su cuenta, esa clase de cosas. Cuando llegó la hora de irme, me acompañó hasta la puerta. Me dijo que se estaba muriendo y que si a mí no me importaba, que me pasara por su casa de vez en cuando para ver que estuvieras bien. Le prometí que lo haría.

¿Qué le puedo responder? Sin duda sabe lo que esto significa para mí. Mi madre lo escogió primero, mucho antes de que yo estuviera preparada, cuando yo tenía miedo de hacerlo. Me pregunto si ella sabe lo feliz que soy en este momento. Aunque no tengo ninguna prueba, algo me dice que lo sabe.

Nos acurrucamos debajo de las mantas, yo sobre mi lado, mi marido del suyo, abrazándome. Coloca el brazo alrededor de mi cintura como la barra de seguridad en un vagón de la montaña rusa. Estoy sujeta para la noche. Hemos tenido un día muy largo, hemos comido enormes cantidades de pastel y estamos muy cansados. Mi marido me dice que me quiere, y yo le digo lo mismo. Él me da un beso en la nuca y se duerme.

Mientras duerme, pienso en el reverendo Gaspar y le escucho decir aquella palabra: fe. No he sido capaz hasta ahora de comprender lo que había querido decir aquella noche en la ambulancia. No creo que estuviera hablando de la fe en Dios. Creo que me manifestaba su fe en mí, que me creía capaz de ayudarlo. Quizás incluso llegó a creer que lo salvaría. Por eso su mirada era tan clara y su voz tan fuerte cuando agonizaba. Había tenido una revelación. Sabía que los grandes misterios de la vida sólo se pueden resolver de persona a persona. Podemos ayudarnos mutuamente a salir adelante. Llegó a la conclusión de que su vida se acababa; me alegro mucho de que lo compartiera en mitad de la mía. Quizás ahora yo pueda ser de alguna utilidad. Quizá pueda servirle a otra persona. Espero que esa persona sea Jack MacChesney.

El viaje a Italia que iba a cambiar el curso de mi vida se ha convertido en una luna de miel. Consigo que Jack pida un permiso en la mina para que podamos pasar todo el verano en Italia. Mi marido es un gran viajero. No es de esos que quieren verlo todo; le trae al fresco si perdemos algún tren, y no se altera si algún museo o una iglesia de nuestro itinerario está cerrada. Habla italiano con un acento de las montañas; a veces tengo que apartarme porque resulta muy divertido. El no me hace caso e insiste. Los italianos lo adoran porque pone mucho empeño.

Aterrizamos en Roma y ahora recorremos el país hacia el norte en tren. No sé cómo explicar científicamente la luz de aquí, porque soy lega en la materia. Pero les juro que el sol es diferente. Hay una bruma dorada sobre Italia. que hace que el verde de los campos sea más vívido, le da profundidad a los ocres de la tierra y baña a la gente en una aureola romántica. Se lo comen lo a Jack, y él me dice que estoy ebria de amor por este lugar, y que eso cambia mis percepciones. No lo creo. Sí creo que hay algo diferente en la luz. Cuando el sol se pone, el cielo se vuelve de un vívido azul negro, las estrellas parecen más cercanas y los bordes no se desdibujan en el horizonte. El mismo color azul saturado bordea el perfil de la ciudad y la luna. No tiene nada de particular que la familia Fortuny fabricara sus telas aquí. Tenía una bóveda de terciopelo diferente de donde escoger todas las noches. Lo único que debían hacer era mirar el cielo y copiar.

Por supuesto, no vemos la hora de llegar a Bérgamo, la ciudad natal de mi madre, para una visita de dos días, y después a Schilpario, donde viven Mario y la abuela. Mario bajará de las montañas y nos recogerá para llevarnos a su casa. No puedo explicar la alegría tan profunda que siento. Mi marido duerme a mi lado en la litera del tren y yo viajo por el lugar de donde provengo. No puede haber sentimiento más grato en toda la tierra.

El tren llega a Bérgamo. Despierto a Jack y comenzamos a sacar las maletas del portaequipajes. Hemos comprado muchas chucherías norteamericanas para los parientes. Tuvieron tiempo de regresar a su casa y decidir los objetos que más

echaban de menos, así que venimos cargados con cigarrillos, grapas y grapadoras, clips de plástico gigantes y no sé cuántas cosas más. No cuestioné sus gustos; sencillamente fui y compré grandes cantidades de todo, hasta llenar un baúl.

Mafalda y Andrea, dos de mis primos, nos esperan en la estación. Sus rostros alegres se mueven junto al tren hasta que el convoy se detiene del todo. Me asomo a la ventanilla; me ven y corren a esperarnos en la escalerilla del vagón. No creo que nadie se haya sentido más feliz al vernos. Se ocupan de nuestras voluminosas maletas, y no me dejan cargar nada salvo mi nuevo diario encuadernado en piel, que mi marido me compró en Florencia.

La estación se encuentra en las afueras de la ciudad, y la salida da a una callejuela arbolada. Andrea y Mafalda cargan el equipaje en su pequeño coche, nos metemos todos apretados como sardinas y nos ponemos en marcha. Andrea conduce muy rápido, y Mafalda le pide que no corra tanto. Doblamos bruscamente a la derecha para tomar por una calle curva que conecta con la plaza de la ciudad. Mafalda nos señala el edificio del periódico, el ayuntamiento, la iglesia. Bérgamo tiene el mismo aspecto que en la foto del libro que Iva Lou encontró en la biblioteca de la ciudad. No ha cambiado nada. La fuente de los Ángeles, las calles adoquinadas, las casas con forma de cajas de zapatos pintadas de un suave color pastel, la pequeña plaza, las terrazas de los cafés, ¡todo es idéntico! Sólo aprecio un cambio: el coche ha reemplazado al caballo y al carro.

La familia Vilminore vive en una casa de cuatro pisos en la mitad de una manzana de la Via Davide. Las tías Antonietta y Meoli, mi tío Pietro y mi prima Federica nos están esperando delante de la casa. Mis tías lloran al vernos. Parecen incapaces de soltar a Jack, que no se muestra nada molesto por sus recios y cariñosos abrazos. El hogar de la familia es limpio y modesto. Todo está pintado de blanco salvo el suelo de madera, que tiene un color caoba oscuro. Mafalda nos acompaña escaleras arriba hasta nuestra habitación, que es amplia y sencilla, con una cama y una cómoda a juego. En la cama hay no sé cuántos cobertores blancos, como le gustaba a mamá. Mafalda nos recomienda que descansemos, y que ya nos avisarán cuando sea la hora de una cena ligera. Antes de marcharse, me dice que ésta había sido la habitación de mi madre.

Me tiendo sobre los cobertores y contemplo el techo liso y blanco mientras Jack se ocupa de deshacer las maletas. Las ventanas y los marcos de las puertas están pintados de un color almendra. Es el mismo blanco y el mismo almendra del dormitorio de mi madre en Big Stone Gap. Mi madre hablaba muy poco de Italia, pero por lo visto se había rodeado de detalles que le recordaban su hogar.

Nos acostamos para echar una cabezada y nos despertamos sobre las siete. Se ha ocultado el sol; nos sorprende haber dormido tanto. La mesa de la cocina está dispuesta para dos. La tía Antonietta nos sirve una deliciosa sopa espesa con verduras y pan tierno con la corteza crujiente. Hay montones de mantequilla cremosa y un vino tinto delicioso. Los italianos toman la comida principal al mediodía; la cena es lo justo para sentirnos satisfechos pero no pesados.

En cuanto acabamos de cenar, la tía Antonietta nos dice que cojamos nuestros jerséis, y nos vamos a dar un paseo, la pacseta, como dicen aquí. Sólo son unos pasos hasta la plaza principal de Bérgamo Bassa, donde la gente se reúne a charlar

en pequeños grupos. Muchos toman el café en las terrazas a ambos lados de la fuente. Se escuchan las risas, y los niños corretean alegremente. Las personas son muy animadas; levantan la voz cuando quieren recalcar algo, utilizan el cuerpo para dar énfasis; ¡son tan vitales y cómicas! No es ninguna sorpresa que la tradición de la comedia del arte comenzara aquí en el siglo XIV. Todo el inundo parece tener un sentido del humor divino. La tía Antonietta nos dice que esto se repite todas las noches. «Es muy relajante reír antes de irse a la cama», explica en italiano. Jack considera que es la mejor idea que ha escuchado en toda su vida. La tía nos indica unas luces por encima de la ciudad; nos parece divisar columnas y algunos edificios en medio de la penumbra.

-Alta Cittá. Aquella era la antigua ciudad de Bérgamo Alta. Ahora es un lugar residencial de lujo. Allí está la universidad. Mafalda os llevará si os interesa verla.

-¿Por qué trasladaron la ciudad aquí abajo? -pregunta Jack.

-La guerra. Los deslizamientos de piedras -explica. Me ve fruncir el entrecejo-. Pero de eso hace varios siglos. No te preocupes, Ave María, no te preocupes.

Nos reunimos con la tía Meoli y el tío Pietro. Mi tío se lleva a Jack para enseñarle no sé qué; Meoli y yo nos vamos a dar un paseo las dos solas. La tía Antonietta abandona el grupo y se marcha a casa por la calle lateral.

-¿Dónde va la tía Antonietta?

-A casa. -Meoli se encoge de hombros.

-¿No se queda para divertirse un rato?

-Prefiere hacer sus tareas.

-¿Ahora?

-Sí. Deja preparada la mesa del desayuno, y se va a dormir.

-¿Por qué prepara el desayuno?

-Es así como lo hacemos. Antonietta sigue soltera, así que ella lleva la casa.

Así era yo, me digo mientras seguirnos caminando. Me ocupaba de todo. Siempre estaba muy ocupada, al extremo de que no pensaba en lo que hacía ni en el paso de los años. Sólo hacía aquello que se esperaba que hiciera. Me pregunto si la tía Antonietta es la solterona de la ciudad. Meoli me lee el pensamiento.

-A mi hermana le gusta cuidar de nosotros.

-Parece feliz.

-Hace muchos años, estuvo prometida en matrimonio. El tercer hijo de una familia de siete en Sestri Levante, en la costa. Entonces estalló la guerra y él murió en combate. Ella no quiso casarse con nadie más. Tuvo muchos pretendientes, pero tenía el corazón destrozado, y aquello marcó el final de su vida amorosa.

Me siento mejor al saber que la tía Antonietta tuvo un gran amor, aunque él muriera. Pero no puedo evitar preguntarme qué pasa con las mujeres de la familia Vilminore; ¿es que sólo aman a un hombre en toda su vida, aunque después se casen con otro como es el caso de mi madre, o se queden solteras como mi tía? ¿Lo tienen todo tan claro cuando se trata del amor de su vida que después ya no queda espacio para ningún otro? Lo lógico sería que luego de abrir sus corazones, los mantuvieran abiertos a las oportunidades de encontrar un nuevo amor. Quizá las muchachas Vilminore son mujeres de un solo hombre.

Jack me está esperando cuando regresamos a la casa. Les doy un beso de buenas noches a mis familiares y nos vamos a nuestra habitación.

Nos hundimos en las profundidades de los colchones de plumas. Nos sumergimos tanto que no nos vemos el uno al otro. Mi madre intentó recrear este efecto en Estados Unidos, pero no lo consiguió. Jack, acostumbrado a dormir en colchones duros, tiene miedo de estropearse la espalda en algo tan blando. Aplasto el colchón hasta encontrar el rostro de mi marido.

-Muchas gracias por casarte conmigo. -Me mira desconcertado, como si dijera: «Otra vez, la chalada de mi mujer»-. No, de verdad, muchas gracias.

-No hay de qué.

-Me gusta estar casada contigo.

-Bien, porque recuerda que prometiste estar casada conmigo para siempre.

-Lo sé. Pero ahora me parece que el tiempo vuela; que no voy a tener todo el tiempo que quiero para estar contigo. Lo sé.

-¿Por qué te preocupas por cosas como esas?

No creo que quiera escuchar mi respuesta. ¡Porque siempre preocupo por todo! Me preocupo por la tía Antonietta, cuyo amante murió antes de que pudieran casarse. Me preocupa que toda su vida se reduzca a fregar platos y barrer suelos sin nada que rompa la monotonía. Me preocupa que la felicidad no dure. Se que esto es como el sueño profundo, sólo es una fase, una etapa; después la pasas y comienzas otra vez. Me preocupa que la alegría en mi corazón se convierta en algo tan rutinario para mi que me olvide de lo triste que estaba sin él. Creeré que lo tengo en el bolsillo y comenzaré a reñirle y a apartarle. Me preocupa ser demasiado mayor para tener hijos. Me preocupa que el polvillo de carbón se esté filtrando como arena negra en los fuelles de sus pulmones, le provoque un enfisema y lo lleve a la tumba antes de hora. Me preocupa que cuando llegue la hora de nuestra muerte, él se vaya primero y me quede sola otra vez. Me preocupa que cuando me muera y vaya al cielo a buscarle, no esté allí. Habrá cambiado, no le reconoceré, y me pasaré toda la eternidad reviviendo los primeros treinta y cinco años de mi vida, cuando no podía amar a nadie.

-¡Para!

-¿Qué?

-Deja de pensar. Ya tienes esa arruga entre las cejas. La que te aparece cuanto te preocupas.

Esto pone punto final al tema. No le digas nunca a una mujer de treinta y seis años que tiene una arruga donde sea. Es algo que no quiero oír. Me paso el dedo por la supuesta arruga hasta borrarla.

-Es mi tercer ojo.

Jack se ríe tan fuerte que le tapo la cabeza con la sábana.

-Calla.

-¿Qué es el tercer ojo?

-Aparece en la lectura del rostro. Es el ojo de la mente que todo lo ve. Es allí donde creas las imágenes que se convierten en la realidad de tu vida.

-Entonces crea una imagen bonita -sugiere Jack.

Vaya, como si fuera tan sencillo. Le miro con una expresión de lástima. Cuando todo está dicho y hecho, sigue siendo un hombre, y está claro que los hombres no lo comprenden.

Mario Barbari espera delante de la casa de los Vilminore en Via Davide como si fuese el propietario de toda la manzana. Está muy elegante con el pantalón azul marino, un jersey de cachemir de cuello de pico, metido por dentro sin una arruga (por supuesto) y su habitual suéter color crudo anudado sobre los hombros. Fuma un cigarrillo, tan europeo. Me olvido de las ceremonias, corro por la acera y me echo encima de él. «¡Papá!» Me abraza y me besa. Está tan contento de verme y yo me alegro tanto de que me guste mi padre... Es todo un personaje, de acuerdo, y su colonia podría incendiar el centro de Bérgamo, pero es único. Me encanta tenerle cerca.

-Así que te has casado y ni siquiera has tenido la cortesía de esperar que tu padre te diera en matrimonio.

-No te has perdido gran cosa. Llevaba demasiado maquillaje, y no podía respirar con aquel vestido.

-Estarías guapísima -dice, mientras arroja la colilla.

¿Este tipo es una estrella de cine o qué? Mi padre abraza a mi marido como lo hacen los hombres, un abrazo rápido y con grandes palmadas en las espaldas y los brazos. Luego, cargan el coche entre los dos. Mi familia sale a la puerta para despedirnos y agitan los brazos hasta que desaparecemos en la siguiente esquina. Papá conduce como un loco. Somos como la bolita plateada en la máquina del millón zarandeándonos en las curvas de la plaza de la ciudad que rodea la fuente de los Ángeles, para después dejar atrás el parque y seguir por la carretera que nos lleva fuera de la ciudad. Un cartel indicador verde y blanco anuncia: SCHILPARIO NORTE 7 Km. Estamos de camino a la casa de la abuela.

Jack y mi padre hablan de las diferencias entre las camas italianas y norteamericanas. Jack le explica que está asombrado de que no le duela la espalda después de dormir toda una noche en un colchón de plumas. Papá le dice que el calor corporal se reparte de manera uniforme cuando se duerme sobre plumas, o sobre paja para el caso, así que los músculos del cuerpo se mantienen a la misma temperatura, lo que evita las contracciones y los calambres.

-Mírame. Soy viejo, y estoy bien descansado. ¿A que sí?

Jack asiente; papá tiene un aspecto estupendo para su edad. Me guiña un ojo por el espejo retrovisor. Tiene cincuenta y cuatro años, pero no son cincuenta y cuatro de años de Big Stone Gap. Tiene el pelo abundante, ondulado y largo; lo único que revela su edad son las canas que lo salpican. Su porte es erguido y juvenil. Además, tiene un cutis soberbio. La verdad es que no aparenta tener más de cuarenta. Espero haber heredado sus genes.

En plena montaña, cuando estamos a medio cansino, papa se mete por un sendero. Tengo la sensación de que acabaremos estrellándonos contra un árbol, pero el sendero se amplía y vamos a salir a un claro donde hay un chalé que sobresale en la montaña. Papá nos mira.

-Es hora de estirar las piernas. -Aparca. Nos apeamos del coche y entramos en la casa.

Se trata de un restaurante. Es media tarde y todavía temprano para la hora de la cena. Papá saluda al propietario, que está aprovisionando el bar. Nos sirve a cada uno una copa de bitter, y mi padre se bebe la suya de un trago. Jack se encoge de hombros y lo imita. Yo también. Sé, porque lo aprendí cuando estudiaba farmacia, que el bitter se hace con hierbas maceradas en una bebida gaseosa, por lo general, una tónica. Su uso suele ser medicinal. No tenía noticias de que se usara para fines sociales.

-Purifica la sangre -nos informa mi padre.

El propietario trae una bandeja con tres pequeños cuencos de plata y tres cucharillas. Reparte los cuencos con las moras. Papá las rocía con limón.

-Adelante, comed. -Jack y yo comemos, y nos parece increíble que sean tan dulces. Papá está contento-. Venga, nos vamos.

Le hace un gesto al propietario. No deja dinero. Le doy las gracias al hombre que está detrás del mostrador, y nos despide con una sonrisa.

La carretera a Schilpario es muy sinuosa, y se me tapan los oídos mientras subimos. Le pregunto a mi padre a qué altura estamos, pero no lo sabe con precisión. Entonces, con un movimiento de muñeca, saca el coche de la carretera para llevarlo a un balcón desde el que se puede apreciar el panorama. La valla de protección es vieja y está rota en algunas partes, y se me acelera el pulso cuando papá aparca demasiado cerca.

-Venga -dice, y sale del coche-. Mirad.

Jack y yo nos reunimos con él en el borde de la montaña. Miro por el precipicio; no hay más que capas y más capas de rocas excavadas por los elementos que acaban en un claro que visto desde aquí arriba no parece más grande que un sello de correos. Siento un poco de vértigo y me aparto.

-Es muy profundo, ¿eh? -comenta mi padre. Asiento-. Os contaré un cuento. -Les ruego a los dos que se aparten del precipicio. Temo que una súbita ráfaga de viento los arroje por encima de la barandilla, y no los vuelva a ver nunca más-. Esta es una historia que me contó mi padre, Gianluca Barbari. Su padre, mi abuelo, tenía un carruaje y dos caballos. Llevaba a la gente del pueblo a la ciudad. Le pagaban bien, así que tenía un carruaje muy elegante. Una mañana, lo llamó la viuda del pueblo para arreglar un viaje a Bérgamo a la mañana siguiente. Quería marchar antes de que saliera el sol, y mi abuelo accedió a llevarla. Aquella mañana se levantó en mitad de la noche, alimentó a los caballos, los unció al carruaje y fue a recoger a la pasajera a su casa. Ella le abrió la puerta vestida con un precioso vestido de satén verde pálido, y un chal bordado con unas hojas diminutas amarillas y doradas. Llevaba un sombrero con una pluma verde. Mi abuelo recordaba el hermoso collar con un diamante del tamaño de un huevo. Resplandecía a la luz del farolillo. Mi abuelo la ayudó a subir al carruaje. Recordaba que olía como una rosa y que sonreía muy feliz. Iniciaron el viaje de bajada. Éste es el lugar donde mi abuelo solía hacer un alto para que descansaran los caballos. La mujer quiso estirar las piernas y mi abuelo la ayudó a bajar. Estaba en aquel lugar de allá dándole de beber a los caballos cuando oyó un sonido como el que hace la ropa mojada cuando la sacudes antes de colgarla a secar. Así que se volvió para mirar.

La vieja dama acababa de saltar al precipicio. Las faldas al hincharse habían provocado aquel sonido espantoso. Mi abuelo corrió hasta el borde, pero ella ya había desaparecido. El pobre se echó a temblar como un azogado, y por un momento pensó en saltar él también. Pero tenía que alimentar a ocho hijos, y no podía abandonarlos. Así que volvió a subir a la montaña y se fue directamente a comisaría. El abuelo conocía al agente y confiaba en que le creería cuando le contara lo sucedido. El policía le dijo que sería difícil probar su inocencia porque la viuda no tenía parientes en el pueblo; vivía sola, y por lo tanto, ¿quién podría corroborar su historia, o al menos dar información sobre la salud mental de la mujer? Nadie. A mi abuelo le preocupó entonces la posibilidad de que lo enviaran a prisión, acusado injustamente de haber despeñado a la vieja viuda.

Pero entonces al policía se le ocurrió una idea. "Vayamos a su casa y veamos si encontramos alguna pista que nos ayude a saber si estaba loca, o por lo menos trastornada." Cuando llegaron a la casa de la viuda, el policía se dispuso a forzar la cerradura, pero no fue necesario. La puerta principal estaba abierta. El agente le dijo a mi padre que esperara fuera y entró en la casa. Después comentó que en aquellos minutos de espera se le puso todo el pelo blanco. Al fin, apareció el policía con una carta en la mano. En la carta se pedía a las autoridades que no acusaran a Gianluca Barbari por su suicidio. Había sido por voluntad propia. Estaba enferma, no tenía a nadie en el mundo y quería morir. Que por favor entregaran a la iglesia todo lo que había en la casa. A continuación, el policía le dio el importe del viaje que la viuda había dejado sobre la mesa. Mi abuelo regresó a casa y le relató a su familia toda la historia. Estaba tan agradecido con la viuda por haber dejado la carta que le libraba de cualquier responsabilidad que encargó una vidriera para la capilla. Los hermanos de mi abuelo tenían un pequeño taller donde trabajaban el vidrio. Ellos se encargaron de fabricar la vidriera y de instalarla en el coro. Todavía está allí. -Mi padre promete llevarnos a la iglesia para que la veamos.

Estamos muy alto en los Alpes, y aunque es verano, la brisa es fría y me hace temblar. Jack y papá me acompañan hasta el coche. Hacemos el resto del viaje en silencio. No hay una gran entrada a la ciudad de Schilpario. Te la encuentras casi por casualidad. Tampoco ha cambiado; conserva el mismo aspecto de las fotos en los libros de Iva Lou, sólo que es mucho más pequeña de lo que imaginaba. No estoy desilusionada, sólo sorprendida. La calle principal es bastante angosta y está flanqueada a un solo lado por las casas, que parecen cajas de zapatos. Pero estas casas presentan muchos detalles diferentes a las de Bérgamo. Hay toques puramente alpinos; artesonados de maderas oscuras, pequeñas galerías y portales pintados de color rosa y beige. El estuco es de colores vivos. Quizá los habitantes de Schilpario pintan las casas de colores claros para que no se pierdan contra el fondo de la montaña y las vean los viajeros cuando las atraviesan.

La ciudad se levanta en la ladera; las casas salpican la ladera por encima de nuestras cabezas; las callejuelas son como venas que llevan hasta la calle principal. Papá nos lleva a través de la ciudad hasta el molino de agua, cuyas paletas giran empujadas por el torrente de agua helada. Todos los que nos ven nos saludan y sonríen. Es obvio que papá es una persona muy respetada. Papá hace una vuelta en U y regresa a la calle principal. Aparca el coche delante de una casa pintada de un

color verde brillante. La abuela aparece en el portal, acompañada de un nutrido grupo integrado por personas que supongo que son parientes. Se reúnen alrededor del coche, pero la abuela los aparta sin contemplaciones para abrazarme a mí y después a Jack. Me coge de la mano para mirar la alianza de oro.

«Sposa bella!», me dice, y luego me abraza con tanta fuerza que escucho un chasquido en las clavículas. Entramos en la casa. La abuela ha preparado un banquete de risotto, ensalada y pato asado, tres platos que a Jack lo chiflan. Jack, papá y yo nos sentamos a la mesa. Al parecer hay cuatro personas para atender a los que comemos. Nos sirven como si fuéramos reyes. Advierto que a papá lo tratan con mucha deferencia, y también me doy cuenta de que no espera otra cosa. Es el hijo único de esta casa, y el alcalde la ciudad, o sea que está muy bien considerado. Le miro y admiro la confianza que tiene en sí mismo. La lleva con mucha naturalidad.

Las mujeres no me dejan que las ayude a recoger la mesa, y miran a Jack como si fuese un marciano que intenta ayudar con los platos. La abuela le da una palmada en el culo tan fuerte, que se sienta y desiste de cualquier intento de ayuda. La abuela sirve biscotes, moras y café como final de la comida. Nos lo comernos todo y ella se muestra complacida.

Dos viejos amigos de papá, en realidad primos hermanos, se presentan para ver a los norteamericanos. Papá y Jack los invitan a una partida de cartas. Jack me pregunta si quiero jugar, pero rechazo la invitación, no porque no quiera jugar sino porque sé que es una partida sólo para hombres. Mis primos me miran de arriba abajo como si fuera un electrodoméstico nuevo. Les devuelvo el favor mirándoles con el mismo interés; les rompe la concentración y dejan de mirarme. No saben hasta dónde llegan mis conocimientos de italiano, así que uno le susurra al otro: «Bonito culo» cuando salgo de la habitación. No puedo resistirme, así que me vuelvo y les digo: «Vosotros también tenéis unos culos muy bonitos». Primero se sorprenden, pero después se echan a reír con todas las ganas.

La abuela nos sirve el desayuno: panecillos que sobraron de la cena, mantequilla, jalea de moras y una jarra llena de café con leche bien caliente. No sabemos la razón, pero la combinación es muy agradable. Jack y yo decidimos que desayunaremos lo mismo todas las mañanas cuando regresemos a casa. ¿Cómo es que los italianos saben vivir tan bien? No lo comprendemos. Todo sabe mejor, incluso los panecillos secos y la mantequilla. El ritmo es tranquilo. Trabajar un poco, echar una cabezada. Trabajar un poco más, comer alguna cosilla, echar otra cabezada, y así, un día sí y el otro también. Todo el tiempo del mundo para jugar a las cartas, charlar con los amigos y dar largos paseos. La vida en los Alpes es paradisíaca.

Papá quiere llevarnos a ver la capilla con las vidrieras que encargó su abuelo. Subimos por una calle empinada y doblamos por una callejuela donde está la capilla, que es como cualquier otra casa, salvo que los detalles son más sencillos y que la puerta está pintada de rojo como la Iglesia de Dios en el Gap. Quizá también tenga que mantener al diablo fuera de Italia. Entramos en la capilla. Hay un sacerdote arreglando los objetos del altar.

-Ave María, éste es don Andrea, nuestro párroco -dice papá.

-Ave María, nunca he conocido una Ave María -replica el cura.

-¿No reza usted el rosario? -le pregunto. Al principio no capta el chiste, pero después sonríe-. Le presento a mi marido, Jack. -Don Andrea le da la mano.

-Acaban de casarse, don Andrea. Ella es mi hija; ya le hablé de Ave María.

-Ah, sí, sí. -Ahora el viejo cura lo comprende todo.

-Vamos a echar una ojeada -añade mi padre.

Jack se interesa por la arquitectura. Le pido a papá que me enseñe la vidriera de la Santísima Virgen. Me lleva hasta el coro y me la señala. Es muy pequeña, más o menos del tamaño de un libro. Mientras me acerco para mirarla mejor, me estremezco. La mujer en el cristal lleva un largo vestido azul y un sombrero con estrellas doradas y plumas de pavo real, lo mismo que vestía Ave María Albricci, la mujer que ayudó a mi madre en el barco que la llevaba a Estados Unidos. Tiene el semblante sereno. Está de pie sobre lo que parecen ser las olas del océano.

-¿Estás bien? -me pregunta papá.

¿Cómo puedo explicarle la historia de Ave María Albricci? Incluso Jack no entendió nada cuando se la conté. No le dio importancia, como si los ángeles se le aparecieran a las personas todos los días para salvarlas. Pero esto es demasiado extraño. En este mar de coincidencias, comienzo a entender que no controlamos nuestros destinos; estoy tan segura como de que nacemos que están escritos.

-Papá, quiero casarme de nuevo -le digo.

Algunas veces me mira como si estuviera un poco loca, y ésta es una de esas ocasiones.

-¿Quién se lo dirá a Jack? -me pregunta con una sonrisa irónica.

-No quiero casarme con otro hombre. Quiero casarme con Jack. Aquí. Quiero que tú me entregues en matrimonio.

Mi padre se encoge de hombros, como si no fuese la peor idea que ha escuchado en muchos años.

Así que el domingo, 3 de junio, Jack MacChesney y yo repetimos nuestros votos matrimoniales delante de don Andrea, en la capilla de Santa Clara en Schilpario, Italia.

Mi padre está nervioso mientras camina a mi lado hacia el altar, pero también está muy feliz. Es el testigo de Jack, y la abuela es mi dama de honor. Le da mucha vergüenza; cree que es demasiado vieja. Pero consigo que lo sea, mandándoselo de la misma manera que ella manda a todos los demás.

A los hombres no le gustan los casamientos por la iglesia ni siquiera la primera vez, así que se pueden imaginar mis súplicas para que Jack accediera a repetir los votos. Pero todo esto me ha servido para descubrir algo muy importante que no sabía de mi marido. No importa lo que le pida, no importa lo ridículo, difícil o anticuado que sea, si se lo pido, él lo hará por mí. Me quiere tanto que es incapaz de negarme cualquier cosa. Ruego para que nunca abuse de este regalo. Pero conociéndome, habrá veces en que estaré muy cerca de hacerlo. Confío en que él lo comprenda.

El mejor verano de nuestras vidas llega a su fin. Nos despedimos, pero no será por mucho tiempo, porque papá piensa venir a visitarnos la próxima primavera. Jack y yo prometemos pasar una parte de todos los veranos aquí en Schilpario, en la

casa de mii padre. Las despedidas ya no son para mí algo triste. He aprendido a disfrutar de lo que nos lleva hasta ellas y a preocuparme menos de que se acabe.

Estoy ansiosa por regresar a casa. Echo de menos las Montañas Azules. Jack se ríe cuando me escucha.

-Las montañas son las mismas vayas donde vayas opina.

-No. Nuestras montañas son nuestro hogar le replico.

No puedo explicárselo, pero Big Stone Gap ha pasado ele ser el lugar que deseaba abandonar corriendo al lugar donde ratas deseo estar. He visto mi lugar de origen, pero ahora quiero estar allí donde pertenezco. Mi hogar está con Jack MacChesney en aquella casa de piedra en la montaña.

El vuelo de regreso es agitado. Paso mareada la mayor parte del viaje, lo mismo que Jack. Pero creo que él se marea cuando ve que estoy mareada. ¿Cuál es el viejo dicho sobre los verdaderos amantes? ¿Cuando uno se corta, el otro sangra? No estoy triste cuando aterrizamos en el aeropuerto de Tri-Cities. Estoy impaciente por llegar a Cracker's Nest y esperar el cambio de estación para vivir nuestro primer otoño juntos.

Los mareos en agosto no se debieron a las turbulencias. Casi un año después de nuestro casamiento norteamericano, el 28 de abril de 1980, nació Fiametta Bluebell MacChesney, para la inmensa alegría de una madre y un padre muy felices. Todo esto es muy nuevo para mí y no tengo palabras para describirlo.

Sé, y se lo explicaré a mi hija, que es una niña muy afortunada. No necesitará buscar más allá de su familia para tener el ejemplo que necesita para abrirse camino en la vida. Llamamos a nuestro bebé Etta, el nombre que le dio a mamá su fiel amante. Confío en que tenga el corazón de mi madre; es evidente para todos, en los días que lleva en este mundo, que ha heredado su cabezonería. La mayor parte del tiempo, cuando la tengo entre mis brazos, pienso en mamá. Ahora la siento muy cerca de mí, dispuesta a guiarme. Por fin comprendo las decisiones de mi madre. Ahora entiendo cómo encontró el coraje para dejar a su familia y comenzar una nueva vida conmigo. Un bebé te da las fuerzas para hacer lo que sea.

Etta tiene los ojos de Nan MacChesney. Dicen que todos los bebés tienen los ojos azules, pero ya distingo el verde, y tienen una sabiduría y un humor que sólo pueden provenir de su abuela. ¡Me apena que Etta no pueda conocer a su abuela! ¿Por qué estoy haciendo una lista de todas las cosas que nuestra hija no tendrá? Lo único que sé a ciencia cierta es que me preocuparé por esta pequeña hasta el día que me muera. Jack está de acuerdo; dice que llevo preocupándome treinta y siete años, así que lo hago a la perfección.

¿Qué pasa con Jack MacChesney, mi marido y padre de nuestra hija? ¿Le enseñará a tocar la guitarra y a silbar? La luna no es más que una astilla la primera noche en casa con el bebé. Estoy cansada, así que Jack me releva, para que pueda dormir una media hora. Cuando me despierto, la casa está en silencio. No encuentro a Jack y Etta en las habitaciones. Salgo por detrás y rodeo la casa. Allí están. Padre e hija. Sentados en la galería, contemplando la luna. Me quedo allí durante un buen rato. No sé por qué. La niña comienza a inquietarse y se que tiene hambre. Pero no me muevo. Quiero mirarlos para siempre: una hija que aprende a confiar y un padre que hace aquello que mejor sabe hacer: protegerla.